

Michelle Marly

MADemoiselle

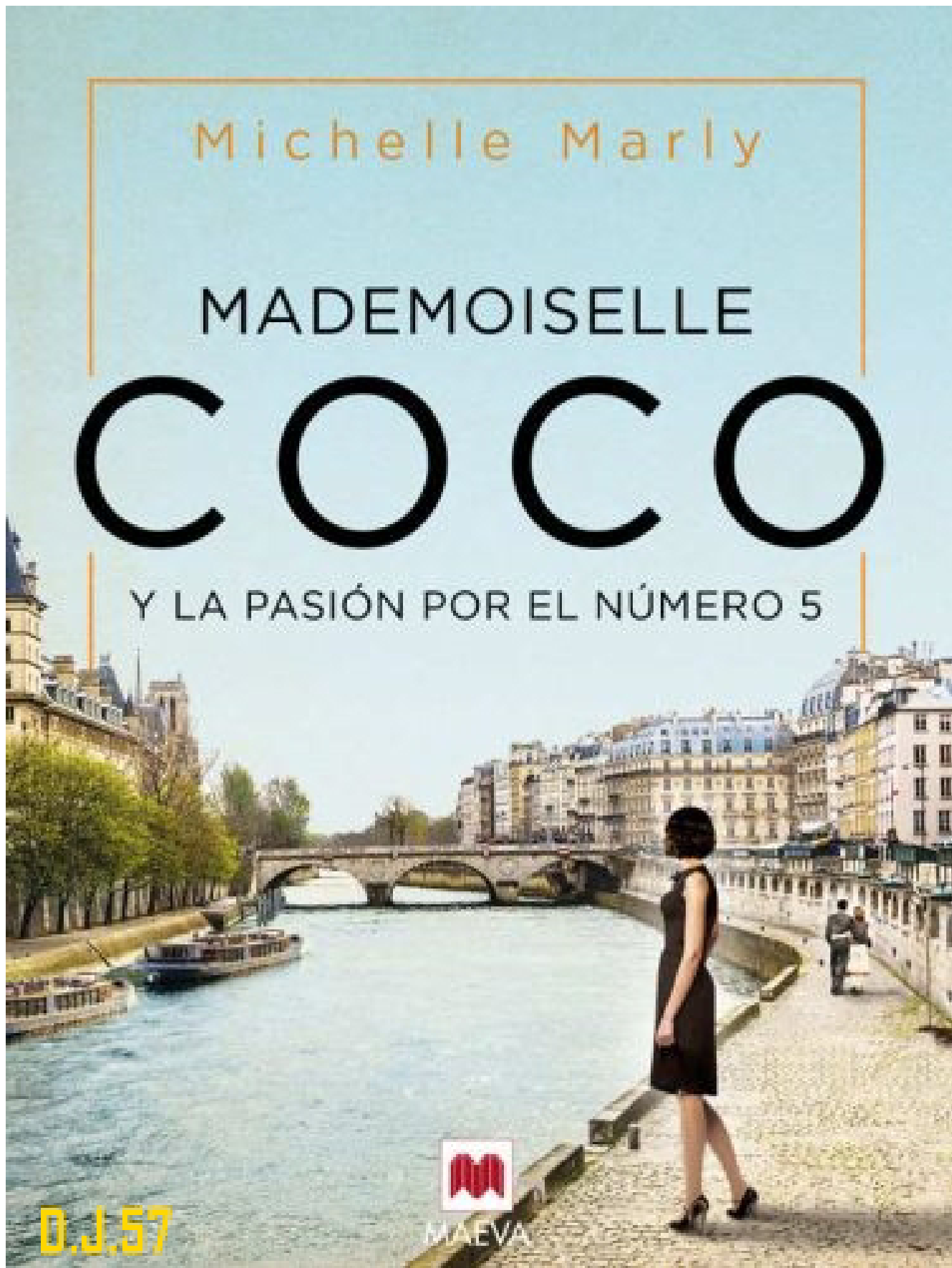
COCO

Y LA PASIÓN POR EL NÚMERO 5

D.J.57



MAEVA



Michelle Marly

MADEMOISELLE

COCO

Y LA PASIÓN POR EL NÚMERO 5

Traducción:

LIDIA ÁLVAREZ GRIFOLL



MAEVA

Índice

Mademoiselle Coco

Índice

Dedicatoria

Cita

Prólogo. 1897

Primera parte. 1919-1920

1

2

3

4

5

Segunda parte. 1920-1921

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

Tercera parte. 1921

20

21

22

23

24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41

Cuarta parte. 1922

42
43

Nota final de la autora

Agradecimientos

Créditos

En memoria de mi maravillosa madre, que me abrió la mirada al mundo de la moda.

Una mujer sin perfume es una mujer sin futuro.

Coco Chanel

Prólogo
1897

UNO, DOS, TRES, cuatro, cinco... Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

De su boca no salía ningún sonido, solo movía los labios. Contaba en silencio las piedras del mosaico que veía a sus pies.

Cantos rodados desiguales, pisados a lo largo de un milenio, incrustados en el suelo creando formas geométricas o imágenes místicas.

Aquí, cinco estrellas; allí, cinco flores; en otro sitio, un pentágono. Esa disposición no era casual. Sabía que el cinco era un número simbólico para los miembros de la Orden del Císter: se consideraba la encarnación pura y perfecta de las cosas. Las rosas, por ejemplo, tenían cinco pétalos; las peras y las manzanas eran frutas de estructura pentagonal. Las personas tenían cinco sentidos y en todas las misas se hablaba de las cinco llagas de Jesucristo. Sin embargo, las monjas no le habían enseñado que el cinco también era el número del amor y de Venus, la suma indivisible del tres, un número masculino, y del dos, femenino. Ese dato, muy interesante para una muchacha de catorce años, lo encontró en un libro que leía a escondidas en el desván.

La biblioteca del convento ocultaba tesoros asombrosos: los sermones medievales de san Bernardo de Claveral, en los que recordaba a sus monjes el significado que se atribuía en los rezos y los lavatorios rituales a las sustancias aromáticas, no eran escandalosos, pero tampoco eran aptos para los ojos de una niña. El fundador de la Orden del Císter incluso aconsejaba a sus hermanos que, al entonar el Cantar de los Cantares con una mirada espiritual e introspectiva, imaginaran los pechos perfumados de la Virgen María. El incienso y el jazmín, la lavanda y las rosas en el altar favorecían la entrega a la contemplación con ayuda del olfato.

Para las huérfanas como la solitaria muchacha, los aromas que se extraían de las plantas del jardín del convento eran un sueño lejano, igual que la fantasía de hundirse entre los grandes pechos de una madre cariñosa. A las pupilas las frotaban en una tina con jabón barato para quitarles la suciedad del trabajo en el campo o en la cocina y que olieran a limpio en vez de a agotamiento y a miedo, pero no podía decirse que olieran bien. Las grandes sábanas blancas que ella tenía que lavar y, a veces, también remendar, y luego apilar bien dobladas en la

lavandería recibían mejor trato que la piel de las huérfanas.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

Pasaba el rato contando mientras esperaba en fila con las demás niñas a que el cura las confesara. Después de aguardar de pie inmersas en una monotonía que duraba una eternidad, como soldados en el patio de un cuartel, entraban una tras otra en el confesionario. Asumía que las monjas exigían esa postura silenciosa y rígida, que ninguna criatura podía aguantar mucho tiempo, para que luego tuvieran algo que confesar. Por lo general, ninguna había pecado desde la confesión de la tarde anterior. No había muchas ocasiones para pecar en lo alto de la roca azotada por el viento sobre la que en el siglo XII se construyó el convento de Aubazine.

Hacía casi dos años que vivía en ese mundo aislado, situado en el centro de Francia, lo bastante lejos de la carretera que llevaba a París como para que no se le ocurriera pensar en escaparse. Habían pasado más de setecientos días desde que murió su madre y su padre la subió a un coche de caballos y la entregó a las monjas cistercienses. Así de simple. Como si fuera un fardo. Después, el padre desapareció para siempre y se abrió el infierno para el alma frágil de la pequeña. Desde el primer momento ansió que llegara el día en que tuviera la edad suficiente para marcharse del convento y empezar una vida independiente. Tal vez la aguja fuera la clave para conseguirlo. Si aprendía a coser y era tenaz, quizá llegaría a París y conseguiría abrir una gran casa de moda. Había oído hablar de ellas, pero en realidad no sabía exactamente lo que eran.

No obstante, sonaba prometedor. El término «casa de modas» le traía recuerdos. Telas bonitas, el frufú de la seda, volantes airosos y delicadísimas puntillas. No, su madre no había sido una gran dama; trabajaba como lavandera y su padre era vendedor ambulante. Nunca había vendido productos tan delicados, pero ella siempre asociaba sus pensamientos de cosas bonitas con su madre. La echaba tanto de menos que la nostalgia por la seguridad que sentía cuando estaba con ella a veces le provocaba vértigo.

Ahora tenía que arreglárselas sola, vivía con dureza, normas, castigos y, de vez en cuando, la absolución divina. Ella solo quería un poco de cariño. ¿Era eso pecado y tenía que confesarlo? Ese secreto, ¿le pesaría algún día demasiado para darle paz a su alma? Quizá, pensó en silencio. Pero quizá no. No le confesaría al cura que quería amor en su vida. No ese día. Y seguramente ningún otro día.

De camino hacia la catedral de Aubazine, contaba en silencio las piezas de los mosaicos del suelo: uno, dos, tres, cuatro, cinco...

PRIMERA PARTE
1919-1920

LOS FAROS AMARILLOS cortaban la niebla que subía del Sena y envolvía las hayas, los fresnos y los alisos situados en los márgenes de la carretera como un paño de lino blanco. «Como una mortaja», pensó Étienne Balsan.

En su mente se formó la imagen del difunto en el velatorio: piernas y brazos destrozados, piel quemada y tapado con un paño de lino. A los pies del muerto, una rama de boj y, en el pecho, un crucifijo. Junto a la cabeza había un cuenco con agua bendita que atenuaba el olor de la muerte. La luz de las velas proyectaba sombras fantasmagóricas sobre el cadáver. Las monjas lo habían preparado de esa manera para que la imagen no resultara demasiado turbadora.

Automáticamente, Étienne intentó imaginar cómo se habría desfigurado la hermosa cara de su amigo. La conocía casi tan bien como la suya.

Él mismo se contestó la pregunta pensando que probablemente apenas quedaría nada de sus facciones simétricas, de sus labios carnosos bien perfilados y su nariz recta. Cuando un coche se precipita a toda velocidad por un terraplén, choca contra una pared de roca y empieza a arder, pocos huesos permanecen en su sitio. Seguro que haría falta cierta destreza para recomponer el aspecto de la víctima del accidente mortal.

Notó que una gota de agua se le deslizaba por la mejilla. ¿Llovía dentro del coche? Quiso accionar los limpiaparabrisas y se puso tan nervioso buscando la palanca que el coche se desvió a un lado. Presa del pánico, Étienne pisó el freno y el barro salpicó la ventanilla. Al final, las escobillas se movieron con un chirrido sobre el parabrisas. No llovía, eran las lágrimas las que le anegaban los ojos; una ola de cansancio y tristeza lo invadió y amenazó con abatirlo. Si no quería acabar como su amigo, tenía que concentrarse en la carretera.

El coche estaba cruzado en medio de la calzada. Étienne se obligó a respirar con calma, detuvo los limpiaparabrisas y sujetó el volante con las dos manos. Pisó el acelerador, el motor rugió y las ruedas derraparon. Después de una sacudida, el vehículo volvió a su carril. Étienne notó que el pulso se le normalizaba. Por suerte, a esas horas de la madrugada no circulaban coches en dirección contraria.

Se obligó a fijar la vista en el asfalto. Ojalá no se cruzara en su camino un

animal nocturno. No quería atropellar un zorro; si había que abatirlo, mejor a caballo durante una cacería. Su amigo pensaba lo mismo, el amor por los caballos los había unido. Arthur Capel, el eterno joven que nunca consiguió quitarse de encima el mote infantil de Boy, era un jugador de polo fantástico. Boy era un *bonvivant*, intelectual y encantador, un caballero de la cabeza a los pies, un diplomático británico al que ascendieron a capitán en la guerra y un hombre al que todos llamaban con gusto «camarada». Étienne podía considerarse dichoso de ser uno de sus mejores y más viejos amigos. De haber sido...

Otra lágrima rodó por su mejilla curtida por el sol, pero Étienne no apartó la mano del volante para secársela. No debía permitir que lo distrajeran sus propios pensamientos si quería llegar sano y salvo a Saint-Cucufa. Ese viaje era el último favor que podía hacerle al difunto. Tenía que darle la terrible noticia a Coco antes de que se enterara al día siguiente por los periódicos o por la llamada telefónica de algún chismoso. No era en realidad una misión agradable, pero la llevaba a cabo con el corazón.

Coco era... Coco había sido el gran amor de Boy. No cabía ninguna duda. Para nadie, y menos todavía para Étienne. Él los presentó aquel verano, en su finca. Boy había ido a Royallieu por los caballos y se fue con Coco, y eso que era la novia de Étienne. Bueno, en aquella época no lo era exactamente. Era una chica que actuaba en el cabaré del enclave militar de Moulins cantando dos canciones picantes y que de día zurcía pantalones para los oficiales con los que pasaba el rato de noche. Tierna, aniñada, hermosa, alegre, frágil y también extraordinariamente valiente y enérgica. El polo opuesto de la *grande dame* que muchas mujeres de la Belle Époque pretendían ser.

Étienne se divertía con ella y la acogió en su casa el día que se presentó de improviso en su puerta, pero no cambió nada en su vida por ella. Al principio ni siquiera quería tenerla a su lado, pero Coco era terca y, simplemente, se quedó. Uno, dos años... No recordaba cuánto tiempo vivieron juntos sin que la considerara su pareja. De hecho, fue Boy quien le abrió los ojos ante la belleza y la fuerza interiores de aquella joven. Pero ya era demasiado tarde. Su amante, que nunca llegó a ser la única, se marchó como hacía la gente de sus círculos sociales en la época de la Gran Guerra. No obstante, continuaron siendo amigos. Y seguiría siendo amigo de Boy incluso después de que este hubiera exhalado su último suspiro. Lo juraba.

TENÍA QUE PARAR de una vez de hacerse mala sangre.

Gabrielle llevaba horas dando vueltas en la cama. De vez en cuando caía en un sueño que parecía profundo, pero se despertaba de repente, sobresaltada, confusa y atrapada todavía en lo que había soñado y no lograba recordar. Entonces palpaba el otro lado de la cama para notar la presencia del conocido cuerpo que le brindaba tanta seguridad, pero la almohada estaba vacía; las sábanas, intactas... Y ella, totalmente despierta.

Claro. Boy no estaba. El día anterior —¿o hacía ya dos días?—, se había marchado a Cannes para alquilar una casa en la que pasarían juntos las fiestas. Era una especie de regalo de Navidad. Gabrielle amaba la Costa Azul y significaba muchísimo para ella que Boy pasara las navidades a su lado en vez de celebrarlas con su mujer y su hijita. Incluso le había prometido que pediría el divorcio. Se reuniría con él en cuanto encontrara la villa adecuada. Pero aún no la había llamado, ni siquiera le había enviado un telegrama para hacerle saber que había llegado sano y salvo al sur de Francia.

¿Habría cambiado de opinión?

Las dudas corroían a Gabrielle desde la boda de Boy, aproximadamente un año y medio antes. Al principio, se quedó de una pieza al enterarse de que prefería casarse con una mujer que encarnaba todo lo que ella no era: rubia, alta, pálida y vanidosa, acomodada y miembro de la nobleza británica, lo que permitiría a Boy ascender socialmente y acceder a la clase alta de la Gran Bretaña. Claro que él ya había conseguido muchas cosas sin esa relación. De origen burgués, hijo de un agente naviero de Brighton, había llegado a ser consejero del presidente francés Clemenceau y a participar en el Tratado de Versalles. ¿Para qué necesitaba una familia noble?

Además, hacía diez años que vivían juntos. Gabrielle contaba con que algún día se casarían. ¿Acaso no era ella un buen partido? Bueno, sobre su origen humilde prefería correr un oscuro y tupido velo. Pero había logrado cierta fama a fuerza de trabajo. Con el nombre de Coco Chanel, se había convertido en una diseñadora de moda de mucho éxito, adinerada incluso.

Había empezado fabricando sombreros gracias a un préstamo de su viejo amigo Étienne Balsan, y sus creaciones, sobrias y elegantes, llamaron enseguida la atención de las parisinas. Nada de plumas ni accesorios excesivos, eso les gustaba a las mujeres después de mucho tiempo de adornos exuberantes. Al final causaron furor las blusas marineras anchas que diseñó en Deauville. Gabrielle desterró el corsé y confeccionó pantalones de mujer. Después llegaron los años de hambre de la Gran Guerra y, en una demostración de pragmatismo, se atrevió

a crear vestidos sencillos y funcionales de tela económica de punto de seda y pijamas cómodos y elegantes con los que las mujeres podían huir a los sótanos durante los ataques aéreos alemanes. Las damas de la nobleza le arrancaban las prendas de las manos. Casi todas las personas de rango, la alta aristocracia en pleno, iban a ver a Gabrielle para que Coco Chanel las vistiera.

¿Para qué necesitaba Boy casarse con una representante de esa clase social? Gabrielle había ascendido socialmente trabajando y se había labrado un nombre. ¿Cómo podía él sacrificar a su gran amor por una carrera que ya lo había llevado a lo más alto? Gabrielle no lo entendió y nunca lo entendería. Y la pena le corroía los huesos como hacía la tisis.

Sin embargo, después volvió con ella. Los lazos que los unían eran más fuertes que las alianzas de oro que Boy intercambió con Diana Wyndham, la hija de lord Ribblesdale. Obviamente, Gabrielle le dio largas al principio, pero luego se hundió en sus brazos. Era mejor aceptar su nuevo papel de amante que renunciar por completo a él. Ese fue su lema. ¿Qué tenía de malo ese arreglo? Nada. ¿Verdad que no? Todo iba bien, pero las dudas siguieron devorándola por dentro como la polilla.

Boy vivía en realidad separado de su mujer; pasaba la mayor parte del tiempo en París. No obstante, de vez en cuando tenía que dejarse ver al lado de su esposa. Gabrielle lo dejaba ir porque a esas alturas estaba segura de que volvería. Su amor era más grande que cualquier otra cosa. A pesar de todas las tormentas, ese amor se mantenía desde hacía diez años y jamás desaparecería. Si en este mundo había algo predestinado a la eternidad, tenía que ser la unión entre ellos dos. Gabrielle estaba convencida. Sin embargo, a veces emergían los pensamientos más sombríos y la expulsaban del cielo igual que a Lucifer. Como esa noche.

Se volvió hacia el otro lado, apartó la sábana agitando las piernas, pero se puso a tiritar de frío y se subió la colcha hasta la barbilla.

¿Por qué no se había puesto Boy en contacto con ella desde su partida? ¿Tal vez la magia de la Navidad le recordaba a su hija de nueve meses? ¿Pensar en su familia lo llenaba tanto que había apartado el recuerdo de su amante, abandonada en su casa de campo parisina? ¿Y si no había ido al sur de Francia a buscar una casa para Gabrielle y él, sino a Cannes, a reconciliarse con su mujer? Antes de irse, le había hablado del divorcio. El pánico se adueñó de ella. No podía dormir.

Con todo, no se levantó, no encendió la luz de la mesita de noche ni echó mano de una lectura entretenida para distraerse. Demasiado cansada para hacer

cualquier cosa, se entregó a los demonios. En algún momento, la fatiga la arrastró de nuevo a la profunda oscuridad de un sueño inquieto...

La despertó un crujido. Era el ruido inconfundible del caucho sobre la grava. Los neumáticos de un coche que frenaba. En el silencio de la noche, el sonido entró nítidamente por la ventana cerrada del cuarto de Gabrielle. Luego, los perros ladraron.

«¡Boy!», pensó medio dormida.

Se puso contenta al pensar que había vuelto a buscarla, que no quería que ella se reuniera con él más tarde. El cuerpo le temblaba de alegría. Solo Boy podía estar tan loco. Lo amaba tanto... Daba igual que celebraran la Navidad en el sur de Francia o en aquella villa apartada de Saint-Cucufa. La Milanaise, la finca que en verano olía a lilas y a rosas, era un tanto desoladora con el viento procedente del norte de Francia. Por eso habían decidido pasar unos días en la Costa Azul. Pero solo podían ser tetricos los lugares en que no estuvieran juntos. ¿Por qué había tardado tanto en comprenderlo?

En ese momento llamaron a la puerta.

—¿*Mademoiselle* Chanel?

Era la voz de Joseph Leclerc, su criado, no el esperado susurro de su amante.

Se despertó totalmente de golpe.

ÉTIENNE BALSAN NO solo conocía a Boy Capel casi tanto como a sí mismo; su relación con Coco le era tan familiar como lo había sido con su amigo. En un primer momento, cuando vio entrar a Gabrielle en el salón en el que Joseph le había pedido que la esperara, pensó que apenas había cambiado en los trece años que habían pasado desde su primer encuentro. Tenía treinta y seis años, pero aún conservaba su aspecto aniñado. Menuda y frágil, estrecha de caderas y con poco pecho, el pelo corto, negro y brillante, revuelto como después de un abrazo apasionado, casi parecía un chico. Si no fuera porque recordaba el ardor de ese pequeño cuerpo envuelto en un pijama blanco de seda, la habría tomado por una criatura andrógina y poco erótica.

Un instante después, se asustó. La miró a los ojos... y vio la muerte.

Coco sabía ocultar sus sentimientos tras una fachada de indiferencia, pero sus ojos oscuros a veces ofrecían una mirada a lo más profundo de su alma. En esos momentos, en su expresión había dolor, una pena desesperada, perturbadora. Pero no se vislumbraba ninguna lágrima.

Y callaba. Estaba allí, muda delante de él, con su indumentaria blanca,

manteniendo la compostura como María Antonieta delante de la guillotina. Era terrible. Si se hubiera echado a llorar, Étienne habría sabido cómo tratarla. Habría podido estrecharla en sus brazos. Pero su silencioso pesar, sus ojos secos, le rompían el corazón.

—Perdona que te moleste en plena noche —comenzó a decir. Carraspeó varias veces y siguió balbuceando—: Creo... Creo que le debo a Boy traerte la noticia... Lord Rosslyn ha llamado desde Cannes... —Tomó aire. Le costaba horrores comunicarle la triste noticia—. Boy ha sufrido un terrible accidente. El coche se salió de la carretera. Conducía él, su mecánico iba en el asiento del copiloto. Mansfield ha resultado gravemente herido. No... No pudieron hacer nada por Boy.

Ya lo había dicho. Pero Gabrielle no reaccionó.

Étienne tardó unos instantes en comprender que el criado ya le había dado la mala noticia. Claro. Joseph había tenido que explicarle por qué dejaba entrar a un extraño en mitad de la noche y la sacaba de la cama. Pero ¿por qué no decía nada?

Étienne continuó hablando para romper el silencio.

—La policía está investigando... Todavía no se sabe qué ha pasado exactamente. En París aún no se ha corrido la voz. Solo se sabe que el accidente ocurrió en algún punto de la Costa Azul. Los frenos del coche... parece ser que fallaron.

—Mademoiselle lo ha entendido, *monsieur* —lo interrumpió Joseph.

Étienne asintió, angustiado. Nunca se había sentido tan incómodo. Miró a la mujer que sollozaba sin verter lágrimas. Todo su cuerpo parecía irradiar aturdimiento y desesperación. Podía ver que la desdicha se apoderaba de ella cada vez con más fuerza. Pero no lloraba.

Coco se dio la vuelta sin decir una palabra y salió de la estancia. La puerta se cerró a su espalda.

Étienne se quedó quieto, sin saber qué hacer.

—¿Puedo ofrecerle algo, monsieur? —preguntó Joseph—. ¿Le apetece un café?

—Me tomaría un coñac. Doble, por favor.

Le sirvió una copa de coñac generosa. Étienne la sujetó entre los dedos para calentarse y calentar el licor. Entonces, se abrió la puerta del salón.

Coco entró de nuevo. Esta vez, con un vestido de viaje, largo hasta los tobillos, el abrigo en el brazo y una bolsa en la mano con el equipaje imprescindible. La sujetaba con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto

blancos. Esa era la única señal visible de la tensión que acumulaba. Su semblante seguía siendo una máscara rígida, en los ojos tenía una mirada vacía.

—Podemos irnos —dijo con voz firme.

Perplejo, Étienne meneó la cabeza.

Ella le sostuvo la mirada, pero no dijo nada.

Étienne asintió, desvalido. Como si supiera adónde quería ir. Sin embargo, no tenía ni idea de lo que Gabrielle pretendía hacer en plena noche. Dio un buen trago de coñac y confió en que el alcohol le provocara un efecto tranquilizador. Fue en vano. Notó que le temblaba la mano con que sujetaba la copa.

—¿Me lo decías a mí? —Étienne titubeó, desconcertado, sin saber con seguridad si no preferiría viajar con su chófer... adonde fuera que le urgiera ir.

—Nos vamos a la Costa Azul. —De nuevo esa determinación en su voz que no encajaba con su aspecto fantasmal—. Quiero verlo. Y me gustaría partir de inmediato, Étienne.

—¿Qué? —resopló y se echó entre pecho y espalda otro buen trago de coñac—. Es peligroso. Hay niebla y la carretera está oscura...

—Pronto amanecerá. No podemos perder tiempo. Nos espera un largo camino. Coco dio media vuelta para irse.

Étienne intercambió una mirada de impotencia con Joseph. ¿Por qué no le pedía a su chófer que hiciera los preparativos necesarios para salir al amanecer? ¿El deber de la amistad llegaba al extremo de apoyar a Coco en su locura? «No está loca», constató con tristeza.

Sin más comentarios, la siguió para adentrarse en la noche.

EL ALEGRE AMBIENTE navideño que recibió a Gabrielle en Cannes le provocó una dolorosa sensación de estridencia y ruido. La música de villancicos cantados en inglés y de animados temas de *jazz* que salía de los cafés y restaurantes inundaba el paseo marítimo, un acto de servidumbre hacia los numerosos turistas de las islas británicas y de los Estados Unidos de América. A las campanas típicas en Francia se les habían añadido estrellas de papel colgadas en las palmeras para que los extranjeros se sintieran como en casa.

Hacía una noche suave, sin apenas brisa, y sobre la bahía se extendía un cielo estrellado que centelleaba como un manto de tul azul marino con lentejuelas transparentes. El paseo de la Croisette se caracterizaba por la elegancia; automóviles caros de los que salía gente enfundada en trajes de noche caros delante de hoteles de lujo igualmente caros. Era Nochebuena. En todas partes se oía cómo descorchaban botellas de champán; las mesas, puestas con piezas selectas de porcelana, cristal y plata, estaban decoradas con acebo y muérdago; se abrían ostras y los pasteles de Navidad esperaban en las cámaras frigoríficas a que los sirvieran de postre.

La idea de un festín le provocó náuseas a Gabrielle. Hacía veinte horas que había salido de casa, pero la consternación, la desesperación, el dolor y el entumecimiento no habían cambiado desde la partida.

Cuando Joseph llamó a la puerta, el miedo la embargó. Boy no habría despertado al criado, habría usado sus llaves y habría llegado a la habitación sin ayuda de nadie. Algo había ocurrido y ese algo destruía el orden. En su mente surgió la sospecha de que había sucedido algo, pero se libró de ella. Boy tenía el aura de un héroe, de un hombre al que no podía pasarle nada. Pero, luego, su fiel y buen criado Joseph asestó el golpe. Con cuidado, atento, compasivo. Por supuesto. El hombre no perdió la compostura en ningún momento, aunque no cabía duda de que a él también lo había conmocionado la noticia que acababa de darle el señor Balsan. Todo cambió de golpe. Gabrielle notó casi físicamente que su vida se rompía en pedazos.

A la comprensión de las palabras le siguió la esperanza de que se tratara de un error. Durante unos minutos grotescos, se aferró a esa idea. Muy pronto fue

consciente de que Étienne no había conducido de noche desde Royallieu hasta Saint-Cucufa para gastar una broma y de que Joseph no entraría en su habitación a esas horas por una tontería. No, Boy ya no estaba. Y, de pronto, lo más importante fue el deseo de verlo. Quizá necesitaba comprender que de verdad estaba muerto. Tal vez quería convencerse de que no había sufrido. Quería velarlo en su ataúd. Aunque no fuera su marido, era su hombre y la parte más importante de su vida. No, no era una parte de su vida, era su vida.

Sin Boy, nada tenía sentido.

No había comido nada y solo se bebió a regañadientes el café que Étienne le llevó después de parar en un hostel, pero no quiso nada más. Ni siquiera bajó del coche en todo el trayecto, como si estuviera petrificada en el asiento de cuero. Igual de lacónica que en La Milanaise. Sabía que su amigo no se merecía ese silencio, pero tenía la sensación de que no podía hablar más de lo indispensable, como si Boy se hubiera llevado su voz con él. Lejos de ella. Para toda la eternidad.

Étienne no tomó el camino sinuoso que subía hasta la entrada principal del hotel Carlton, sino que aparcó el coche abajo. El motor enmudeció. El silencio reinó un momento en el vehículo, el jaleo de la noche festiva entraba amortiguado por las ventanillas subidas. Étienne respiró hondo antes de dirigirle la palabra.

—Espero que encontremos a Bertha. Por lo que sé, se aloja aquí. La hermana de Boy sabrá mejor que nadie lo que ha pasado y dónde estarán velando el cuerpo.

—Sí —se limitó a asentir Gabrielle.

Se subió el cuello ancho del abrigo y escondió la cara pálida debajo.

Étienne le tocó el brazo con un gesto paternal.

—Tienes que dormir un poco. Seguro que quedan dos habitaciones libres y...

¿Dormir? ¡Qué tontería! ¿Acaso tenía que aceptar que la vida continuaba? ¿Cómo iba a dormir sin haber visto a Boy?

—No —dijo, meneando la cabeza con vehemencia—. No, por favor. Descansa tú. Te has ganado una cama en un hotel. Yo te espero aquí.

Silencio.

Gabrielle vio que su amigo se debatía. Sus mandíbulas se movían como si apretara los dientes para triturar la furia que probablemente albergaba contra ella. Evidentemente, estaba cansado después del largo viaje. Dos noches sin dormir también destrozaban a un calavera como Étienne Balsan. Sin embargo, no lo liberó del suplicio.

—Vuelvo enseguida —le prometió finalmente. Titubeó un instante y salió del coche.

Subió a paso ligero hacia la entrada. Era extraordinariamente alto; incluso le sacaba media cabeza a Boy. Al principio, lo que más impresionó a Gabrielle de Étienne fue su altura. Encajaba con el gallardo oficial de caballería, con el jugador de polo y el criador de caballos. Un hombre del mejor porte. Y mejor amigo de lo que ella hubiera esperado nunca.

Mientras seguía a Étienne con la vista, revolvió inconscientemente en el bolso en busca de la pitillera. Era un reflejo. Fumaba continuamente; ya consumía cigarrillos cuando no se consideraba *comme il faut* que las mujeres fumaran. La nicotina la relajaba. Tener un pitillo o una boquilla de marfil entre los dedos le daba una extraña seguridad. Al principio, le divertía hacer algo poco convencional que escandalizara a los moralistas. Ahora, los cigarrillos eran sus compañeros habituales. Y ya nadie se alteraba al ver a una mujer con pantalones o fumando. Coco Chanel había llevado aires nuevos a la moda.

También encontró el mechero enseguida. Probó el mecanismo de encendido y la llama azul de gas parpadeó en la oscuridad del coche.

De pronto vio mentalmente una cerilla. Una lucecita amarilla en el crepúsculo gris azulado de un anochecer veraniego en el campo. La terraza estaba casi a oscuras, pero Gabrielle pudo ver claramente a la luz de la llama una mano pulcra y delgada con unas uñas cuidadas...

—Una mujer como usted no debería encenderse nunca el cigarrillo —afirmó una voz masculina ronca, con un ligero acento que sonaba como si el que hablaba se hubiera tragado un tapón de corcho.

Gabrielle no hizo caso del comentario y dio una calada sin decir nada. Dirigió la mirada a los dedos del desconocido, que en ese momento apagaba la cerilla.

—Tiene manos de músico —constató, formando diminutos anillos de humo blanco a cada palabra.

—Toco un poco el piano. —Aunque ella no podía verlo, supo que bromeaba—. Pero se me da mucho mejor jugar al polo.

—¿Por eso está aquí? —preguntó, describiendo con la mano un círculo que abarcaba el palacio de Royallieu, las cuadras con los purasangres de Étienne y el campo de polo situado junto al parque.

El hombre negó con la cabeza.

—Creo que el destino me ha traído aquí para conocerla a usted, mademoiselle Chanel.

—¿De verdad? —Se rio de él con una arrogancia carente de toda coquetería. Tampoco tenía intención de tontear con aquel desconocido—. Puesto que usted conoce mi nombre, creo que yo debería saber con quién estoy hablando.

—Arthur Capel. Mis amigos me llaman Boy.

—¿Coco?

Gabrielle se sobresaltó.

Tardó unos instantes en volver a la realidad. El recuerdo de aquel anochecer

en Royallieu la había embargado. Había notado claramente la presencia de Boy, todos los detalles de su primer encuentro. Como si estuviera con ella. Sintió dolor al comprender que estaba en el coche de Étienne y no en su terraza, y que no se encontraba en los inicios de su vida con Boy, sino en el final.

Bajó la ventanilla en silencio y tiró la colilla a la calle.

—He hablado con Bertha —dijo Étienne—. Está desolada... —Se interrumpió e hizo una pausa antes de proseguir—. Por supuesto que lo está.

Entró una brisa suave, se oía el murmullo de las olas. Cerca de allí sonaba la voz de barítono de un anglosajón que no acababa de dar con la melodía, pero cantaba «Jingle Bells» con mucho brío.

—*Dashing through the snow / in a one-horse open sleigh...*

Gabrielle volvió a subir la ventanilla.

—¿Dónde puedo verlo? —preguntó con voz queda.

Étienne suspiró.

—Tú... Nosotros... Yo... —Terminó su balbuceo desvalido y se frotó los ojos—. Perdona, Coco. Deberíamos descansar unas horas. Al menos hasta que salga el sol. Bertha te invita a su suite...

—¿Dónde está Boy? —insistió.

Primero no contestó; luego estalló. Parecía abroncar a una persona que no estaba allí.

—Ya han cerrado el ataúd y lo han cargado en un barco. Esta mañana han celebrado un funeral con honras militares en la catedral de Fréjus. La señora Capel tenía prisa. Se ha ocupado de que la comunidad británica de la Costa Azul estuviera presente, pero no ha podido despedirse de él ninguno de sus amigos franceses. —Perdió el control un instante y golpeó con el puño el volante, pero enseguida se contuvo. Como si ni él mismo comprendiera cómo había podido ocurrirle, murmuró—: Lo siento, Coco. Hemos llegado tarde.

«Diana quería impedir que yo estuviera en el funeral —pensó—. Boy fue mío en vida, pero ella me lo ha quitado en la muerte.»

A esa idea le siguió una conmoción. Empezó a temblar como si tuviera escalofríos; realmente tiritaba de frío. A la vez, se sentía mareada. El telón de fondo del parabrisas se difuminó hasta convertirse en una masa oscura. El dolor de cabeza le martilleaba la frente, las náuseas se apropiaron de su cuerpo, un zumbido se apoderó de sus oídos. Sus dedos buscaron a tientas el salpicadero y dieron con el vacío. Todos sus sentidos parecían haber perdido repentinamente el equilibrio, pero las lágrimas liberadoras no se formaron.

Étienne le cogió la mano helada.

—Boy no volverá aunque te derrumbes. Por favor, Coco, vamos a entrar y a dormir un poco. Si no quieres quedarte con Bertha, te pediré una habitación...

A Gabrielle aún le funcionaba el cerebro.

—¿Sabe Bertha dónde ocurrió el accidente? —La pregunta salió débilmente de sus labios.

—Sí. En la carretera Nacional 7, entre Saint-Raphaël y Cannes, en la zona de Fréjus, cerca de un pueblo llamado Puget-sur-Argens.

—Quiero ir.

—Mañana —le prometió Étienne con voz desesperada—. Te llevaré en cuanto amanezca. Por favor, sé buena y ven al hotel conmigo.

Gabrielle no puso ningún reparo. ¿Qué podía objetar? No podía quedarse sentada en el coche de Étienne, aparcado junto a la acera en medio de Cannes. La policía se presentaría inevitablemente en algún momento y se formaría un escándalo porque Coco Chanel pasaba la noche en un vehículo en vez de en un hotel. Los sentimientos la urgían a partir de inmediato hacia el lugar de la desgracia, pero no podía exigirle a Étienne que emprendiera otro peligroso viaje nocturno en coche. La había tratado con mucho cariño, más de lo que haría un amigo, casi como un hermano. Se merecía que lo tratara con comprensión y le permitiera dormir unas horas. Ella no descansaría, aunque ese era otro asunto.

Las piernas le fallaron en un primer momento, pero al final salió del coche. Tenía los músculos agarrotados de estar tanto rato sentada; le dolían los huesos. Al dar el primer paso, se le doblaron las rodillas, pero Étienne la tomó del brazo y la sujetó.

El portero le explicó a Étienne que *lady* Michelham esperaba a mademoiselle; luego, Étienne pidió una habitación en la misma planta.

Gabrielle no dijo una sola palabra. Tampoco cuando se dirigieron al ascensor por el vestíbulo de mármol, escrutados con desconfianza por los demás clientes, sorprendidos al verlos sin ropa de noche y sin equipaje, y también por su aspecto fantasmagórico. Gabrielle no les hizo caso.

¿Qué le importaban a ella los vivos? Sus pensamientos se centraban únicamente en un muerto. No dijo nada cuando el botones los acompañó a la suite de Bertha. Avanzó en silencio al lado de Étienne por el largo pasillo del hotel; los tacones se hundían en la tupida moqueta de terciopelo sin hacer ruido.

A diferencia de Gabrielle, la hermana de Boy se deshacía en lágrimas. La besó en las mejillas secas y le dejó una pátina de humedad en la piel.

—Es terrible —sollozó Bertha—. ¡Ojalá nos viéramos en otras circunstancias!

—Sí —se limitó a contestar Gabrielle.

—Tienes que descansar, querida. He ordenado que te prepararan la cama de al lado...

—No —la interrumpió Gabrielle—. No necesito cama —Echó un vistazo al elegante salón decorado con muebles de estilo Luis XVI hasta que sus ojos se toparon con la *chaise longue* que había junto a la ventana—. Si te parece bien, me acomodaré ahí.

Desconcertada, Bertha miró la puerta del otro dormitorio. Parpadeó con las pestañas humedecidas por las lágrimas.

—¿Cómo vas a dormir ahí? Quédate la cama, es mucho más cómoda.

Gabrielle negó con la cabeza y se dirigió al mueble tapizado sin dar más explicaciones. Se sentó con la espalda recta, agradecida por que Étienne ya se hubiera retirado a sus aposentos.

No se desvistió, rechazó el camisón y la bata de seda, así como la liviana colcha que Bertha pidió para ella. Se quedó vestida por completo en el lugar que había elegido, dirigiendo la mirada hacia la ventana.

Desde allí podía ver el cielo. Era el mejor lugar para un velatorio. Después de que le hubieran negado la posibilidad de ver por última vez a su amado, quizá conseguiría ver al menos el alma de Boy ascendiendo al paraíso.

EL SOL NACIENTE envolvía las rocas escabrosas en una luz púrpura; los pinos del litoral destacaban en el cielo matutino como ribetes negros sobre un vestido azul claro; el mar brillaba como una lejana alfombra de platino a la izquierda de la carretera, que subía y luego bajaba trazando curvas cerradas.

El chófer que Bertha Michelham puso a su disposición conducía despacio por el peligroso tramo. Seguramente por eso estaba tan concentrado, porque tanto él como sus pasajeros pensaban en el accidente que los había llevado hasta allí. Bertha les había propuesto ir en su coche al lugar de la desgracia. Una solución prudente, puesto que de ese modo liberaba a Étienne del peso de la búsqueda; el chófer conocía el sitio.

No obstante, a pesar de todas las precauciones, el conductor no pudo evitar que el coche diera un bandazo cuando, en el preciso instante en que adelantaba a un carruaje tirado por una mula, una liebre saltó a la carretera desde la espesura de unos enebros y él intentó esquivarla.

Gabrielle, hundida en los asientos de atrás, se vio arrojada contra el hombro de Étienne. Contuvo instintivamente la respiración; en unos instantes de infarto se preguntó si ese sería su final, un segundo accidente en la carretera entre

Cannes y Saint-Raphaël en muy poco tiempo. Un gran amor encontraba su final en ese macizo montañoso. Es probable que seguir a Boy fuera la mejor solución.

—No pasa nada —dijo Étienne y le acarició el brazo con suavidad antes de devolverla a su sitio.

El coche volvía a deslizarse con tranquilidad por el solitario paraje.

«No —pensó Gabrielle mientras miraba fijamente por la ventanilla—, mi muerte no sería la mejor solución. Sería el camino más fácil, pero no el que habría querido Boy.» No sabía cómo podría seguir viviendo sin él, pero tendría que encontrar el modo. Después ya pensaría en cómo viviría sin el hombre que le había regalado la vida. La vida de Coco Chanel. Boy no había sido tan solo su amante, sino también su padre, su hermano, su amigo.

—Mademoiselle, monsieur, hemos llegado.

El chófer aminoró la marcha, dejó rodar el coche hasta la cuneta y el motor enmudeció. Después bajó del vehículo para abrir la puerta a los pasajeros.

Gabrielle se sentía como si se contemplara a sí misma. Como si observara a una mujer de treinta y tantos años sujetándose el sombrero, que quería salir volando por el fuerte viento que soplaba a aquella altura; con un traje de viaje arrugado, avanzando a tientas con pasos torpes.

Allí estaban los restos de un coche calcinado que habían subido a la cuneta por el terraplén. Detrás, las rocas caían en picado. En el lugar donde el vehículo se encontraba originalmente, los eucaliptos y los brezos estaban doblados.

Gabrielle estaba sola; los dos hombres que la acompañaban tuvieron el detalle de quedarse atrás. Desde la distancia mental, observó a esa mujer que se acercaba al amasijo de chapa, madera, cuero y goma que antes había sido un lujoso cabriolé. Era irreal, como la secuencia de una película.

No fue consciente de la realidad hasta que llegó al montón de chatarra. Un olor acre penetró en su nariz. Sobre el coche todavía flotaba el hedor a gasolina, azufre y goma quemada, y, curiosamente, el olfato le transmitió la realidad del terrible accidente con más fuerza que la percepción visual. De repente comprendió lo que hasta entonces no había logrado entender.

Los reflejos del sol se alternaban rápidamente con unas sombras alargadas que se volvían oscuras y cegaban al conductor. El viento, húmedo y frío, que soplaba contra él le provocaba un hormigueo desagradable en la piel y, aliado con su aliento cálido, le empañaba las gafas. Con todo, él conducía a toda velocidad, como si transitara con una luz clara en un tramo recto. Corría mucho, era una persona que no hacía nada con prudencia y lentitud. El rugido del motor era música para sus oídos, a veces *scherzo*, a veces *rondó*. Los discos de freno chirriaron. Acero contra acero, goma sobre alquitrán. Luego, el vehículo saltó por los aires, tronchó ramas y árboles, y finalmente chocó contra el borde de una roca y explotó formando una bola de fuego.

Gabrielle alargó la mano con cautela, tocó los restos abollados del Rolls-Royce esperando quemarse. Pero el metal estaba frío, como el cuerpo de Boy en su ataúd.

En ese momento se derrumbó. Las lágrimas que se habían negado a brotar desde que Étienne llegara a La Milanaise se abrieron paso. Gabrielle se echó a llorar amargamente, como si se hubieran abierto todas las compuertas de su cuerpo, de su alma, de su corazón.

A SUS CUARENTA y siete años, Marie Sophie Godebska —madame Natanson y, después, Edwards, de casada— seguía siendo una mujer de una belleza inmutable y una elegancia imponente. La educación artística que había recibido en casa de su abuela en Bruselas y su traslado a París con su padre polaco en la adolescencia, así como el contacto temprano con los artistas más importantes de la Belle Époque, habían fomentado su buen gusto. Su sentido de la belleza, acompañado de una gran inteligencia, hacían una excepción de Misia, que era como la llamaban. Gracias a la fortuna de su segundo marido y a su relación con el célebre pintor español José Sert, la musa se convirtió finalmente en reina de la sociedad parisina y mecenas. Sin embargo, si era la mejor amiga de Gabrielle desde que se conocieron dos años atrás, era por su amabilidad y su sed de libertad.

La tarde desapacible de invierno que ordenó a su chófer que la llevara a Saint-Cucufa, no se puso en camino solo para dar el pésame, sino también para cumplir la misión de salvar una vida. Todo lo que le habían contado sobre el alma de quienes lloraban a un difunto era angustioso. Coco necesitaba tiempo para organizar su vida sin Boy, por supuesto. Pero no por ello tenía que convertirse en una sombra de sí misma.

El estado en que se encontraba era tan alarmante que Joseph había recurrido a Misia en busca de socorro. Si Coco encargara misas negras o se dedicara a invocar a los espíritus, Misia no se habría exasperado tanto ante la afirmación de que mademoiselle estaba perdiendo la razón. ¿Acaso el criado no tenía que estar desesperado para expresarse de ese modo? Salvo Étienne Balsan, nadie conocía el estado de Coco. Mademoiselle Chanel no había visto a nadie desde su regreso de la Costa Azul, la casa de modas permaneció cerrada durante las vacaciones de Navidad.

Impelida por la máxima preocupación, Misia quería ver con sus propios ojos lo que ocurría en La Milanaise. Mientras el coche se deslizaba por el camino de acceso a la villa, rezó por no llegar demasiado tarde. Para lo que fuera. Probablemente, para proteger a Coco de sí misma.

Joseph abrió la puerta.

—Me alegro de que haya venido, madame —dijo, aliviado. Sus palabras ahogadas se oyeron claramente a pesar de los ladridos y gemidos que iban en aumento a su espalda.

El criado movió la cabeza en un gesto de disculpa antes de alzar la voz para reprender a los perros.

—*Couche! A place!*

Los dos pastores alemanes se tranquilizaron y emprendieron la retirada hacia sus frazadas, en la parte posterior de la casa. Los dos pequeños terriers, un regalo de Boy a la dueña, siguieron ladrando y retozando con curiosidad junto a las piernas de la recién llegada.

—¿Cómo se encuentra mademoiselle Chanel? —preguntó Misia, bajando la mirada hacia *Pita y Pope*.

Joseph la ayudó a quitarse el abrigo.

—A mí me parece que no está en sus cabales. Al regresar del sur de Francia, ordenó pintar de negro las paredes de su dormitorio. ¡Imagínese, madame! De negro. Negro como la muerte —Joseph meneó la cabeza. —Vivía en sus aposentos como si estuviera en una cripta. Se encerró y no quería probar bocado. Fue terrible.

—¿«Vivía»? —La forma verbal en pasado que acababa de utilizar Joseph hizo que se olvidara de sus medias de seda, expuestas en ese momento a las garras de un terrier—. ¿Qué le ha pasado?

—Acaba de bajar y me ha ordenado que avise al pintor. Ahora quiere que le pinten el dormitorio de color rosa. Dice que no volverá a poner los pies dentro hasta entonces. Pero yo me pregunto si el rosa es la mejor elección para su estado anímico...

—¿Dónde está? —lo interrumpió Misia, atajando sus reflexiones en voz alta.

—En el salón, madame. —Joseph hizo una reverencia, cogió los perritos y se los puso debajo del brazo—. Si hace el favor de seguirme...

Misia lanzó una mirada fugaz al delgado empuje que asomaba por debajo de su falda, larga hasta los tobillos. Vio un agujerito en la seda, que se agrandó hasta formar una carrera. Un percance molesto, pero totalmente insignificante ante la desventura que le esperaba al otro lado de la puerta del salón, que Joseph abría como podía en aquel momento.

Durante unos segundos, Misia se sintió atrapada en una nevera. Aunque en la chimenea ardía un fuego recién avivado —Joseph o su mujer, Marie, cuidaban a Coco con cariño—, la atmósfera que imperaba en la sala la hizo tiritar de frío en el acto.

Coco estaba sentada o, mejor dicho, hundida en una butaca, con la mirada perdida. Vacía. Inerte. Al entrar Misia, parpadeó un instante, pero no la miró. Tenía los ojos tristes, la tez blanca como la seda del pijama que todavía llevaba puesto a pesar de la hora. Siempre había sido una mujer muy delgada, pero en esos momentos a Misia le pareció flaca. Demacrada. Seguramente llevaba días sin probar bocado.

—Querida, estoy desolada. —Misia se inclinó un momento para acercar su mejilla a la de Coco y lanzar un beso al aire—. Lo siento mucho —añadió, mientras se incorporaba y buscaba con la vista un sitio para sentarse.

Al final, se sentó en el sofá. Dobló la pierna con la media rota de manera que el desperfecto no se notara. Pero a Coco no le interesaban las apariencias.

—Gracias por venir —contestó con voz queda—. ¿Quieres que Joseph te sirva algo? ¿Café? ¿Una copa de vino?

Encima de la mesita auxiliar, Coco tenía al alcance de la mano una taza de té que no parecía haber tocado, el contenido debía de estar frío.

—Si tú no tomas nada, yo tampoco.

Coco asintió sin decir nada.

—Es difícil. Naturalmente. Pero, querida... —Misia buscó las palabras y dijo —: Tienes que volver en ti. Estamos todos muy preocupados —no dijo a quién incluía en ese plural.

Coco volvió a asentir con la cabeza, pero esta vez habló.

—Esta mañana han celebrado el funeral en la iglesia de la plaza de Víctor Hugo. —Seguía con la mirada perdida, ni una sola vez la dirigió hacia Misia; quizá veía a Boy en la lejanía de sus pensamientos—. Étienne dice que el sepelio tendrá lugar en el cementerio de Montmartre...

—Ya lo sé —dijo Misia en voz baja.

Poco antes de partir hacia Saint-Cucufa, una amiga le había contado que la viuda de Boy no había asistido a la misa. Diana debió de pensar que Coco iría, pero ella tampoco había participado en las exequias.

—No he querido ir porque habría tenido que sentarme en las filas de atrás, con el resto de los asistentes —prosiguió Coco, como si le hubiera leído el pensamiento—. Y no quería concederle esa victoria sobre nuestro amor... ¿He hecho mal, Misia?

Por fin miró a su amiga.

A Misia se le encogió el corazón al percibir el dolor, la desesperación, en la mirada de Coco.

—No, seguro que no —dijo y se deslizó hacia el borde del sofá para

acariciarle la mano con ternura—. Tú has hecho lo que considerabas correcto en todo momento y después siempre se ha demostrado que en realidad estabas en lo cierto. Esta vez será igual. La intuición es uno de tus puntos fuertes. Te admiro por ello.

—Boy era lo que más me importaba. Formábamos una unidad, nos entendíamos sin palabras.

—Lo sé —repitió Misia.

Las dos amigas habían encontrado al amor de su vida al mismo tiempo. Cuando Coco y Boy se enamoraron, Misia aún no los conocía, pero en esa época, hacía diez u once años, ella se había enamorado de José Sert. José era para Misia lo que Boy había sido para Coco, y la idea de perder a su amado de un día para otro era tan terrible que no solo podía comprender la pena de Coco, sino que sufría con ella.

Observó a su amiga, que parecía menguar a cada instante que pasaba. El desmoronamiento físico era obvio, pero no parecía cercana a la locura. A saber en qué pensaba al cambiar de manera tan radical el color de las paredes de su dormitorio, pero no parecía haber perdido el juicio. Con todo, saltaba a la vista que se encontraba en un estado alarmante. «¿Cuántas mujeres habían muerto por culpa de un corazón roto?», caviló Misia. En la Gran Guerra no se habían registrado ni de lejos tantas mujeres muertas como soldados caídos. En cualquier caso, no se conocían datos al respecto. «Estamos obligadas a sobrevivir —pensó—. Los muertos solo pueden permanecer vivos en nuestro recuerdo a través de nuestro amor.»

—Boy era fantástico —dijo—. De eso no cabe duda. Por eso querría que tú siguieras avanzando por el camino en que se acabó vuestra unión. Por él.

—Pero ¿cómo voy a poder hacer algo sin él? —se rebeló Coco, hablando desde la más pura desesperación—. ¡Sin él no soy nada!

—Continúas siendo todo lo que Boy amaba.

Coco la miró con asombro, como si hasta entonces no hubiera sido consciente de que Boy podía seguir viviendo de algún modo en ella, a través de ella.

Misia retomó rápidamente la palabra, contenta por haber roto en ese momento la fachada rígida del sufrimiento.

—Hace poco, te mudaste al edificio la rue Cambon, 31. Cinco plantas de Chanel, todavía sin decorar. Boy me contó que te habías inscrito con esas señas en el registro mercantil como *couturier* y no como sombrerera. Estaba muy orgulloso de ti. No puedes abandonar porque la pena te paralice... —se interrumpió, le estrechó la mano y prosiguió—: Lo que te ha ocurrido es terrible,

por supuesto. Pero ¿no crees que es tu deber llevar a cabo el proyecto que teníais juntos? Tendrás que hacerlo sola, sí, pero tienes que hacerlo. ¡Mira hacia delante, Coco!

Hizo una pausa, esperando la aprobación de su amiga, pero Coco se mantuvo en silencio, mirándola con ojos inexpresivos. Por eso insistió al cabo de unos instantes.

—Querida, no permitiré que recorras el camino sola. Estaré a tu lado cuando me necesites. Te lo prometo.

Coco desvió la mirada como si buscara una respuesta en la lejanía. Dio la impresión de que enderezaba el cuerpo, pero el peso de la pena impidió que lo consiguiera.

—¿De qué hablasteis la última vez que os visteis? —preguntó Misia, mientras elevaba una oración muda al cielo para que una inspiración divina la ayudara a liberar a Coco de su letargo. Luego siguió hablando al buen tuntún—: Me refiero a los proyectos que teníais para el negocio.

—No lo sé, Misia. No me acuerdo con detalle de lo que hablamos. Había tantas cosas... —Coco intentó recordar algo, pero no lo logró. Una lágrima furtiva escapó de sus ojos y se frotó la cara como si quisiera ahuyentar a un insecto. De repente, su semblante cobró un poco de vida—. De un perfume. Sí, hablamos de fragancias.

Misia pronunció una oración muda de agradecimiento y esperó.

—En el periódico publicaron un artículo sobre el asesino de mujeres, aquel al que detuvieron porque una testigo lo reconoció por el olor. —La voz de Coco sonó extrañamente monótona, casi sorprendida, como si se maravillara de lo bien que le funcionaba de repente la memoria—. El hombre usaba Mouchoir de Monsieur, de Jacques Guerlain, y Boy y yo comentamos que ese perfume tan peculiar era único. Luego especulamos con la posibilidad de ofrecer una colonia a mis clientas. No para venderla en las boutiques, sino como regalo de Navidad. Unos cien frascos... —Se le rompió la voz.

Misia tenía claro que su amiga nunca volvería a disfrutar de unas fiestas tranquilas en las que no recordara el accidente de Boy. Temiendo que Coco volviera a hundirse en un mar de tristeza, se puso a hablar por los codos.

—Bueno, un perfume es un buen regalo en cualquier época del año. Es una idea magnífica. Mira a François Coty: ganó una fortuna con Chypre porque los soldados estadounidenses enviaron millones de frascos a casa como recuerdo de Francia o se los llevaron consigo cuando se retiraron las tropas. A tus clientas les encantará tener un frasco de Eau de Chanel...

—El señor Coty es perfumista. Tiene una fábrica. Yo solo soy una insignificante modista.

—No digas tonterías, querida. —Misia empezaba a entusiasmarse con el tema. Le soltó la mano a su amiga para gesticular emocionada mientras proseguía—: Paul Poiret también es «solo» un creador de modas...

—Pero el más grande...

—La fama de Poiret no ha influido hasta ahora en tu ambición y tampoco debe hacerlo en el futuro. Lo importante sería encontrar un aroma tan especial como tus diseños. Nada de perfumes fuertes que siempre huelen a rosas. El Parfum de Rosine de Paul Poiret es una percepción sensorial más de sus creaciones. Y han dejado de ser el último grito. Coco, tú tienes éxito porque...

—... porque contaba con Boy.

Misia suspiró para sus adentros.

—Sí, claro, eso también. Pero, si me lo permites, él no diseñaba tus vestidos. Las ideas son tuyas y son modernas, por eso cosechas tanto éxito. Y si tienes en cuenta la singularidad de tu estilo a la hora de seleccionar los aromas para la colonia, erigirás un monumento en recuerdo de Boy.

Misia calló, se había quedado sin aliento. Cruzó las manos y esperó la respuesta de Coco.

—Tienes razón. Ya lo había pensado. Voy a encargarme un monumento en memoria de Boy. De piedra. Para emplazarlo en el lugar del accidente. Me gustaría crear un lugar de recuerdo para él.

—¡Mira al futuro, Coco! No vuelvas la vista atrás, por favor. Hazlo por Boy. Por mí. No puedes abandonar.

Coco se pasó la mano por el pelo, ensimismada.

—No digo que fabricar un Eau de Chanel sea mala idea. Por Dios, ¿cómo iba a pensar que no es una propuesta magnífica si la planteó Boy? Pero no puedo llevarla a cabo. Sé diseñar sombreros y coser vestidos, pero no tengo ni idea de cómo trabaja un perfumista. Es un oficio específico, muy especial. Sola, no lo conseguiré y no conozco a nadie que pueda apoyarme en este asunto. Además, tendría que confiar ciegamente en esa persona. Boy me habría ayudado, pero Boy ya no está aquí para descubrir juntos cómo debería ser mi perfume.

Misia dudaba de que Arthur Capel, un hombre con mucho interés en el arte y una gran cultura literaria, hubiera sido la persona adecuada para familiarizar a Coco con los procesos de trabajo propios de un laboratorio químico. Ignoró ese pensamiento y decidió tomar cartas en el asunto.

—Yvonne Coty es amiga mía. Tú también la conoces, ¿verdad? Compra en tus

boutiques, ¿no? Da igual, podría pedirle una entrevista con su marido. Es incapaz de negarle un deseo a una mujer, y ¿quién puede introducirte mejor en los secretos de los aromas que el mayor fabricante mundial de productos de cosmética?

—Cuando lo hablamos, Boy dijo que Coty era la mejor opción para fabricar mi Eau de Chanel —murmuró Coco.

—Y tenía razón.

Coco abrió mucho los ojos y le dirigió una mirada insondable.

—¿Por qué iba a concederme su tiempo un hombre tan ocupado como el señor Coty? Dicen que es un tirano.

—Sí, pero un tirano encantador. —Misia sonrió—. Los hombres como él también tienen sus puntos débiles. Yvonne me contó que le da mucha importancia a impresionar a la gente. Como el gran duque de *La cartuja de Parma*, la novela de Stendhal: cuanto más célebre es la persona a la que puede impresionar con su talento, mejor. ¿Y qué puede ser más impactante que una mujer famosa que quiere honrar a su amado cumpliendo su último deseo?

Sorprendentemente, las mejillas pálidas de Coco cobraron color.

—Un perfume en recuerdo de Boy. Eso no es un monumento...

—Si encuentras una fragancia especial, será un monumento.

Misia escuchó sorprendida el eco de sus propias palabras. ¿Cómo se le había ocurrido semejante afirmación? Tenía que habérselas susurrado al oído un ángel. Era la idea oportuna para arrancar a Coco de su letargo.

—Quizá. Sí. Pero tendría que encontrar un aroma especial.

—Tienes que conseguir el mejor perfume del mundo.

Misia estaba radiante. Pensó si habría una deidad de las fragancias en la mitología. Lamentablemente, no lo sabía. Pero tanto daba, la felicidad de Coco era demasiado importante para dejarla en manos de las fuerzas terrenales: Misia conjuró a todos los dioses que se le ocurrieron.

—Antes que nada, te pediré una cita con François Coty. Estoy segura de que todo será muy fácil después de esa entrevista.

EL VACÍO QUE se extendía cada vez con más fuerza en su interior ¿se llenaría con un perfume igual que se rellenaba un hueco con arena? Gabrielle se planteaba la pregunta casi a diario, sobre todo cuando Misia iba a verla para convertir cuanto antes en un hecho la primera conversación que mantuvieron sobre el Eau de Chanel. Y esta la visitaba casi todas las tardes, en el taller o en casa, ningún sitio le parecía demasiado lejos.

Gabrielle no estaba segura de que la decisión irreflexiva de hacer realidad la idea de Boy fuera acertada. Todo iba demasiado deprisa, pero seguía los planes cargados de energía de Misia como si estuviera en trance. Le daba la impresión de que su vida era como la de una marioneta. El destino tiraba de los hilos, quizá también Misia. No hacía falta que Gabrielle se preguntara por qué se levantaba todas las mañanas y retomaba su trabajo en el taller como de costumbre, y todas las noches volvía a la cama. Funcionaba sin verle el sentido a nada, igual que estudiaba sin hacerse preguntas los libros de botánica y química que Misia le llevaba, aunque apenas entendiera una palabra del contenido. Leía las noticias de prensa, recientes y antiguas, sobre François Coty que Misia reunía y le entregaba ordenadas en carpetas. Hacía todo lo que se le exigía. Como una autómatas. Por cumplir. Por contentar. Como cuando era una pequeña huérfana y tenía que obedecer a las monjas del convento de Aubazine.

Cuando por fin se encontró ante las puertas de la fábrica de François Coty en Suresnes, a las afueras de París, se repitió la pregunta y una vez más no supo qué la había impulsado en realidad a ir. Levantó la vista y observó el relieve que, a la luz blanquecina de esa mañana de finales de invierno, tenía algo mágico y pensó que todo lo que hacía estaba relacionado con Boy. Con nada ni con nadie más. Ni siquiera con ella misma.

La escultura de la pared la cautivó. En ella se veían dos mujeres arrodilladas en actitud devota ante un alambique. Hermosas, misteriosas, fascinantes. ¿Eran diosas creando una fragancia especial? ¿O criaturas terrenales venerando un perfume divino? Era el logotipo de la empresa, diseñado por René Lalique, que también se encontraba en la marca de agua del papel de carta con que el jefe había confirmado la cita con letra enérgica. Decidió que probablemente

representaban una escena de adoración a las fragancias que se elaboraban detrás de aquellos muros. Buscó por todas partes la imagen de un número mágico: uno, dos, tres, cuatro, cinco. En vano.

Un empujón la devolvió al presente. Un grupo de chicas pasó por su lado con prisas y sin el menor cuidado. Era la hora en que la mayoría de las trabajadoras se agolpaban en la entrada de la fábrica. En sus investigaciones, Gabrielle había descubierto que Coty daba trabajo a unas nueve mil personas, tanto mujeres como hombres, en laboratorios, fábricas, vidrierías y diversas plantas de embalaje en Suresnes. En diez años, había creado un emporio de perfumería, y la zona industrial a orillas del Sena recibía ahora el nombre de Perfume City. Boy tenía razón, por supuesto. Aquel era, de verdad, el mejor lugar para impulsar la fabricación de su Eau de Chanel.

Gabrielle se dejó llevar por la corriente de mujeres. Las siguió sin pensarlo mucho. Ella vestía con más elegancia, pero su aspecto coincidía en conjunto con el de muchas trabajadoras de Coty. Las que se preciaban un poco de ir a la moda exhibían el nuevo estilo, llevaban una falda que solo llegaba hasta la pantorrilla y un peinado conocido como *bob*, y las que tenían unas buenas curvas las disimulaban con un sujetador especial. Esa era la moda que diseñaba ella con el nombre de Coco Chanel y que creó una nueva generación de mujeres seguras de sí mismas y emancipadas después de la Gran Guerra. En todas las clases sociales, como acababa de comprobar. Aquella visión le aceleró el pulso y la colmó de orgullo. Y, al menos por un momento, la libró de la tristeza que la acongojaba. La embargó una sensación de seguridad que la confortó como el abrigo adornado con pieles que se había echado sobre los hombros.

La dirección del imperio perfumista se encontraba en la villa situada en un extremo de los terrenos de la fábrica, llamada elocuentemente La Source, «la fuente». Era un edificio de dos plantas que recordaba el estilo provenzal, con tejas rojas y barandillas de hierro forjado en la escalera de entrada y en los balcones. Para ser un hombre con fama de coleccionar palacios renacentistas y rococós como quien coleccionaba sellos, sorprendía que el edificio tuviera un aspecto tan poco señorial, pero a Gabrielle le produjo una sensación grata. Siempre había despreciado la presunción. Quizá fuera a entenderse mejor de lo que esperaba con François Coty.

La sorprendió que el interior no oliera a los perfumes, polvos de tocador y pintalabios que desde allí se distribuían a todo el mundo. En realidad, en el vestíbulo del edificio de administración, caracterizado por una elegancia sobria, no olía a nada que estimulara los sentidos, solo al aire invernal que entraba y a la

humedad que impregnaba la ropa de los que cruzaban la sala para acceder a su puesto de trabajo. Gabrielle notó, muy a su pesar, que la decepción se apoderaba de ella, pero se consoló pensando que los retales, los patrones y las agujas que se acumulaban en su estudio tampoco permitían formarse una idea de los modelos que allí se diseñaban, cortaban y cosían.

Tuvo que esperar un rato antes de que la condujeran al sanctasanctorum. En el despacho del jefe había mucha madera, mobiliario barroco y pinturas seguramente muy valiosas que no supo catalogar. El centro lo ocupaban un escritorio y una estantería con tarros y frascos de precioso cristal, junto a unos botes de farmacia, colocados con mucho estilo bajo la luz. Gabrielle sabía que esos envases los fabricaba René Lalique, cuyo nombre estaba en boca de todos desde hacía décadas, como mínimo desde que las joyas que elaboró para la actriz Sarah Bernhardt lo convirtieron en una celebridad.

—Disculpe que la haya hecho esperar —dijo François Coty a modo de saludo y le besó la mano.

Gabrielle había coincidido con él en algunos actos sociales y lo llamaba mentalmente «Napoleón». El nombre no aludía únicamente a su poder: Coty también había nacido en Córcega, incluso circulaba la leyenda de que estaba emparentado con la familia Bonaparte. Como el gran emperador, él también era de baja estatura y se le consideraba un donjuán y, naturalmente, pomposo. Corría el rumor de que llevaba un puñado de diamantes en el bolsillo del pantalón para jugar con ellos como si fueran canicas.

—No exagero si afirmo que hoy vamos de cabeza —prosiguió Coty, que le retuvo la mano un poco más de lo conveniente—. La empresa que me suministra los envases no puede cubrir la demanda. Fabricar los cien mil frascos que vendemos a diario es todo un reto, pero no estoy dispuesto a reducir la producción de colonia porque Lalique no pueda cubrir las necesidades de mis clientas.

Seguramente mencionó adrede la cantidad para dejar claro que gobernaba un imperio. Gabrielle recordó que le gustaba impresionar y le dedicó una sonrisa comprensiva.

—Por supuesto, le agradezco que me reciba a pesar de todo.

—En el futuro diseñaré y fabricaré yo mismo los frascos, eso facilitará el proceso de producción. Acabo de dictarle una circular a mi secretaria con la información correspondiente. La enviaremos mañana. Usted es la primera que conoce mis planes, mademoiselle Chanel.

—Me honra usted.

François Coty le dirigió una mirada radiante.

—Tome asiento, por favor.

Mientras Gabrielle se sentaba en una de las butacas, empezó a tomar apuntes mentalmente. Tenía que pensar en diseñar un envase bonito para su perfume y buscar un vidriero con una pequeña fábrica. Las dificultades a las que se exponía René Lalique colaborando con François Coty no le afectaban. No iba a lanzar al mercado una gran producción de Eau de Chanel. Con Boy habían hablado de un regalo especial de Navidad para sus mejores clientas y así debía ser. Eso significaba que no tendrían que fabricar más de cien unidades.

Coty le ofreció un café y ella aceptó de buena gana. Siguió la típica charla sobre temas superficiales. Coty lamentó la muerte del escritor Paul Adam y Gabrielle se quejó del clima, demasiado templado y húmedo. Luego entró en materia y le contó el motivo de su visita. El perfumista asintió, ya lo sabía, su esposa le había transmitido cierta información de parte de Misia, pero la dejó hablar.

—Será un honor desarrollar una fragancia para usted, mademoiselle Chanel —enfaticó galantemente—. Estoy seguro de que nuestra colaboración será fructífera.

—Busco un obsequio para mis clientas, no un producto para el gran mercado.

Coty hizo un ligero gesto con la mano, como si quisiera borrar esa restricción.

—No habrá ningún problema. Confíe en mí y...

—Desde luego —lo interrumpió con un tono de voz especialmente amable—. Pero me gustaría señalar que quiero integrarme en el proceso de fabricación desde el principio.

François Coty titubeó.

—¿A qué se refiere? Usted no es química, es...

—Por supuesto... —volvió a interrumpirlo—. Dejaré el oficio en manos de los expertos, eso por supuesto. —Hizo una breve pausa para dedicarle una sonrisa atenta; luego prosiguió—. Pero me gustaría seguir todos los pasos de la elaboración y también estar informada de la fórmula y del proceso de producción. Es muy importante para mí. Esta colonia es un asunto del corazón.

—Siempre lo es, mademoiselle Chanel, siempre lo es. Si no oliéramos con el corazón, los perfumes no tendrían magia. La fascinación viene de aquí dentro —dijo, golpeándose el pecho con la palma de la mano—, no de aquí arriba —añadió, dándose golpecitos en la sien con el dedo índice—. No obstante, para cumplir sus deseos, debe cumplir un requisito esencial: ¿qué tal su nariz?

Inconscientemente, Gabrielle se llevó la mano a la cara.

—¿A qué se refiere?

—Se lo enseñaré.

Coty se levantó, se acercó a la estantería llena de envases de vidrio y cogió un frasco y tres matraces con sus grandes manos que depositó en la mesa junto a las tazas de café. Luego abrió el frasco y le ofreció el tapón de cristal.

—¿A qué huele?

Gabrielle olfateó. La respuesta era fácil. Reconoció enseguida la inconfundible fragancia.

—Es Chypre.

—Sí, es mi perfume. La colonia con más éxito del mundo. Sabía que la reconocería, pero me refería más bien a los aromas que percibe.

—Hay jazmín... —murmuró Gabrielle frunciendo el ceño. De repente no estaba segura de si lo decía porque lo sabía o porque realmente percibía el aroma intenso y dulce del jazmín. Intentó concentrarse en el sentido del olfato, pero no consiguió distinguir con detalle los demás ingredientes—. Me recuerda un poco el olor a polvos de tocador... —se interrumpió para añadir—: Hay algo que me recuerda a un paseo por el bosque.

—No está mal —la elogió Coty—. Es buena, mademoiselle Chanel. Valdrá la pena cultivar un poco su olfato. La nota principal corresponde realmente al jazmín; además, contiene pachuli, vetiver, sándalo, bergamota y musgo de roble. Ese *bouillon de mousses* es el secreto de un perfume moderno. Un perfumista cuenta con infinidad de posibilidades, su arte consiste en encontrar la fórmula adecuada y usted tiene que saberlo antes de embarcarse en el proceso creativo.

¿Acaso Coty esperaba que realizara estudios de química antes de incluirla en la elaboración de su Eau de Chanel?

—He oído que la formación de un perfumista es muy difícil —admitió Gabrielle.

«Pero nada es demasiado difícil como para no intentarlo al menos», pensó. Boy siempre había admirado su valor para probar cosas ante las que otras mujeres se rendían. Había aprendido a montar a caballo en pocos días solo para agradar a Étienne Balsan y a sus invitados. Al poco tiempo cabalgaba ya como si hubiera nacido encima de una silla de montar, y eso que los caballos nunca le habían gustado especialmente.

Coty interrumpió sus recuerdos al quitarle de la mano el tapón para cerrar el frasco. A continuación abrió una botellita marrón tapada con un corcho.

—¿Qué es?

Aquel olor penetrante, dulce y aromático era inconfundible.

—¡Sándalo! —exclamó con voz triunfal.

—Exacto. —Cambió de tapón y de frasco—. Inténtelo ahora, hágame el favor.

Gabrielle esperaba que le pusiera una prueba más difícil, pero no pensaba que...¿Pero qué le ocurría? No olía nada. Era como si estuviera muy resfriada. Notó un leve olor a naranja, pero también podían ser imaginaciones suyas. ¿Intentaba despistarla con un producto de olor neutro? Meneó la cabeza, confusa.

—No huelo nada.

—Pues claro que no.

Gabrielle no supo si sonreír o enfadarse, porque se sentía engañada. Coty jugaba a interpretar el papel de examinador ingenioso. ¡Qué tontería!

Sin embargo, el hombre siguió hablando tranquilamente.

—El olfato se cierra después de oler tres muestras; incluso antes si el perfume es muy intenso. Por cierto, es bergamota. —Estiró el brazo por encima de la mesa para alcanzar un tarro de porcelana antiguo con ornamentación dorada y desenroscó la tapa. Gabrielle supuso que era donde guardaba los puros y le sorprendió el aroma que percibió—. Por favor, mademoiselle Chanel, huela estos exquisitos granos de moca. El café neutraliza el sentido del olfato.

«Tengo mucho que aprender», pensó mientras aceptaba la propuesta. El efecto fue asombroso. Se le despejó la nariz y recuperó el olfato. «Practicaré en casa —decidió en silencio—. Igual que me monté sola en un caballo y salí a cabalgar, ampliaré mis conocimientos en el arte de los perfumes.» Cuando aprendió a cabalgar, no sospechaba que poco después conocería a un jugador de polo que sería el gran amor de su vida. Ahora educaría el olfato para conservar eternamente ese amor. Sensual, fresco, imperecedero: así tenía que ser su Eau de Chanel. Gabrielle sonrió satisfecha. Al introducirla en ese mundo, Coty la ayudaba a recrear una visión.

El perfumista continuó poniéndola a prueba, le dio a oler nuevos aromas y nombró esencias que Gabrielle, a pesar de lo mucho que había leído para prepararse, ni sabía que existían. No solo utilizaba términos habituales como «notas de cabeza» y «notas de corazón», sino que también distinguía entre acordes y familias olfativas. Como hacía siempre que quería aprender algo, Gabrielle escuchaba en silencio y absorbía toda la información. Por ejemplo, que el contacto del agua de tocador con la piel era el mayor reto para un químico. La mayoría de las sustancias se evaporaban muy deprisa en el aire. Por eso muchos perfumistas experimentaban con productos artificiales que retuvieran las sustancias naturales.

—Pero esa práctica no se impondrá —aseguró Coty—. Sale muy caro producirlos para un gran mercado.

Después le enseñó la fábrica. Mientras se dirigían a las grandes naves, le explicó que las especies de rosa y de jazmín se cultivaban en el sur de Francia y por eso tenía un centro de selección en Grasse.

—Unas cien mujeres se dedican todos los días a buscar las mejores flores para la destilación. Y luego trabajamos aquí con el resultado de esa destilación.

La limpieza de los recintos que cruzaban era casi aséptica. Gabrielle se sentía como en un hospital y no solo por las batas blancas que tenían que llevar las trabajadoras. Al otro lado de una puerta abierta vio una sala con mesas largas en las que muchas mujeres, es posible que cientos, se encargaban de sacar frascos de una caja de madera, observarlos con detenimiento y colocarlos en otra.

—El único camino hacia la perfección son los controles de calidad —dijo Coty al percatarse de lo que miraba.

Luego llegaron a una sala abarrotada de envases que unos hombres, también con uniforme aséptico, preparaban para su distribución. La cantidad de paquetes era realmente impresionante.

—Y aquí está el laboratorio. —Coty abrió una puerta—. Considérelo su casa en el futuro, mademoiselle Chanel. —Le guiñó un ojo y la invitó a entrar.

Una gran nube de perfume la envolvió de repente. Las fragancias que hasta entonces no había olido en ninguna parte del imperio de Coty flotaban ahora a su alrededor con una intensidad inimaginable. En el aire del laboratorio parecían unirse todas las sustancias que se guardaban en matraces, botes de farmacia y tubos de ensayo tapados, y que se mezclaban en unas mesas de trabajo claras y limpias para combinarlos. Empezó a notar dolor de cabeza en las sienes. Observó a los hombres y a sus ayudantes femeninas, todos con bata blanca, y se preguntó cómo conseguían los perfumistas y los químicos aislar los distintos componentes de una colonia en esa atmósfera.

Coty pareció leerle el pensamiento.

—Un olfato instruido puede concentrarse en un aroma determinado. Pero no siempre es por eso. Las notas de corazón se confeccionan a menudo solo mediante fórmulas químicas, de manera que el olfato juega un papel secundario en ese momento. Pero ya conocerá los detalles si acepta aprender conmigo.

Gabrielle se apretó la raíz nasal con la punta de los dedos y asintió con sumisión.

MISIA LE PIDIÓ a su amiga que la informara con todo detalle de los avances que hiciera su olfato en las siguientes semanas. Quedaban de vez en cuando en la sección de perfumería de las galerías Lafayette, en las que tenían la mayor selección de fragancias. Era el lugar apropiado para las charlas de Coco, que cada vez sonaban más profesionales. Además de escuchar a su amiga, a Misia le encantaba la densa nube de fragancias, a cual más distinta, que cubría los productos expuestos, y los destellos que la luz provocaba en los frascos. En ese momento, Coco le explicaba que el famoso Jicky, el éxito de ventas de los hermanos Guerlain desde hacía décadas, se había elaborado con pachuli y vainilla. Luego le tendió un frasco por encima de la mesa, al tiempo que le hacía una pregunta que la desconcertó profundamente.

—¿Cómo se expresa el erotismo en un perfume?

—Almizcle —contestó espontáneamente Misia—. La sexualidad huele a almizcle.

—No quiero abrir un burdel, sino crear un perfume.

Misia enarcó las cejas. Coco le había contado hacía poco que las fragancias eran mensajes que emitía la persona que las llevaba. ¿Insinuaba su amiga al buscar una fórmula sensual que había un nuevo hombre en su vida? Nada le habría alegrado más el corazón. No obstante, costaba imaginar que Coco hubiera iniciado un romance sin que nadie lo advirtiera. Además, ¿cómo iba a conocer al caballero apropiado? Normalmente solo salía de casa para ir al trabajo y proseguir sus estudios de perfumería. La sociedad parisina apenas la veía, a lo sumo en una cena, un estreno teatral o un baile, siempre y cuando su presencia fuera indispensable para la casa de modas Chanel. Por lo demás, se mantenía alejada incluso de sus mejores amigos, solo seguía en contacto con Misia. Habían pasado tres meses desde el accidente de Boy, pero Coco todavía se aislaba de un mundo que continuaba existiendo sin él.

—Pues nada de almizcle —replicó Misia con voz queda, mientras cogía inconscientemente un frasco de prueba cualquiera y lo destapaba. Le llegó un aroma a rosas, jazmín y melocotón.

—Una mujer moderna debería ser consciente de su sexualidad y, puesto que la

modernidad es la expresión de mi moda, también tendría que reconocerse en mi perfume. —Coco tragó saliva—. Me gustaría que mi relación sexual con Boy fuera un elemento esencial de ese aroma. Por eso le doy tanta importancia al erotismo.

Misia suspiró. No había ningún nuevo amante. Hacía un momento había considerado la posibilidad de que su amiga se hubiera rendido a los encantos de François Coty. Pocas mujeres se le resistían. Por lo visto, Coco era una de ellas. También podía ser que la obsesión de esta por erigir un monumento a un muerto asustara al perfumista. Y seguramente a cualquier hombre.

Misia la admiraba por ese amor incondicional. Ella misma amaba tanto a José Sert que lo antepone a su propia felicidad y estaba convencida de que el hombre con el que vivía merecía esa entrega. Pero ¿Arthur Capel? No había que pensar mal de un muerto, pero la reciente publicación de su testamento en el diario *Times* había dado pie a algunas especulaciones. Naturalmente, las principales herederas de sus bienes, valorados en setecientas mil libras, eran su mujer y su hija, y su hermana también recibía parte del legado. Lo que causó sensación fueron las asignaciones a Gabrielle Chanel y a una princesa llamada Yvonne Giovanna Sanfelice, Yvonne Viggiano de casada, y ahora viuda. En ambos casos se trataba de la misma cantidad: cuarenta mil libras. Desde entonces, todo el mundo se preguntaba si Boy tenía más que una doble vida. Además, entretanto se había hecho público el segundo embarazo de su viuda. ¿Pensaba Boy en realidad abandonar a su mujer como afirmaba Coco? ¿O más bien se había complicado la vida sin remedio con tantas relaciones? ¿Y si su muerte no había sido un trágico accidente...?

Evidentemente, la idea de un posible suicidio era un pecado todavía mayor que la calumnia. Misia se asustó de sus propias majaderías. Para pensar en algo que no fueran los amoríos de Arthur Capel, miró la etiqueta dorada del frasco que acababa de abrir. Era la nueva fragancia de Guerlain. Volvió a tajarla sin acercar la nariz para olerla mejor y trató de encontrar una respuesta razonable al monólogo de su amiga.

—Hace tiempo leí que Cleopatra se perfumó con sándalo en su primer encuentro con Marco Aurelio y mandó quemar incienso, mirra y canela en sus aposentos. Quizá sean las sustancias que buscas.

—Madame Pompadour también confiaba en los efectos de los afrodisíacos, aunque seguramente los prefería comestibles —contestó Coco, sonriendo por fin.

Las intensas fragancias empezaban a pesarle tanto a Misia como sus

desagradables pensamientos. Había llegado la hora de respirar un poco de aire fresco.

—Hablando de comestibles: ¿qué te parece si vamos a comer algo? Tengo hambre y a lo mejor todavía sirven ostras en algún sitio. Serán las últimas *belon* de la temporada. —Se colgó del brazo de su amiga dispuesta a llevársela a rastras de la sección de perfumería.

Sin embargo, Coco no tenía nada en contra de disfrutar de un pequeño banquete.

—Cuando nos sentemos a la mesa, te hablaré de mi casa nueva.

Misia, que ya se disponía a dirigirse a la salida, se detuvo.

—¿Vas a mudarte?

—He encontrado una villa en Garches, muy cerca de casa —contestó Coco sin pensar—. Es una gran oportunidad para invertir el dinero que me legó Boy.

Misia no sabía si alegrarse por los planes de Coco o enfadarse porque no se los hubiera contado antes. En un primer momento, venció el sentimiento de ofensa.

—¿Por qué lo has mantenido en secreto?

—No lo he hecho, acabo de contártelo. Y te pido que me ayudes a decorarla. Venga, Misia, vamos al Café de la Paix, seguro que aún tienen ostras. Y luego aclaramos cuándo podrás ir a ver mi nueva casa.

«Por fin mira hacia delante», pensó Misia.

Sin embargo, en el momento de salir de los grandes almacenes charlando animadamente con Coco, todavía no conocía la verdadera historia de la casa.

—¿HAS...? ¿QUÉ...? —LA voz de Misia vibraba de incredulidad y también indignación. Sus palabras resonaron en las paredes desnudas del salón sin amueblar.

Gabrielle no había imaginado semejante berrinche. ¿Por qué a Misia le disgustaba que hubiera comprado la casa de Boy? El *Time* había publicado el testamento y también todas sus propiedades. Al leerlo, descubrió esa propiedad, muy cerca de La Milanaise. Al principio se sintió molesta porque no sabía nada de esa finca. Luego contrató a un agente inmobiliario para que investigara. Al final se enteró de que el señor Capel era el propietario de Bel Respiro desde no hacía mucho. Había comprado la preciosa villa de tres plantas, con una arquitectura sencilla y elegante, para ella; Gabrielle estaba convencida. ¿Para quién, si no? Seguramente iba a ser su regalo de Navidad. Puesto que no llegó a

registrar el nombre de Coco en los documentos, ella tomó posesión por otra vía. El precio de venta ascendía a cuarenta mil libras y la viuda de Boy no había sabido quién era la persona a la que representaba aquel abogado hasta el momento de firmar el contrato de compraventa. Gabrielle eligió esas medidas para que Diana no se echara atrás a causa de los celos.

—La Milanaise no es mía, allí vivo de alquiler —explicó con voz serena, aunque le fastidiaba la falta de entusiasmo de Misia.

No obstante, tuvo que reconocer que contaba con que su amiga manifestaría ciertas reservas. Por eso no le había explicado antes la historia y había esperado a que todo hubiera quedado resuelto antes de invitarla. Daba por sentado que Misia y José Sert, y también sus otros amigos, le desaconsejarían la compra.

—La adquisición de esta propiedad es una buena oportunidad para invertir la herencia de Boy —dijo, obstinada.

—Deberías dejar de vivir en el pasado y librarte de los recuerdos en vez de encerrarte en ellos. Literalmente. ¡Tienes que vivir, Coco!

Gabrielle no pensó que las protestas de Misia le partirían el alma.

—No quiero librarme de mis recuerdos. Y vivo. Muy bien, incluso. Tú misma puedes verlo.

Las dos mujeres intercambiaron miradas irreconciliables.

Naturalmente, Gabrielle sabía que Misia tenía razón en cierta manera. Pero su vida no se arreglaría nunca, por mucho que se esforzara su amiga. La casa que Boy había elegido y comprado albergaba algo de los gustos y las ideas de su amado. Quedarse allí le daba una parte de la seguridad que solo había sentido entre sus brazos. No podía consentir que la última propiedad que compró hubiera ido a parar a manos de otra persona. Habría sido una traición. Pero no dijo nada. Temía que una palabra mal dicha provocara que Misia se marchara sin despedirse. Y ella tampoco quería dar su brazo a torcer.

Sin embargo, al ver que su amiga seguía en sus trece y no decía nada, Gabrielle se atrevió a intentar reconciliarse.

—Tengo una idea para la decoración de los interiores. Lo mantendré todo en tonos claros, combinados con madera oscura. ¿Qué te parece?

Misia se encogió de hombros, aparentando indiferencia, pero en sus ojos se encendió una chispa de interés.

—Negro y blanco. Sí. Podría causar mucho efecto.

—También me gustaría pintar la casa de blanco —añadió Gabrielle, hablando animadamente—. Y los postigos de negro.

—¿Postigos negros? —La indignación que acababa de apagarse en la mirada

de Misia se reavivó—. Te pido por favor que no lo hagas. Eso rompería con todas las convenciones.

«Es el símbolo eterno de mi pena», pensó Gabrielle.

—¿Desde cuándo me importa a mí lo que digan los demás? —dijo en voz alta.

Las comisuras de los labios de Misia se contrajeron.

—Los vecinos te odian.

La obstinación brilló en los ojos de Gabrielle.

—Lo sé.

—Pero yo te quiero —anunció Misia—. Y voy a regalarte el mobiliario más bonito y exclusivo que jamás se haya visto en una casa —dijo estirando los brazos para estrecharla en ellos.

Y las risas de las dos amigas resonaron en las paredes desnudas.

SEGUNDA PARTE
1920-1921

—BIENVENIDA A VENECIA, mademoiselle.

Gabrielle se sobresaltó y vio, aturdida, el semblante afable del revisor que acababa de entreabrir la puerta del compartimento. Durante las últimas horas de viaje la había acompañado una pesadilla. Habían pasado muchos meses desde el accidente, pero los últimos instantes de Boy se mantenían vivos en su subconsciente. Cuando cerraba los ojos, en su cabeza resonaba siempre el rechinar de los frenos. El traqueteo del tren la había trasladado al interior del automóvil, como si fuera un espectro que observara el horror desde los asientos traseros. El sonido de la locomotora al frenar antes de detenerse en la estación de Santa Lucía le resultó tan estridente como el terrible ruido del cabriolé al estrellarse.

Corría mucho, era una persona que no hacía nada con prudencia y lentitud. El rugido del motor era música para sus oídos, a veces *scherzo*, a veces rondó. Los discos de freno chirriaron. Acero contra acero, goma sobre alquitrán. Luego, el vehículo saltó por los aires, tronchó ramas y árboles, y finalmente chocó contra el borde de una roca y explotó formando una bola de fuego.

El choque retumbaba en su cabeza cuando el empleado de la compañía Simplon Orient Express la devolvió a la realidad.

Gabrielle se sobrepuso. Su mirada planeó varias veces entre la ventana de su exclusivo compartimento en el coche-cama y el revisor. En los andenes imperaba ya el típico caos de la llegada, el espectáculo se parecía al de cualquier otra estación que conociera: un hervidero de gente caminando de un lado a otro, transportando maletas y cestos por encima de la cabeza cuando era imposible avanzar entre el gentío.

—Por favor, avise a un mozo para que se encargue de mi equipaje —le indicó al revisor con una voz más ronca que de costumbre tras un sueño poco reparador.

El hombre hizo una leve reverencia.

—Está todo arreglado. Llevarán su equipaje directamente al Grand Hotel des Bains, en el Lido. —Titubeó un momento antes de proseguir—. ¿Se encuentra bien, mademoiselle? Me ha parecido oírla gritar.

—Se habrá confundido —dijo Gabrielle al tiempo que hacía un gesto

tembloroso con la mano para ordenarle que se retirara—. Gracias.

No se relajó hasta que la puerta del compartimento se cerró. No podía negar que hubiera gritado. Quizá no fuera un espectro que observaba en silencio como había supuesto. Se hundió de nuevo en el asiento y cerró un momento los ojos. Por fortuna, las terribles imágenes de la pesadilla solo regresaron vagamente. ¿Por qué ahora? ¿Por qué aquí? ¿Qué le ocurría? ¿Por qué los recuerdos la importunaban en ese viaje como un amante despreciado y terco? No había ido a la Costa Azul, sino a un lugar en el que no había estado nunca. No había nada en Italia, por no hablar de Venecia, que la uniera a Boy.

En su incansable afán por arrancar a Gabrielle de la tristeza, Misia no había tenido empacho en llevarla consigo a su viaje de novios. Misia Edwards y José Sert se habían casado a finales de agosto en París, en una ceremonia sencilla e improvisada, y partieron de inmediato hacia Italia. Pero la pareja de recién casados no se olvidó de persuadir a Gabrielle para que se uniera a ellos. Una idea extravagante. Tan insólita como conmovedora. De hecho, si Gabrielle iba a Venecia era solo para no decepcionar a su amiga. La pareja había sido tan cariñosa con ella que no podía responderles de forma descortés con una negativa. Y quizá el sol del sur y la costa veneciana la ayudarían realmente a soltarse. Ella también notaba que el peso de la desesperación fracturaba su cuerpo enjuto.

Volvió a abrir los ojos y suspiró. Alcanzó el bolso, buscó un espejo y examinó su aspecto. Acababa de cumplir treinta y siete años. Antes, siempre le ponían diez años menos, pero ahora parecía una mujer de cuarenta. Su tez de piel aceitunada se veía pálida, las cejas negras parecían trazadas con carbón por encima de los ojos enrojecidos de tanto llorar y ojerosos, las comisuras de los labios le colgaban como a las ancianas. Trató de sonreír a su imagen reflejada en el espejo, pero no hubo manera.

La estación era como todas las que conocía. Normal. Monótona, gris, abarrotada. No había nada imponente ni extraordinariamente bonito, que era lo que esperaba encontrar en Venecia. Ni rastro de canales ni de palacios, los andenes no estaban llenos de nobles cargados de joyas, descendientes de duques venecianos, ni siquiera había cortesanías seductoras. Los viajeros que bajaban del vagón de primera clase del Simplon Orient Express eran en su mayoría ingleses y estadounidenses ruidosos que bregaban contra el sudor desde su llegada al sur. El calor ardiente del mes de septiembre descendía sobre las vías, se posaba en los andenes y se entremezclaba con el hedor a ascuas de carbón y cuerpos sudorosos debajo del techo de cristal.

El delicado olfato de Gabrielle se sublevó inconscientemente contra los olores. Contuvo el aliento, pero no le sirvió de mucho porque estaba rodeada. Los recién llegados, los empleados del ferrocarril y los carros de equipaje formaban un macizo montañoso delante de su figura menuda y frágil que no le permitía disfrutar de una vista panorámica. Si Misia y José habían ido a buscarla, estarían ocultos en algún valle entre la multitud. ¡Y el ruido! La cacofonía de voces y distintos idiomas, el fragor de los motores y el siseo del vapor estaban a punto de reventarle los tímpanos. Comparado con aquello, el animado bullicio de la estación de Niza era un auténtico remanso de paz. Dejó de buscar a sus amigos, le costaba mucho encontrar el camino de salida en medio de aquel barullo.

—¡Coco!

Al oír que la llamaban, se sintió como si la cubrieran con un manto protector.

Descubrió a Misia al final del vestíbulo de la estación, debajo de un cartel con la palabra *Vaporetto*. Ver a su guapa y elegante amiga fue como un soplo de brisa fresca. Alta, con la cabellera rubia oculta debajo de un sombrero sencillo de ala ancha y con un vestido camisero de Chanel. Miradas de admiración y asombro se posaban en ella, probablemente costaba imaginar que alguien tuviera un aspecto tan fresco en ese ambiente. Gabrielle sonrió inconscientemente.

Y se echó en brazos de su amiga.

—¡Cuánto me alegro de verte!

—Tienes una pinta horrible —replicó Misia con franqueza, mientras la abrazaba y la empujaba suavemente hacia la salida—. Pero aquí te distraeremos. Venecia es la mejor ciudad del mundo para animarse.

Gabrielle no tuvo tiempo de contestar porque las puertas de cristal de la estación se abrieron... Y de repente se quedó cegada. Su mirada encontró por fin el telón de fondo que había visto en fotografías y que jamás se había atrevido a confiar en que algún día visitaría.

El Gran Canal brillaba acerado a la luz del sol de media tarde, dos góndolas se deslizaban con serenidad por el agua, sumergidas en los vapores que exhalaban las chimeneas de los pequeños barcos que esperaban al gentío en el embarcadero de la estación. Al otro lado del canal se alzaban los espléndidos edificios medievales de un intenso color rojo tiziano, llamado así en honor del célebre pintor de Venecia, y ocre dorado ante un cielo azul deslumbrante. Una suave brisa acariciaba el canal, no llegaba a ser viento, pero soplaba con suficiente fuerza como para trasladarle el típico olor a algas y alquitrán que flotaba sobre las ciudades portuarias. El griterío no disminuyó en el exterior, pero resultaba

menos amenazador. La gente se distribuía en distintos barcos de vapor que se asemejaban ligeramente a las pequeñas gabarras del Sena. Cuando se disponía a seguir a la multitud, Misia le dio un empujoncito en dirección contraria.

José Sert las esperaba bajo un pequeño baldaquino azul con borlas doradas. El español, un hombre con tendencia a engordar, las saludó con un amplio gesto antes de abrazar a Gabrielle y darle un beso en cada mejilla.

—El taxi la espera, mademoiselle Coco —bromeó, señalando el pequeño bote de motor atracado en el embarcadero—. Llevarán el equipaje al Lido en la barca del hotel. Nosotros disfrutaremos de un medio de locomoción más cómodo. No es el más romántico, pero... Todo a su tiempo.

El marinero vestido con camisa a rayas azules y blancas le tendió la mano para ayudarla a subir a bordo. Gabrielle dudó un instante porque quería controlar el paradero de sus maletas, pero luego decidió confiar en el destino. O en el mozo de equipajes veneciano, en la Simplon Orient Express, en el Grand Hotel des Bains y en su amigo José. Subió a bordo sin volver la vista atrás y se sentó mirando a proa.

«Bienvenida a Venecia, Coco Chanel —pensó—. Bienvenida a tu nueva vida.»

GABRIELLE CONOCÍA DEAUVILLE, Biarritz, Cannes y Montecarlo. Conocía las extensas playas de arena blanca y la infinidad del mar, con sus casetas de colores, sus residencias fastuosas y sus hoteles de lujo, y también a su elegante clientela. Todo eso estaba presente en el Lido de Venecia, aunque había algo distinto. En esa isla, aun estando en una playa que daba a mar abierto, las vistas, que en realidad quedaban a la espalda, no se borraban de la cabeza: el imponente telón de fondo de la basílica de San Giorgio Maggiore, que parecía una puerta de entrada al Gran Canal. Ser consciente de la increíble variedad de arte secular que había al otro lado del canal Orfano animaba las conversaciones superfluas que se entablaban bajo el sol abrasador o tomando un aperitivo en las terrazas armadas de columnas del Grand Hotel des Bains mucho más que cualquier escándalo social, político o artístico.

Sin embargo, el elegante público no se diferenciaba del que acudía a lugares parecidos. Se componía en gran parte de emigrantes rusos que, desde la revolución en el antiguo imperio de los zares, poblaban los balnearios del Atlántico y las costas del Mediterráneo, celebrando con una prolongada borrachera el haber sobrevivido. Mientras Gabrielle dormitaba debajo de una sombrilla con Misia y José, percibía la cantinela de la lengua eslava o el fuerte acento con que hablaban en francés o en inglés. El sonido le resultaba familiar, aunque no supiera una palabra de ruso y la mayoría de los exiliados, representantes de la clase alta del imperio de los zares, hablaran sobre todo en francés. Gabrielle les había abierto el corazón desde que los primeros príncipes y condes de San Petersburgo y Moscú llegaron a París. Los miembros de gran estatura de una aristocracia en pleno ocaso no solo le parecían sumamente atractivos, sino que los valoraba sobre todo por su formación y su cultura, por su buen gusto y su elegancia. Por desgracia, la mayoría habían perdido sus bienes y eran más pobres que las ratas. Por eso vivían con una mano delante y otra detrás, de la generosidad de sus mecenas o amantes y de los donativos de sus amigos. Misia también recaudaba fondos a través de un comité patrocinador, aunque sobre todo los destinaba a los Ballets Rusos, una compañía que ya había hecho giras por Europa occidental antes de la Gran Guerra. La noche anterior, los Sert

habían quedado con el célebre Serguéi Diáguilev, el empresario que había fundado la compañía y, como no podía ser de otra forma, la llevaron con ellos.

A Gabrielle no le importaba ser una especie de sombra de sus amigos esos días. De todos modos, no le gustaba ser el centro de atención, prefería escuchar cuando los demás hablaban y aguzaba la memoria y el intelecto prestando atención a las charlas ingeniosas de los demás. El viaje a Venecia había resultado en realidad un bálsamo para su alma herida. No asumía responsabilidades, no tenía que organizar ni resolver nada como hacía en el taller, no se reunía con nadie que quisiera algo de ella y no tenía que afinar la mente ni el olfato para encontrar la fragancia especial que, a pesar de los esfuerzos de François Coty, continuaba buscando en vano. Por primera vez vivía simplemente al día, sin planes.

Eso le sentaba tan bien como los inagotables e instructivos comentarios sobre pintura, escultura y arquitectura que Sert pronunciaba durante sus impresionantes visitas a iglesias y museos venecianos, que siempre acababan con una magnífica comida en uno de los muchos restaurantes abiertos en la ciudad de la laguna. Ya no lloraba tanto como en los meses anteriores en París. Solía estar demasiado cansada después de las agotadoras visitas y las animadas comilonas. Las noches que se hundía en la tristeza también eran menos frecuentes porque sus pensamientos volvían a girar alrededor de otros temas ajenos a la terrible pérdida. Y cuanto más aumentaba su paz interior, más saludable era el color de su tez y más le brillaban los ojos.

—Hemos quedado con Serguéi Diáguilev en el Café Florian para tomar un aperitivo —dijo Misia mientras cruzaban la laguna a toda velocidad en un taxi acuático con el sol poniente de cara.

Las torres y cúpulas de Venecia se sumergían en una luz rojizo-dorada y desde el animado embarcadero próximo a la plaza les llegaban las notas de un saxofón. Un músico callejero tocaba *ragtime*, una música que no pegaba demasiado con la fachada del Palacio Ducal, aunque sí con los comentarios de Sert.

—Napoleón dijo que la plaza de San Marcos era el salón de fiestas más bonito de Europa. Y lo sigue siendo.

Bajo las arcadas de las procuradurías se reunían tanto turistas como vecinos para tomar un expreso, un *ombra* —un vasito de vino de la casa— o cualquier otra bebida. Gabrielle habría preferido sentarse en una de las salas interiores del Café Florian para admirar los murales alegóricos. Le gustaban las obras de arte que se unificaban con la arquitectura interior. Sin embargo, no puso objeciones cuando José le ofreció una silla en una mesa del exterior.

El empresario ruso y su acompañante se presentaron antes de que pidieran. Serguéi Diáguilev era un hombre bien parecido, vestía con elegancia, parecía ágil y rondaba la misma edad que José. El chico que lo seguía era un muchacho delgado y delicado, y seguramente no pasaba de los dieciséis. Le dijeron que se llamaba Boris Kochno.

Los dos rusos la saludaron educadamente, pero ahí acabó la atención que le prestaron. Era obvio que el famoso propietario del ballet y su secretario no la consideraban importante. Por lo visto, Diáguilev no había oído hablar nunca de mademoiselle Chanel y al muchacho tampoco le decía nada el nombre. A Gabrielle no le molestó que no la tuvieran en cuenta, más bien le hizo gracia, puesto que se sentía entre iguales. En los círculos artísticos nunca había importado su origen, a qué se dedicaba su padre ni dónde se había criado. Tampoco le preguntaban por el cabaré ni por los hombres que había conocido en su juventud. A los actores, pintores, poetas y músicos les daba lo mismo. Fuera cual fuera el motivo por el que Serguéi Diáguilev la trataba con tan poca deferencia, seguro que no tenía nada que ver con su procedencia. Por eso le dio discretamente un pisotón a Misia por debajo de la mesa cuando su amiga se dispuso a explicar quién era.

Degradada de ese modo a la condición de observadora invisible, Gabrielle se recostó en la silla y disfrutó de una copa de vino blanco frío. La conversación giró en torno a la gran duquesa María Pávlovna, princesa de Mecklemburgo-Schwerin por nacimiento, casada con el hermano del penúltimo zar y considerada la eminencia gris de la corte de San Petersburgo, que había fallecido hacía poco en Francia.

—Fue la gran duquesa más importante de Rusia, naturalmente —la elogió Diáguilev—. Reencontrarme con mi antigua patrocinadora a principios de año en Venecia, después de sobrevivir a la huida, fue uno de los momentos más bonitos de mi vida. Por desgracia, ya no disfrutaba de buena salud. Su muerte ha sido una trágica pérdida. —Para consolidar sus palabras, el empresario sacó el pañuelo blanco que lucía en el bolsillo superior de la americana y se frotó con delicadeza los párpados—. Este pañuelo es el último presente que me queda de ella.

Tan solo fue un leve soplo, pero, gracias a la formación recibida de François Coty, el olfato de Gabrielle percibió al instante la fragancia con que estaba perfumado el pañuelo. Floral y amaderada, acre y con una leve nota dulce. Promesa y cumplimiento a la vez. Una mezcla poco común de muchos aromas que no logró clasificar. ¡Extraordinaria! Gabrielle tuvo que hacer un esfuerzo

para no acercarse con su silla a Diáguilev.

—Cuando pienso en la gran duquesa, recuerdo el estreno de *La consagración de la primavera* —oyó decir a Misia.

—¡Qué actuación! —exclamó elogiosamente Diáguilev—. Música de Stravinski, escenografía de Picasso y vestuario de Poiret. Fue una maravilla. Y un despilfarro, teniendo en cuenta al público ignorante y esnob de París.

Gabrielle recordaba el espectáculo. Había visto la obra un año antes del comienzo de la guerra y fue una de las pocas ocasiones en que prescindió de ir con Boy. Acompañó a una clienta de su salón de sombreros. En realidad, fue al ballet solo por el vestuario. Quería ver los diseños de Paul Poiret. Se concentró tanto en los patrones y las telas, en los bordados y los ribetes, en el vértigo que provocaba el colorido con aquel rojo intenso que apenas se percató del escándalo. Evidentemente, a ella también le sorprendieron los insólitos ejercicios gimnásticos de los bailarines y escuchó con perplejidad a los músicos, que forzaban sus instrumentos hasta el límite acústico. La reacción no fue de entusiasmo, sino de espanto generalizado. Los abucheos, los silbidos y las protestas del público provocaron que el director artístico del recién inaugurado Teatro de los Campos Elíseos encendiera las luces mientras los bailarines proseguían estoicamente con la representación en el escenario y los músicos continuaban tocando en el foso de la orquesta. Un fracaso estrepitoso sin igual, que proporcionó una fama internacional al compositor Ígor Stravinski, pero no contribuyó a que los demás implicados obtuvieran mayor éxito. Excepto Poiret, por supuesto, que ya se encontraba indiscutiblemente en la cúspide del mundo de la moda.

—La gran duquesa financió el estreno de la obra en París, ¿no es cierto? —preguntó Misia.

Diáguilev guardó el pañuelo en el bolsillo de la americana y Gabrielle lamentó que se desvanecieran los vapores de la fragancia.

—Jamás olvidaré la generosidad de Su Alteza —contestó a la pregunta de Misia—. Por desgracia, semejante altruismo es inimaginable hoy en día.

—Y eso que el dinero no debería tener un papel importante en el arte —objetó José Sert.

—Me gustaría incluir *La consagración* en el programa de otoño, en memoria de la gran duquesa. Léonide Massine, nuestro coreógrafo, la está ensayando con la compañía, pero los gastos para reestrenarla son enormes. *Mon dieu*, ¡lo que cuesta una sinfónica como las que requiere Stravinski! ¡Siempre el dinero! Por desgracia, madame Sert, a pesar de su incalculable pasión por recaudar fondos,

no es seguro que lo consigamos. —Diáguilev se inclinó, le cogió la mano y se la acercó a los labios en un gesto de galantería—. Lo que sí sé con certeza es que ha llegado la hora de reestrenar *La consagración*... —se interrumpió para dar paso a un silencio elocuente, meneó la cabeza y cogió su copa.

—Encontraremos la manera de que pueda sacar adelante la nueva versión del ballet —afirmó Misia, aunque con un optimismo poco convincente.

—Es muy triste que nuestra última gira por Inglaterra fuera artísticamente brillante, pero muy poco exitosa desde el punto de vista financiero.

Gabrielle apenas escuchaba. ¿Qué le importaba a ella el ballet? La fragancia continuaba flotando en su mente como el halo de un recuerdo. Esa era exactamente la sensación que quería conseguir con su Eau de Chanel. Dejó vagar la mirada, que se posó en el pañuelo de bolsillo que llevaba el empresario y olía a rosas marchitas. Tenía que averiguar sin falta qué era aquel perfume embriagador y duradero. ¿Cabía ser tan maleducada como para interrumpir bruscamente la conversación entre Diáguilev y sus amigos? Por otro lado, ¿sabría él qué perfume usaba la gran duquesa de Rusia? Se devanó los sesos y concluyó que el reestreno de *La consagración de la primavera* no podía ser más importante que encontrar la fórmula que ella necesitaba.

—Todo el mundo conoce su nombre, pero Stravinski vive con su familia en condiciones extremadamente precarias —oyó lamentarse a Diáguilev—. Ese gran compositor subsiste como un campesino pobre. Vivimos tiempos terribles.

—¡Pues bien! —exclamó Sert para interrumpir la melancolía y levantó su copa—. Vamos, amigos, ¡brindemos a pesar de todo por la vida y la amistad! ¡Salud!

Gabrielle creyó que haría el ridículo si en ese momento preguntaba por un perfume. Brindó con los demás sin que se fijaran en ella. «Un día me encargaré de que me veas, Serguéi Diáguilev —pensó—. Si consigo crear un perfume propio con un olor tan único como la fragancia que desprende el pañuelo de la gran duquesa, el éxito de *La consagración de la primavera* de los Ballets Rusos no se cruzará en mi camino. Ya me cuidaré yo de eso.» En sus labios se dibujó un amago de sonrisa, Gabrielle se reía en silencio de los aires de grandeza que tenía en pensamiento.

A DIFERENCIA DE sus amigos, Gabrielle era madrugadora. Estaba acostumbrada a ponerse a trabajar a las siete de la mañana y su reloj biológico la sacaba de la cama muy temprano incluso durante las vacaciones.

Los primeros días después de su llegada, leía hasta media mañana en el jardín o en la terraza del hotel, pero a la larga ni siquiera la nueva novela de Colette sobre el amor imposible de una mujer madura con un hombre muy joven podría apartarla de la mística especial que cubría la ciudad de la laguna. Venecia, con sus muros antiguos, testigos mudos de infinitas historias, la atraía. Así pues, dejó *Chéri* en la habitación, cogió el bolso y se acercó paseando a la parada del *vaporetto* para ir en transporte público a la plaza de San Marcos. Sola por primera vez y como cualquier turista.

La magia que la cautivaba en las rutas que emprendía por la tarde con el matrimonio Sert ardía ahora bajo el sol de la abrasadora mañana. Hacía mucho calor en la plaza de San Marcos y en las callejuelas aledañas, repletas de turistas. Incluso las palomas alzaban el vuelo perezosamente cuando las ahuyentaban de su sitio los brincos de los niños. Y los muros callaban. Notó que bajo la cinta del sombrero se le acumulaban perlas de sudor y la camisa de seda se le pegaba en la espalda. Sopesó la idea de tomar algo en algún sitio, pero la descartó. Todas las mesas de los cafés estaban ocupadas y en los restaurantes ya estaban puestas para comer. No le quedaba más remedio que sumergirse entre la multitud y dejarse llevar sin rumbo por las callejuelas. Al pasar casualmente por un embarcadero al que los turistas en el Gran Canal no prestaban atención, se detuvo a mirar las continuas idas y venidas de un *traghetto*, una especie de transbordador.

El único pasajero de la larga góndola que cubría el recorrido entre el barrio de Dorsoduro y San Marcos era un perrito de color coñac que tenía cierto parecido con un zorro. Cuando el gondolero atracó, el animal saltó al muelle moviendo contento la cola enroscada. Primero se sentó y miró expectante a su alrededor. Al cabo de un rato debió de aburrirse, porque correteó hasta la entrada de un edificio y olisqueó con interés la basura tirada alrededor. Luego levantó la pata, marcó territorio y volvió al embarcadero.

Entretanto había subido a bordo una pareja con un niño, pero el marinero esperó con paciencia a su pequeño pasajero. Sin pensarlo mucho, Gabrielle se puso en movimiento y también embarcó. No le urgía cruzar el canal, pero le encantaban los perros. Los suyos eran sus mejores amigos y los seres más pacientes para consolarla en las horas oscuras. Naturalmente, estaba muy encariñada con *Pita* y *Pope* porque se los había regalado Boy. Sus criados, un matrimonio, cuidaban de los cuadrúpedos en su ausencia y daba por sentado que estarían bien. Pero en ese momento la embargó la nostalgia. Le gustaría acariciarles la delicada cabeza, notar su pelo suave bajo los dedos y el morro húmedo en su piel. Por eso el pequeñín de cuatro patas, que fue el último en saltar a bordo, la atraía sin remedio. Sin embargo, no se atrevió a estirar la mano hacia él, pues temía que cualquier movimiento hiciera zozobrar la bamboleante embarcación. Se limitó a observar aquella ricura, que se había sentado en el banco de madera de proa y levantaba el hocico al aire como si quisiera olfatear la otra orilla.

La parsimoniosa travesía solo duró unos minutos. Gabrielle bajó del *traghetto* con pesar y caminó sin rumbo. Esta vez no se dejó llevar por el enjambre de turistas. Siguió la sombra que sumergía su camino en una agradable y fresca oscuridad, paseó por callejones extrañamente desiertos y recaló en plazuelas anegadas de sol en las que solía haber un árbol o un banco que la invitaban a detenerse. Sin embargo, no le concedió ningún descanso a su cuerpo empapado de sudor, sino que continuó andando y disfrutando de tener la mente vacía. Llegó a un pequeño canal lateral en el que había anclado un bote cargadísimo de fruta y verdura, y la imagen le pareció un festín para la vista. Por fin se detuvo, observó y se admiró.

Una mujer rechoncha y un grupo de jóvenes con ropa llamativa se unieron a ella. La italiana empezó a discutir a grito pelado con el frutero y a negociar la compra; los otros eran turistas y el colorido parecía impresionarlos tanto como a Gabrielle.

En aquel momento pasó por delante de la embarcación un grupo de niñas de unos seis años. Caminaban formando dos filas y las guiaba una mujer con hábito. Estaban más pálidas que los críos que correteaban en la playa de Lido o perseguían palomas en la plaza de San Marcos. Iban vestidas con una bata descolorida y lanzaban miradas ansiosas al escaparate de frutas. Pero la monja continuó arreándolas como a un rebaño de ovejas.

Gabrielle cerró involuntariamente los ojos. Solo hacía falta mirar la mísera ropa que vestían para reconocer el destino de esas niñas. Eran huérfanas.

Seguramente vivían en un convento cercano, atormentadas a todas horas por el hambre y acosadas por un sentimiento de soledad que lo cubría todo. Notó que los ojos se le llenaban de lágrimas. Lloraba siempre que veía criaturas que estaban en la misma situación que había vivido ella de niña.

—Mademoiselle...

Al principio solo oyó la voz suave.

Tardó en ver a través de la cortina de lágrimas un pañuelo blanco de batista en la mano cuidada de un hombre. Alguien le ofrecía su pañuelo.

Ignoró el ofrecimiento y se frotó los párpados con los dedos.

—Yo también me emociono cuando veo criaturas de un orfanato —dijo en francés el joven caballero que estaba a su lado—. La comprendo, mademoiselle... —titubeó un instante antes de añadir—: mademoiselle Chanel, ¿verdad?

Sorprendida, Gabrielle lo miró bien por primera vez. Era alto y espigado, con unas piernas largas como patas de araña; la estatura no parecía encajar muy bien con la cabeza pequeña y los rasgos bien perfilados, los ojos verdemar rodeados de ojeras y el pelo rubio trigueño. Aun así, era sumamente atractivo. Parecía sensible, triste, y quizá por eso mismo le pareció muy seductor. No era un hombre que se olvidase fácilmente.

—Si le interesa —le había dicho la célebre soprano Marthe Davelli—, se lo cedo, mademoiselle Chanel. A la larga sale muy caro.

Dos meses antes, la diva de la ópera la había invitado a una cena en su vivienda parisina y Gabrielle no pudo negarse. En esa ocasión le presentaron a la nueva conquista amorosa de la anfitriona: el gran duque Dimitri Pávlovich Románov, primo del último zar, veintinueve años, un poco tímido pero encantador, muy deportista, había sido jinete olímpico y, además, rodeado de un aura de aventurero y de dudosa reputación. Perteneecía al grupo de conspiradores que asesinaron al monje Rasputin y había huido de los bolcheviques a través de Teherán y Bombay hasta llegar a Londres.

Gabrielle recordó que había conversado con él y las miradas que la buscaban a ella en la mesa. Debía de ser su tipo, porque Marthe Davelli copiaba el estilo de Coco Chanel desde hacía años. Gabrielle no entró en el juego y rechazó con determinación la propuesta sincera de la cantante. Seguía de luto por un hombre que nada ni nadie podrían reemplazar. Además, no quería ni imaginar lo que diría un hombre como Dimitri Pávlovich si se enterara de que era hija de un charlatán.

Forzó una sonrisa.

—Yo tampoco lo he olvidado, Dimitri Pávlovich.

¿Debería haberse dirigido a él con su antiguo título? En su mente reinaba el caos. De repente, no sabía qué era lo correcto; todavía pensaba en las tragedias de su vida y, al mismo tiempo, en la cena de Davelli. Dirigió la mirada hacia las huérfanas y de vuelta hacia el hombre que le sacaba dos cabezas.

—Me alegro de este reencuentro inesperado, mademoiselle Chanel. —El gran duque hizo una ligera reverencia—. Me alegro mucho, de verdad.

—Dimitri, ¿dónde estás? —dijo una voz femenina que no parecía la de Martha Davelli. Era de una chica guapa del grupo.

Dimitri no se volvió, no apartó los ojos de Gabrielle.

—Ahora no. Voy más tarde —contestó.

—Tu novia se va a enfadar.

—Mi hermana María me lo perdona todo —respondió con una sonrisa.

Gabrielle observó de reojo a los jóvenes rusos que se retiraban cuchicheando y murmurando. La hermana de Dimitri la observaba con esforzado disimulo. Gabrielle no pudo evitar mirarla con interés. «Insólito», pensó. La princesa era una mujer de bandera y llevaba un sombrero de paja de ala ancha sensacional, aunque le pareció un atrevimiento el velo de tul que llevaba debajo. Sin embargo, su ropa dejaba mucho que desear; la hermana de Dimitri vestía como una campesina.

Sus miradas se cruzaron un instante. Cualquiera otra persona quizá habría apartado la vista al verse descubierta, pero Gabrielle y María se la sostuvieron con una mezcla de terquedad y curiosidad.

Después de aguantarle unos momentos la mirada, la rusa se volvió con brusquedad. Siguió con la cabeza alta a sus amigos por un estrecho puente del canal a cuya orilla se encontraba la barca con fruta de todos los colores. Gabrielle la vio marchar, también observó los andares de las mujeres que componían la pandilla de María y Dimitri, y pensó que las princesas rusas daban la talla para ser unas maniqués excelentes.

—Sería para mí un honor que aceptara mi pañuelo —dijo Dimitri Pávlovich.

Gabrielle tuvo que volverse hacia él. No hacerlo habría sido de mala educación. Pero sus palabras habían sonado tan maravillosamente anticuadas, su gesto era tan romántico, que esta vez sonrió de todo corazón.

—Lamento —dijo, mientras cogía el pañuelo y se secaba los ojos, que ya no estaban húmedos— que me haya encontrado en este estado.

—Me conmueve que una mujer rompa a llorar al ver unos pobres huérfanos.

Yo también crecí sin padres, ¿sabe? Mi hermana es la única familia que me queda.

—A mí me ocurrió lo mismo. También me críe con unos extraños.

La voz de Boy resonó en su cabeza. Le era tan cercana y familiar como el golpeteo de los cascos en el campo de polo en el que corrían sin resuello los caballos, como los golpes cuando un *stick* tocaba la pelota. Era el primer comentario personal que le dirigía. Los dos estaban junto a la dehesa del castillo de Royallieu después de un partido de polo, viendo pastar a los ponis.

Le llegó al corazón que Dimitri pronunciara casi la misma frase que Boy. Pensó en lo que podía contestarle sin revelar mucho de sí misma y a la vez parecer compasiva. Sin embargo, estaba demasiado confusa, demasiado apegada a sus recuerdos, para forzar la imaginación. Por eso respondió con evasivas.

—Su hermana es una mujer hermosa.

—Sí. Y con mucho talento. María dibuja y borda de maravilla. La artesanía rusa la obsesiona. Le da mucha importancia a preservar del olvido nuestra cultura.

Gabrielle pensó automáticamente en los proyectos de Diáguilev.

—Proteger sus antiguos valores es una gran tarea.

—Sí, lo es. Sobre todo ahora que la mayoría de los emigrantes han perdido definitivamente la esperanza. No podremos volver nunca a Petrogrado ni a nuestra antigua vida. Los bolcheviques han ganado.

Mientras hablaba, la tomó del brazo con toda naturalidad. Cruzaron una plaza juntos y luego torcieron por una callejuela solitaria. Gabrielle no tenía ni idea de hacia dónde caminaban, pero le daba igual. No tenía ninguna meta, la meta era el camino. Y pasear al lado de aquel gran duque era fascinante.

Al comentar la victoria de los bolcheviques, Dimitri le dio una patada a una piedra que se había desprendido del saliente de un muro. El pedacito de mármol rebotó y golpeó el pavimento. Solo se oyó ese ruido. A su alrededor imperaba el silencio; el agitado bullicio de Venecia parecía haberse desvanecido.

Caminaron un rato en silencio. A Gabrielle le resultaba agradable no tener que mantener una conversación superficial como era oportuno cuando se paseaba con un desconocido. Era agradable notar su cercanía y poder estar callada a la vez. Pensó en cómo evolucionaría la situación. ¿Se habían roto realmente las barreras sociales que los separaban en el mundo anterior a la Gran Guerra? ¿La invitaría a tomar algo? ¿Quién pediría la cuenta? Había conocido a muchos hombres, pero hasta entonces siempre habían pagado ellos. ¿Disponía el gran duque de recursos propios? Los nobles rusos exiliados no solían tener nada y, si

no recordaba mal, Dimitri trabajaba en Londres de comercial para una marca de champán. ¿Le bastaría el sueldo para cortejar a una mujer acomodada sin pedigrí?

—Todavía no me ha explicado por qué llora al ver huérfanos —dijo el gran duque, interrumpiendo sus pensamientos. Su voz era tan suave y melódica que sus palabras no resonaron en la callejuela estrecha.

Jamás le confiaría la verdad. Jamás. No se la había contado a nadie. Ni siquiera a Boy. Tampoco a Misia. Se avergonzaba de su origen y de lo que le había hecho su padre. Por eso se había refugiado en una leyenda que hasta ella se creía a esas alturas. Una invención como todos los cuentos con los que adornaba su biografía. Se aferraba a las mentiras piadosas desde su infancia. No soportaba la verdad. La vergüenza era excesiva.

—Me da lástima el destino de esas pobres criaturas y estoy agradecida de que a mí no me ocurriera lo mismo aunque también perdí a mis padres de niña —aseguró atrevidamente—. Tras la temprana muerte de mi madre, mi padre emigró a América, donde se convirtió en un hombre de negocios con mucho éxito. Evidentemente, no pudo llevarme consigo. Antes de marcharse, me dejó en casa de mi tía. No volví a verlo nunca.

Excepto la última frase, no había nada cierto en su historia.

—Los dos somos huérfanos —constató Dimitri Pávlovich—. Eso nos une, ¿no cree? —dijo y, como quien no quiere la cosa, le acarició con los dedos la parte sensible del brazo.

Un leve escalofrío le electrizó la piel. Gabrielle reaccionó a la caricia como la cuerda de un instrumento que nadie tocaba desde hacía mucho y quería que lo tocaran para dar el tono perfecto. Sin embargo, lo que la turbó no fue solo que de pronto se le despertara de nuevo el deseo de sentir las manos de un hombre en su cuerpo: el primo del último zar se sentía unido a la hija ilegítima de una lavandera y un vendedor ambulante. Además, le recordaba a Boy.

Gabrielle jugueteó con el pañuelo prestado sin saber si reír o llorar.

—Es OCHO AÑOS más joven que yo.

—¿Y a quién le importa? —replicó Misia somnolienta—. Olvídate de la edad, no son más que números.

—Es un gran duque ruso.

—Bueno, ¿y qué?

—Es más pobre que una rata.

—Tú tienes dinero para los dos.

—Podría ser el nuevo zar.

—¡Oh, Coco! —La exclamación sonó como un grito de dolor.

Misia levantó la cabeza, metió la mano en la arena y observó los granitos que le caían sobre las piernas desnudas.

—La vieja aristocracia se topa con una mujer de negocios moderna. Es el nuevo mundo, *ma chère*. —Se dejó caer de nuevo en la tumbona como si con esas palabras estuviera todo explicado.

Gabrielle confiaba en encontrar en Misia una aliada, una amiga que compartiera sus reparos frente a una aventura con el gran duque Dimitri Pávlovich Románov. En el fondo quería que Misia la convenciera de no mezclarse con ese hombre. Se sentía tan perdidamente atraída por él que no tenía fuerzas para evitar lo que ocurriría sin remedio después de su primer encuentro. La cuestión no era si ocurriría, sino cuándo. Pero aún no estaba preparada para un nuevo amor. Seguía de luto y, cuando estuviera en sus brazos, seguramente pensaría en el difunto y lo estropearía todo. No era justo para Dimitri que lo comparara con Boy y tenía miedo de querer a otro hombre. No de amarlo tanto como a Boy, sino de tenerle cariño. Temía su propio fracaso. Pero su cuerpo reclamaba ternura y satisfacción, y anímicamente le sentaban bien las atenciones y la admiración. Dimitri era un hombre atractivo, culto, elegante. Era un príncipe y no como los de los cuentos. Por supuesto que le gustaba.

Aprovechó un rato ocioso en la playa para contárselo a Misia. José tenía que hacer unas cuantas llamadas y se había quedado en el hotel, de modo que era una ocasión favorable para una charla entre amigas. Estaban tumbadas bajo una sombrilla cerca de la orilla, escuchando el sonido suave de las olas. Situadas

lejos de los demás bañistas, nadie las molestaba y podían charlar con tranquilidad. Al principio, Gabrielle se entretuvo leyendo las últimas páginas de *Chéri* y se sintió extrañamente afectada. La historia de una mujer experimentada y su joven amante no tenía un final feliz. ¿Era un mal presagio que leyera esa novela justo cuando se había encontrado con Dimitri? En cualquier caso, la diferencia de edad le parecía el argumento más contundente contra una aventura amorosa. Sin embargo, eso no surtió efecto en Misia.

—No es Boy —dijo Gabrielle con voz queda.

La mano que un momento antes tocaba la arena se alargó hacia ella y hacia su mano. Le apretó los dedos y unos granitos le rascaron la piel. Misia no dijo nada. «¿Qué va a decir?», pensó Gabrielle. Evidentemente, Dimitri no era Boy.

—No estoy preparada para un nuevo amor —explicó enérgicamente.

Misia apartó la mano.

—¿Quién habla de amor? Tienes que divertirte. Por eso estamos en Venecia. Dimitri Pávlovich te adora, da igual lo que tú sientas —dijo y suavizó la voz al añadir—: Coco, tus heridas tienen que curarse de una vez y Dimitri me parece el bálsamo perfecto.

Lo era. Claro que lo era. Misia tenía razón y Gabrielle lo sabía. Pero enterrar la pena por Boy en un recoveco de su corazón tan silenciosamente como había hecho Diana con el cadáver en el cementerio de Montmartre le parecía una traición a su gran amor. Lo había olvidado unas horas y todavía se sentía culpable.

Había deambulado por las calles de Dorsoduro y San Polo al lado de Dimitri. Hablaron, contemplaron, se asombraron y charlaron. Cuando no se llamaban mutuamente la atención sobre un elemento singular en una fachada o en la barandilla de un puente, se reían de un gato que ronroneaba en el poyete de una ventana o contemplaban una góndola que navegaba por un pequeño canal, hablaban del miedo al abandono y del abuso de confianza. No se podía negar que tenían cosas en común; aunque sus experiencias pertenecieran a mundos completamente distintos, les habían provocado sentimientos semejantes.

La madre de Dimitri, la princesa Alejandra de Grecia y Dinamarca, murió al nacer él. Poco después, a pesar de la prohibición del zar, el padre contrajo matrimonio con una plebeya que había sido su amante durante años. La pareja tuvo que irse de Rusia y se refugió en París, pero María y Dimitri se quedaron en el imperio de los zares. Los acogió su tío Serguéi Alexándrovich Románov, gobernador de Moscú. Esa vida familiar relativamente cariñosa no duró mucho: Serguéi murió en un atentado cuando Dimitri tenía trece años. Los hermanos

volvieron a sufrir el desarraigo; esta vez se trasladaron a la corte para proseguir su educación, Dimitri directamente bajo la tutela de la familia de los zares, lo que se tradujo en un inicio temprano en la carrera militar.

—La vida en el ejército no debe de ser muy distinta de la de un orfanato — comentó Dimitri.

Gabrielle asintió. Sabía a lo que se refería. No obstante, no le contó nada de la época más oscura de su vida, que casi coincidía con esos mismos años.

Pasearon por Venecia durante horas y hablaron tanto que entre ellos surgió una profunda confianza. Al final, Gabrielle tuvo que volver al Lido; los Sert se preocuparían si se ausentaba demasiado tiempo. Se despidió de Dimitri en un embarcadero.

En la despedida, el gran duque le besó la mano y le preguntó por su hotel.

Evidentemente, Gabrielle le dijo dónde se alojaba. Al día siguiente, cuando iba de camino a la playa con Misia, el portero del hotel le entregó una nota de Dimitri: un mensaje breve escrito a mano en el que le pedía que volvieran a verse esa noche. Le proponía ir al casino que había en el Grand Hotel Excelsior del Lido, no muy lejos del suyo. Probablemente suponía que ella preferiría una cita cerca de allí, eso encajaba con su cortesía aristocrática. Un paseo después de la cena, un juego de azar en todos los sentidos. Cabían todas las posibilidades.

Sin embargo, en el estado actual de Gabrielle, las cosas eran distintas. Aceptar la cita significaba tomar una decisión cargada de consecuencias. *Rien ne va plus*.

—¿De qué tienes miedo? —preguntó Misia en voz baja—. Hasta ahora, tú eras la única persona que conozco que nunca parecía tener miedo.

«Claro que nunca le temía a nada», pensó Gabrielle; tenía a Boy.

En ese mismo instante supo que no era cierto. Ella sola se había atrevido a dar sus primeros pasos en libertad cuando se fue del convento. Y luego fueron sus propias decisiones y la esperanza de alcanzar una vida mejor lo que la llevaron a presentarse en la finca de Étienne Balsan en Royallieu. Se habían acostado unas cuantas veces, pero no había habido nada más. En realidad nada que apoyara su impertinencia. Sin embargo, cuando le abrió la puerta, lo hizo a un nuevo mundo que ella conquistó con valor, coraje y perseverancia. Fue la puerta a su felicidad. Y a su mayor derrota.

Meditó las palabras con que podría expresar el desorden que reinaba en su corazón y en su mente para explicarle a Misia lo que en realidad quería hacer, pero no podía. Todavía no. Sin embargo, mientras cavilaba e indagaba en su interior, José Sert se presentó junto a la tumbona de Misia, seguido por un camarero que llevaba una bandeja con vasos llenos de limonada y un cuenco de

plata con cubitos de hielo que empezaban a derretirse.

—Señoras mías, ¿qué os parecería una excursión a Roma?

—¿A Roma? ¿Por qué? —preguntó Misia mientras se colocaba bien las gafas de sol.

José sonrió radiante y despreocupado.

—Para rendir homenaje a Bernini. Y a Miguel Ángel —dijo.

Misia le devolvió la sonrisa; luego se volvió hacia Gabrielle.

—Deberías darte prisa con tu cita, Coco, o nos habremos ido antes del primer beso.

—¿Me he perdido algo? —preguntó José.

—No —se apresuró a responder Gabrielle—. No es nada.

Cogió uno de los vasos que les ofrecían y concluyó la conversación con un gran trago de limonada helada.

«Champán —pensó—, esta noche beberemos champán.» Y notó un hormigueo en el cuerpo.

LAS COPAS CHOCARON provocando un suave tintineo.

—*Santé* —deseó Dimitri, mirando profundamente a Gabrielle a los ojos.

El tiempo pareció detenerse un instante, los músicos de la terraza se quedaron en silencio y los numerosos clientes del bar del hotel Excelsior, inmóviles como muñecos. Incluso el aire dejó de moverse, las hojas de las palmeras ya no temblaban con la suave brisa, las cigarras interrumpieron su canto repetitivo, las olas batían sin hacer ruido en los pilares del espigón del hotel. Solo existían el sonido de la voz suave de Dimitri y su mirada, que le penetraba el alma.

—*Cheers* —replicó Gabrielle en inglés, y constató que lo había dicho más por casualidad que intencionadamente. Conocía la expresión por Boy.

El hechizo se rompió, los sonidos de fondo aparecieron de nuevo: la orquesta tocaba la canción «Whispering», que sonaba en todas partes, y el cantante silbó el estribillo; las parejas se movían en la pista de baile y los camareros corrían de mesa en mesa. El bar y el restaurante estaban a cielo raso, delimitados por unos muros de apariencia oriental y un exuberante jardín verde que se abría a la playa. En el techo celeste centelleaban millones de estrellas y los grillos continuaban con sus cortejos.

—¿Cómo se dice «a tu salud» en ruso? —preguntó Gabrielle, que había dejado la copa de champán después del primer sorbito.

—En la corte se hablaba francés. Por eso siempre brindamos en su idioma. — Dimitri jugueteaba con el fuste de la copa entre los dedos, ensimismado. Guardó silencio unos instantes, probablemente absorto en sus recuerdos, y luego sonrió —. Hablar en francés tenía sus ventajas porque *santé* es bastante más corto y se llega antes al disfrute. Los brindis rusos suelen ser muy largos. Se honra el placer de vivir y a este y al otro, y también la vida y la salud, por supuesto, y no sé cuántas cosas más. Y se alarga. Pero también decimos que beber sin brindar es de borrachos indignos.

—Me gustan esas historias —dijo Gabrielle y le devolvió la sonrisa.

—En realidad son historias tristes porque tratan del pasado y no del futuro.

—¿Por quién brindaría ahora en ruso? —preguntó y levantó expectante la copa.

—*Za liubov!*

—¿Y qué significa?

Sus ojos revelaron lo que iba a decir.

—¡Por el amor!

Gabrielle titubeó. La música resonó de pronto en sus oídos; todo le parecía más ruidoso y nítido, incluso la mirada de Dimitri, como si lo examinara todo a través de una lupa, como si quisiera captar el momento con toda su claridad. Su mente sabía que tenía que decidirse y el corazón se rindió al cuerpo. Esta vez no brindó, solo habló con la mirada, perdida en la de Dimitri, mientras tomaba un sorbo de champán.

Poco después estaba en sus brazos. Flotaban en la pista al ritmo de la versión jazzística de la canción napolitana «O sole mio» que tocaba la orquesta de baile. Dimitri era un magnífico bailarín, apasionado y elegante. La guiaba con una fuerza oculta que despertó en ella un deseo prometedor. Gabrielle notaba bajo los dedos los movimientos de los músculos de los hombros de Dimitri, percibía su olor, la calidez que le transmitía. Dejó que la estrechara contra él de manera que sus caderas se tocaran. Sus muslos se movieron al unísono como si fueran una única persona. Empezaron a dar vueltas más despacio, encontraron su propio ritmo y perdieron el contacto con la alegre melodía. El baile era como una promesa.

Cuando volvieron a la mesa cogidos de la mano, Gabrielle dirigió por casualidad la mirada a la entrada, un paso abierto en los muros árabes. Todavía estaba aturdida, electrizada por la sensación de placer y la música, por eso tuvo que mirar dos veces para reconocer a Serguéi Diáguilev. Iba en compañía de varios hombres, entre ellos su secretario, Boris Kochno. En aquel momento, el jefe de sala les indicaba una mesa. El grupo se puso en marcha y se reconocía con toda claridad quiénes se movían con la agilidad de un bailarín de ballet y quiénes eran hombres de negocios, que seguramente pagarían la cuenta esa noche. Diáguilev debía de prestarles su atención con la esperanza de conseguir donativos generosos. Nadie del grupo la miró.

Dimitri se percató de su mirada.

—¿Conoce a Serguéi Pávlovich Diáguilev? ¿Quiere saludarlo?

—Sí. No. Quiero decir que no hace falta. —Aunque fuera de mala educación, no podía apartar los ojos del empresario. Cuando Diáguilev sacó el pañuelo para abanicarse un momento, dijo sin pensar—: Me gustaría saber qué perfume usaba la gran duquesa.

—¿Qué gran duquesa?

Gabrielle, que acababa de sentarse en la silla, lo miró asombrada por su propia estupidez. ¿Por qué no se le había ocurrido antes preguntarle a su nuevo admirador por el perfume de la difunta María Pávlovna? Si había entendido bien el recorrido de Misia por el árbol genealógico de los Románov, la gran duquesa era su tía. Todos los miembros de la nobleza rusa parecían ser grandes duques o grandes duquesas, y era fácil embrollarse. Además, cabía dudar de que un sobrino supiera cuál era el perfume preferido de su tía. No obstante, valía la pena intentarlo.

—La gran duquesa María Pávlovna, princesa de Mecklemburgo por nacimiento —dijo, dando las gracias al cielo por los conocimientos de Misia sobre la genealogía de la casa Románov.

—Creo que Le Bouquet de Catherine —contestó Dimitri sin titubear—. Mi hermana también lo usaba.

Gabrielle abrió los ojos como platos.

—¡Oh! —fue lo único que salió de sus labios a causa de la sorpresa.

Antes de replicar, Dimitri esperó a que el camarero volviera a llenar las copas y se alejara.

—¿Por qué le interesa? —preguntó.

El deseo físico que la había embargado estando en sus brazos se transformó de repente en un fervor de caza expeditivo; la amante de luto se transfiguró en una resuelta mujer de negocios. La magia erótica no volvió a aparecer ni siquiera cuando Dimitri encendió un cigarrillo y se lo pasó sin decir nada. Gabrielle dio una calada antes de contestar.

—Cuando coincidí con monsieur Diáguilev, me dio la impresión de percibir un aroma especial. El pañuelo que le regaló la gran duquesa olía a un perfume distinto de los que conozco. No era la típica fragancia de rosas que solo sirve para tapar el olor corporal, se trataba de una mezcla maravillosa, nada habitual. Un poco como el Chypre de Coty, pero muchísimo mejor. Por desgracia, no surgió la ocasión de preguntarle a monsieur Diáguilev el nombre del perfume.

Dimitri encendió un cigarrillo para él. Su boca exhaló pequeñas nubes de humo al hablar.

—Estoy seguro de que se trata de Le Bouquet de Catherine. Se creó en honor de la zarina Catalina la Grande, pero, por sus orígenes alemanes, al empezar la guerra le cambiaron el nombre por el del proveedor de palacio y pasó a llamarse Rallet N° 1. Solo podían usarlo las damas de más alta cuna de Petrogrado.

—Felicito a esas damas por su buen gusto.

—En ninguna otra corte de Europa se daba tanta importancia al tema de las

fragancias como en Petrogrado. Estábamos obsesionados con los perfumes. — Volvió a ensimismarse unos instantes en sus recuerdos, miró la pista de baile, serio y absorto, y luego a Gabrielle a los ojos, y se le iluminó la cara con una sonrisa—. No ha contestado a mi pregunta. ¿Por qué le interesa esa fragancia? Usted no lleva perfume, ¿no es así?

—Cierto. Normalmente solo uso jabón.

—¿Porque espera encontrar un perfume único? —Dimitri meneó la cabeza con tristeza—. Me encantaría regalarle un frasco de Bouquet de Catherine, pero me temo que no quedan. Esa fragancia es como la vieja Rusia: sobrevive como un soplo fugaz de recuerdos, pero se ha perdido para siempre.

—Bastaría con la fórmula química —se le escapó.

Dimitri enarcó las cejas, sorprendido, pero no dijo nada. Saltaba a la vista que esperaba más explicaciones.

Gabrielle se enfadó consigo misma por su imprudencia. ¿Era acertado confiar en ese hombre, ponerlo al corriente de sus proyectos? No se trataba de nada personal, sino de negocios. La emoción le aceleró el pulso. En una tentativa de evadir la pregunta, le hizo una promesa.

—Se lo explicaré cuando volvamos a vernos. Ya es demasiado para una noche.

Dimitri le estrechó con ternura la mano con la que acababa de apagar la colilla en el cenicero.

—Usted me hace feliz, mademoiselle Chanel.

Gabrielle deseó que el hechizo de antes no se hubiera desvanecido, pero el corazón se le había acelerado no por aquel hombre atractivo, sino por una fragancia de la que al menos ya sabía el nombre. Le sonrió amable.

—¿Vamos a jugar? —Su mirada excluía toda ambigüedad.

En el fondo de su corazón, se preguntó qué ocurriría si él la malinterpretaba adrede. Pero Dimitri Pávlovich Románov no era un hombre de frivolidades con doble sentido.

GABRIELLE PERDIÓ. GANÓ. Perdió más. Sin embargo, aunque al final perdió el doble de lo apostado en la ruleta, fue más prudente con el dinero que Dimitri. El gran duque derrochaba las fichas con despreocupación, como si aún existiera la corte de San Petersburgo. El placer de no perder de vista la bolita de la ruleta, juntos y emocionados, de observarla con esperanza, de gritar de alegría cuando la bola se paraba en el número oportuno o de sentir por unos instantes una

decepción desmesurada cuando no era así valía todas las liras gastadas. Era maravilloso reír con él, despilfarrar y a la vez ser generosa. Era como una borrachera. Gabrielle se divirtió y olvidó las penas.

Cuando finalmente insistió en irse y Dimitri la acompañó al hotel, aquella noche se había convertido en algo más que un simple episodio fugaz. Iban de la mano, conocedores de la existencia de un profundo afecto. Ninguno de los dos era realmente consciente de haber cogido al otro de la mano. Sus dedos se habían encontrado y se habían entrelazado. Caminaban al mismo paso y Gabrielle pensó en la facilidad con que sus cuerpos se fusionaban siguiendo el mismo compás.

—Me gustaría hacer saltar la banca en Montecarlo con usted —dijo Dimitri.

Aunque habló en voz baja, su voz resonó con fuerza en el silencio de la noche. Excepto ellos, casi nadie caminaba a esas horas por el paseo marítimo. El suave murmullo de las olas y el traqueteo de algún automóvil eran los únicos ruidos nocturnos.

«Un sueño —pensó Gabrielle—, solo es un sueño.» En cualquier momento despertaría y volvería a su antigua vida.

—Montecarlo siempre es una buena idea —respondió ella vagamente.

—Pues vamos ahora mismo.

—Mañana viajo a Roma con los Sert, una pequeña excursión. Volvemos dentro de unos días. Quizá entonces tengamos la oportunidad de ir a Montecarlo.

Habían llegado a la entrada del Hotel des Bains. Los dos estaban en silencio, uno frente al otro. Expectantes. Gabrielle contaba con que él estaría madurando una pregunta cuya respuesta le brindara acceso a su habitación, aunque no hacían falta muchas palabras para conseguirlo. A una velada como aquella solo podía seguirle una noche juntos. Ambos eran adultos, sabían dónde se metían. No le quitaban nada a nadie y se darían mucho mutuamente.

Entonces, Dimitri la atrajo hacia él y la besó en las mejillas, un gesto afectuoso cargado de confianza, no de la ternura apasionada de un amante, aunque no por ello menos excitante. Fue el gesto respetuoso de un hombre que podía esperar.

—Por desgracia, nos queda poco tiempo para ir a Montecarlo. He recibido una invitación para ir a Dinamarca y no puedo decirle que no al embajador británico en Copenhague. Es más que un amigo, me salvó la vida cuando huía del Ejército Rojo. Por eso no estaré en Venecia cuando usted regrese... —Hizo una pausa, como si recapacitara, pero luego dijo con voz firme—: Volveremos a vernos. Se lo prometo.

No esperó a que ella contestara, se dio la vuelta y se marchó a paso ligero. Un hombre que podría ser el zar de Rusia daba por sentado que una mujer creería sin rechistar en su promesa.

Y eso fue en realidad lo que hizo Gabrielle.

Sonrió mientras lo veía marchar. «Es un maestro en el arte de amar», pensó. Un caballero que esperaba cortés y discretamente en vez de exigir con vehemencia y sin la menor gracia lo que muchos de sus congéneres consideraban un derecho. Dimitri sabía a la perfección que de ese modo alcanzaría su objetivo. Se lo había notado en el brillo de los ojos, un resplandor que la atraía y avivaba sus ilusiones. El deseo la empujaba a llamarlo. Quizá Dimitri esperaba que ella diera el primer paso. Pero, en vez de eso, entró contenta en el vestíbulo del hotel.

Gabrielle también dominaba el mejor de todos los juegos.

ITALIA CAMBIÓ A Gabrielle. No hubo más coqueteos, pero al regresar a París se sentía más recuperada que nunca y con ganas renovadas de vivir.

Se sentía como si hubiera despertado de un sueño oscuro. El simple hecho de que un hombre de la clase social de Dimitri Pávlovich Románov la hubiera cortejado con tanto respeto le daba ánimos. Evidentemente, Boy era mucho más rico que Dimitri en su época de inmigrante, pero no formaba parte de la alta aristocracia, sino que procedía de la alta burguesía y se había labrado él mismo su estatus. En la Francia de los años anteriores a la guerra, eso era tan imponente como el esplendor que los grandes duques huidos de San Petersburgo y Moscú habían llevado a Europa occidental. Además, Gabrielle no solo había reconocido a un alma gemela en el ruso, sino que había desarrollado una afinidad verdadera por la melancólica cultura rusa. No sabía con total certeza si Dimitri cumpliría su promesa y volvería a verlo, pero se había llevado de la cita algo más que un placer físico redescubierto. Había sido un sueño maravilloso del que había despertado fortalecida.

José Sert también había contribuido a su manera a ese fortalecimiento. Gracias a él, ahora lo sabía casi todo de la pintura del Renacimiento italiano y de la escultura barroca. El marido de Misia era un maestro en su campo y la había iniciado cuidadosamente en la historia del arte. Su mirada se abrió de pronto a ese nuevo mundo, igual que lo hiciera muchos años a la literatura.

De joven se tragaba todas las novelas que caían en sus manos, tanto daba si eran una bazofia, de entretenimiento o alta literatura. Estaba convencida de que en todos los textos escritos había algo que la haría progresar de alguna manera. Después, Boy despertó su interés por los clásicos y ahora era una mujer realmente leída. Hasta entonces había dado largas a las artes plásticas. Sin embargo, José le había enseñado la magia y la fascinación de su especialidad, y a Gabrielle le encantó centrarse en ese nuevo tema. No para comprar cuadros ni esculturas y exhibirlas en su casa. Ella creía que los objetos de arte estaban mejor guardados en los museos, donde siempre podría contemplarlos.

Sus deseos iban en otra dirección: empezó a soñar con participar en una obra de teatro o en un ballet, igual que Paul Poiret en el montaje de *La consagración*

de la primavera. No tenía ni idea de crear escenografías, pero estaba convencida de que podía diseñar vestuarios. Para alcanzar su objetivo, no solo tenían que fijarse en ella hombres como Serguéi Diáguilev, sino que probablemente tenían que admirarla tanto como a Misia Sert. ¿Acaso no sería una feliz coincidencia que su colaboración con creadores famosos llenara el vacío que le había dejado la muerte de Boy? Evidentemente, conocía a muchos pintores famosos gracias a Sert, pero los hombres como Pablo Picasso eran lobos solitarios. Esos artistas tenían amigos, quizá también un galerista, pero trabajaban solos. En cambio, las compañías de ballet dependían de asistentes y patrocinadores.

Mientras reflexionaba, cayó en la cuenta de que los Sert le habían hecho un gran regalo con el viaje a Italia: Gabrielle empezaba a identificarse más consigo misma y no tanto con el hombre a quien había querido más que a su vida.

A la vuelta, la rutina la reclamó con fuerza, pero sus pensamientos giraban en torno a su futuro papel en la bohemia. El arte le parecía un bonito juguete, los teatros eran casas de muñecas y los actores, las figuras que había dentro. Ella no tuvo muñecas de niña, era muy pobre, pero ahora quería compensar esa carencia con personas reales. Misia y José Sert se marcharon de Venecia en dirección a los Balcanes y no se esperaba que volvieran pronto, por lo que pensó que era una buena ocasión para seguir sola los pasos de su amiga. Además, tenía que cumplir otra misión.

Así pues, una tarde se plantó delante del espejo, se colocó bien el sombrero de paja barnizado de negro y le dio ánimos a la futura mecenas. Ese día no salió del taller a las siete, como de costumbre, sino que se marchó dos horas antes para dar un paseo. ¿Acaso la hora del té no era el mejor momento para visitar a alguien sin previo aviso? «Esas ideas son reminiscencias de la educación social de un inglés», pensó y sonrió divertida.

Le sorprendió que le sentara tan bien pensar en Boy sin sentir dolor. La embargaba la melancolía, sí, pero ya no estaba tan desesperada. Boy se habría reído con ella si le hubiera contado lo que pensaba. ¿Se podían tomar las penas con humor? En cualquier caso, la nostalgia por un difunto se volvía más soportable mirando hacia delante. Vivir encerrada en una especie de cripta no le devolvería la vida. Lo había aprendido en las últimas semanas.

Cruzó de buen humor la rue Saint-Honoré hacia la rue Royale. Era un día cálido de septiembre, casi veraniego, parecía hecho a posta para dar una vuelta y el camino la llevaba por las calles más antiguas y bonitas de la ciudad. Sin embargo, Gabrielle no paseaba sin rumbo: caminaba resuelta hacia la place de la Concorde. En Venecia había escuchado atentamente y sabía que Serguéi

Diáguilev se alojaría en el Hotel de Crillon después de partir de la ciudad de la laguna.

El Crillon se ubicaba en un edificio lujoso, no tan señorial como el Ritz, donde ella se hospedaba las noches que no regresaba a su nueva villa de Garches. Pero no cabía duda de que se encontraba en uno de los palacios más hermosos. Además, dado que se trataba de una casa particular que no se transformó en hotel hasta poco antes de la Gran Guerra, contaba con una decoración moderna. A Gabrielle le sorprendió un poco que Diáguilev pudiera costárselo, pero siempre era más agradable anunciar su visita en la recepción de un hotel de lujo que tratar con la dudosa casera de una pensión de mala muerte.

El ascensor la llevó a la segunda planta. Gabrielle avanzó luego entre paredes pintadas de color marfil hacia la suite en que se alojaba el maestro del ballet, Boris Kochno, que la aguardaba en la puerta, le hizo una reverencia impecable al verla.

—Monsieur Diáguilev la espera.

El empresario estaba de pie delante de la ventana del salón. A contraluz, casi parecía un cuadro de la Resurrección que hubiera cobrado vida. «El Salvador del ballet», pensó Gabrielle.

—Mademoiselle Chanel —dijo—, lamento no recordar su nombre. ¿Nos hemos visto alguna vez? ¿Quizá en Venecia? Sea como sea, una amiga de la maravillosa Misa Sert siempre es bienvenida.

Gabrielle le brindó una sonrisa cordial.

—Buenas tardes, monsieur Diáguilev —dijo únicamente.

Saltaba a la vista que el empresario seguía devanándose los sesos tratando de recordar dónde la había visto. Sin embargo, acabó dándose por vencido y meneó la cabeza con tanta vehemencia que se le erizó el pelo por todos lados, como electrizado. Intentó dominarlo con una mano, mientras con la otra señalaba un pequeño tresillo.

—No consigo recordar de qué nos conocemos, pero lo descubriremos, ¿verdad? Siéntese, por favor. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Soy yo la que querría hacer algo por usted —replicó Gabrielle mientras se sentaba.

La respuesta de Diáguilev consistió en enarcar las cejas.

Gabrielle se fijó en que no le ofrecía nada, aunque probablemente fuera más un síntoma de desconcierto que de una falta de cortesía. Decidió ir al grano y sacó del bolso el estuche de cuero en el que guardaba el talonario.

—Me gustaría que estrenara *La consagración de la primavera* —dijo con voz

firmes mientras ponía los cheques encima de la mesita. El primero ya estaba escrito y llevaba su firma. Sin decir nada más, se lo acercó a Diáguilev.

—Con esta cantidad debería poder financiar el reestreno.

Era un importe de seis cifras.

Diáguilev enarcó un poco más las cejas. Increíblemente, echó mano del monóculo, pero la cantidad continuaba siendo la misma.

—¡Mademoiselle! —En esa exclamación se mezclaban la indignación de un hombre que cree que lo toman por loco y la sorpresa... Y una chispa de alegría increíble.

—¿No es suficiente? —preguntó Gabrielle, también sorprendida.

—¡Trescientos mil francos! —Se apresuró a coger el cheque antes de que cambiara de opinión—. Por favor, mademoiselle Chanel, es un aporte muy generoso.

Diáguilev se llevó la mano libre al pañuelo que lucía en el bolsillo de la americana, lo sacó y se lo acercó a la nariz como si la fragancia fuera un elixir de la vida y también un calmante. Gabrielle se fijó en que temblaba.

—Toma, Boris. Y guárdalo bien.

Gabrielle se dio cuenta entonces de que el joven secretario se había mantenido en un segundo plano. El muchacho cumplió los deseos de su señor con una ligera reverencia.

—Estoy impresionado —confesó Diáguilev—. Si, a modo de contrapartida, quiere presenciar el mejor espectáculo que jamás haya puesto en escena la compañía de los Ballets Rusos, delo por hecho.

—Estoy convencida —dijo, sonriéndole—. Pero me gustaría pedirle otra cosa. —Hizo una breve pausa para mantenerlo un poco en vilo. Cuando vio que el color de su cara empezaba a cambiar del rosado al rojo vivo, se apresuró a añadir —: Se trata de su pañuelo. Supongo que no quiere separarse para siempre del obsequio de la gran duquesa, pero me gustaría pedirselo prestado.

Había meditado durante mucho tiempo cómo podía conseguir la composición del perfume de la gran duquesa María Pávlovna. Dado que Dimitri no le había dado muchos ánimos en la empresa de encontrar un frasco de Bouquet de Catherine, tendría que encontrar la fórmula por otras vías. Le pareció lógico usar el pañuelito en el que todavía quedaban vestigios de la fragancia. Confiaba en que en los laboratorios de François Coty trabajara un químico cualificado capaz de reconocer las distintas esencias. No sabía con total certeza si su plan podía llevarse a cabo, pero había que intentarlo. Aunque no se pudieran identificar todos los ingredientes, la base bastaría para realizar pruebas. El simple hecho de

presentarles ese aroma excepcional debería servir para expresar sus ideas en una fórmula. Eso la acercaría a su objetivo más de lo que había conseguido hasta el momento.

En los ojos oscuros de Diáguilev se reflejaban el desconcierto y la incredulidad. Agarraba el pañuelo como si temiera que la visita fuera a arrebátárselo en cualquier momento.

—No le pasará nada —aseguró Gabrielle—. Por supuesto, se lo devolveré tan pronto como me sea posible. Intacto.

—¿Para qué lo necesita? —dijo con voz ronca.

Teniendo en cuenta el generoso donativo que acababa de hacerle, a Gabrielle le pareció una pregunta temeraria. Por otro lado, esa conducta también demostraba un profundo afecto hacia la difunta mecenas. Un hombre con ese sentido de la lealtad era de su agrado.

Así pues, le habló de su éxito como diseñadora de moda.

—Hace muchos años, empecé a diseñar sombreros para las invitadas de mi amigo Étienne Balsan. En una época en que las mujeres llevaban en la cabeza tocados que parecían verdaderas ruedas de automóvil, mis modelos sobrios llamaron la atención de la sociedad parisina. Así pues, continué confeccionando sombreros y, con la ayuda de Étienne, al final pude abrir mi primera sombrerería. Después también me centré en la costura, al principio diseñando blusas de corte marinero y faldas pantalón. Siempre me he decantado por un estilo muy sobrio, inspirado en modelos de la Edad Media. El caso es que mi moda tuvo mucha demanda y, un año antes de empezar la guerra, abrí boutiques en Deauville y, después, en París.

»Ahora trabajo en un edificio de la rue Cambon y mi clientela está formada por las mujeres de la alta sociedad. Me gustaría hacerles un obsequio a mis mejores clientas, y las más fieles, pero mi perfume tiene que ser muy especial, tanto como el perfume de la gran duquesa. Y para encontrar la fórmula, necesito el pañuelo... —se interrumpió un instante y luego prosiguió—: y su más absoluta discreción. Le ruego que guarde silencio respecto a todo lo que hemos hablado. El donativo también tiene que quedar entre nosotros. Me gustaría que no se enterase nadie, ni siquiera nuestra amiga común, Misia.

Diáguilev asintió y le entregó el pañuelo.

—Comprendo. Por cierto, la gran duquesa usaba Rallet N° 1 o Le Bouquet de Catherine...

—Lo sé —lo interrumpió Gabrielle.

¿Qué diría Dimitri Pávlovich si ella consiguiera elaborar una nueva versión

del perfume de la zarina? No una copia, ese no era su estilo. Una versión nueva, actual, que se correspondiera con lo que imaginaba. Del mismo modo que el nuevo montaje de *La consagración de la primavera* no tenía que ser una repetición del ballet que se estrenara antes de la guerra. ¿Qué diría si supiera que ella financiaba ese homenaje al antiguo folclore ruso? El pasado de Dimitri se unía al futuro de Gabrielle.

«Pienso demasiado en Dimitri —reflexionó casi horrorizada—. Tengo que dejarlo correr. Hay cosas más importantes en la vida que centrarse en un hombre.»

Guardó el pañuelo y el talonario en el bolso.

UNOS DÍAS DESPUÉS, mientras Gabrielle circulaba por el Bois de Boulogne, la asaltaron las primeras dudas sobre sus planes. Observaba los árboles que se teñían de colores otoñales y se preguntaba si no habría actuado con excesiva vehemencia. Pagar una suma tan elevada por un pañuelo que tal vez no tendría ningún valor en el laboratorio era una locura. Evidentemente, también le había entregado el cheque a Diáguilev por otros motivos, pero el asunto del perfume rayaba en la obsesión.

Seguramente, Boy se habría divertido de lo lindo, pero ¿la habría reprendido por obrar tan a la ligera? El Eau de Chanel había sido idea de los dos, pero no había sido la única. En las noches tranquilas, Gabrielle solía recostarse en sus brazos delante de la chimenea, escuchando el chisporroteo del fuego y contándole sus planes, que él aprobaba o desmontaba con buenos argumentos. Solo hablaban de su futuro profesional, nunca de cuestiones personales. Tampoco había nada que decir al respecto; al menos ella estaba segura de que pasaría el resto de su vida a su lado. Y creía que a él le ocurría lo mismo. La primera vez que cruzó el portal del edificio número 31 de la rue Cambon, no pensaba solo en abrir la tienda de modas Chanel para siempre y para el mundo entero, sino también en retener para siempre la mano que la impulsaba a entrar. Entonces, ¿por qué se concentraba con tanta fuerza en una fragancia y no en las demás ideas que aún tenía que hacer realidad? Como el proyecto de crear un vestido elegante pero sencillo que las mujeres pudieran llevar a cualquier hora del día...

En sus ojos asomó una lágrima. Gabrielle estuvo tentada de secarse las mejillas con el pañuelo. Sin embargo, después de vacilar unos instantes, se pasó las puntas de los dedos con cuidado por el rostro para no estropear el maquillaje. Los polvos de alta calidad que se ponía todas las mañanas con una borla de color oro blanco en la piel, siempre ligeramente bronceada, eran un producto del gran negociante François Coty, igual que la polvera que llevaba en el bolso. Nadie superaba a Napoleón en el mercado de los productos de belleza. A aquellas alturas, Gabrielle entraba en La Source como una vieja amiga. Había ido tantas veces durante el último medio año que los trabajadores de François Coty la

consideraban uno de los suyos. Ese día también la acompañaron sin andarse con rodeos al sanctasanctorum de la dirección, donde el jefe la esperaba con una taza de café moca recién hecho.

—Los granos de café arábica son el medio más apropiado para empezar bien el día —declaró alegremente y le besó la mano—. Abren el olfato y la mente. Me alegro de poder desayunar con usted. ¿Le apetece un cruasán?

Gabrielle rechazó el ofrecimiento meneando la cabeza.

—¿Qué la deja sin apetito para tomar un cruasán recién hecho? Cuando me pidió una entrevista lo antes posible, me pareció que estaba nerviosa, querida. Yo también estoy nervioso porque no quiso decirme de qué se trataba. ¿Puedo saber ya qué la trae por aquí?

—Por supuesto. —Gabrielle le dedicó una sonrisa. En vez de abrir el bolso, golpeó el cierre con los nudillos—. ¿Podría aislar los ingredientes de una colonia rociada en un pañuelo, François?

—No —replicó Coty sin pensarlo dos veces—. Es imposible.

Gabrielle respiró hondo.

—He traído un pañuelo con el aroma que debería ser la base de mi perfume y tengo que descubrir sin falta los elementos que componen la fragancia con que lo perfumó su propietaria.

—Es químicamente imposible aislar las diferentes sustancias a partir de un trozo de tela. —Coty la miró confuso, la taza de moca pendía en el aire de su mano—. Pero ¿por qué no le pide una muestra a esa señora?

—Está muerta.

—Lo siento.

Gabrielle se permitió hacer un gesto con la mano para zanjar el tema, no para restar importancia al fallecimiento de la gran duquesa, sino por la prisa con que solía actuar. No tenía tiempo para tratar cuestiones secundarias ni ganas de cejar en su empeño.

—Es Le Bouquet de Catherine, de Rallet...

—El perfume de los zares —la interrumpió Coty, que por fin dejó la taza. Se notaba que no se sentía a gusto—. Cualquiera que se interese un poco por el tema recuerda ese perfume y su historia. Rallet lo lanzó al mercado en Moscú antes de la guerra y corre el rumor de que se inspiró en el Quelques Fleurs, de Houbigant. O al revés. Pero quizá el parecido fuera una casualidad, igual que el hecho de que los dos perfumes se presentaran en el plazo de un año. Nunca sabremos la verdad.

—¿Conoce los componentes del perfume? —preguntó, esperanzada.

—Es una mezcla poco común de distintos ingredientes. No sé nada más. Nadie lo sabe. La fórmula probablemente se haya perdido con el Imperio ruso. Y si no lo ha hecho, ahora pertenece a los bolcheviques. Oí decir que la fábrica de Rallet en Moscú se llama ahora Fábrica de Jabones y Perfumes Número 5. Al parecer, los sóviets quieren fabricar allí un perfume que se llama Libertad. Increíble, ¿verdad? —No esperó a su respuesta, sino que añadió otra pregunta—: ¿Por qué le interesa precisamente la composición de ese viejo perfume?

—Quiero darle una nueva vida.

Coty se sorprendió.

—En tal caso, lo más sencillo sería conseguir un frasco de Rallet. Podríamos trabajar mejor con el agua de colonia que con un pañuelo.

—Solo tengo el pañuelo —se limitó a responder Gabrielle.

—Bueno, lo más probable es que se hayan acabado las existencias. —De repente soltó una carcajada atronadora. Después de tranquilizarse, comentó—: Con su permiso, mademoiselle Coco Chanel, debo decirle que lo que pretende suena a chiste. Pero me gusta su sentido del humor.

—Nunca he hablado más en serio. —Abrió el bolso y sacó el pañuelo, que enseguida desprendió su aroma único.

—Así que quiere jugársela a los bolcheviques. —Coty sonrió—. No creo que lo consigamos con un pañuelo, pero deberíamos intentarlo. En este caso, mi corazón vence a la razón.

Sin perder la sonrisa, le prometió que la avisaría cuanto antes.

—¿QUÉ HACES? —PREGUNTÓ José Sert mientras observaba con asombro cómo su mujer introducía una carta en un sobre.

Le bastó con echar una simple mirada al grueso papel de tina hecho a mano; no le hacía falta leer las líneas escritas con letra firme para saber de lo que se trataba. José estaba detrás de Misia y se asombró al verla sentada en su secreter actuando como si cumpliera una misión sagrada.

Misia estaba inclinada sobre la montaña de correspondencia privada que le había llegado durante los meses que habían estado fuera. La mayoría de las cartas estaban ordenadas en pilas pequeñas, esa era la única que recibía un trato distinto.

—Le devuelvo al remitente la invitación al baile de disfraces del conde de Beaumont —contestó Misia sin levantar la vista, lo que hacía que pareciera importante.

—Ya lo veo. Pero no entiendo por qué.

—Me niego a ir a esa fiesta.

—¡Será el mayor acontecimiento social de la temporada!

Misia volvió la cabeza y le dedicó una sonrisa enigmática.

—Puede, pero nosotros nos encargaremos de que se convierta en el mayor escándalo de la temporada.

—Ajá.

José se preguntó qué se le podía reprochar a Étienne de Beaumont. El conde era uno de los mayores benefactores del arte moderno. El aristócrata coleccionaba pinturas cubistas de Pablo Picasso, Juan Gris y Georges Braque, y con eso brindaba cierta seguridad económica a los pintores. Además, a Beaumont y a los Sert los unía una estrecha amistad con el poeta Jean Cocteau. No lograba recordar una sola mala conducta de Beaumont ni de su esposa, Edith, que justificara la sublevación de Misia. Al contrario. El palacio de los condes, situado en el distrito 17, era uno de los centros culturales de París y Misia siempre se había considerado afortunada de ser una de sus protagonistas.

—¿Por qué lo hacemos? Es decir, ¿qué nos motiva a montar un escándalo?

—Étienne y Edith de Beaumont se niegan a incluir a Coco Chanel en su lista

de invitados. —La voz le temblaba a causa de la ira. Con un gesto casi automático, levantó la mano y le rodeó a José los dedos que descansaban en su hombro. Quizá buscaba su apoyo o quizá quería asegurarse de que la respaldaría —. Voy a encargarme de que nuestros amigos tampoco vayan. La escena artística parisina se quedará en casa o, mejor aún, celebrará el baile en otra parte. Picasso y Cocteau ya están al corriente y comparten totalmente mi opinión.

—Ah, una intriga.

—No. Una declaración abierta de guerra.

—¿No crees que es cosa de Beaumont decidir a quién invita a su fiesta? Por supuesto que es una lástima que eviten a Coco. Pero, ¡por Dios!, eso no es motivo para iniciar una guerra.

—Yo creo que sí. —Le soltó la mano y tamborileó en el sobre con los dedos —. Edith de Beaumont le encarga los vestidos a Coco, pero no quiere tratar en privado con una diseñadora de moda. Étienne, tampoco. ¡Menudos esnobs! Estoy muy enfadada.

José quería a Misia y quería a Coco porque era una mujer maravillosa y porque Misia la quería. Respetaba que su esposa defendiera a su amiga, pero no entendía a qué venía tanto dramatismo.

—No te engañes. Coco tampoco iría a esa fiesta. A pesar de los avances que ha hecho, dudo que esté preparada para semejantes diversiones.

—Por supuesto que nos acompañaría, y tú lo sabes.

—Sí, quizá —admitió de mala gana—. Si te empeñas, no iremos al baile de máscaras de los Beaumont. A mí no me importa. Pero ¿por qué no rechazas la invitación en vez de devolvérsela?

—Porque quiero dejarles bien claro a esos señoritos que son unos miserables. —Por fin se volvió hacia él. Sus preciosos ojos azules brillaban—. Prescinden de Coco por el simple motivo de que son unos clasistas. Al señor conde y a la condesa les molesta que Coco sea hija ilegítima y de origen humilde. Además, le reprochan sus relaciones amorosas. Consideran que no es suficientemente distinguida para admitirla en sus círculos. Pero yo no conozco a ninguna mujer que se comporte con más exquisitez. Por lo tanto, no quiero relacionarme con esos mojigatos. Hay que ponerlos en la picota.

La lealtad incondicional de Misia lo conmovió. Se inclinó y la besó suavemente en los labios.

—Ese problema social no afecta únicamente a los Beaumont. Arthur Capel tampoco supo ignorar el origen ni la forma de vida de Coco. Y tú lo sabes, Misia. Esa historia no se resuelve en dos días. Me temo que seguirá

provocándonos muchos dolores de cabeza.

—Coco es como una hermana para mí, no puedo tolerar que no la aprecien como la persona maravillosa que es. Por eso nos encargaremos de montar un escándalo. Y también me encargaré de que Edith de Beaumont no reciba ni una gota del perfume que Coco va a elaborar para sus clientas.

—Hazlo —murmuró José mientras le acariciaba cariñosamente la mejilla.

—Por cierto, François Coty también es hijo ilegítimo —insistió Misia a pesar de las caricias—. Y todo el mundo lo venera como a un emperador.

José suspiró. Deseaba zanjar aquel tema espinoso.

—Coty es un hombre rico y poderoso.

—Coco me ha contado que este año seguramente pagará impuestos por unos ingresos de diez millones de francos. Es una mujer adinerada y poderosa.

«Y espero que pronto sea una mujer respetada», pensó José. Se inclinó de nuevo hacia Misia y le selló los labios con un largo beso.

LA RESPUESTA DE François Coty se hizo esperar. Sorprendentemente, no llamó a Gabrielle hasta pasadas varias semanas.

—No hemos obtenido resultados, mademoiselle Chanel. —El tono serio de su voz retumbó directamente en la cabeza de Gabrielle a través del aparato—. Lo hemos intentado todo. Hemos logrado distinguir unos cuantos aromas florales, pero nos falta un componente esencial. En mi opinión, las moléculas sintéticas juegan un papel importante y es imposible realizar un análisis preciso en el laboratorio a partir de un pañuelo.

—¿Qué son las moléculas sintéticas?

—Es un poco complicado porque se trata de materiales artificiales obtenidos químicamente. —Coty suspiró y Gabrielle lo imaginó meneando la cabeza al otro lado de la línea—. Quizá me equivoque. Quizá no. Elaborar un perfume con material sintético no es muy habitual; a decir verdad, encarece mucho el producto. Pero, para la familia imperial, seguramente nada era demasiado caro. Por otro lado, creo que cuando se formuló la composición todavía no era posible separar moléculas.

Gabrielle no permitió que se notara cuánto la consternaba aquella llamada, aunque le apetecía proferir un grito de decepción, se contuvo.

—Le agradezco el esfuerzo. Mañana enviaré a mi chófer a buscar el pañuelo —dijo con voz suave.

—Tiene mi laboratorio a su disposición siempre que quiera —le prometió el rey de los perfumes antes de dar por concluida la conversación.

«Al menos, Diáguilev se alegrará de recuperar su valiosa posesión», pensó Gabrielle con gesto airado. Le había preguntado varias veces por él, siempre con discreción y sin mostrarse impertinente, pero ella se sentía culpable por utilizar su talismán en una fase importante de los preparativos para el estreno. Diáguilev no paraba de invitarla a través de Boris Kochno a presenciar los ensayos del ballet. El joven secretario siempre iba a hablar con ella al taller y le entregaba las invitaciones y noticias personales de su jefe, pero ella siempre las rechazaba.

De rodillas en el suelo, con alfileres entre los labios y un alfilerero de pulsera en la muñeca, probando pliegues con telas en un maniquí, supuestamente absorta

en su trabajo, escuchaba con atención cuando Boris Kochno, después de entregarle una nueva invitación, le preguntaba como de pasada por el objeto prestado. Entonces clavaba las agujas y lo consolaba, pero su congoja aumentaba. Cada vez que el muchacho iba a verla, se sentía más miserable. Sabía por Dimitri que los rusos eran muy supersticiosos, por eso evitaba a Diáguilev y buscaba excusas para enviar de vuelta al hotel Crillon a su secretario con una disculpa amable. Sus comienzos como mecenas no iban bien. Lo mismo ocurría con la elaboración de su Eau de Chanel.

Y ahora resultaba que el *souvenir* tampoco le servía de nada. Al terminar la conversación con Coty, su mirada se posó casi al instante en la mesa auxiliar situada debajo del teléfono de pared. Sobre la agenda encuadernada en cuero negro, que estaba abierta por las páginas de la semana siguiente, había unos cuantos papeles escritos y, entre las páginas de las semanas posteriores, asomaba una hoja con el membrete del hotel Crillon.

Gabrielle deslizó la yema del dedo por las anotaciones hasta que encontró lo que buscaba. A pesar de haber rechazado la invitación, había apuntado el lugar, la fecha y la hora de una cena que Diáguilev organizaba para sus amigos con motivo de los progresos conseguidos en los ensayos de *La consagración de la primavera*. No sabía por qué había anotado una cita a la que no pensaba acudir. Sin embargo, después de las malas noticias que acababa de darle Coty, esa cena sería una ocasión magnífica para devolver a su dueño el objeto prestado.

Firmemente decidida, se dirigió al escritorio, se sentó y sacó del cajón una hoja de papel de carta. Le escribió una breve nota a Diáguilev: había cambiado de parecer y aceptaba con mucho gusto la invitación. No mencionó el pañuelo, quería darle una sorpresa.

SERGUÉI DIÁGUILEV HABÍA reunido a sus amigos artistas y a unos cuantos colaboradores en el bar La Gaya. Aunque el local se encontraba a cuatro pasos de su taller, Gabrielle llegó tarde. Los demás invitados tomaban un aperitivo, reunidos en pequeños grupos debajo de una enorme araña de cristal y charlando animadamente. Su imagen se multiplicaba en los espejos de las paredes.

Enseguida vio a José Sert, inmerso en una conversación con Pablo Picasso. Sert miró un momento hacia ella, la saludó con un gesto y volvió a dirigirse a su interlocutor, que también la saludó antes de seguir con la discusión. Picasso no hablaba solo con la boca, sino que también gesticulaba exageradamente con las manos y el puro que tenía en una de ellas. El carisma de aquel hombre la

fascinaba, tenía chispa, aunque no fuera muy atractivo y no acostumbrara a mostrarse encantador. Conoció al paisano de Sert a través de sus amigos y los unía algo más que ser simples conocidos: Olga Stepánovna Jójlova, bailarina de la compañía de Diáguilev hasta que se casó con Picasso, vestía prendas de Chanel y no solo las lucía en acontecimientos sociales como si fuera un maniquí de escaparate con vida. Tres años antes, Pablo Picasso había pintado a su flamante esposa con un traje de baño de la casa Chanel. El cuadro se titulaba *Las bañistas*. Una prueba de amor al óleo. Olga Picasso estaba ahora con Misia junto a la ventana, con una copa en la mano de la que solo tomaba algún que otro sorbito. Gabrielle sabía que la antigua primera bailarina estaba embarazada, pero el vestido holgado que llevaba disimulaba las incipientes curvas. Ambas estaban rodeadas de admiradores.

Gabrielle se sirvió una copa de la bandeja que le ofreció un camarero y permaneció en su puesto de observación, entre la puerta y el piano. El bar La Gaya era conocido por su música; allí solían tocar el compositor Darius Milhaud y sus amigos del grupo de los Seis. Sin embargo, esa noche los acordes no definían el entorno sonoro; dominaba el ruido de voces. Diáguilev había invitado a más de veinte personas, a muchas se les notaba que eran bailarines por su elasticidad. Gabrielle bebió un sorbo de champán y observó que el ambiente se cargaba de un modo extraño, como si los dramas esperaran detrás de las poses elegantes a que los despertaran.

Diáguilev interrumpió su papel de observadora silenciosa. Al verla se le acercó con los brazos abiertos.

—¡Mademoiselle Chanel! ¡Qué alegría verla!

A nadie en el bar se le escapó el clamoroso saludo, que fue coronado por los besos que Diáguilev estampó en el aire a derecha e izquierda de las mejillas de Gabrielle.

—Y yo me alegro mucho de haber venido —replicó ella cortésmente. Luego le entregó el recuerdo—. He venido sobre todo para devolverle una cosa.

Diáguilev se llevó el pañuelo teatralmente a la boca y a la nariz; saltaba a la vista que estaba demasiado emocionado como para encontrar palabras de agradecimiento.

La escena le resultó un poco embarazosa a Gabrielle, sobre todo porque las conversaciones enmudecieron a su alrededor. Solo persistió invariable el torrente de lamentos en español de Picasso.

—Le prometí que se lo devolvería intacto.

—¡Coco! —Misia se libró de sus conocidos y corrió hacia Gabrielle. —¿Qué

haces aquí? —le susurró al oído mientras le daba un abrazo—. No sabía que conocías al maestro. —Era imposible pasar por alto el tono de ofensa en la voz de Misia.

—Me lo presentaste en Venecia —le recordó Gabrielle, forzando una sonrisa.

—Sí, pero... —empezó a decir Misia, pero se interrumpió. Su mirada planeó entre Gabrielle y Diáguilev.

El empresario se sacó el pañuelo que llevaba en el bolsillo superior de la americana, lo tiró al suelo sin miramientos y lo sustituyó por el recuerdo de la difunta gran duquesa.

—Misia, su maravillosa amiga tiene que conocer sin falta a Stravinski —dijo con voz aflautada.

Antes de acabar la frase, empezó a dirigirse hacia el grupo que estaba junto a la ventana. Una docena de ojos siguieron a Diáguilev y a las dos mujeres que iban a remolque.

—¿Qué haces aquí? —repitió Misia, que caminaba junto a Gabrielle.

El tono de su voz era un susurro, se notaba el enfado con que defendía su puesto en ese mundo. Su disgusto era evidente. Por primera vez, Gabrielle pensó que su amiga podía tener celos de ella. Misia Sert era la gran mecenas de los Ballets Rusos y quería seguir siéndolo. No sabía quién estaba detrás del donativo que permitía el reestreno de la obra, pero obviamente no pensaba que fuera Gabrielle Chanel.

—Monsieur Diáguilev ha tenido la amabilidad de enviarme una invitación —respondió Gabrielle—. Y la he aceptado.

—¡Pero no me habías dicho nada! —protestó Misia.

—Se me olvidó —murmuró Gabrielle.

—Pero nosotras... Nosotras nos lo contamos todo.

Gabrielle, fascinada en esos momentos por la mirada inteligente de un hombre que la observaba con fijeza como si en aquel preciso instante lo hubiera fulminado un rayo, apenas la escuchaba. El hombre estaba con Olga Picasso, era de estatura mediana, más bien flaco, de unos cuarenta años y frente despejada. Empezaba a clarearle el pelo y lucía un bigote sobre unos labios voluptuosos y de expresión seria. Llevaba un traje que seguramente era de buena calidad, pero ahora parecía gastado, y tenía la tez pálida. A simple vista daba la impresión de ser una persona a la que no le iban muy bien las cosas, ni económicamente ni en otros aspectos de la vida, pero que había vivido tiempos mejores.

—Ígor Stravinski, el compositor —los presentó Diáguilev—. Mademoiselle Coco Chanel, la diseñadora de moda.

La mirada penetrante del músico se sumergió en los ojos de Gabrielle.

—Buenas noches —dijo y se inclinó hacia su mano como si estuvieran en un baile de su patria perdida.

Ígor Stravinski desprendía tanta angustia como simpatía. «También autoridad», pensó Gabrielle, aunque eso no encajara con su modesto traje. Gabrielle no podía sustraerse a su presencia, tenía sentimientos encontrados que iban del rechazo a la curiosidad. No desvió la atención de él ni siquiera cuando le presentaron al coreógrafo Léonide Massine y al crítico de arte y escenógrafo Alexander Benois. Olvidó pronto los nombres de los bailarines que estaban en el grupo de Misia y Olga.

—Me gustaría que se sentara a mi lado en la cena, mademoiselle Chanel —le anunció Stravinski.

—¿No sería mejor dejar la distribución de los comensales en manos del anfitrión?

—No. ¿Por qué? —Volvió la cabeza y los cristales de sus gafas brillaron a la luz de las lámparas como espadas al sol—. Los invitados tienen el deber de disfrutar de una noche especial. ¿O acaso nos han invitado para hacerle un favor al anfitrión?

Gabrielle no tuvo ocasión de contestar. Por lo visto, la charla entre Picasso y Sert había derivado en una disputa, porque la voz exaltada del primero ahogó de repente las conversaciones, que se mantenían en voz baja.

—Max Jacob afirma que un buen estilo consiste en la ausencia de tópicos, y yo comparto por completo su opinión.

Gabrielle pensó en el acto que ella creía lo mismo. En cambio, a José Sert le gustaba el arte opulento, que podía verse afectado por los tópicos.

—Temperamento español —comentó Stravinski, que parecía divertirse—. Lo opuesto a la melancolía rusa. Obviamente, eso no significa que no podamos ser pasionales.

Gabrielle sonrió para sus adentros, pero no por Stravinski, sino por otro hombre. Sí, con toda su discreción, Dimitri Románov parecía un pozo que ocultaba un temperamento ardiente en el fondo. En el caso de Stravinski, esa característica era más evidente. Pero él era un artista, en tanto que, antes de su huida, Dimitri no había conocido mucho más que las rígidas ceremonias de la corte y la vida en el ejército. Gabrielle prefería la mentalidad eslava al carácter abierto típico de los países del sur. A primera vista, Boy también era un hombre distinguido y distante, pero detrás de esa fachada británica impasible ardía un fuego intenso. Se le heló un instante el corazón al pensar en su amado. No

obstante, se recuperó con rapidez y los latidos recuperaron su ritmo regular.

—¿Vas a sentarte al lado de Stravinski? —preguntó sorprendida Misia cuando se dirigieron a la mesa. Miró las tarjetas que, a pesar del ambiente desenfadado del local, habían puesto sobre el mantel. Arqueó las finas cejas. Inclino la cabeza hacia Gabrielle y susurró—: Ten cuidado, no vayas a contagiarte, dicen que su mujer padece una enfermedad pulmonar crónica. Supongo que tuberculosis. No es extraño teniendo en cuenta su precaria situación, pero es triste para sus hijos. Tienen cuatro. Y creo que todavía son pequeños. La tisis es muy contagiosa.

Gabrielle le brindó una agradable sonrisa y no dijo nada. Misia estaba celosa y podía decir lo que quisiera. Al fin y al cabo, ella ocupaba el puesto de honor junto al anfitrión. No podía quejarse. Probablemente le habría molestado cualquier compañero de mesa que le hubiera tocado a Gabrielle, aunque se tratara del último bailarín de la compañía. Lo que realmente le fastidiaba era su presencia porque ella no había tenido nada que ver con la invitación. Así era Misia, y Gabrielle no le daba mayor importancia. Así era su amistad. Con cosas buenas y malas, con continuos altibajos, pero sin verdaderos resentimientos que condujeran a desavenencias definitivas. Y así seguiría siendo, de eso estaba segura.

Stravinski la entretuvo mientras los camareros servían los entrantes. Hablaba por los codos, pero lo que decía sobre la historia de la música en general y, especialmente, sobre la llamada «nueva música», con todas sus posibilidades y estilos, era muy interesante y también instructivo. Gabrielle estaba pendiente de las palabras que salían de sus labios, como lo había estado con Boy, o del mismo modo que escuchaba con atención a José Sert cuando hablaba de las artes plásticas.

Stravinski hablaba con voz fuerte y clara, manteniendo siempre el contacto visual para asegurarse de que ella lo seguía con atención. Cuando el compositor interrumpió sus explicaciones porque el camarero joven e inexperto que servía el plato de pescado estuvo a punto de mancharle la americana con unas gotas de salsa al famoso comensal, Gabrielle se atrevió a preguntar por su familia.

—Mi mujer, Yekaterina, tiene problemas de salud y guarda cama la mayor parte del tiempo —contestó, compungido, Luego, haciendo gala del entusiasmo sincero de un padre orgulloso, añadió—: En cambio, mis hijos están muy bien. Son fantásticos. Dos niños y dos niñas, alternados, de trece, doce, diez y seis años.

—Lástima que su mujer no pueda acompañarlo en una velada como esta.

El músico recorrió con la mirada el vestido sencillo y elegante que llevaba

Gabrielle. La seda de color crema con aplicaciones negras se ceñía a su cuerpo frágil y combinaba con su tez oscura y sus cabellos negros.

—No se siente con fuerzas y seguramente no tendría nada que ponerse para una ocasión como esta. Además, alguien tiene que cuidar de los niños. — Avergonzado, Stravinski desvió la mirada y se concentró en la comida.

Gabrielle se fijó por casualidad en que Misia la observaba. Puesto que ocupaba la cabecera en el otro extremo de la mesa y todos los comensales charlaban, no podía participar en las distintas conversaciones, y mucho menos oír lo que decía Stravinski. Sin embargo, parecía muy interesada. Gabrielle meneó la cabeza de manera imperceptible, se volvió con gesto intencionado hacia su compañero de mesa y le puso una mano en el brazo en un gesto de confianza.

—Es una pena que su mujer no esté bien de salud. ¿Ha encontrado un buen hogar en París para usted y su familia? —preguntó, aunque sabía que era todo lo contrario.

El compositor titubeó y esa respuesta fue en realidad suficiente. Sin embargo, luego contestó con una franqueza impresionante.

—Lamentablemente, no puedo permitirme alojar a mi mujer y a mis hijos en una vivienda apropiada. Dadas las circunstancias, hemos tenido que aceptar lo que nos han ofrecido. Gustav Lyon, el director de la fábrica de pianos Pleyel, ha tenido la amabilidad de ayudarnos. No es una situación agradable, pero no hay nada que hacer.

—¿Cómo puede trabajar en esas condiciones?

Stravinski se encogió de hombros.

—Funciona. De algún modo. Pero, por favor, no se preocupe por mí.

—Soy una gran admiradora de su música. Es dramática y... estridente. No tiene la ligereza que añoramos después de la terrible guerra. Pero *La consagración de la primavera* se grabó a fuego en mi memoria, por eso me alegro de que vuelvan a estrenar el ballet.

Stravinski había dejado los cubiertos cuando ella le puso la mano en el brazo y ahora buscaba a tientas sus dedos con la mano derecha.

—Es usted maravillosa, mademoiselle Chanel.

Gabrielle retiró la mano, estaba divirtiéndose. Evidentemente, el compositor no entendía que tonteaba con él para hacer rabiar a su mejor amiga. Se trataba de un juego entre Misia y ella; en el fondo, no tenía nada que ver con él. El compositor era la pelota. Más que verlo a él, notaba las miradas de indignación que le dirigía Misia. ¿Por qué la envidiaba su amiga por charlar con un artista

encantador y totalmente inofensivo, puesto que estaba casado? Misia tenía mucho más que ella: un marido que la amaba y que se había casado con ella. No era justo.

No pudo evitar que en un momento dado sus miradas se cruzaran. Misia mostraba perplejidad. Saltaba a la vista que las nuevas relaciones que se entablaban ante ella le provocaban más asombro que enfado.

Suspiró y volvió a dirigirse a Stravinski. Tuvo que obligarse a no imprimirle a su tono de voz la acritud que, en realidad, era para Misia.

—¿Sabe qué le digo? Los invito, a usted y a su familia, a instalarse en mi casa de campo, en las afueras de París. Puede vivir y trabajar allí. Y estoy segura de que la mudanza les sentará bien a su mujer y a sus hijos.

—Es un ofrecimiento muy generoso. ¿Está segura? —preguntó con asombro. Quizá pensaba que no la había entendido.

—Por supuesto —dijo Gabrielle y se echó a reír. Fue una risa afectada y sombría, porque la situación no era en absoluto placentera. Por Misia. Y también por Boy, que había comprado la casa para llenarla de vida y no con la tristeza de una mujer solitaria—. Tengo una casa de campo en Garches. Hay sitio de sobra para una familia numerosa.

A Misia le daría un ataque cuando se enterara de que Gabrielle era la nueva mecenas de Ígor Stravinski, pero comprendería que la triste historia de esa familia le recordaba la pérdida de su madre. Los comentarios de Stravinski sobre sus hijos y el brillo de sus ojos cuando hablaba de ellos la habían conmovido. No quería abandonar a su suerte a los pequeños ni a la madre enferma. Si no hacía nada por él y, debido a la necesidad, sus hijos quedaban medio huérfanos y acababan en una institución, se sentiría culpable. No se lo perdonaría jamás.

—Hablo en serio —dijo, reafirmando en la decisión que había tomado.

—¡Mademoiselle Chanel! —exclamó Stravinski, emocionado. Saltaba a la vista que le faltaban las palabras.

—Es mi forma de darle las gracias por su maravillosa música —replicó Gabrielle—. Y por su grata compañía. ¿Le ha gustado el pescado, monsieur Stravinski? —preguntó y le dedicó la más encantadora de sus sonrisas.

Verse como mecenas del arte, de la música de Stravinski y como la salvación de su familia le causaba una sensación maravillosa y sumamente satisfactoria.

La embargó la calidez de una dicha infinita, olvidada desde hacía mucho tiempo.

—COCO, NO SÉ bien por qué te llamo, pero creo que ya es hora de que te perdone. Gabrielle contempló el auricular y contó hasta tres en silencio.

Hacía casi dos semanas que no hablaba con Misia. Su amiga estaba enfadada. Ofendidísima. Ya se lo notó durante la velada en La Gaya. La despedida fue francamente gélida. Contaba con que no sabría nada de ella durante un tiempo, pero nunca habían pasado diez días sin que diera señales de vida. Lo más asombroso era que lograra reprimir tanto tiempo la curiosidad. Seguro que Diáguilev o alguien de su círculo de amistades le habían contado que los Stravinski se habían mudado a Bel Respiro. Era asombroso que no quisiera conocer los detalles. A Gabrielle le extrañó. Echaba de menos a su amiga y al final temió que tendría que ser ella la que diera el primer paso. Misia siguió hablando y Gabrielle sintió un gran alivio.

—Me han dicho que Ígor Stravinski se ha instalado en tu casa con su familia. Muy generoso por tu parte. ¿Eres capaz de soportar todo el día los gritos de cuatro niños?

Gabrielle sonrió. Si su amiga hablaba como si no hubiera habido ningún malentendido entre ellas, significaba que las cosas iban bien.

—Yo trabajo —contestó, paciente—. Paso el día en el taller y no me relaciono con los niños.

—¿Toca el piano por la noche? ¿Cómo puedes dormir?

Gabrielle se mordió el labio para no soltar una carcajada. Por suerte, Misia no podía ver su sonrisa pícara cuando le contestó muy seria.

—Me gusta la música de Ígor Stravinski.

—Sí. Ya. Claro. A mí también —comentó Misia alargando las palabras. Se interrumpió un momento. Después de titubear un poco, añadió—: Por muy buenas que sean sus composiciones, no soportaría tener que escucharlas noche tras noche.

Gabrielle reprimió la carcajada que estaba a punto de salir de su garganta y se desahogó riendo por lo bajo.

—Stravinski y su familia son mis invitados, pero yo no vivo en mi casa. Están solos, yo me alojo en el Ritz —dijo después de dudar un momento.

No le contó que el músico se había presentado la noche anterior en su hotel para interpretar su última obra, un homenaje a Claude Debussy. Por fortuna, en el salón de su suite había un piano de cola, probablemente como simple decoración, pero estaba afinado. El concierto privado la halagó en su faceta de benefactora y la animó a meditar la posibilidad de apoyar otros proyectos. No tenía por qué limitarse al reestreno de *La consagración de la primavera* y costearle la vida al compositor. Tenía suficiente dinero y era maravilloso subvencionar a artistas. No la sedujo tanto que Stravinski fuera un noctámbulo, al contrario que ella. El músico no dio muestras en ningún momento de querer irse y Gabrielle se vio obligada a echarlo con buenas palabras. Naturalmente, fue un poco embarazoso, y la mirada que él le dedicó fue demasiado profunda, el apretón de manos demasiado largo y la fórmula de despedida demasiado seca. Le expresaba su gratitud, eso era todo. Gabrielle estaba segura y lo envió enérgicamente a casa con su mujer. A su propia casa.

—Nuestro acuerdo es muy práctico —le dijo a Misia—. Yo vivo sola y a cuatro pasos del taller. Estaba harta de tanto viaje desde hacía tiempo.

—Cambiar tu mansión por un hotel es... —Misia titubeó y, después de pensárselo, añadió—: curioso.

—Es práctico —repitió Gabrielle.

—Como quieras —replicó Misia con voz aflautada al otro extremo de la línea—. No te llamaba para preguntar por tus invitados.

Gabrielle respiró hondo automáticamente.

—Esta mañana estuve hojeando el nuevo catálogo de Drouot y anunciaban una subasta que podría interesarte.

—¿Vuelven a subastar biombos?

Gabrielle coleccionaba modelos chinos de Coromandel. En su opinión, no había nada más útil en un hogar que esos biombos: eran decorativos y llamaban la atención; además, ofrecían espacio para guardar trastos y ocultar el desorden. Cuando se instaló en el Ritz, trasladaron uno de esos paneles por las calles, desde sus aposentos privados en el primer piso del taller hasta el hotel. Gabrielle levantó la mirada del escritorio y la desvió inconscientemente hacia la pared con estanterías en la que hasta entonces se hallaba el mueble. A pesar de que había colocado allí una butaca tapizada con seda de color arena, el lugar parecía vacío. Tenía que conseguir una nueva pieza de coleccionista.

—No. No es eso. Tú eres una buena cliente, te habrías enterado antes que yo. No. Se trata de papeles. Documentos. Textos antiguos...

Gabrielle dejó de escuchar porque acababan de llamar a la puerta.

—¡Adelante! —exclamó después de tapar el auricular con la mano. Acto seguido apareció en escena la patronista—. Un momento, por favor —le pidió a la empleada, indicándole con un gesto que esperara. Luego le dijo a Misia—: Me necesitan en el taller. Ya hablaremos. De todos modos, no me interesan los libros de anticuario.

—¡No he dicho nada de libros! —protestó Misia—. Se trata de manuscritos de la reina Catalina y de la reina María de Médici. Fórmulas antiguas de alquimia. Han encontrado los papeles durante los trabajos de reforma de la biblioteca del palacio Chenonceau.

—Misia, por favor, ¿y qué hago yo con eso?

—Es posible que contengan la fórmula del llamado «perfume milagroso» de los Médici —tomó aire y añadió—: ¿No eras tú la que quería fabricar un perfume especial?

Gabrielle pensó mil cosas a la vez. No tenía ni idea de si valía la pena invertir en el descubrimiento de Misia el tiempo y el dinero que requería una subasta. Ni siquiera sabía demasiado sobre Catalina o María de Médici, salvo que las dos nacieron en Florencia y, al ocupar el trono de Francia, contribuyeron en gran medida al desarrollo de las manufacturas de tejidos de seda en Lyon y de la industria de guantes y perfumes en Grasse. No obstante, los consejos de Misia nunca eran inútiles. Así pues, no se entretuvo en los detalles.

—¿Cuándo se celebra la subasta?

PASÓ LAS NOCHES siguientes leyendo. Había comprado lecturas voluminosas sobre las dos reinas de las que salían documentos a la venta. Sentada en un sofá, con las piernas en alto y una copa de vino en la mesita que tenía al lado, empezó a informarse sobre la vida de Catalina de Médici antes de dedicarse a su otra familiar, María. Descubrió que la elaboración moderna de perfumes se originó en la Italia del siglo XVI. En esa época, los alquimistas empezaron a mezclar con alcohol los aceites aromáticos que llegaban principalmente de Arabia, y las primeras manufacturas se instalaron en monasterios. Catalina de Médici buscó toda la vida la «piedra filosofal», buscó un elixir que se consideraba un remedio contra todas las adversidades y enfermedades. Cincuenta años después, María de Médici, una mujer muy atractiva, mandó investigar una tintura milagrosa que la ayudara a mantener la belleza eterna. Las dos parecían muy alejadas de conseguir la fórmula de una colonia, pero quizá la gran noticia fuera precisamente encontrar una.

Mientras cavilaba si los químicos de François Coty podrían elaborar una fragancia moderna a partir de una fórmula del Renacimiento, llamaron a la puerta. Sorprendida, dejó el libro a un lado. No esperaba a nadie. Además, tenía todo lo que necesitaba, por lo que no hacía falta que se personase nadie del servicio de habitaciones, y el portero solía anunciar las visitas. Consideró la idea de ignorar la inesperada llamada; lo mismo se habían equivocado de puerta. Entonces volvieron a llamar, esta vez más fuerte. Y melódicamente.

Se levantó y cruzó descalza el salón y el minúsculo pasillo.

—Buenas noches, mademoiselle Coco —la saludó Ígor Stravinski.

—¿Qué hace usted aquí?

Sin detenerse a pensar que no eran horas para recibir visitas, se apartó a un lado y dejó entrar al compositor.

—Tengo que hablar con usted.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó, alarmada.

Automáticamente se le pasaron por la cabeza todas las catástrofes posibles. Desde que los hijos del músico hubieran enfermado hasta que su mujer hubiera muerto o se hubiera incendiado la casa. Aunque si hubiera ocurrido un accidente, la habrían informado primero por teléfono... Y Stravinski habría llegado con otro ánimo. La curiosidad se impuso a la inquietud.

Al llegar al centro del salón, el compositor se volvió hacia ella.

—He venido a confesarle mi amor —anunció con una mezcla de dramatismo eslavo, grandeza caballeresca y cierto entusiasmo por el sonido de sus propias palabras.

Gabrielle tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a reír.

—¿Y qué dice su esposa al respecto? —preguntó con sorna.

—Ella la admira mucho.

La audacia de su respuesta la dejó sin habla. No sabía si seguir riendo o quedarse helada. En realidad, debería echarlo en el acto. Su conducta era indignante. Él era un hombre casado y ella una mujer soltera. Y, aun así, su conducta no resultaba impertinente ni ridícula.

Stravinski vestía mejor que en el día que se conocieron y saltaba a la vista que su salud había mejorado. Comer bien y con regularidad, un entorno lujoso y una modesta seguridad económica siempre arrojaban resultados visibles. Era un hombre inteligente que sabía lo que hacía. Sus ojos de mirada intensa la cautivaban, no podía escapar a su influjo.

—Yekaterina sabe que la amo —añadió con toda naturalidad a su confesión.

«Será el espíritu ruso», pensó Gabrielle. Quizá el amor no significaba lo

mismo para ellos que para los europeos occidentales. Tal vez había interpretado erróneamente su invitación. Ojalá entendiera mejor el proceder de Stravinski... Y de su esposa. No paraba de mover los pies con nerviosismo, indecisa junto a la puerta, como un botones que no supiera dónde colocar la bandeja con el champán que habían pedido.

—Entonces, ha hablado de mí con su esposa... —murmuró finalmente, titubeando.

—Por supuesto. ¿Con quién más podría hablar de un asunto tan importante como el amor que siento por usted?

Gabrielle había conocido a muchos hombres a lo largo de su vida. Canallas como su padre, oficiales aburridos como su primer amante, caballeros elegantes como su gran amor. En la sastrería en la que arreglaba pantalones de jovencita, aprendió a coser bien y a tratar con los clientes. Después, trabajando de cantante en el cabaré, se le daba mejor evitar a los admiradores pesados que entretener al público con las canciones de moda habituales. Entretanto había madurado y se había convertido en una mujer demasiado vieja para jóvenes enamorados y demasiado elegante y segura para maridos vehementes. Nunca se había tropezado con el atrevimiento del que hacía gala Stravinski. Saber que la deseaba apasionadamente nada menos que un gran compositor la colmó de orgullo. Stravinski la amaba... Sin embargo, un instante después surgió la contradicción en su cabeza. Solo había pensado que había malinterpretado el afecto que ella le tenía, confundía la gratitud con el amor y el amor con la admiración. Un malentendido que seguramente se explicaba porque era de otra cultura. Eso era todo. No había nada a favor ni en contra de su vanidad.

Le sostuvo un rato la penetrante mirada. Al principio, insegura; después, con su misma insistencia.

—Siempre le daré la bienvenida como amigo, monsieur Stravinski. Usted es mi invitado y por lo tanto ocupa un lugar especial en mi vida. Un sentimiento pasajero como el amor no debería destruir nuestra profunda amistad —dijo al final con voz firme.

Stravinski iba a protestar, pero un gesto de Gabrielle lo hizo callar.

—Supongo que ha venido a tocar una de sus magníficas obras. —Su mano, que todavía estaba en el aire, señaló el piano—. No logro imaginar que su visita se deba a otro motivo. —Los ojos le brillaban como diamantes negros—. ¿No cree que deberíamos dejarlo aquí?

Stravinski negó con la cabeza tan levemente que Gabrielle podría habérselo figurado.

—Sí, mademoiselle Chanel, voy a tocar para usted la última versión de *La consagración de la primavera*. He modificado algunas secuencias. —Le sonrió cordialmente, con la ligera arrogancia de un genio. Sin propasarse ni darse aires, aunque añadió—: Su aura en Bel Respiro tiene la culpa de los cambios, igual que usted misma.

—No lo creo —replicó Gabrielle—, pero me lo tomaré como un cumplido.

—Escúchelo usted misma.

Stravinski se sentó con brío al piano. Un instante después, la suite del hotel Ritz se llenó de notas enérgicas, mucho más sensuales y más emotivas que la música de ballet que ella recordaba.

Gabrielle siguió su instinto. En vez de sentarse en el sofá a cierta distancia, se quedó al lado del instrumento. Miró a su invitado y pensó que el piano de cola era el atrezo perfecto para un hombre; la música embellecía incluso al hombre menos atractivo; sobre todo si tocaba para una mujer. Y la experiencia era impresionante cuando los dedos de ese hombre transformaban sus propias notas en sonidos. Inspiración y también potencia, dominio y vulnerabilidad. Una fuerza creativa que se abría paso en su cuerpo desde la caja de resonancia del piano. Era completamente distinto a interpretar una pieza escrita por otra persona.

Aunque no era la primera vez que lo oía tocar, en esos momentos la embargó un sentimiento inesperado de admiración. Se sintió más cerca que nunca del compositor, las notas parecían fundirlos en una sola persona. Y pensó que sería maravilloso vivir en casa con esos sonidos. Todos los días. Todas horas que le permitiera la rutina diaria. Solos él y ella. La fantasía se apoderó de Gabrielle, amenazaba con desbancar la realidad...

LE HABRÍA GUSTADO hablar con Misia del «amor» de Stravinski o lo que él creyera que era, pero se reprimió. No mencionó la aventura ni aludió a los cambios que el compositor había introducido en *La consagración de la primavera*. Quizá Misia no habría entendido que su relación con él era más bien espiritual, aunque sintiera el cuerpo vivo en su presencia. Era un amor distinto de los que había vivido con otros hombres, incluido Boy. Y por eso mismo el músico no era un competidor para el difunto y el deseo no menoscababa la pena.

Daba gusto reencontrarse con su amiga y no quería meter cizaña ahora que volvían a estar unidas. Se sentía inmensamente bien mientras paseaba por las salas de exposición del hotel Drouot, que ejercía el monopolio en Francia con su casa de subastas. Por eso, en aquel edificio de arquitectura fabril y salas de techo alto se almacenaban más tesoros que en algunos museos. Desde muebles antiguos, pinturas, esculturas, arañas de cristal italianas y alfombras orientales hasta manuscritos antiguos y joyas. Gabrielle se preguntó cuántos rusos habrían conseguido sacar del país sus propiedades más valiosas cuando huyeron; seguramente, gran parte se habían subastado en ese hotel.

En una de las salas, enmoquetada con gruesas alfombras rojas, iluminada con una luz tenue y con las ventanas cegadas, se presentaban los lotes de la siguiente subasta. Gabrielle y Misia se pararon delante de una vitrina. Detrás del cristal se apilaban los documentos por los que habían ido. Eran papeles escritos con letra densa, la tinta negra se conservaba en un buen estado sorprendente y la escritura era elegante pero indescifrable; solo se entendían los números si se observaban con detenimiento.

—Son ilegibles —dijo Misia, decepcionada.

—Alguien habrá que entienda de textos antiguos —opinó Gabrielle.

—Claro. Ya lo sé. Pero no podemos leerlos. Va a ser imposible hojearlos con una copa de champán en el salón de tu casa. —Misia suspiró—. ¡Y el esfuerzo! Me refiero a que tendrías que buscar a un historiador experto en este campo y al final no sabrías si te cuenta la verdad. No, Coco, lo siento, pero no creo que estos documentos te interesen.

Misia tenía razón. Como siempre. Era absurdo invertir dinero en algo sin

saber realmente de qué se trataba. Puro despilfarro.

No obstante, aquellos papeles amarillentos la atraían como por arte de magia. Ella no contemplaba el asunto de un modo tan objetivo como su amiga. Además, a aquellas alturas sabía mucho más de las obras y acciones de las reinas de la familia Médici: Catalina había mandado llamar a París a un perfumista de Florencia, al que se consideraba el precursor de la cultura del perfume en Francia. Incluso Alejandro Dumas incluyó al tal René en la novela *La reina Margot*, en la que narra la matanza del día de San Bartolomé. Había olvidado por completo el detalle; hacía mucho que Boy le había recomendado esa lectura, pero se lo habían recordado algunos de los libros que se había tragado los últimos días. Asimismo, había leído que María de Médici ordenó construir un primer laboratorio en Grasse, en el sur de Francia, en el que los alquimistas se dedicaban exclusivamente a elaborar fragancias.

Gabrielle apretó la nariz contra el cristal. El orden de las cifras y algunas letras permitían suponer que se trataba de fórmulas. Por lo tanto, podían referirse a la composición del perfume milagroso que había ordenado investigar María de Médici. Una fragancia que conservaba la belleza de una mujer. ¡Sería un gran descubrimiento!

—Estoy segura de que es una fórmula.

—Probablemente —la secundó Misia—. Pero piensa que nosotras no podemos descifrar si se trata de una receta de pasta o de la composición de una colonia.

Así era Misia. Tan pronto capaz de entusiasmarse hasta límites insospechados como de ser insoportablemente realista. Gabrielle sonrió. Era bueno conocerla tan a fondo. En esos momentos, ella fluctuaba entre la fascinación que ejercía sobre ella el manuscrito y la razón, que le susurraba al oído que las dudas de Misia eran justificadas.

Mientras observaba el contenido de la vitrina, su mirada se posó en la tarjeta de papel de tina que indicaba el número del objeto, un dato importante para la puja. El subastador gritaría primero ese número y después explicaría en qué consistía.

—Misia, no veo bien el número —aseguró Gabrielle—. Hay poca luz. Lo veo borroso. ¿Qué pone en la tarjeta?

La amiga frunció el ceño, extrañada, pero no hizo ningún comentario sobre la supuesta mala vista de Gabrielle. Revolvió en el bolso y sacó unos impertinentes.

—Cinco —contestó, después de echar un vistazo a través de las lentes de

aumento—. Es el lote número cinco.

—¡Mi número de la suerte!

El corazón le latía con fuerza. Lo había visto, pero quería que su amiga se lo confirmara. Uno, dos, tres, cuatro, cinco... El misticismo del convento de Aubazine era el único buen recuerdo que guardaba de la época en que vivió en el orfanato.

—Voy a comprar el manuscrito. Y no me digas que cometo un error si pujo por él.

Misia meneó la cabeza con incredulidad.

—Querida, te has enamorado locamente.

Gabrielle no la escuchaba. No apartaba la vista del manuscrito. Intentó en vano descifrar al menos una palabra del texto.

—¿Qué tiene que ver Ígor Stravinski en esto? —murmuró, absorta en sus pensamientos.

—*Oh, là, là!*

Gabrielle se sorprendió al oír esa exclamación y levantó la vista.

—¿Qué pasa?

—Diría que mucho. —La sonrisa cordial de Misia no se reflejaba en sus ojos, que echaban chispas—. ¡Una cosa tan importante como un romance y me lo ocultas! Coco, ¡eso no está bien!

—No tengo... —se interrumpió y se tragó el resto de la frase. Le entró carraspera. Acababa de comprender que había malinterpretado el comentario gracioso que había soltado su amiga. Había caído tontamente en una trampa que no le habían puesto de forma consciente.

Miró con nerviosismo a su alrededor. El torrente de visitas que aprovechaba la fecha para ver los objetos expuestos fluía como el Sena un día apacible de otoño, tranquila y monótonamente. Formaban pequeños grupos delante de algunas de las vitrinas y buena parte se arracimaba en torno a una estatua de bronce expuesta sobre un pedestal. No había mucha gente ni curiosidad por los demás posibles postores, los únicos observadores atentos eran el personal de seguridad y los ujieres. El volumen acústico era bajo, un suave murmullo como el que se oía en las fuentes del río en la meseta de Langres. Salvo a Misia, a nadie más le interesaba el chismorreó.

Lo que sucedió cuando Gabrielle se acercó al piano y escuchó la interpretación de Stravinski fue como un orgasmo. Una sensación de pérdida de consciencia similar a la que provocaba el clímax. Sus cuerpos se fundieron como si yacieran abrazados y a ella le pareció una obviedad que después ocurriera

realmente. No cabía duda de que había sido el inicio de una aventura. Aquella noche envió al músico de vuelta a casa con su esposa, pero sabía que no volvería a tener la fuerza necesaria y que la próxima vez lo retendría hasta la mañana.

Recordar el placer del momento le puso la piel de gallina. Cruzó los brazos como si tiritara de frío, pero probablemente el escalofrío se lo provocó la cara de vinagre de Misia.

Misia señaló el documento con el dedo índice.

—Quizá no sea la fórmula de un perfume milagroso, sino de un elixir de amor —conjeturó con lengua afilada—. Seguro que María de Médici necesitaba un afrodisíaco, además de una colonia para mantener la belleza. Dicen que era una mujer lujuriosa y que se acostó con casi todos los hombres de la corte, sin importarle que estuvieran casados. —El tono de reproche era evidente.

—Voy a comprarlo de todos modos.

—O precisamente por eso.

Misia la miró haciéndose la inocente.

GABRIELLE HABÍA INVITADO a su taller de la rue Cambon a casi toda la bohemia de París para celebrar el estreno de *La consagración de la primavera* en el teatro de los Campos Elíseos. Lo que en principio tenía que ser una celebración en honor de Diáguilev y su compañía y de Ígor Stravinski y su música se transformó a lo largo de la noche en una bacanal de proporciones épicas. Cuando el bufé se había reducido a un montón de fuentes de cristal vacías, platos de porcelana apilados y bandejas de plata con restos de comida, y en el suelo rodaban las botellas vacías, los amigos que aún quedaban a esas horas estaban completamente borrachos. Sin complejos. Sin remedio. Alegres y tristes a la vez.

Diáguilev y su coreógrafo y amante del momento, Léonide Massine, proporcionaron el toque dramático. Por lo visto, Massine había iniciado un romance secreto con una bailarina durante los ensayos y los habían descubierto. Diáguilev rabiaba de celos. Se enfureció tanto que estuvo a punto de destrozarse su talismán, el pañuelo de la gran duquesa. Mientras Gabrielle ponía el objeto a buen recaudo en un cajón, la pelea fue a más. Massine anunció que jamás volvería a trabajar para los Ballets Rusos y se marchó de la fiesta.

La elegante condesa de Greffuhle caldeó el ambiente al pedirle a Jean Cocteau que la invitara a bailar un cancan. La música y el escandaloso baile surtieron el efecto deseado. Todos aplaudieron y empezaron a bailar animadamente; los que no tenían pareja, con un maniquí de costura; muchos se secaban las lágrimas que se les saltaban de tanto reír, mientras Diáguilev lloraba con una copa de absenta. Pronto todos centraron su atención en el compositor Georges Auric, que aportaba la música sentado al piano de Gabrielle. Tocaba las melodías de Jacques Offenbach con tanta intensidad que se lastimó los dedos con el teclado. La sangre cayó sobre las teclas de marfil, pero nadie se dio cuenta hasta que goteó sobre la alfombra de color claro. Misia creyó que era un buen momento para cortar el pelo a Ernest Ansermet, que huyó corriendo como una gallina asustada. El hombre aprovechó el jaleo provocado por las heridas de Auric para hacerse con un retal y ponérselo en la cabeza a modo de turbante. Acabó en la calle, haciendo eses y sin sombrero ni corbata, seguramente corriendo delante de la mujer que lo perseguía.

Agotada después de bailar el cancán, Gabrielle se sentó en una butaca y puso los pies encima de una mesa. No le importó que los bajos de la falda le quedaran por encima de la rodilla, le daba lo mismo y no solo por haber bebido. Los bailarines que miraban las piernas de las mujeres lo hacían con profesionalidad y los demás hombres de la fiesta probablemente ya no veían nada. O veían doble. Gabrielle recordó vagamente algunas historias místicas que contaban en el convento, en las que aparecían seres humanos con cuatro piernas, pero no sabía exactamente sobre qué trataban esas leyendas. Se le escapó una risita; le sorprendió que algo le hiciera gracia cuando en realidad tenía ganas de llorar.

Sus pensamientos giraban en torno al estreno. La música apasionada de Stravinski no solo había encontrado una expresión física en los movimientos de los bailarines; las notas le llegaron hasta el tuétano. Las percibió como si el compositor se las hubiera escrito a mano en el cuerpo. No provocaban temor, solo deseo. Su cuerpo vibró, presa del deseo. En su fantasía, el hombre y su obra se difuminaban. No veía a Stravinski como persona, solo escuchaba su música. Le pareció que los sonidos eran caricias suaves, imaginó que el músico le acariciaba la piel con los dedos. El anhelo de satisfacer el deseo físico le produjo vértigo mientras aún estaba en el teatro. Pero Stravinski había ido al estreno con su mujer y para Gabrielle era impensable echarse en sus brazos en presencia de Yekaterina.

Al acabar el espectáculo, el chófer de Gabrielle llevó a la esposa a Garches, con sus hijos. Stravinski se quedó en París y bebió muchísimo vodka en la fiesta, quizá también absenta, Gabrielle no lo había estado observando todo el rato. Luego se marchó, quizá empujado por los demonios del alcohol, tal vez por no poder satisfacer su deseo o quizá porque había cobrado consciencia de sus obligaciones como padre de familia.

Gabrielle se preguntó qué sería de su mujer y de sus hijos si ella continuaba acostándose en secreto con el músico, y unas lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Esa aventura, ¿era compatible con la hospitalidad? Se sentía triste. Terriblemente triste por haber encontrado a ese hombre maravilloso y gran artista en unas circunstancias tan complicadas. ¿Por qué los hombres buenos ya estaban casados? ¿O se casaban con otras? Sin embargo, esos hombres precisamente se derretían por ella, con lo que demostraban tener un carácter débil, y eso tenía cierta gracia. Sería divertido si la situación no fuera tan seria. El sollozo reprimido, que en realidad era una carcajada cínica, se transformó en hipo. Avergonzada, se tapó la boca con la mano. Respiró, hipó, rio entre dientes y casi se ahogó.

—*Mesdames et messieurs!*

El grito la estremeció como si hubiera oído la voz amenazadora de la madre superiora de Aubazine.

—¡Hemos comprado la edición matutina de *Le Figaro!*

¿De dónde venía Stravinski? Estaba en mitad de la sala y los amigos lo rodeaban. A su lado, Boris Kochno con un montón de periódicos debajo del brazo. Los demás se les acercaron, caminando o avanzando a gatas si las piernas no los sostenían. Se oyó un rumor de voces y un crujido de papel.

—¡Callaos! Igor va a leer —exclamó Misia, sorprendentemente sobria.

Gabrielle se irguió automáticamente en la butaca y puso los pies en el suelo. ¡El suplemento cultural! ¿Cómo no se le había ocurrido pensar que a Stravinski le interesaría leer cuanto antes las primeras críticas? El consumo de alcohol no se lo había impedido. Los rusos aguantaban mucho. El secretario de Diáguilev lo había acompañado a buscar un vendedor de periódicos. No se había ido con su mujer, como ella temía; esa noche especial no la había abandonado. Imaginó que había vuelto solo por ella, no por sus amigos.

Alguien aporreó las teclas del piano.

Se impuso un silencio expectante, interrumpido solo por la pesada respiración de José Sert.

Stravinski se colocó bien las gafas antes de empezar a leer.

—«El concierto de ayer en el teatro de los Campos Elíseos resultó ser una magnífica velada de la mejor calidad musical y de danza...»

Rompieron a aplaudir. Los gritos de júbilo se mezclaron con palabras de alivio. Los miembros de la compañía se abrazaron, Stravinski y Diáguilev recibieron apretones de mano y besos; de repente, nadie parecía ni la mitad de borracho que antes.

—«El concierto de anoche ha liberado a la obra de su maldición —siguió recitando las palabras del crítico teatral—. Las variaciones musicales y los cambios en la coreografía contribuyeron a una representación sublime...»

Gabrielle se levantó de un brinco.

—¡Champán! —Intentó acallar el entusiasmo general, pero se dio cuenta demasiado tarde de que hablaba demasiado bajo entre las conversaciones, los cantos y los arrebatos de la fiesta. Movié los brazos, se subió a la butaca y gritó y graznó a la vez desde esa posición elevada—. ¡Champán! ¡Necesitamos urgentemente más champán!

Nadie se opuso.

Stravinski se olvidó del resto del artículo. Apartó a los amigos que lo

rodeaban y se acercó a ella. Abrió los brazos para sostenerla cuando saltara de la butaca y a ella le dio igual que todos pudieran verlos.

EL ESTRUENDO DE una tormenta la despertó de un sueño pesado. Oyó el golpeteo regular de la lluvia, aunque eso no solía despertarla. Un fuerte viento azotaba los cristales de las ventanas y hacía crujir los marcos de madera. Estaba a oscuras, solo entraba un pequeño haz de luz a través del portier corrido. La cama era dura, no como la del Ritz. Además, tenía frío. Y olía raro. Un olor dulce, como a almizcle, y a la vez un poco agrio, como el que desprendían los objetos que la marea arrastraba a tierra en el puerto de Deauville. Notó un escalofrío desagradable en la piel. Como si mirara a través de una niebla espesa, se dio cuenta de que estaba desnuda y solo se tapaba con un delgado cobertor de seda. Le tiraban los músculos de los muslos, entrenados de tanto montar a caballo, y le dolía el hombro como si se hubiera caído del caballo. Poco a poco cobró consciencia de que estaba torcida y rígida. Se movió con cautela y se clavó algo metálico en el brazo. Alargó la mano y se encontró de repente con unas gafas entre los dedos.

La niebla se levantó de inmediato y a Gabrielle se le cayó de la mano la montura metálica con cristales gruesos. No le hizo falta volver la cabeza para saber que lo que oía no era el crujido de los postigos, era la respiración de un hombre, un ligero ronquido después de disfrutar con desmesura del alcohol. Su mente empezó a atar cabos. No recordaba las horas decisivas de la pasada noche, pero tampoco lo necesitaba para saber lo que había ocurrido. Estaba desnuda al lado de un hombre, debajo del piano y tapada con un trozo de tela. Hasta ahí supo identificar el entorno. Su cuerpo y el olor que colmaba su despacho, similar al olor a amor pasajero y mucho vino que caracterizaba los burdeles de tercera categoría, eran la prueba de que había dormido con Ígor Stravinski... Y seguramente la mitad de sus invitados se había enterado de que el músico no se había ido con los demás.

Se quitó con cuidado de encima la tela de seda; no quería despertarlo de ninguna manera, al menos, antes de aclararse ella. ¿Cómo iba a tratarlo? ¿Le diría que esa mañana triste era un símbolo de su situación? Él, un hombre casado y padre de familia, no podía tener una aventura pública con una mujer soltera que todavía amaba a otro hombre con todo su corazón. No importaba que ese otro estuviera muerto.

En el suplemento cultural calificaban a Stravinski de «compositor genial» y

«el modernizador más importante de la música». De la noche a la mañana no solo era famoso, sino también importante. ¿Cómo iba a decirle que todo era un malentendido? Podían dar rienda suelta a su pasión en secreto, pero no quería vivir ante los ojos de sus amigos un amor que no sentía. Admiraba la genialidad de Stravinski, quizá también su masculinidad, pero eso no bastaba.

Se levantó y pensó que no podía dejarse llevar otra vez por la debilidad. Intentaría cortar de raíz las habladurías. Dio un paso hacia la ventana para que entrara un poco más de luz en el cuarto y oyó un crujido a sus pies; era el periódico en el que celebraban el reestreno del ballet. ¡Qué triunfo! Se agachó, alisó la página y la sostuvo en la mano mientras se dirigía hacia los cristales golpeados por la lluvia.

Al llegar a la ventana descubrió que había cogido la página de sucesos y no el suplemento cultural. No vio las líneas impresas sobre *La consagración de la primavera*, sino una fotografía: un carro destrozado, varios coches, uno volcado, y gente aturdida, la mayoría hombres. Al lado resaltaba un titular: «Explosión en Nueva York». Leyó horrorizada la breve noticia. Había estallado una bomba delante del banco J. P. Morgan en Wall Street. El artefacto explosivo se ocultaba en un carro, había que lamentar la cifra de ochenta y tres muertos y más de cuatrocientos heridos entre empleados del banco y transeúntes. La policía sospechaba que los responsables del atentado eran grupos anarquistas. Gabrielle apretó los labios, pensó que aquel odio, igual que se dirigía a cualquier hombre que acudiera a su banco, también podía afectarle a ella, una mujer de negocios. No era habitual que una mujer de su generación fuera hábil en los negocios, pero el coraje y la fuerza constituían la esencia de su carácter. Era una persona independiente y con éxito. No engañaba a nadie y, aunque solo fuera por eso, tampoco quería destruir ningún matrimonio.

Siguiendo una corazonada, miró la fecha en la cabecera de la página del periódico: miércoles, 15 de diciembre de 1920.

¡Cielo santo!, había olvidado que era un día laborable. ¿Qué hora era? Tenía que bajar al taller y esperaba que hubieran eliminado todos los vestigios de la fiesta. Solía presentarse todas las mañanas hacia las siete, pero también solía entrar después de someterse a un aseo perfecto en el cuarto del baño del hotel Ritz y no se paseaba desnuda y ojerosa por el despacho. Y encima de su alfombra no solía dormir ningún compositor famoso. Ningún hombre lo hacía. Boy prefería el sofá cuando iba con prisas. Pero ese refugiado ruso seguramente había dormido en sitios peores que una valiosa alfombra persa. Inconscientemente, esbozó una sonrisa triste.

—¡Coco!

Gabrielle se dio la vuelta.

Stravinski se había incorporado y apoyaba la espalda en una pata del piano. Tenía el pelo desgredado, las mejillas encendidas y los ojos enrojecidos. Parecía cansado, resacoso, pero era imposible no percibir el fuego que ardía en su interior.

Gabrielle continuaba teniendo el físico vigoroso y añado de su juventud. En aquella época, cuando el ideal de belleza eran las mujeres con curvas, había conquistado a los hombres con su cuerpo casi infantil. A Stravinski también parecía gustarle lo opuesto a la exuberancia eslava. Lo miró y, en ese instante, disfrutó más de las miradas que si sus manos le hubieran acariciado los pechos pequeños, el vientre liso y los muslos delgados.

«No confundas esa sensación con el amor —le advirtió una voz interior—. No tendrás una relación duradera con este hombre.»

Le costó romper la magia del momento. Enrolló el periódico y se dio un golpe con él en la cadera, un gesto enérgico y concluyente.

—El sueño ha terminado, monsieur Stravinski. Tiene que levantarse y volver con su esposa. —Su voz sonó burlona, aunque le vibró ligeramente.

Stravinski asintió con cara seria.

—Le diré a Yekaterina que quiero casarme contigo.

—¡No! —exclamó tan horrorizada que no cayó en la cuenta de que podía herirlo. Más tranquila, añadió—: No puedes dejar a tu mujer, Ígor. Es imposible.

—Pero nosotros somos pareja —protestó—. Tú eres el amor de mi vida, que por desgracia he encontrado demasiado tarde...

—Ve con tus hijos —lo cortó—. Ve con tus hijos... Y no vuelvas nunca.

Le dio la espalda con brusquedad. No quería que viera las lágrimas que le asomaban a los ojos y que unos instantes después perlarían sus mejillas como las gotas de lluvia que resbalaban por los cristales de las ventanas. Allí había un hombre que afirmaba que quería casarse con ella, un hombre maravilloso y famoso, otra vez en un momento inoportuno.

—¡Coco! —En su boca, ese mote cariñoso era una súplica—. Te amo y tu casa es ahora el hogar de mis hijos. De una forma o de otra, estamos unidos. Por favor, no rompas esos lazos. No puedo vivir sin ti.

Gabrielle agradeció que no se le acercara; el más leve roce habría hecho tambalear su determinación. Se tragó el sentimentalismo antes de hablar.

—No voy a volver a Bel Respiro. Puedes quedarte allí con tu familia el tiempo que queráis, pero no esperes que haga el papel de anfitriona.

—Sin ti moriré.

Gabrielle negó en silencio con la cabeza.

Se le partió el corazón, pero ¿a quién le importaba?

EL BULLICIO DE las Navidades había cesado. Las fiestas sumieron la ciudad de París en un tranquilo sueño invernal. Gabrielle tenía la sensación de que por fin volvía a respirar. Los días anteriores a Nochebuena, todos vieron como si fuera a asfixiarse entre el gentío que se abría paso por las tiendas y los grandes almacenes cercanos al Grand Boulevard. Sus empleadas trabajaban a marchas forzadas en el taller y en la boutique contigua, y muchos hombres entraban a comprar en el último momento un regalo para la esposa, la amante, la madre, la hermana, la hija o cualquier otra mujer de la familia. Y las familias francesas solían ser numerosas.

Las Navidades no eran una fiesta alegre para ella. En muchos sentidos. Se cumplía un año de la muerte de Boy y Gabrielle revivía el terrible momento en que Étienne Balsan le había comunicado que su amado nunca volvería. Entonces deseaba no haber despachado a Stravinski. Envuelta en su amor, podría haber olvidado. Al menos, durante unos instantes. Sus amigos no podían sustituir a un amante, aunque Misia y José lo intentaban con todas sus fuerzas y Étienne la había invitado incluso a ir a Royallieu. Sin embargo, en vez de permitir que Ígor regresara a su vida, envió regalos a su mujer y a sus hijos. Después se enteró de que los cristianos ortodoxos celebraban la Navidad el día de Reyes y no el 25 de diciembre.

La fiebre consumista de los católicos y los protestantes parecía no tener fin, y los perfumes se habían llevado la palma. El lunes siguiente al día de Navidad, que había caído en fin de semana, mientras deambulaba por la sección de perfumes de las galerías Lafayette, Gabrielle observó las estanterías vacías en las que antes de las fiestas se amontonaban unas cajitas preciosas con frascos de perfume caro. Seguramente, François Coty había sido el más beneficiado, pero Paul Poiret y los hermanos Guerlain no le irían a la zaga. Le molestó que otros hicieran negocio mientras ella buscaba casi desesperadamente la fórmula para su perfume. Los documentos de Catalina y de María de Médici, que le habían costado seis mil francos, no habían cumplido sus expectativas. Ni el historiador al que había consultado ni los químicos de François Coty habían encontrado referencias a un elixir milagroso. Una vez más, Misia había acertado. Tendría

que haberla escuchado.

El portero de las galerías Lafayette paró un taxi para ella delante de la entrada. Empezaba a granizar y se le habían quitado las ganas de dar un paseo, aunque el Café de la Paix, donde había quedado con su amiga, estaba a solo unos pasos.

En el establecimiento, situado en la planta baja del Grand Hôtel, tampoco había tantos clientes como otros días. Por lo general costaba abrirse paso por la enorme sala con frescos en el techo y columnas cinceladas, todas las mesas estaban ocupadas y ponían sillas donde no había suficientes asientos, hasta que se dificultaba el paso y los camareros se las veían y se las deseaban para servir a los clientes. Sin embargo, ese día la clientela era asumible y Gabrielle vio a Misia desde la puerta, a pesar de que se había sentado detrás de una palmera de interior y gracias sobre todo al sombrero de fieltro de la casa Chanel que su amiga lucía como accesorio.

—Has llegado muy pronto —constató Gabrielle después de saludarla con un beso en cada mejilla.

—Y tú muy tarde —replicó Misia sonriendo—. Con un poco de suerte, el café que te he pedido aún no se habrá enfriado.

Gabrielle se encogió de hombros, contrita. Luego se sentó en la silla que le acercó un camarero servicial.

—Estaba en la sección de perfumería de las galerías Lafayette y he perdido la noción del tiempo —confesó y rechazó con una breve mirada la carta que le ofrecía el mozo que tenía a su espalda—. De momento, solo tomaré café. Gracias.

—Después pediremos champán —comentó Misia con determinación. Cuando se quedó de nuevo a solas con Gabrielle, añadió—: Tenemos que brindar porque Ígor Stravinski no volverá a molestarte.

—No lo he visto desde la noche del estreno —dijo Gabrielle con cierta precipitación.

Se sentía incómoda. No le gustaba cómo había comenzado la conversación. No entendía por qué su amiga le hablaba precisamente ese día de Ígor Stravinski.

No paraban de circular rumores sobre los dos desde la fiesta de la noche del estreno, pero Gabrielle no cejó en el intento de acallar los chismorreos. No había dado pie a las miradas indiscretas y confió en que el barullo de las fiestas ayudara a mantener su reputación a salvo. En esas fechas en que todos estaban ocupados consigo mismos, ¿no era el mejor momento para que una aventura ridículamente breve desapareciera de la memoria colectiva?

—La conducta de ese hombre es inaceptable —prosiguió Misia—. Es un

genio, pero su conducta es inaceptable. Alégrate de haberte librado de él.

Aunque no se había puesto azúcar ni leche en el café, Gabrielle lo removía, absorta en sus pensamientos. Por lo visto, la curiosidad de su mejor amiga no había cesado.

—Los Stravinski todavía viven en mi casa —dijo como si hablara consigo misma. Al cabo de unos instantes, levantó la cabeza—. Pero, si quieres, podemos brindar porque ya no me atosiga. Mantiene las distancias realmente. — En silencio admitió que no se lo esperaba—. ¿Estás contenta? —añadió de mal humor.

Misia hizo un gesto de desaprobación con la mano.

—Se trata solo de tu felicidad, Coco. Créeme. Por eso José ha hablado con él y ha apelado a su conciencia.

Gabrielle abrió los ojos, sorprendida. ¿Misia había abordado el tema de Stravinski para ponerla al día de un asunto del que ella misma no tenía la más remota idea? Al parecer, había novedades.

—¿Qué dices que ha hecho José?

—Le ha dejado claro a Stravinski que Boy te confió a él, a José. Es así, ¿no? Se siente responsable de ti. Los dos lo hacemos.

—Eh... sí —murmuró Gabrielle. No recordaba ese acto de entrega, pero José actuaba de buena fe con tanto celo. Con todo, supuso que Misia estaba detrás.

—Mi querido esposo le dijo a Stravinski que era... —se interrumpió, sonrió avergonzada y le explicó—: Bueno, utilizó una expresión gruesa que una dama no puede repetir. —Se inclinó rápidamente hacia delante y, no sin cierto entusiasmo por lo escandaloso, susurró—: Un cabrón. Lo llamó cabrón.

Gabrielle dudó entre echarse a reír o explotar de ira.

—¿José se siente responsable de mí y por eso utiliza una palabra tan ofensiva con Stravinski? —dijo con voz temblorosa, aunque no sabía si a causa de la hilaridad o del enfado.

—No, claro que no. —Misia soltó una risita tonta y volvió a recostarse en la silla—. Se lo dijo porque le va como anillo al dedo. Por desgracia, nuestro amigo es un... Bueno, ya sabes a qué me refiero.

—¿No sois demasiado duros con él?

La risa de Misia se volvió sarcástica.

—Por favor, Stravinski está casado y es padre de cuatro hijos; aun así, le explica a todo el mundo que quiera oírlo, incluso a los que no quieren, que te ama y que quiere casarse contigo. La idea de que abandone a su esposa enferma y sin recursos es terrible.

—Lo sé. —Gabrielle entornó los párpados para evitar revelar a su amiga, si la miraba a los ojos, cuánto la incomodaba esa charla.

En el fondo, Misia tenía razón, de eso no cabía duda, y no se tomaba a mal que José Sert se inmiscuyera en su vida personal. Sin embargo, le molestaba la pasión con que la pareja se preocupaba por su vida amorosa. Era tan molesto como la veneración que le profesaba Stravinski. Y también enervante, indignante. ¿Se preocupaba realmente Misia solo por su bienestar? ¿O estaba celosa porque veía que, después de Diáguilev, le arrebataba a otro artista de su círculo de amistades?

—Yo no lo amo, por eso no me casaría nunca con él, pero fue un placer acostarme con él —se permitió afirmar en honor al músico.

—Si solo fuera eso... —Misia suspiró—. Él ve vuestro... romance de otra manera. Diáguilev dice que Stravinski sufre un verdadero mal de amores.

Una extraña sensación de felicidad embargó a Gabrielle, igual que cuando presentaba sus colecciones ante un público selecto en los dos desfiles de moda anuales. El reconocimiento y la admiración era su elixir de la vida. Si las reinas francesas del Renacimiento buscaban el perfume de la sabiduría y de la belleza eterna, la existencia de Gabrielle estaba determinada por la eterna búsqueda del éxito y los aplausos, tanto en la vida profesional como en la privada. Era así desde que experimentara por primera vez la admiración del público cuando actuaba en el cabaré cantando canciones ridículas. Después tuvo el valor de obligarse a montar a caballo para demostrarle a Étienne Balsan, un loco de esos animales, que era una amazona perfecta y que, justo por eso, era la pareja que le convenía, aunque al final ninguna de las dos cosas se hicieran realidad. Más tarde le llegó el éxito como diseñadora de modas y, con él, una increíble sensación de hormigueo al darse cuenta de que tenía buen olfato para el negocio. Pero incluso el aplauso de sus clientes palidecía ante el deseo que sentía por ella un compositor genial. Se tomó como un espaldarazo que ese hombre la amara tanto, a ella, Gabrielle Chanel, una huérfana de origen dudoso, y que estuviera dispuesto a dejarlo todo por ella.

—Ninguna mujer decente pondría los pies en tu taller. —La voz de Misia parecía acercarse abriéndose paso desde la lejanía. Por lo visto, había continuado hablando mientras Gabrielle se ensimismaba en sus pensamientos—. Te despreciarán hasta las mujeres indecentes. Stravinski solo piensa en sí mismo. No piensa en qué lugar te dejaría a ti si le robaras el marido a la pobre Yekaterina.

—Por mi parte, no hay motivos para suponer que eso vaya a ocurrir.

—¡Por fortuna! —La voz de Misia resonó en la sala. Había hablado tan fuerte a causa del alivio que el camarero se acercó a toda prisa porque debió de creer que querían pedir. Misia lo miró confusa, había perdido el hilo—. ¿Qué ocurre?

—Tráiganos una botella de champán, por favor —dijo Gabrielle, librando de aquella situación incómoda tanto a su amiga como al camarero—. Madame Sert quiere proponer un brindis.

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios al recordar una cita en Venecia.

—¿Sabías que a los rusos les encantan los brindis largos?

—*Ma chère*, ¿te olvidas de que nací en San Petersburgo? Aunque no me criara en el imperio de los zares y no haya vuelto nunca, mi padre se encargó de que conociera la mentalidad eslava en todas sus facetas. —Misia observó al camarero salir a toda prisa en busca de la comanda de Gabrielle y dijo—: Me apuesto algo a que ese atractivo muchacho tiene raíces rusas. Vayas donde vayas, París es un mar de inmigrantes.

—La cultura eslava empieza a entusiasmarme. Me recuerda a mi tierra natal, en Auvernia. ¿No dicen que somos los franceses orientales?

Misia se rio.

—No tengo ni idea, Coco.

Agradecida por haber zanjado de momento el tema de Stravinski, Gabrielle se entusiasmó con una idea que se le había ocurrido la maravillosa noche que pasó con Dimitri Románov.

—Me pregunto si no debería contratar a emigrantes rusas para trabajar como modelos. Como tú has dicho, la ciudad está abarrotada y todas son aristócratas.

—Coco, tu moda es la personificación de la elegancia francesa. No sé si tus clientas permitirían semejante tributo a la corte de los zares.

Gabrielle se encogió de hombros.

—No pensaba disfrazarlas de cosaco, aunque... —se interrumpió y miró al vacío, como si la hubiera alcanzado un rayo—. Quizá quedarían bien unos bordados folclóricos. Al menos aportarían una estética totalmente nueva a mi colección.

—Recuerda que *La consagración de la primavera* no tuvo éxito hasta que se estrenó una versión que carecía precisamente de esos elementos folclóricos.

—Es cuestión de encontrar el momento oportuno —replicó Gabrielle tranquilamente—. En cualquier caso, abundan las chicas rusas que se mueven muy bien porque han recibido clases de ballet y tienen nociones de etiqueta. Creo que tendría mucho encanto que mi próxima colección la presentaran princesas y condesas.

La idea todavía estaba fresca, pero Gabrielle se entusiasmó tanto que habría empezado esa misma tarde a entrevistar a posibles candidatas y a pedirles que desfilaran en el taller a modo de prueba.

El camarero volvió a la mesa, preparó una champanera y copas. Descorchó la botella y el vino espumoso burbujeó en ellas. Gabrielle y Misia observaron en silencio los movimientos del muchacho. No levantaron las copas hasta que se fue.

—Por el imperio perdido de los zares, que nos brinda tantas posibilidades —dijo Gabrielle.

—Por mí, de acuerdo —replicó Misia a regañadientes—. Si no lo asocias a Stravinski, beberé por todos los zares desde Iván el Terrible.

Gabrielle ya tenía la copa en los labios, pero volvió a dejarla.

—¿Podrías hacerme el favor de no relacionar todo lo que digo con Stravinski?

—Lo siento. —Misia parecía realmente un poco arrepentida—. Pero ese hombre me exaspera. Está trastornado porque lo rechazaste y su conducta es inadmisibile. Es ridículo. Se lo parece a todo el mundo.

—¿A todo el mundo? —Gabrielle enarcó mucho las cejas—. ¿Quién es «todo el mundo»?

—Nuestros amigos. Incluso Picasso lo critica. Cuando un hombre adulto de treinta y ocho años y, además, padre de familia, se comporta como un adolescente enamorado, se convierte en un chiste viviente.

—Hablas de él de una manera que casi empiezo a tenerle lástima.

—Tampoco cabe la compasión con un hombre de su edad. Ay, Coco, está ofuscado. Eso es lo terrible. Pero tú no te preocupes. *Na sdorovie!* —dijo y vació de un trago la copa de champán.

Gabrielle pensó que su amiga tiraría la copa al suelo por encima del hombro, pero no ocurrió nada parecido. Misia la miró radiante mientras ella se limitaba a tomar un sorbo del delicioso vino espumoso. Respondió a su mirada con una expresión franca y amistosa, pero se debatía en su interior.

La halagaba que Ígor Stravinski estuviera obsesionado con ella. La idea de que la amara acariciaba su vanidad de igual modo que las manos del músico le acariciaban el cuerpo.

—Recuerda siempre que eres una mujer —dijo Boy.

—Mi negocio es mi vida. Mi independencia es mi vida —replicó ella y añadió con voz suave—: Tú eres mi vida.

Pero esa vida se había destruido.

Gabrielle se preguntó si llevaba a alguna parte rechazar a un amante que ardía de pasión. ¿No sería el amor, aunque solo fuera físico, el mejor remedio contra las penas que a ella la abrasaban tan inexorablemente como a Stravinski el fuego de unos sentimientos no correspondidos?

Lo imaginó sentado al piano y también dirigiendo la orquesta ante el atril. Un compositor magnífico. Un hombre ingenioso. Un genio. No podía permitir que la bohemia parisina se burlara de él. Tenía que acabar con ese drama. Tanto daba que Misa y José Sert no lo aprobaran: nunca le había importado la opinión de los demás, y menos todavía en esos momentos, cuando decidió mentalmente salvar el honor de Ígor Stravinski. Desestimó enseguida la idea de que pudiera costarle su propia reputación, aunque Misa, en realidad, siempre estuviera en lo cierto.

OBVIAMENTE, GABRIELLE NO le reveló sus planes a Misia. Intentó actuar con la máxima discreción posible dadas las circunstancias. Aunque Ígor vivía en su casa, no quiso contactar con él directamente por respeto a su familia. No podría evitar encontrarse algún día con Yekaterina, pero hasta entonces la librería de estar casada con un hombre del que todo el mundo se reía por sus males de amor. Procuró coincidir con el director de orquesta Ernest Ansermet y aprovechó la ocasión para pedirle que le diera un recado de su parte al compositor.

—Dígale que venga a verme cuando quiera.

Ansermet fue tan convincente en su papel de *postillón d'amour* que Stravinski se presentó esa misma noche en el hotel Ritz, se quedó hasta la mañana siguiente y, a partir de entonces, fue a verla todos los días.

No obstante, las noches sin dormir que le imponía su nuevo amante pronto sacaron de quicio a Gabrielle. El ritmo de vida del músico era incompatible con su método de trabajo. Resultaba agotador ser su amante. No le daba tregua, la poseía varias veces todas las noches y eso tampoco parecía bastarle. Gabrielle se sentía como si no le dejara aire para respirar. Stravinski intentaba acapararla, reaccionaba con unos celos descontrolados a su independencia y, apasionado y desesperado, exigía disponer siempre de ella, algo a lo que no tenía ningún derecho siendo como era un hombre casado y padre de familia. Pero quería a Gabrielle para él solo. Quería su cuerpo, su persona, su alma, su corazón y, probablemente, también su tiempo. A veces, Gabrielle tenía la sensación de que quería forzarla a amarlo. Sin embargo, ella solo sentía por él la misma mezcla de compasión, consuelo y orgullo con que se lo había llevado a la cama.

Stravinski insistía obcecadamente en ser el hombre de su vida. Se negaba a que le hablara de su relación con Boy. Se consideraba el futuro. Así pues, ¿qué le importaba su pasado? No obstante, Gabrielle sospechaba que, a pesar de su silencio, el compositor no conseguía quitárselo de la cabeza y por eso quería dejarse ver en público con ella, para enfrentarse a la sombra de quien había sido su gran amor. Gabrielle aceptó y salió unas cuantas veces con él, pero actuó como una institutriz y se cuidó de que nunca la vieran a solas con él. Misia seguía sin aprobar la relación, pero siempre estaba dispuesta a acompañarlos, por

ejemplo, a un concierto. Gabrielle disfrutaba mucho de esas horas, y Misia también. Conocer los secretos de los clásicos de la mano de un genio de la música tenía un valor incalculable. Le explicó la música de Wagner y de Beethoven. Gabrielle compartía su fascinación por las óperas de Richard Wagner, pero no por las sinfonías de Ludwig van Beethoven. Su compañía era sumamente entretenida y tanto ella como Misia le perdonaban que a veces se mostrara cabezota y arrogante, pero eso no tenía nada que ver con el amor.

—Han invitado a la compañía de Diáguilev a ir de gira por España —dijo Stravinski en uno de los pocos momentos de una noche de finales de enero en los que permitió que se tomaran un descanso—. Los españoles quieren ver sin falta *La consagración de la primavera*.

Gabrielle estaba recostada de lado, de cara a su amante, pero con los ojos cerrados. Amodorrada, tardó en captar sus palabras.

—Lo sé —murmuró—. Serguéi me lo ha contado.

—Tengo que viajar con ellos. Nadie puede dirigir mi música como yo. Imagina que la interpretan mal, no quiero ni pensarlo.

—Sí, cierto. —Estaba tan agotada que apenas entendió lo que Stravinski decía.

—¡Pero no puedo ir! —exclamó con voz de lamento, casi llorosa—. ¿Cómo podría dejarte sola, Coco?

En la mente de Gabrielle empezó a gestarse una idea que no supo concretar, pero que, curiosamente, la consolaba. Sabía que no echaría en falta ese *amour fou*, pero había algo más a lo que no lograba acceder su mente cansada.

—No te entiendo —dijo entre dientes.

Stravinski se quedó callado y Gabrielle confió en que por fin podría dormir un poco.

—No viajaré a Madrid sin ti. Tú me acompañarás —le anunció Stravinski.

—Eso es imposible —dijo sin pensar.

Un instante después fue consciente de que llevarle la contraria podía ser un error. Ígor lo interpretaría como un aliciente para imponer sus deseos. Pero Gabrielle tenía muy claro que no pensaba ir con él de gira. Por su esposa. Por las habladorías. Y, sobre todo, por ella misma. Se despejó de golpe.

Abrió los ojos. A través de las cortinas entreabiertas entraba la luz de las farolas de la place Vendôme, que caía sobre el rostro desencajado por la ira de Ígor. Saltaba a la vista su descontento con el destino, que le brindaba éxito como compositor, pero lo separaba de su amada.

—No puedo irme de París sin más —le explicó Gabrielle forzando una voz

suave—. Dirijo un negocio. ¿Lo has olvidado? Si voy a estar fuera un tiempo, tengo que adelantar trabajo. Será una tarea ardua y larga.

—No puedo permitir que mi música viaje sola por teatros desconocidos.

—Lo comprendo. —Se incorporó y se apoyó sobre los codos—. Por eso irás a España. Sin mí, pero con tu música.

Pensar que, en ausencia de Ígor, le esperaban tardes y, sobre todo, noches tranquilas, en las que podría dormir, le resultaba tan atrayente que habría gritado de alegría, pero se mordió los labios porque no quería herirlo.

—¿Tengo que arrodillarme ante ti? ¿Quieres que me postre de rodillas para que me acompañes?

«¡Por Dios!», pensó Gabrielle.

—No —dijo con voz serena—. No, claro que no. No seas ridículo, por favor.

—A mí no me importa.

—Pero a mí sí.

Se miraron sin verse realmente. Gabrielle oía el castaño de los dientes del músico, pero apenas veía los movimientos de sus mandíbulas.

—Iré en cuanto haya organizado las cosas importantes en el taller —le prometió, siguiendo una corazonada.

Stravinski pareció sorprenderse, era evidente que no había considerado esa posibilidad. La agarró tan fuerte del brazo con su suave mano de músico que la hizo gritar.

—¡Me haces daño!

Stravinski ignoró la protesta.

—Me perteneces, Coco, ¡eres solo mía! ¡Júrame que arreglarás cuanto antes tus cosas y viajarás a Madrid! Júralo por la Virgen.

Gabrielle volvió a cerrar los ojos. Delante de sus párpados se formó la imagen de un suelo pavimentado con guijarros.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, contó mentalmente. Pensó que tendría que confesar una mentira si al día siguiente iba a la iglesia. Luego alzó la vista.

—Te lo prometo.

TERCERA PARTE
1921

GABRIELLE DESCLAVABA CON destreza, uno a uno, los alfileres que tenía en el acerico de muñeca y los fijaba en unos pliegues de tela de algodón basta. Luego observó su obra con escepticismo, quitó un alfiler y se lo metió entre los labios apretados, en los que tenía un pitillo, mientras rehacía el fruncido. Siempre empezaba trabajando con percal y después decidía qué tela elegiría. Ceñido correctamente, ese tejido de algodón era el secreto del corte de sus prendas, y la caída tenía que partir siempre de la espalda. Estaba convencida de que la movilidad surgía de esa parte del cuerpo, por eso el corte debía tener el máximo vuelo posible en la espalda.

Empezaban a fallarle las rodillas a causa del cansancio y, por un momento, vio borroso. Llevaba horas modelando un vestido de noche sin alcanzar un resultado satisfactorio. La maniquí en la que marcaba con alfileres su creación aguantaba con la misma paciencia que la modelo de un pintor, pero Gabrielle temía perder la concentración. No obstante, jamás se atrevería a admitir su debilidad, menos aún en el taller.

Se obstinó en continuar trabajando, deslizó un trozo de tela enrollada a modo de manga sobre el brazo de la chica, que la superaba en altura al menos una cabeza. Las rusas solían ser mucho más altas que ella, pero también sorprendían por su gracilidad. La que le hacía de maniquí en aquellos momentos afirmaba ser una princesa. Quizá fuera cierto, pero probablemente no pasara de condesa o baronesa. Gabrielle había aprendido que no todos los títulos que se utilizaban en París se correspondían con la posición que ocupaban en la corte de San Petersburgo, pero a ella no le interesaba el antiguo rango de los nobles. Lo importante era que aquella chica y las demás maniquíes que había contratado cumplieran su cometido y causaran buena impresión. Además, los antiguos miembros de la corte imperial estaban acostumbrados a permanecer de pie pacientemente en multitud de desfiles y paradas militares, y se había demostrado que esa chica y sus nuevas compañeras eran ideales para el sistema de trabajo de Coco Chanel, que no diseñaba sus colecciones en la mesa de dibujo, sino que solía crearlas haciendo pruebas directamente en maniquíes de costura y en cuerpos reales. Coco siempre decía que era el único modo de adaptar su moda a

los movimientos de las mujeres que la lucían.

—*Aie!* —La maniquí se estremeció—. ¡Ay!

—Lo siento —murmuró Gabrielle sin mirarla.

El punto en el que quería situar la costura del hombro acabó convertido en una línea torcida. Le fallaba la vista. Tenía que tomarse un respiro. Pero aún no había alcanzado ni de lejos el volumen de trabajo previsto. Ni siquiera era mediodía, pero se sentía agotada como si estuvieran a última hora de la tarde.

—¡Ay! —El cigarrillo se le cayó de la boca a causa del susto y fue a parar al suelo, donde abrió un nuevo agujerito en el parquet. Se había pinchado con un alfiler, los dedos le temblaban. Suspiró—. Vamos a tomarnos un respiro. Puede descansar, Elena.

Gabrielle se dio cuenta de que la joven aristócrata se desmoronaba un instante. «Como en un campo de maniobras», pensó. Tenía cierta gracia que las rusas de alta cuna hubieran huido del poder del proletariado para acabar a las órdenes de la hija de un vendedor ambulante. «El mundo al revés», pensó mientras se agachaba a recoger el cigarrillo del suelo y se encendía otro.

Intentó relajar la vista mirando por la ventana. Era el mes de marzo y hacía un día desapacible que no ofrecía un bonito panorama de la rue Cambon. La lluvia golpeaba los cristales; en algunos momentos no era más que una llovizna suave, pero luego arreciaba de repente y caían regueros de agua en las juntas del quicio de la ventana.

Pensó que, a pesar del tiempo que hacía, después se acercaría dando un pequeño paseo a la librería Auguste Blaizot, a aprovisionarse de lectura para una noche más sin Stravinski. Por fin podía leer sin que nadie la molestara y la experiencia era maravillosa. No sabía lo que ocurriría cuando el músico regresara de España. Gabrielle contestaba siempre con las mismas frases a sus telegramas y llamadas telefónicas, a sus ruegos y apremios incesantes para que se reuniera con él en Madrid: «Todavía no estoy a punto, dame más tiempo, mi trabajo es importante...». Sin embargo, al contrario que él, Gabrielle tenía muy claro que no iba a cumplir en ningún momento sus promesas.

Un ruido a su espalda la arrancó de sus pensamientos. Luego, voces, pasos, suspiros. Extrañada, miró hacia atrás por encima del hombro.

Sus empleadas, costureras, maniqués y patronistas ya no zumbaban como abejas alrededor de su reina en una colmena, sino que dirigían su atención a la persona que en esos momentos entraba por la puerta. Las aristócratas rusas hicieron una reverencia tan profunda que casi tocaron el suelo con la frente. La maniquí en la que Gabrielle probaba antes el vestido consiguió hacer una

genuflexión elegantísima a pesar de los alfileres. Las demás empleadas, contagiadas por semejantes muestras de respeto, dejaron su trabajo y se inclinaron o se postraron ante el hombre que se presentaba en el taller sin previo aviso.

A Gabrielle se le cortó la respiración. Los ojos le ardían por el humo del cigarrillo. Pero no parpadeó. No estaba segura de lo que veía. ¿Estaría soñando?

Había olvidado la impresión que causaba su personalidad, lo deslumbrante que era. Una torre de hombre. Radiante, atractivo, deportista. El hombre se detuvo un momento en el quicio de la puerta, sonrió y con un gesto casi imperceptible pero muy elegante, pidió a las chicas que se levantarán.

—Se lo ruego, no es necesario —dijo y cruzó el taller hacia los ventanales como si desfilara por una pasarela.

Se detuvo delante de Gabrielle y le hizo una profunda reverencia, como si él no fuera el zarévich, sino ella la zarina, en caso de que aún existiera el Imperio ruso.

—*Bonjour* —dijo simplemente Dimitri.

A Gabrielle le temblaban las rodillas. El corazón le latía con fuerza. No contaba con el impetuoso torrente de sentimientos con que aquel hombre volvería a entrar en su vida, como una tormenta que azotaba la taiga siberiana. Al volverse hacia él, tuvo que obligarse a mantener la compostura. Si no hubiera tantos ojos observándola, se habría echado en sus brazos.

—*Bonjour, monsieur* —contestó.

—Disculpe, mademoiselle Chanel, no he podido detener a Su Alteza y he pensado que...

La recepcionista, también una princesa rusa empobrecida, entró sin resuello detrás de Dimitri y no logró terminar la frase. Tenía encendidas las mejillas pálidas que caracterizaban a las jóvenes distinguidas. Gabrielle no recordaba haber visto nunca a sus empleadas tan nerviosas cuando una marquesa iba a probarse un vestido. Naturalmente, la casa Chanel contaba entre sus clientas con damas de la nobleza francesa.

La ceniza del cigarrillo que fumaba cayó al suelo.

—Vamos a mi despacho —dijo mientras buscaba un cenicero con la mirada.

Le dirigió una mirada fugaz cargada de reproches a la recepcionista. Debería haber acompañado a Dimitri Pávlovich Románov inmediatamente a la planta de arriba.

—Prometí que volveríamos a vernos y aquí estoy —dijo Dimitri mientras subían las escaleras.

—Ya lo veo. Y también lo creí cuando lo dijo. —Gabrielle sonrió—. Aunque no contaba con que conquistaría mi taller en un ataque sorpresa.

Dimitri fingió indignarse, pero eso no ocultó las chispas de despreocupación que iluminaron su mirada.

—¿No ve que no podía esperar ni un segundo más? El primer camino que he tomado en París llevaba directamente a su casa. Acabamos de llegar.

—¿Acabamos?

A Gabrielle se le encogió el corazón. ¿Acaso Dimitri había contraído matrimonio en algún lugar entre Venecia, Dinamarca, Londres y París? Tal vez su visita sorpresa se debiera únicamente a que quería hablarle lo antes posible de su nuevo estado civil.

—Mi criado, Piotr, y yo.

—Oh... eh... sí... —No logró evitar que se le sonrojaran las mejillas y le flaquearan las piernas. Dios Santo, se comportaba como una muchacha en la edad del pavo. Sus deberes de anfitriona la salvaron de aquella situación embarazosa. Abrió la puerta del despacho, lo invitó a entrar y a que se deleitara con el mobiliario, y luego le preguntó educadamente—: ¿Qué le apetece? ¿Un café? ¿Champán?

Dimitri no se pronunció sobre la decoración y rechazó el ofrecimiento con un gesto de la cabeza. Tampoco se sentó.

—Tengo quince mil francos —dijo—. ¿Cree que bastarán para hacer saltar la banca en Montecarlo?

¡Qué hombre! Agradablemente desenvuelto, no hacía reproches y, sobre todo, no exigía nada. No cayó en la tentación de compararlo con Ígor Stravinski, pero eso no le impidió reconocer que el joven tenía muchas ventajas.

Levantó las manos en señal de rendición.

—Si yo también pongo quince mil francos, tendremos treinta mil. Con eso, al menos podríamos divertirnos un buen rato.

Dimitri la miró a los ojos... Y los dos se echaron a reír como si se hubiera roto un hechizo.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó el noble con una franqueza irresistible.

—Habrá que esperar. Tengo que arreglar unos...

—El negocio, claro. —A pesar del tono comprensivo, una sombra de decepción se deslizó por su semblante. Sacó un objeto del bolsillo de la americana—. La alegría de volver a verla ha hecho que me olvidara de darle un pequeño obsequio. —Le entregó una hoja de papel barato—. Quizá esto acelere nuestra partida.

Gabrielle desplegó el papel con extrañeza. Lo último que esperaba era leer una dirección que no conocía en La Bocca, una zona industrial en las afueras de Cannes. Levantó la vista y se encogió de hombros.

—¿Qué es?

Dimitri sonrió como un colegial al que acaban de sorprender haciendo una travesura que le ha salido bien.

—Son las señas de Ernest Beaux. El hombre que creó el perfume para la corte de los zares, el Bouquet de Catherine...

—Pero yo creía que... —Gabrielle respiró hondo—. Creía que la fórmula se había perdido en Rusia junto con su inventor.

—Beaux sirvió en el Ejército Blanco, pero consiguió huir de Múrmansk. Trabaja en Chiris desde hace un tiempo. Me dijeron que Chiris tiene la fábrica en Grasse, pero los laboratorios están en Cannes. Así pues, si queremos conocer a Ernest Beaux, nada nos lo impide. Solo tiene que venir conmigo al sur de Francia.

La despreocupación contagiosa de Dimitri era lo que Gabrielle necesitaba después de unas semanas agotadoras con su amante ruso. Además, a diferencia de Stravinski, él era un hombre libre, y la idea de pasar un tiempo juntos en la Costa Azul le parecía un sueño. No le habría hecho falta usar semejante artimaña para persuadirla. Sin embargo, apreciaba muchísimo el regalo de conocer al perfumista de los zares. Estaba convencida de que encontraría la clave para su propio perfume en la antigua fórmula de Beaux... Y le llegó al alma que Dimitri hubiera invertido tiempo y esfuerzo en descubrir el paradero del perfumista.

Le puso la mano en el brazo con una mezcla de ternura y agradecimiento.

—Pues no perdamos más tiempo. Empezaré a preparar la partida ahora mismo. —Se interrumpió un instante, tragó saliva y comenzó a hacer planes con determinación—. Necesitamos un coche. Estaría bien viajar sin chófer... —Apartó la mano un momento, porque se le ocurrió una cosa que la acongojó—: ¿Sabe conducir?

—A sus órdenes, mademoiselle. —Le hizo una leve reverencia—. Sé montar a caballo, conducir un carruaje y también un automóvil.

—Magnífico. Deberíamos ir ahora mismo a comprar un coche.

Dimitri arqueó las cejas.

—¿Ahora mismo?

—Bueno, quizá después de comer. Espéreme aquí un momento, por favor, pediré que le traigan un café o lo que le apetezca. Tengo que terminar un par de cosas en el taller.

Gabrielle pensó en el vestido que tenía que acabar de diseñar con la maniquí. Seguro que ahora sería coser y cantar. No notaba ni rastro de cansancio, la ilusión le prestaba ánimos inimaginables. Le dio la impresión de que el sol salía de repente en su vida.

Se puso de puntillas y le dio un beso furtivo en la mejilla.

—No se vaya, por favor. Vuelvo enseguida. Después iremos a comer al Ritz.

Cuando se disponía a darse la vuelta, Dimitri la sujetó del brazo y la atrajo hacia él. La sujetaba con firmeza y vehemencia, pero cuando le acercó la boca a los labios, se detuvo. Cauteloso, prudente, respetuoso. Su aliento le acarició las mejillas y Gabrielle le notó el deseo de intimar. Se apretó contra él y saboreó un momento la tierna petición de amor de aquel hombre. No era una pasión posesiva, sino solo ternura, y eso la conmovió. Cuando se separó de él, paladeó en la lengua la ilusión por lo que la esperaba.

Todo un placer.

CABÍA PREVER QUE no tardarían mucho en ser la comidilla de las conversaciones. Dimitri Pávlovich Románov era muy conocido y no podía dejarse ver con Gabrielle sin llamar la atención. Los chismosos lo conocían por las notas de sociedad; las princesas del dólar americanas, que querían convertirse a toda costa en verdaderas princesas, revoloteaban alrededor de los aristócratas rusos como las polillas en la luz, y muchos hombres también lo reconocían a simple vista, porque Dimitri se había rodeado de un aura misteriosa de héroe oscuro por su participación en el asesinato de Rasputin. Después de su segunda cena en el Ritz, *tout Paris* chismorreaba sobre Gabrielle y Dimitri, y una camarera locuaz echó más leña al fuego al contar que el gran duque había entrado por la tarde en la suite de mademoiselle Chanel y no se había ido hasta la mañana siguiente.

Gabrielle ignoraba los cuchicheos que circulaban por el restaurante del hotel y también las miradas curiosas de sus clientas y empleadas. Nunca le había importado lo que dijera la gente, siempre había alguien hablando mal de algo. Ahora tocaba su romance con Dimitri. ¿Y qué?

Le preguntó si le importaba servir chismorreos en bandeja de plata.

—No. —Le sonrió, se levantó de la silla y le rodeó cariñosamente los hombros delgados con los brazos. Estaban desayunando en la suite; aunque el mes de febrero seguía siendo gris, habían pedido que les pusieran el carrito de servicio junto a la ventana—. No conozco a ninguna mujer con la que me gustaría más que me vieran en público.

Gabrielle sintió que el corazón le daba un vuelco. Cuando Dimitri le apoyó la frente en la cabeza, se atrevió a plantearle una pregunta que le rondaba por la mente desde el día anterior, desde que Misia le recordara que esa noche se celebraba el baile de máscaras del conde de Beaumont.

—¿Te apetece divertirse?

—Sí, claro. Siempre. —Le estampó un beso en los cabellos y se incorporó—. ¿De qué se trata? —preguntó mientras volvía a su asiento.

—De defender mi honor.

—¿Con pistola o espada?

—Con nuestra presencia, esa será nuestra arma —contestó, sonrió y añadió—:

Es lo que dice Misia.

—Si lo dice tu amiga, seguramente tiene razón —admitió Dimitri, aunque después enarcó las cejas y preguntó con asombro—: ¿Por qué lo dice?

—Bueno, es una larga historia. Quizá un poco absurda y a Misia la ofende más que a mí...

Ensimismada en sus pensamientos, Gabrielle desmigajó en el plato la punta de un cruasán. De repente ya no estaba tan convencida de querer salirse con la suya frente a la elite social. A diferencia de Misia, ella no lo tenía tan claro en esos momentos. ¿Era acertado provocar un escándalo porque, a ojos de los círculos más exclusivos, Coco Chanel continuaba siendo una sencilla modista? ¿Una simple mujer que, a pesar de la creatividad que todos le reconocían y de su fuerza innovadora en el mundo de la moda, estaba muy por debajo de hombres de negocios exitosos y bien vistos como Paul Poiret o François Coty, y no se movía en el mismo plano que los grandes literatos o los genios de la pintura? Y, sobre todo, ¿hacía bien implicando a Dimitri en un asunto tan personal? Sin embargo, luego apareció un diablillo en su mente que transformó las reservas y las inseguridades en terquedad, y que incluso se manifestó dispuesto a hacer caso omiso de las viejas convenciones, costara lo que costara.

Al principio tímidamente y luego con voz cada vez más firme, Gabrielle le contó a Dimitri que Edith de Beaumont le había encargado unos trajes para su fiesta anual de disfraces.

—La señora condesa estaba encantada con mis vestidos. Pero su entusiasmo no bastó para que me enviara una invitación. Misia se sintió ofendida por semejante esnobismo y se le ocurrió reventar la velada. Por eso ha convocado a todos nuestros amigos artistas. Y yo también iré, no me gustaría decepcionarla.

—¿Por qué no me dijiste que para ti era importante ir a esa fiesta? —Dimitri parecía desconcertado—. Habría conseguido una invitación y podríamos...

—Te lo agradezco, pero no se trata de eso —lo cortó con suavidad—. Se trata de mi posición social, de mi reputación como mujer independiente. Había pensado que quizá te gustaría estar allí cuando montemos un escándalo.

—Bueno... Sí... Pero... Yo... —balbuceó Dimitri, y luego se interrumpió. Era casi conmovedor verlo abochornado y desorientado.

Los dos guardaron silencio un rato. Gabrielle notó que Dimitri tenía la cabeza muy lejos, mucho más que ella cuando comparó en silencio su infancia pobre, su adolescencia en el convento y sus primeros años en el cabaré con la vida lujosa y plagada de éxitos que disfrutaba en la actualidad. Parecía imposible asociar socialmente una cosa con la otra. Dimitri no conocía esa situación. Aunque

dependiera del dinero de otros en el exilio, nunca había perdido su estatus privilegiado. «No puede entenderme», concluyó. Al mismo tiempo, se enfadó consigo misma por haberlo incomodado con el asunto. ¿Por qué le había recordado que procedían de mundos distintos? Si se sentía molesto y pensaba que Misia era una alborotadora, y lo era, si juzgaba a Misia por lo que se proponía hacer y se negaba a participar de la «diversión», tendría que separarse de él. Y ella disfrutaba del tiempo que pasaban juntos. Había cometido una estupidez sacando el tema.

Esperó en silencio la respuesta... Y el final de una relación que había empezado tan solo unos días antes y tenía que culminar con las inminentes vacaciones en la Costa Azul.

Dimitri la miró largamente a los ojos. Luego la sorprendió con sus palabras.

—Sé lo que se siente al ser un proscrito. —Después de titubear un momento, prosiguió—: Cuando Félix Félixovich Yusúpov buscaba cómplices para asesinar a Rasputin, pudo contar conmigo desde el principio. Yo tampoco veía otra salida, la única posibilidad de salvar Rusia era que el monje muriera. Aquel hombre ejercía una influencia fatídica en mi tía, la zarina, y causó mucho daño a nuestro amado país. Evidentemente, la zarina se enfureció y exigió que nos ejecutaran, pero las leyes de la época no permitían que se arrestara ni se llevara ante la justicia a los miembros de la familia imperial ni a los grandes duques. A Yusúpov lo desterraron a la finca que su familia tenía en el sur de Rusia, pero regresó a Petrogrado tras la abdicación de los zares, incluso consiguió llevarse joyas y valiosas pinturas cuando huyó a Londres, de modo que es uno de los pocos exiliados que no sufre problemas económicos. En Londres lo festejan por haber acabado con Rasputin.

Había endurecido el tono de su voz y Gabrielle contuvo el aliento porque imaginó lo que vendría a continuación.

—Conmigo fue distinto. Aunque soy miembro directo de la familia imperial, tuve que comparecer ante un tribunal y me juzgaron. Renunciaron a condenarme a muerte porque el pueblo celebró el final del monje. Con todo, en aquella época habría preferido que me ejecutaran en vez de ir a prisión. Nadie consiguió persuadir a la zarina a pesar de que yo no le hubiera tocado un pelo a Rasputin. Me limité a hacer guardia para mis amigos, pero fui el único que se convirtió en un leproso de mi posición social. —En su semblante se insinuó una sonrisa amarga—. Al final, tuvo algo bueno: pasado un tiempo, me conmutaron la pena y me trasladaron a un regimiento en Persia, sin privilegios, ocupando un rango inferior. Eso me salvó la vida. Estaba demasiado lejos para convertirme en el

blanco de los bolcheviques. El Ejército Rojo mató a mi padre y a mi medio hermano mientras yo huía a Teherán. Ya conoces el resto de la historia. Ahora estoy aquí y... —se interrumpió, tragó saliva y añadió—: Doy las gracias por haberte conocido.

Gabrielle asintió en silencio. Dimitri no le había dado la puntilla a su relación, de momento. Estrechó con los dedos la mano que él le tendía por encima de la mesa.

—Por supuesto que te acompañaré esta noche. Un Románov nunca se arredra ante un duelo, no importan las armas que se elijan. Los rusos tenemos un refrán para estos casos: el riesgo es un asunto noble. Por lo tanto, Coco, montemos un escándalo.

«Los chismosos tendrán más motivos para hablar», pensó Gabrielle. El escándalo estaba asegurado. Notó que la embargaba un sentimiento de felicidad olvidado.

LA CARAVANA DE coches avanzaba lentamente por la rue Pierre Demours hasta la entrada del Château des Ternes; el atasco empezaba en la avenue des Ternes y colapsaba las calles adyacentes de esa zona distinguida del distrito 17. Las limusinas y los cabriolés se alineaban, casi tocándose, para dejar a los miembros de la alta sociedad y de la bohemia en el portal redondo del palacio medieval, iluminado esplendorosamente con decenas de antorchas y velas. Bocinazos, golpes sordos al cerrarse las puertas de los coches y un enorme vocerío llenaban las calles; se oían risas tontas que se volverían histéricas a medida que aumentara el consumo de alcohol. Por uno de los ventanales abiertos salían las notas de una alegre canción de jazz. Cuando el chófer de los Sert paró como los demás en la entrada, los criados vestidos de pajes palaciegos acudieron rápidamente a abrirles la puerta.

—Su invitación, por favor —le pidió un muchacho haciendo una reverencia cortesana a José después de que este bajara del coche.

—No tenemos —contestó Misia con voz aflautada. Lo dijo bien alto para que los invitados que avanzaban en fila hacia la casa, igual que habían hecho antes sus coches, se enteraran de sus palabras.

—¿No son Misia y José Sert? —murmuró cerca la voz aflautada de una mujer.

—Hola, Misia, ¿se tomará después una copa de champán conmigo? —gritó otra.

—No puedo permitirles la entrada sin invitación, madame. —Saltaba a la vista

que el muchacho se sentía desbordado. Edith de Beaumont seguramente había intentado enseñar modales palaciegos a sus criados, pero no los había armado para enfrentarse a la impertinencia de una Misia Sert vengativa—. Disculpe, madame, cumplo órdenes.

—Lo sabemos —lo tranquilizó José—. Preferimos celebrar la fiesta con los chóferes en la calle.

Mientras el pobre paje respiraba hondo, Gabrielle salió del coche. Miró unos instantes a su alrededor, se dio cuenta de que nadie la reconocía al momento y se sintió un poco decepcionada. Sin embargo, enseguida se preguntó si esa invisibilidad no era más agradable que una popularidad constante. Había leído en algún sitio que Misia era tan conocida en París como el obelisco de la place de la Concorde. Y la fama de su amiga era sin duda muy importante para el escándalo que planeaban montar.

Los invitados que habían oído aunque solo fueran retazos del intercambio de palabras entre Misia y el criado se volvieron a mirarlos. Se levantó un murmullo de sorpresa. Fue una reacción en cadena. En cuanto las damas y los caballeros que esperaban cerca de la entrada para rendir honores al conde y la condesa empezaron a cuchichear, el asombro y las conjeturas se extendieron hasta las personalidades que se encontraban más lejos. Cuando Dimitri bajó del coche después que Gabrielle y se dirigió con determinación hacia el grupo de chóferes que se había reunido al margen del acontecimiento, el murmullo se acrecentó como el ruido sordo del trueno que anuncia la tormenta.

—¿Le apetece un cigarrillo? —le preguntó al chófer de madame de Noailles.

Gabrielle conocía a aquel hombre porque su jefa era mecenas de Jean Cocteau y a veces paseaba en coche por París con su protegido. Cuando se enterara de que Cocteau había aceptado la invitación de Misia y no la de Étienne de Beaumont, se sorprendería.

Después de proveer de tabaco a ese chófer y a uno de sus compañeros, Dimitri le puso a Gabrielle un cigarrillo encendido entre los labios. Luego prendió otra cerilla. Dio una buena calada y se inclinó sobre ella.

—Mira, parece que funciona —le susurró al oído.

Misia se movía entre los criados como una aristócrata salida de una novela de Balzac. Guapa, segura, imperturbable. A su lado, José Sert, que se alejó un momento de su sombra para saludar a Pablo Picasso con mucho aspaviento. El pintor le siguió el juego y los presentes se regocijaron con la escena como si presenciaran una comedia de Molière. El desfile de personalidades avanzaba con mucha lentitud. Saltaba a la vista que la mayoría de los invitados se divertía más

en la calle que en el salón de baile del castillo. Los amigos de Gabrielle también parecían pasárselo en grande, incluso Dimitri, de pie junto a ella, disfrutaba del cambio de roles. Se le veía alegre como un niño que disfruta haciendo algo prohibido.

Gabrielle observaba en silencio. Se fijó en que, entre los asistentes, había viejos amigos de Boy que ella solo conocía de vista. También había visto antes a las mujeres hermosas que se colgaban del brazo de esos hombres adinerados, pero nunca se las habían presentado. Boy la había mantenido alejada de los calaveras y sus queridas.

—Parecen simpáticos. ¿Por qué no los invitamos? —preguntó Gabrielle mientras paseaba con Boy a orillas del río.

Al salir de Maxim's habían coincidido con una pareja que se alegró mucho más del encuentro que el hombre que la acompañaba a ella. Boy la agarró de la mano y, después de un breve saludo, se precipitó hacia la rue Royale casi como si huyera. Cruzó la place de la Concorde tirando de ella en silencio y, al llegar a la orilla del Sena, por fin aminoró la marcha.

—¡No los invitaremos nunca!

El tono áspero de su voz la sorprendió.

—¿Por qué no?

—Porque tú no eres una de ellas.

—Esa mujer es mucho más guapa que yo —dijo Gabrielle.

—Es posible, pero para mí no hay nada más hermoso que tú. Además, deberías evitar relacionarte con esas golfas, porque vamos a casarnos...

Boy no se casó con ella y ahora, al final de la ronda de saludos, los anfitriones del Château des Ternes recibirían con besos a esas golfas, pero la modista quedaba excluida. Una modista con un «buen gusto perfecto», un elogio explícito que le habían dedicado recientemente en la revista *Vogue*. Gabrielle notó que le hervía la sangre.

Observó a Dimitri por el rabillo del ojo. Hablaba animadamente con dos chóferes sobre las ventajas de distintas marcas automovilísticas como si fuera uno de ellos. Los elegantes convidados continuaban mirándolo con asombro. El gran duque hacía el ridículo. Sin duda. «Lo hace por mí —pensó Gabrielle—. Por mí.» Por una modistilla que no era lo bastante distinguida para celebrar una fiesta con la flor y nata de París. Con solo pensar en el afecto de Dimitri, una sensación de calidez embargó su cuerpo, su corazón.

Dimitri debió de notar que lo observaba, porque se volvió hacia ella con una sonrisa radiante en los labios.

—¿Estás bien?

—No lo sé. —No le confesó que lamentaba ser invisible para su entorno en

esos momentos, como ocurría muy a menudo. Aquella era una de las pocas ocasiones en que desearía que las cosas fueran distintas. Pero ni siquiera sus clientas parecían reconocerla—. Me apetece beber algo.

Dimitri titubeó un momento, la miró profundamente a los ojos como si leyera un libro abierto y luego se dio la vuelta.

—¡Champán! ¿Puede traerme alguien una copa de champán para mademoiselle Coco Chanel? —gritó a la multitud.

—¡Oh!

—¡Ah!

Entre los invitados se extendió de nuevo un murmullo. Todos los ojos parecieron dirigirse a Gabrielle. Miradas de asombro se posaron en ella. Percibió la admiración cuando algunas mujeres empezaron a cuchichear en voz más o menos alta.

—Mademoiselle Chanel hace unos vestidos elegantísimos...

—¿Cómo puede ser que no la hayan invitado?

—¿Es verdad que sale con el gran duque?

—*Mon dieu*, ¡esto es penoso!

A Gabrielle le habría encantado gritarle a esa mujer, a la que había oído aunque no la veía, que tenía razón. Era tremendamente penoso. Para Gabrielle, para los demás invitados, pero, probablemente, sobre todo para el conde y la condesa de Beaumont. En ese sentido, el plan de Misia había funcionado.

A pesar del disgusto, Gabrielle empezó finalmente a divertirse. José había sido previsor y ahora servían en plena calle el champán helado que había guardado en el maletero de su coche. Fue una velada francamente alegre y mejoró cuando algunos invitados se unieron a los «alborotadores» y celebraron animadamente la fiesta con ellos, con los bohemios que habían acudido en masa y con los chóferes. Cada vez se veían más ventanas abiertas y más espectadores mirando a Gabrielle mientras bailaba a la luz de los faros, primero con Jean Cocteau y luego con Picasso, al ritmo de la música de charlestón que salía del salón de baile. Después dio vueltas sobre el asfalto en brazos de Dimitri. Aunque hacía una noche cálida para esa época del año y a pesar de la alegría y la animación, llegó un momento en que empezó a tiritar de frío.

—Es hora de que vayamos al sur —le susurró a Dimitri al oído.

Él la estrechó con fuerza.

Esa respuesta bastó.

CADA VEZ QUE Misia entraba en el edificio de la rue La Boétie, 23, se asombraba por la transformación que había sufrido Pablo Picasso. Su vivienda no tenía punto de comparación con el estudio ligeramente destartado de un artista emergente que alternaba amoríos, disfrutaba discutiendo y tenía amigos con más o menos éxito y una economía inestable, y a veces infelices. Era la residencia señorial de un genio de la pintura. Paul Rosenberg, su galerista y mecenas, había alquilado ese nuevo domicilio cerca de su galería hacía tres años. Fue una especie de regalo de bodas, un símbolo del inicio de la nueva vida de Picasso como marido de la hermosa Olga.

El cambio de vivienda no afectó a la gran productividad del artista. No sucedió lo mismo con la vida privada de este, que en esa época daba pie a todo tipo de habladurías. Las malas lenguas decían que el artista empezaba a distanciarse de su mujer. Quizá la causa de esos rumores fuera el matrimonio Murphy, de Nueva York, recién incorporado a su círculo de amistades, porque Sara Murphy parecía acaparar al pintor. Pero quizá su conducta fuera consecuencia del embarazo de Olga. A principios de ese mes, la antigua bailarina había dado a luz a un niño que debía completar la felicidad del joven matrimonio, pero los amigos no se ponían de acuerdo en si un recién nacido en el hogar aumentaría el distanciamiento o realmente despertaría sentimientos insospechados en Picasso, conocido por su carácter desconsiderado.

Misia se creyó en el deber de convencerse personalmente de cómo estaban los ánimos; además, quería rendir una visita de cortesía al recién nacido.

Le abrió la puerta una sirvienta que la ayudó a quitarse el abrigo.

Cargada con un montón de paquetitos, regalos para Olga y el pequeño Paulo, siguió a la criada hasta el salón en el que la parturienta recibía a las visitas como si fuera una reina. Misia no podía describirlo de otra manera, puesto que la bailarina descansaba sobre una composición de cojines de seda, sumida en la interpretación del papel dramático de madre.

Olga Picasso ocupaba el trono en una *chaise longue*, grácil, pálida, extenuada, pero con una mirada radiante. Apenas levantó una de sus pequeñas manos blancas para saludarla, trazó una especie de saludo con los dedos y luego señaló

la cuna que estaba en un rincón, junto a la chimenea.

El fuego crepitaba y proyectaba sombras en las sábanas de encaje blancas y en la carita del niño. Siguiendo la tradición rusa, el recién nacido estaba envuelto en telas y recordaba a una matrioska. Misia sabía que en Francia se acunaba a los bebés de otra manera y se preguntó si el pequeño no estaría sudando a mares. Solo pudo verle los párpados cerrados y las tiernas mejillas, que a la luz del fuego brillaban como naranjas de Andalucía.

—Es una ricura —elogió, cumpliendo su deber. Lo había visto tan poco que realmente no podía juzgarlo.

Buscó nerviosamente con la mirada una mesa en la que dejar los regalos. Sudaba por todos los poros. Hacía demasiado calor en la sala, excesivamente caldeada, pero la única mesa que había se usaba para poner todo tipo de utensilios personales, como un pequeño icono y un libro, además de chismes para el niño. Después de dejar los paquetes en una butaca, se quitó el pañuelo del cuello, suspiró y volvió a dirigirse a la madre.

—¿No le parece que Paulo es el niño más hermoso del mundo? —preguntó Olga.

—Por supuesto —aseguró Misia.

—Es una hermosura —prosiguió Olga como si no hubiera oído la confirmación de Misia—. Y algún día será un joven brillante. Ya parece muy inteligente, ¿verdad?

—Sí, Olga.

—Si le viera las manos sabría que será un gran artista. Con esas manos tiene que ser pintor o director de orquesta. Claro, lleva la creatividad en la sangre.

—Por supuesto, Olga.

El nerviosismo de Misia iba en aumento. ¿No debería irse? No se sentía bien recibida. La conversación era monotemática, pero ya estaba acostumbrada a que fuera así con Olga Picasso. Quería sentarse, pero la flamante madre se había olvidado de ofrecerle un asiento a la visita. Tampoco había muchas posibilidades en la sala. En otra butaca había un salto de cama, tirado con tanta gracia que podría haber formado parte de una naturaleza muerta de August Renoir. Misia conocía bien la obra del pintor, puesto que la había retratado de joven. En aquella época se sintió igual de incómoda que ahora por el sinsentido de tener que estar sin hacer nada.

Llena de impaciencia, se dirigió a la ventana, quitó los libros de encima de una silla y los puso en la butaca donde había dejado los regalos. Luego acercó el asiento al lugar en que descansaba Olga y se sentó.

—Nunca pensé que se pudiera querer tanto a una criatura pequeña. Usted no tiene hijos, seguro que ni se imagina lo que siente una mujer después de dar a luz...

—¿Cómo está Pablo? —Misia no vaciló en cambiar de tema.

—¿El padre de Paulo? —Olga parecía desconcertada, como si tuviera que recordar que era su marido—. Apenas lo veo. Pasa la mayor parte del tiempo pintando o con sus nuevas esculturas. Ahora experimenta con el volumen. En realidad no sé cómo le va. Seguro que Sert tiene más información sobre Pablo que yo.

Olga pronunció esas palabras con un deje que Misia no supo catalogar con seguridad. ¿Hablaban ofendida, avergonzada o enfadada? En cualquier caso, los rumores de que Pablo Picasso se había distanciado de su mujer eran ciertos. La noche anterior a la fiesta en el Château des Ternes, el pintor también se puso a la defensiva cuando le preguntó por Olga. La embargó un sentimiento de compasión por la hermosa rusa. Aunque la puesta en escena de la bailarina le parecía un poco exagerada, aquel escenario no era motivo suficiente para que el flamante padre la ignorara.

—Seguro que Pablo se acostumbrará a la nueva situación —intentó consolarla—. A los hombres, a veces les cuesta asumir su nuevo papel de padres.

—Si usted lo dice —farfulló Olga.

Le diría a Diáguilev, el amigo común más cercano, que había hecho lo imposible, pero había fracasado ante la cabezonería de Olga. Y si Olga trataba igual a Picasso, Misia no podía echarle en cara que pasara más tiempo trabajando que con su mujer y su hijo. Sí, se quedaría cinco minutos más. Con eso bastaría. Habría cumplido con su deber.

En un último intento por conseguir que Olga pensara en otras cosas y pasar el resto del tiempo un poco entretenida, Misia le contó a la desdichada los últimos rumores.

—Coco Chanel se va a la Costa Azul con su nuevo amigo...

—Creía que Stravinski estaba de gira en España —la interrumpió Olga.

—Oh, no —Misia se echó a reír—. Se ha librado de Stravinski. No se imagina quién es su nuevo amigo.

Olga pareció alarmarse.

—¿Picasso?

—Claro que no, cariño. No, no es Picasso. Si su marido posara en público con otra mujer, confío en que usted lo sabría. —Misia se preguntó si las perlas de sudor que se deslizaban por su nuca se debían solo al calor de la habitación—.

No, querida. Coco se ha ido con el gran duque Dimitri Pávlovich Románov. Todo París habla de eso.

—¡Oh! —exclamó Olga, finalmente impresionada.

Misia se sintió muy satisfecha con esa respuesta, por fin estaba en su elemento.

—Se dejan ver en público desde hace una semana. Cenan juntos en el Ritz y, evidentemente, todos saben que las veladas no terminan después del postre. Y él también participó en el pequeño escándalo que montamos en honor del conde de Beaumont.

Olga no preguntó por el escándalo, parecía más interesada por otro aspecto de lo sucedido.

—Creía que Consuelo Vanderbilt agilizaba los trámites de su divorcio con el duque de Marlborough porque quería estar con Su Alteza. Tantas prisas no pueden deberse a las aventuras de su marido.

El último comentario indignó a Misia, pero no la contradujo. Había defendido siempre ese criterio, tanto en su primer matrimonio como al divorciarse de su segundo marido. No le iban los triángulos amorosos, por eso se había opuesto con tanta vehemencia a la relación de su amiga Coco con Stravinski.

—No, no, no —dijo con cierto tono de satisfacción—. Dimitri Pávlovich es un hombre libre que puede hacer lo que quiera. Y Consuelo Vanderbilt o, mejor dicho, lady Spencer Churchill, le ha echado el ojo a Louis-Jacques Balsan.

No añadió que el nuevo amor de la famosa multimillonaria estadounidense era el hermano de Étienne Balsan. «El mundo es un pañuelo», pensó. Y luego le vino un pensamiento a la mente: ¿sabía Stravinski que había perdido a Coco por un gran duque soltero?

—Así que Consuelo Vanderbilt le ha echado el ojo a Louis-Jacques Balsan —repitió Olga suspirando—. Desde que estoy en cama, no me entero de nada. Absolutamente de nada. ¿Sabe cómo va la gira por España? Espero de todo corazón que Stravinski y la compañía triunfen.

Misia la miró con perplejidad. ¿Había pronunciado en voz alta sus reflexiones sobre el músico? Si lo había hecho, se había precipitado. Olga y Pablo no podían ser de ninguna manera los que informaran a *tout le monde* sobre el nuevo amor de Coco, prefería encargarse ella misma de divulgar con gracia las confidencias. Los rumores corrían muy deprisa... Y lo que más odiaba Misia era interpretar un papel secundario en los acontecimientos. Menos mal que Olga la consideraba lo bastante importante como para preguntarle por el éxito de la gira.

—Sí, no paran de cosechar aplausos —contestó.

—¿Tan buena es la acogida? Me alegro.

Misia no la escuchaba. La conversación empezaba a aburrirla. Volvía a sudar la gota gorda. Decidió que ya había cumplido con su deber.

En un ataque de dulzura, le estrechó la mano a Olga y se sorprendió al notar que estaba fría.

—Querida, tengo que irme.

—¿Me prometes que volverá otro día para ver cómo evoluciona Paulo? Sepa que nuestro hijo hace progresos cada día.

En vez de contestar, Misia le dedicó una sonrisa radiante y le apretó la mano con cariño. No estaba dispuesta a concederle nada más. Luego se fue a tal velocidad que pareció más una huida que la despedida de un buen amigo.

Al llegar a la calle respiró hondo e inspiró el húmedo aire invernal. Después de estar en una sala caldeada en exceso, el frío le pareció tremendamente agradable. Ni siquiera se abrochó el abrigo de pieles y dejó que el viento gélido circulara por debajo del vestido. La tensión acumulada provocó que se le disparara una migraña que se le ceñía al cráneo como una cinta de hierro. Aliviada por haber escapado de la deprimente compañía de Olga Picasso, exhaló el aire que había inspirado y observó cómo el aliento se condensaba en pequeñas nubes de vaho.

Paseó un rato por el distrito 8; nunca se cansaba de ver los hermosos edificios de piedra arenisca, típicos del trabajo del urbanista Georges-Eugène Haussmann. Al final divisó el letrero amarillo y azul de una oficina de correos.

Tenía la impresión de que no era dueña de sus actos. Se movía como si la guiara una mano ajena, no lograba explicarse su conducta. Solo sabía que tenía que hacer algo para poner fin a lo que ella consideraba un pecado. Con eso solo beneficiaría a los implicados.

Sin plantearse más preguntas sobre esas reflexiones, pidió en la ventanilla un formulario para enviar un telegrama y un bolígrafo. Un hombre de mediana edad acababa de dejar libre el espacio reservado para los clientes en una mesa alta, de modo que Misia podría escribir a sus anchas sin perder tiempo.

Se acercó al soporte, puso el impreso encima y se subió el bolso, que llevaba en la muñeca del brazo izquierdo, hasta la altura del codo, para poder apoyarse mejor. Luego escribió: «A Coco Chanel le gustan más los grandes duques que los artistas».

Dio media vuelta rápidamente para no reconsiderarlo y corrió hacia la ventanilla como si la persiguieran. Empujó a un lado a una mujer, que protestó indignada porque ella había llegado antes a la cola.

—Disculpe, es una urgencia —afirmó y pensó que en realidad no mentía—. Envíe este telegrama al hotel Palace de Madrid —le dijo al funcionario de correos—. A la atención de monsieur Ígor Stravinski.

EL MOTOR DEL Rolls-Royce Silver Ghost, pintado de un color azul poco habitual, ronroneaba rítmicamente como una máquina de coser. El coche circulaba entre árboles desposeídos de sus hojas por el invierno, el aire frío entraba por las ventanillas abiertas, azotaba con violencia la capota cerrada y jugaba con los cabellos de Gabrielle, que asomaban relucientes por debajo de un gorro de piel. Los rayos de sol brillaban detrás de las nubes grises como indicios de la primavera en la Costa Azul y se reflejaban en el emblema que adornaba el capó y en el aluminio del salpicadero.

La víspera hizo muy buen día y Dimitri se quemó con el sol mientras probaba el coche conduciendo hasta Rouen. Al volver a París, el portero le negó la entrada al hotel porque interpretó su cara enrojecida como un signo de borrachera. Aclararon el asunto y Gabrielle se rio con Dimitri del incidente, pero confió en que esa fuera la última situación penosa a la que se expusiera a su distinguido amante.

Le acarició espontáneamente la mejilla con las puntas de los dedos.

—Está prohibido tocar al conductor —bromeó Dimitri sin apartar la vista de la carretera—. Corres el peligro de que suelte el volante y te bese.

Gabrielle cruzó los brazos.

—No aguantaré sin tocarte hasta que lleguemos a Menton.

—Yo tampoco. Por eso pararemos a medio camino.

«Eso debe de caer por Auvernia», pensó Gabrielle. Había viajado muchas veces al sur con Boy, pero nunca se habían detenido en aquella región, que era su tierra natal. De repente sintió la curiosa necesidad de regresar al lugar en que había crecido y en el que había muerto su madre. Como si quisiera gritar a las rocas volcánicas y a los pastos de las colinas, a las ciudades medievales construidas con piedra de basalto y a las cabañas destartaladas que la niña tímida que se había criado en la más extrema pobreza se había convertido en una mujer de éxito y adinerada que podía permitirse disfrutar de unas largas vacaciones en la Costa Azul con un gran duque.

Antes querían pasar unos días en un hotel de Menton, donde no los conocía nadie. La ciudad no tenía mucha vida social y allí no darían que hablar. Los

chismosos preferían divertirse en Montecarlo, en Cannes o en Antibes. Dimitri añoraba sobre todo el anonimato. Sin embargo, ese deseo no solo venía a cuento de su estatus. Según le había contado, había observado que la policía lo seguía y, al parecer, también espías franceses y bolcheviques. Un conocido del Ministerio de Interior de Francia le había informado de que existía un dossier en el que estaban documentados todos sus pasos.

—Cada país me controla por motivos diferentes, pero todos coinciden en querer saber qué objetivos políticos persigo —dijo Dimitri con cara de pocos amigos—. Pero yo solo quiero estar contigo, Coco, y disfrutar un poco del sol.

«En Auvernia te conocerán tan poco como en Menton», pensó Gabrielle.

—Deberíamos... —dijo.

—¿Qué quieres...? —preguntó Dimitri en ese mismo instante.

Los dos callaron, un poco cortados por haber comenzado a hablar al mismo tiempo. Hacía muy poco que eran amantes, no podían adivinar automáticamente lo que pensaba el otro. Gabrielle se preguntó sin querer si algún día llegarían a estar tan unidos. Así había sido con Boy, pero eso era harina de otro costal.

—Tú primero —decidió Dimitri.

Gabrielle había perdido el hilo. El recuerdo de Boy amenazaba con volverse incontenible. Había olvidado su infancia en Auvernia. La última vez que viajó al sur de Francia, Étienne Balsan escogió otro camino. Era de noche y nada era comparable con el viaje actual. No obstante, de repente tuvo la sensación de entrar en un túnel oscuro que le recordaba las peores horas de su vida.

—¿Qué ibas a decir? —insistió Dimitri, interrumpiendo el silencio.

Gabrielle se sobresaltó como si acabara de despertar de una pesadilla.

—No me acuerdo —murmuró.

Durante un rato, lo único que se oyó fue el ruido del motor y el murmullo del viento. Gabrielle miró a Dimitri, insegura. ¿Se había enfadado porque había centrado su atención en otra cosa, en otra persona? Su relación todavía era frágil, como los patrones de un vestido fijados únicamente con alfileres; el tiempo que habían pasado juntos no bastaba. Sin embargo, la expresión de su cara era impenetrable y mantenía los ojos fijos en la carretera. Nada indicaba que se sintiera ofendido. Gabrielle cerró los párpados y deseó haber llegado a su destino.

—Ahora que lo pienso —dijo de repente Dimitri—. No me has dicho qué quieres realmente de Ernest Beaux. Le he pedido una entrevista y le he comentado que iría a verlo con una señora que está interesada en un perfume especial al estilo del Bouquet de Catherine, pero no sé por qué.

—Oh, creía que te lo había contado en Venecia. Me gustaría sacar al mercado una Eau de Chanel.

—No, solo lo insinuaste.

—Es una cosa sin importancia. Me gustaría fabricar un centenar de frascos como regalo de Navidad para mis mejores clientas.

Dimitri volvió la cabeza para mirarla.

—¿Haces el esfuerzo solo para las mujeres a las que dejaste en evidencia en el Château des Ternes?

—Sí, eso parece —admitió—. Por eso quiero presentar el mejor producto que jamás se haya preparado en un laboratorio.

Dimitri le dedicó una gran sonrisa.

—Me alegro de poder ayudarte.

—Para eso deberías volver a fijar cuanto antes la vista en la carretera.

La obedeció riendo.

LA BATUTA SE rompió sobre el atril provocando un desagradable ruido seco. Ígor Stravinski miró con perplejidad su herramienta de trabajo. En la mano solo le quedaban la empuñadura y un pedacito de la vara, que antes medía unos treinta centímetros.

—¿No saben leer? —abroncó a los músicos—. En este punto, el compás cambia a 6/4. ¡Hagan el favor de tocar lo que pone en la partitura!

Gesticulaba con el trozo de vara en la mano y, en un movimiento descontrolado, lo lanzó contra la orquesta. Por suerte, no alcanzó a nadie.

Serguéi Diáguilev respiró hondo inconscientemente. Había entrado a hurtadillas en el proscenio del Teatro Real y se había sentado en las butacas de atrás, y, aunque no había presenciado el ensayo orquestal, llegó justo a tiempo para presenciar el ataque de ira del compositor. Evidentemente, contaba con que Stravinski reaccionaría con furia al telegrama que había recibido de París, por eso lo sometía a observación, pero no esperaba que su frustración adquiriera semejante desmesura.

—Tiene una crisis nerviosa —afirmó Bronislava Nizhínskaia, sentada a su lado. La bailarina, que últimamente también hacía pinitos como coreógrafa, pronunció el diagnóstico en tono objetivo, como si fuera irrevocable.

—Está celoso —susurró Diáguilev.

Sus pensamientos retrocedieron inconscientemente a unos años antes, a la época en que colaboraba con Vaclav Nizhinski, el también genial hermano de la bailarina, que acabó en una relación amorosa perturbadora.

Sí, Bronislava sabía de lo que hablaba al referirse a una crisis nerviosa. Dos años antes, Vaclav se derrumbó en una representación privada en Saint Moritz y lo ingresaron en una clínica psiquiátrica de Zúrich. Cuando Diáguilev se enteró de que Nizhinski sufría esquizofrenia, tuvo una conmoción aún mayor que la desesperación que sintió unos años antes, cuando Vaclav lo abandonó por una mujer con la que después se casaría. El considerado mejor bailarín del mundo, que insufló vida a la música de Stravinski en el ballet *Petrushka*, no consiguió librarse de la locura y ahora vivía en un sanatorio.

¿Acaso le esperaba al compositor el mismo destino a causa de una decepción

amorosa? Diáguilev sacó el pañuelo del bolsillo superior de la americana y, aterrado, se lo llevó a los labios.

—¿Es por mademoiselle Chanel? —preguntó Bronislava mientras Stravinski le gritaba a un tramoyista español que hiciera el favor de llevarle otra batuta.

Diáguilev observó con angustia que la inquietud se propagaba entre los músicos. Ninguno había tocado mal las notas y lo último que necesitaba él ahora era que la orquesta se sublevara contra el director. La gira estaba siendo un éxito. Pero entonces llegó al hotel el cruel telegrama. Puesto que no tenía remitente, el empresario le aconsejó a Stravinski que olvidara cuanto antes el contenido. Pero, por lo visto, el amante cornudo no se había dado por aludido.

—Ha hecho averiguaciones en París —dijo y su voz a través del pañuelo de la difunta gran duquesa María Pávlovna sonó amortiguada—. Y no debió de costarle mucho averiguar que el texto se correspondía con la verdad. Solo le hizo falta llamar por teléfono a casa de Coco, en Garches. Yekaterina le contó que un tal Pietr, el criado del gran duque Dimitri Pávlovich Románov, se había mudado recientemente a Bel Respiro. Un hombre alto y fuerte como un oso, y muy paciente con los niños, que por lo visto juega mucho con la hija pequeña del matrimonio de criados de la casa. Théodore, Ludmilla, Sviatoslav y Milena están encantados. Al menos los niños son felices.

—Pero que el sirviente viva en la casa no es una prueba de que mademoiselle Coco tenga una aventura con Su Alteza.

Diáguilev meneó la cabeza en un gesto de pesar. Al final volvió a guardar el pañuelo en el bolsillo de la americana.

—No, pero que Pietr viva allí porque Coco y su nuevo amigo se han ido de viaje solos a la Costa Azul sí lo es.

—No hay otra forma de verlo —coincidió Bronislava—. La relación de Ígor Stravinski y Coco Chanel ha acabado.

—Me encanta tu objetividad —suspiró Diáguilev.

La acústica del teatro de la ópera llevó los gritos de Stravinski hasta las últimas filas del palco superior.

—¡Váyase! ¡Váyase! —reprendió a voces al primer violín—. Y estudie la partitura. Practique para que la música suene como yo la he escrito y no como usted quiera.

Los demás músicos de cuerda empezaron a dar golpes con el arco en sus instrumentos o sus atriles en señal de protesta por semejante afrenta al concertino, un gesto que en realidad significaba aprobación se transformó en un motín sonoro por parte de los violinistas, violoncelistas y violas, situados en las

primeras filas. Y, puesto que se trataba de un ensayo de toda la orquesta, los músicos de viento se unieron a la manifestación golpeando los atriles con los nudillos.

—¡Revolución! —vociferó Stravinski—. Yo soy el compositor. Soy el único que interpreta correctamente estas notas. Ustedes lo hacen todo mal. ¡Mal! ¡Mal! ¡Mal!

Serguéi Diáguilev se levantó.

—Tengo que ocuparme de Stravinski antes de que la orquesta organice un boicot.

STRAVINSKI LE DABA vueltas al vaso de agua que tenía en las manos y que había pedido que le llenaran de vodka hasta el borde. La luz del mediodía que entraba por los cristales de colores de la cúpula se reflejaba en la bebida y la salpicaba de puntos azules, amarillos y rojos. Estaba sentado con Diáguilev a una mesa en la sala circular con columnas del vestíbulo del hotel. No, no estaba sentado, más bien yacía en una de las sillas barrocas.

«Como Cristo en su agonía», pensó Diáguilev, y tomó un sorbo de champán. Tenía que reunir valor para enfrentarse a la conversación que le esperaba. Quería animar al compositor, pero ni con la mejor voluntad se le ocurría qué decirle. Expresiones como «Coco no vale la pena» o «Coco es una golfa» no saldrían de sus labios, por mucho que esas palabras fueran capaces de consolarlo. Le debía lealtad a su mecenas.

—¡Es una mentirosa! —prorrumpió Stravinski furioso—. ¡Una mentirosa y una embaucadora!

—Oh, vamos —rechazó Diáguilev—. Las mujeres son caprichosas. Hoy quieren una cosa y mañana otra. «O a otro», añadió mentalmente.

—Voy a matar a esa traidora —gruñó Stravinski antes de llevarse el vaso a los labios y dar un buen trago.

—Si eso te ayuda, adelante. Pero, por favor, que solo sea en tus pensamientos.

Stravinski le lanzó una mirada iracunda.

—¿A qué viene eso? Pues claro que la mataré. —Dejó el vaso en la mesa y estiró los dedos de las manos, que le temblaban—. Le rodearé el cuello blanco y esbelto con estas manos, y la mataré. La estrangularé.

La seriedad con que Stravinski pronunció esas palabras asustó a Diáguilev. La Gran Guerra y la Revolución Rusa habían sido brutales, habían muerto demasiadas buenas personas para bromear ahora con provocar deliberadamente

la muerte de alguien.

Diáguilev conocía el dolor del abandono, por supuesto. Había apartado de su lado a Vaclav Nizhinski por celos y Léonide Massine se fue porque él, Serguéi Diáguilev, reaccionó muy ofendido a su aventura con una bailarina. Lamentaba las dos separaciones. No por cuestiones personales, sino como empresario de una compañía de ballet, pero podía vivir con ello. Si hubiera matado a esos hombres, no tendría la conciencia tan tranquila.

—Deja en paz a Coco —contestó con voz apagada—. No cambiará nada...

Se interrumpió porque el pianista había empezado el turno y las notas del piano, que se ubicaba en un rincón de la sala circular, llenaron el vestíbulo. Para su sorpresa, el músico no les ofrecía a los clientes del hotel las obligatorias piezas de *jazz*, sino música folclórica. Empezó improvisando flamenco y luego tocó una canción de la ópera *Carmen*. «Es curioso que la ópera más española de todas sea obra del francés Georges Bizet», pensó.

Stravinski ignoró la objeción de Diáguilev. Por lo que comentó después, la melodía debió de inspirarlo.

—También podría matarla a puñaladas. —Volvió a coger el vaso y miró en su interior como si buscara allí la respuesta a sus reflexiones.

—Amigo mío, lo tuyo es una tragedia, pero no estás en un escenario.

—¿Cuánto tiene que medir la hoja para que las puñaladas sean efectivas?

—Ígor, ¡por favor! ¿En qué estás pensando? Es un ser humano, una mujer sensible, y los asesinatos son muy sangrientos. La sangre de verdad es mucho más desagradable que la mezcla de glicerina, gelatina y fucsina que utilizamos en el teatro.

Stravinski bebió otro trago de vodka.

—Nada de puñales. Tienes razón, Serguéi. Voy a estrangularla —dijo y volvió a dejar el vaso.

«Por todos los santos —pensó Diáguilev—, ¡habla en serio!»

IR A MENTON resultó ser una decisión equivocada. El hotel Riviera Palace que había elegido Gabrielle era francamente bonito, una mansión que parecía un palacio medieval recostado en la roca, con palmeras y limoneros en enormes tiestos de arcilla en la terraza y un jardín majestuoso. Pero el edificio era lóbrego; quizá encajara en la imagen de un castillo en Escocia, pero no con la frescura que Gabrielle asociaba a la Costa Azul y que buscaba al lado de Dimitri. Quizá la melancolía se debiera a los numerosos clientes del norte de Europa que iban por el clima, más suave que en el resto de la costa, para recuperarse de la gripe, la tuberculosis o el reuma.

De día, Gabrielle se sentía rodeada de enfermedades y de noche la perseguían los demonios. Después de las pesadillas, conseguía dormir un poco al amanecer y se quedaba en la cama hasta el mediodía. Dimitri no se quejaba, se levantaba de buena mañana y se iba solo a jugar al golf o a pasar un rato en el mar. Después le contaba que había visto pescadores o familias italianas con niños pequeños que jugaban con guijarros en la playa. El hecho de que no pasaran juntos todas las horas de las vacaciones la exasperaba. No se veía en el papel de mujer a la que él tuviera que atender porque necesitaba descansar.

—El viaje no ha empezado bien, ¿verdad? —preguntó al sentarse con él en la terraza para compartir una comida ligera. Desde la silla veía el mar, con sus destellos azul zafiro, en el que se reflejaba un cálido sol de primavera—. Me gustaría hacerte feliz, pero me temo que no consigo salirme con la mía.

Dimitri le cogió la mano, sonriendo.

—Coco, tú me haces feliz. Me conmueve profundamente que alguien se preocupe tanto y se esfuerce tanto por mi bienestar...

—¿Madame? —dijo un camarero que se había acercado a la mesa.

—Mademoiselle —corrigió Gabrielle sin pensar.

Un instante después recordó que se había registrado con otro nombre: Devolle. Utilizaba el apellido de soltera de su madre, Eugénie, para viajar de incógnito. Allí no era solo una diseñadora de modas famosa en París, sino que, como acompañante del gran duque Románov, era un personaje público que despertaba más interés que la «modistilla» Coco Chanel.

—Disculpe, mademoiselle. Creía... —El muchacho se quedó cariacontecido, su error le resultaba embarazoso. Impotente, prosiguió—: Tiene una llamada de París. Dicen que es urgente.

Dimitri arqueó las cejas.

—¿Problemas en el negocio?

—¿Ha dado su nombre? —preguntó Gabrielle, a punto de levantarse.

—Sí, madame, digo... mademoiselle. Leclerc. Monsieur Joseph Leclerc.

—Problemas en casa —concluyó Gabrielle.

Rehusó con un gesto de la mano que Dimitri la acompañara a la centralita de teléfonos del hotel.

—¿Qué ha pasado? —preguntó sin saludar en cuanto llegó a la pequeña cabina y pegó el oído al auricular.

Oyó interferencias. Luego, la voz familiar de Joseph.

—Perdone que la moleste, mademoiselle, pero monsieur Diáguilev me ha pedido expresamente que la informe lo antes posible, estuviera donde estuviese.

—¿Serguéi Diáguilev? —Gabrielle se sentó en la banqueta adosada a la pared. Le vinieron a la mente toda clase de ideas, pero no se le ocurrió qué podía justificar la urgencia de una noticia tan alarmante—. ¿Está enfermo? ¿Se encuentra bien?

—Creo que sí, mademoiselle. Monsieur Diáguilev envió primero un telegrama y después ha llamado por teléfono —la informó su fiel criado. Gabrielle oyó interferencias antes de que Joseph prosiguiera—: Será mejor que se lo lea —dijo y carraspeó—: «No vengas a Madrid. Stravinski quiere matarte.»

En un primer momento, Gabrielle creyó que no lo había entendido.

—¿Cómo? ¿Ha dicho «matarte»?

—Monsieur Diáguilev ha repetido la advertencia por teléfono, pero lo he tranquilizado y le he dicho que usted no pensaba viajar a Madrid, que tenía otros planes. Espero haber actuado correctamente,

—Por supuesto, Joseph.

Mordisqueó nerviosamente la patilla de las gafas de sol, que se había quitado al entrar en la penumbra del vestíbulo del hotel. Hacía tanto tiempo que Stravinski se había ido que por fuerza tenía que pensar que no se reuniría con él. ¿Tan obsesionado estaba con ella que reaccionaba con amenazas de muerte a una promesa rota? ¿O tal vez se había enterado de su relación con Dimitri Románov? En París no lo habían mantenido en secreto y era muy probable que el eco de los rumores hubiera llegado a Madrid. Sin embargo, le costaba tomarse en serio las ansias de venganza de su antiguo amante.

—Si monsieur Diáguilev vuelve a llamar, dígale que gozo de muy buena salud y que es mejor dejarlo así. Y dígale también que nunca he tenido la intención de viajar a Madrid.

—Como usted desee, mademoiselle. Pero... —Joseph se interrumpió, luego añadió en voz baja—: Cuídese, por favor.

—Por supuesto —prorrumpió en una risa alegre, que lamentablemente sonó tan falsa como era—. ¿Hay algo más?

—Monsieur Diáguilev dice que a monsieur Stravinski le han enviado un telegrama anónimo al hotel Palace de Madrid desde una oficina de correos del distrito 8. En el telegrama ponía que mademoiselle... —Joseph se interrumpió y carraspeó de nuevo—. Que a mademoiselle le gustan más los grandes duques.

¡Misia!

«Solo ha podido ser Misia», pensó Gabrielle. No conocía a nadie a quien le gustara más manipular el destino que a su amiga. Esa víbora.

—Gracias, Joseph —dijo después de una larga pausa, en la que hizo un gran esfuerzo por mantener la calma—. ¿Cómo están los perros?

—Magníficos, mademoiselle. Aquí va todo bien, pero quizá debería saber que monsieur Stravinski llamó por teléfono hace unos días, una conferencia desde Madrid, y habló un buen rato con su esposa. Fue raro, porque no llama nunca.

«Le ha sonsacado», pensó Gabrielle.

—Entiendo —dijo—. Salude de mi parte a madame Stravinskaya y a Marie. Adiós, Joseph.

Después de colgar, se quedó un rato sentada en la cabina, mirando fijamente el aparato mudo. Luego se levantó, abrió un momento la puerta y le pidió a la chica del mostrador que la comunicara con París.

—MISIA LO NIEGA —dijo después Gabrielle para concluir el parte. Jugeteaba con un cigarrillo que aún no había encendido y se recostó en una butaca de mimbre. Mientras ella hablaba por teléfono, Dimitri había cambiado la mesa de comer en la terraza por unos asientos más cómodos en el jardín—. Se ha ofendido porque creo que es la autora del telegrama que recibió Stravinski y no quiere volver a hablar conmigo. Nunca más. Supongo que eso significa que no sabré nada de ella el resto de las vacaciones. —Sonrió para sus adentros—. Cuando regrese a París, todo irá como una seda.

—¿Crees que la amenaza de Stravinski va en serio? —Dimitri encendió una cerilla y se inclinó para ofrecerle fuego.

Después de dar una profunda calada, Gabrielle miró ensimismada el humo que expelía en forma de pequeños anillos y que la brisa primaveral se llevaba.

—Sí... No. Francamente, no lo sé —confesó, mirando por fin a Dimitri—. Ígor Stravinski puede ser muy dominante y es muy posesivo, pero es un artista. Y los compositores nunca son violentos, ¿verdad? Creo que los músicos temen demasiado por sus manos como para matar a alguien con ellas.

Acto seguido pensó que no tenía ni idea de cuándo una persona se convertía en asesino. El hombre con el que esos días compartía mesa y cama tranquilamente le había jurado que él no había asesinado a Rasputin, pero participó en el complot que condujo a su muerte. Dimitri era elegante, solícito y respetuoso... Pero también un conspirador que había atentado contra la vida del monje ruso. Y saltaba a la vista que ahora, al cabo de cuatro años, no se arrepentía de sus actos. Un extraño escalofrío le recorrió el cuerpo. «El aire primaveral todavía no es muy cálido», pensó y cruzó los brazos para taparse el cuerpo.

—¿Le tienes miedo?

—No —respondió.

Cuando Dimitri le planteó la pregunta, Gabrielle todavía pensaba en el pasado del gran duque. Evidentemente, no lo temía, el asesinato de Rasputin fue por motivos políticos y no tenía nada que ver con un amor mal entendido. Pero era evidente que Dimitri se refería a Stravinski, y el compositor era un genio, un hombre de grandes emociones.

Dio una calada y meditó un momento.

—No —repitió, firmemente convencida.

—Pero te preocupa —insistió Dimitri.

Gabrielle apagó la colilla en el cenicero.

—Ya que quieres saberlo, sí, estoy preocupada. Por Ígor, no por mí. Me temo que volverá a ponerse en ridículo y no me gusta ver a un hombre como él convertido en una triste figura.

—Hay un dicho ruso que significa, más o menos, que tener sentido común es bueno, pero es mejor tener un amigo con sentido común. —Sonrió con picardía—. Cuando Ígor Stravinski encuentre a otra mujer inteligente, entrará en razón.

—Está casado, Dimitri —le recordó con cara seria.

—Pues esperemos que tu amiga Misia se salga con la suya y Stravinski vuelva con su esposa. ¿Permitirás que siga viviendo en tu casa dadas las circunstancias?

Gabrielle asintió.

—Por supuesto. ¿Dónde quieres que vayan Yekaterina y los niños?

—¿Y tú? ¿Vivirás bajo el mismo techo que Stravinski cuando regrese a París?
Su primera respuesta fue encogerse de hombros.

—Creo que comprar Bel Retiro no fue una buena idea —dijo después de cavilar unos instantes—. Aunque me gusta la suite en el Ritz, quizá sería más práctico tener un piso en París que una casa de campo.

Se interrumpió, sorprendida. El comentario había salido de sus labios con una facilidad sorprendente. ¿De verdad quería desprenderse de la propiedad de Garches que Boy había comprado para los dos? ¿Para quién, si no? Visto con perspectiva, la felicidad no había morado ni un solo día en aquella casa.

—Si lo pienso bien —prosiguió, casi hablando consigo misma—, preferiría una villa en la Costa Azul... —Se interrumpió. ¿Por qué hablaba consigo misma en presencia de Dimitri? Le dedicó una risa demasiado estridente—. El mercado inmobiliario de Menton no me interesa tanto —afirmó y soltó una carcajada aún más forzada.

Su risa no era alegre y se la dedicaba más a sí misma que a Dimitri. Se reía de sus propios errores y de los demonios que la perseguían. La risa se volvió más amarga cuando pensó que las amenazas de muerte de Stravinski probablemente le robarían el sueño por la noche.

—Deberíamos ir a Montecarlo —decidió Dimitri como si le hubiera leído el pensamiento—. ¿Qué te parece si también nos alojamos en el Riviera Palace? Así no nos hará falta aprendernos el nombre de otro hotel. —Se inclinó hacia ella, señaló con un gesto de la cabeza a una pareja de ingleses mayores que ojeaban un ejemplar del *Times* no muy actual y le susurró—: El ambiente es más campechano en Mónaco y espero que eso te ayude a relajarte. Además, Cannes no está muy lejos y podremos ir a visitar a Ernest Beaux.

—Totalmente de acuerdo —contestó y los ojos le brillaron.

EN MENTON, GABRIELLE y Dimitri pudieron desaparecer en el anonimato ocultándose con un nombre falso entre una clientela burguesa, pero la clase alta que pasaba temporadas en Montecarlo conocía a Dimitri, que allí formaba parte de la flor y nata de la sociedad. Por lo tanto, no era muy oportuno adoptar otra identidad.

Gabrielle había experimentado en París las consecuencias de que su amado fuera una personalidad, pero en Mónaco vivió por primera vez lo que significaba ser el centro de interés hasta el punto de no poder dar un paso sin que los observaran con curiosidad. En comparación con eso, las habladurías que provocaron sus cenas en París habían sido una simple chiquillada. Los ojos de los demás clientes del Riviera Palace, en la parte alta de Mónaco, y de los paseantes y jugadores de la plaza del Casino se clavaban de tal modo en la pareja, formada por dos personas de distinto extracto social, que Dimitri propuso cenar en la suite del hotel para no convertirse en la atracción del restaurante. Gabrielle no tenía motivos para contradecirlo, pero de pronto le surgió la duda de si no querría que la vieran con él.

Sin embargo, no se lo dijo. En el fondo, en su interior aún latía el corazón de una muchacha sencilla y discreta que prefería adoptar el papel de observadora silenciosa. Así pues, aceptó sin objeciones cenar en la suite con vistas sobre las luces de la ciudad y el puerto, que brillaban como luciérnagas en la oscuridad. El personal del hotel puso candelabros de plata y velas, y la luz se reflejaba en el borgoña de las copas de cristal. Saborearon ostras y caviar, y Gabrielle se preocupó tan poco por el precio como al principio de su carrera de modista, cuando no entendía nada de finanzas, ni siquiera de contabilidad.

En aquella época, también se dedicaba con pasión y exclusivamente a sus sombreros, a sus empleadas y a sus clientas, a nada más. A diferencia de lo que ocurría en la actualidad, entonces no tenía ni idea del estado de sus cuentas bancarias, de quién podía acceder al dinero ni de si tenía saldo.

En París reinaba el clima húmedo habitual. La lluvia golpeaba las ventanas del pequeño restaurante de Saint-Germain en el que paladeaba las últimas ostras de la temporada con Boy. Estaba feliz porque había abierto su primera tienda en la rue Cambon. Por primera vez en la vida notaba que la tomaban en serio y

la consideraban importante. Nadie la llamaba simplemente Coco o por su nombre de pila. Era mademoiselle para todo el mundo, una persona a la que trataban con deferencia y respeto, y a la que escuchaban las mujeres más distinguidas a la hora de escoger un sombrero.

—Gano mucho dinero. ¡El negocio va viento en popa! —exclamó de buen humor, llevada por la euforia—. Es muy fácil: solo tengo que firmar cheques y cambiarlos.

—Sí, eso está bien —dijo Boy con un tono de voz quedo que la alarmó—. Solo que... —titubeó—. Tienes deudas con el banco.

Gabrielle lo miró unos instantes, perpleja; luego se enfureció. Sus ojos brillaban como diamantes negros.

—¿Qué quieres decir? Gano dinero, mucho dinero, lo sé perfectamente. Y si no tuviera bastante, el banco no me daría nada... ¿O sí? —La última pregunta se convirtió en un cauteloso susurro bajo la mirada penetrante de Boy.

—El banco te da dinero porque he depositado las garantías correspondientes.

Gabrielle se sulfuró.

—¿Pretendes decirme que el dinero que me gasto no es producto de mi trabajo?

—Le pertenece al banco. —Le estrechó la mano por encima de la mesa—. El director me llamó ayer por teléfono. Me dijo que te sirves del dinero un poco a lo grande. Tenías que saberlo, pero no quiero que te preocupes. —Le apretó cariñosamente los dedos con los suyos—. No tiene más importancia.

El gesto tenía que tranquilizarla. Sin embargo, esa muestra de cariño consiguió lo contrario. Gabrielle estaba fuera de sí. La alegría por el nuevo estatus alcanzado se había disipado. «Mentira —pensó—, todo mentira.» Volvía a ser la modistilla que no valía nada, la ingenua chica de campo que se dejaba mantener por un hombre rico. Ella no quería ser nada de eso. Trabajaba para ser independiente y reconocida. El dinero era la clave. Para una mujer como ella, el dinero significaba la libertad de hacer y ser lo que quisiera. Boy era un ejemplo vivo de su teoría.

—¿Por qué el director del banco te ha llamado a ti y no a mí? La cuenta está mi nombre. ¿O me equivoco? —Esta vez no hizo la pregunta con la boca pequeña, la voz le temblaba de ira. Retiró la mano con brusquedad.

—Porque yo te he avalado —contestó Boy con voz suave—. Ya te lo he dicho.

Gabrielle pasó el resto de la velada pensando en silencio. Apenas habló con Boy, se sentía engañada. ¿Por qué le permitía abrir un negocio, pero no le explicaba los intrínquilos económicos? Para ella, fabricar sombreros no era un simple pasatiempo.

Tras una noche tormentosa, por la mañana fue al taller todavía más pronto que de costumbre. Despejó una mesa y puso encima todos los libros de contabilidad y las facturas que encontró. Pasó las siguientes horas analizando las cifras. Al principio no entendía las anotaciones, pero las tablas fueron cobrando cierto sentido con el tiempo. No se fío únicamente de su cabeza, también se ayudó con los dedos: uno, dos, tres, cuatro, cinco...

Justo al llegar, le pidió a Angèle, su mano derecha, si podían mantener una conversación confidencial.

—No he montado este negocio para divertirme —le anunció—. No vamos a seguir tirando el dinero por la ventana. A partir de hoy, nadie podrá gastar un céntimo sin mi permiso. Voy a controlar los ingresos y los gastos, y me gustaría ver la contabilidad todos los días.

Al cabo de seis años le devolvió a Boy el dinero que había invertido para abrir el negocio. Con su ayuda aprendió mucho de economía y de banca, y en lo sucesivo prestó atención a los ingresos y a los gastos. Hacia la mitad de la guerra ya no tenía deudas y daba trabajo a trescientas costureras. Actualmente no dependía de nadie y hasta podía permitirse mantener al zarévich.

Con todo, Dimitri también aportaba su cuota, en cierto modo. Le prestaba el

prestigio social que ahora sabía que no se podía comprar ni con todo el dinero del mundo...

—¡Coco! —dijo Dimitri con voz dulce—. ¿Dónde estás?

Gabrielle, a la que acababa de arrancar de sus pensamientos, consiguió esbozar una sonrisa.

—Aquí. Contigo.

Levantó la copa de champán para brindar.

—No. No, no, no. Hace un momento no estabas conmigo.

Gabrielle no pensaba contarle su incursión silenciosa en el pasado.

—Estaba en la rue Cambon. En mi negocio —dijo con evasivas—. Jamás en la vida me había tomado tantos días de vacaciones como hemos planeado. Se me hace muy extraño.

Dimitri también alzó su copa.

—Pues brindemos por una temporada sin preocupaciones. —Después de tomar un sorbo, prosiguió—: Se me ha ocurrido que podríamos hacer una ruta turística. ¿Qué te parecería ir mañana a Niza? Me gustaría enseñarte la catedral ortodoxa rusa de la ciudad.

Gabrielle iba a preguntarle si su presencia no provocaría demasiado revuelo entre la comunidad rusa, pero se tragó los reparos. Era algo distinto de las excursiones por el interior que solían hacer. Daba la impresión de que para él era importante visitar con ella la iglesia de su fe.

Y eso la conmovió profundamente.

EL SUAVE CLIMA primaveral, casi veraniego, les permitió circular a toda velocidad con la capota bajada por la ruta de las Corniches en dirección a Niza. Dimitri conducía con gran entusiasmo siguiendo las curvas cerradas de la carretera de la costa y Gabrielle disfrutaba de las vistas de unos acantilados escabrosos y un mar azul celeste. El aroma de las acacias y los cipreses impregnaba el aire y, puesto que se cruzaban con pocos coches, Gabrielle cerró los ojos y se entregó a la ilusión de que estaba sola con Dimitri en aquel maravilloso rincón del planeta. Una fantasía sumamente agradable. Cuando abrió los ojos, ya estaban en Cap Ferrat y divisó una embarcación blanca que surcaba la línea del horizonte entre el mar y el cielo despejado. De lejos no pudo distinguir si era un ferri de Córcega, un mercante o un yate grande. Soñó que iba a bordo y decidió que si se terciaba la ocasión, le preguntaría a Dimitri si le gustaba navegar a vela.

Al principio la asombró la facilidad con que el gran duque se orientaba en las calles de Niza, pero después recordó que no era la primera vez que visitaba la Costa Azul. Dimitri conducía como si estuviera en su propia ciudad, circulaba con seguridad por las anchas avenidas, entre imponentes edificios de piedra arenisca de color ocre y muros de piedra natural que encerraban exuberantes jardines de palmeras, y por callejuelas estrechas con casas lóbregas y medio torcidas. Hacía rato que habían dejado atrás la carretera de la costa, la única referencia que Gabrielle tenía para orientarse en ese caos de ruinas de la época romana, edificios medievales y villas neoclásicas. También habían dejado atrás el casco antiguo. Dimitri pasó por una zona residencial con el camino bordeado por edificios elegantes. Había coches aparcados junto a los bordillos y gente bien vestida de paseo por las aceras. No se veía mucho ajetreo, pero la distinción de los residentes se reconocía a simple vista. Pasó un tranvía y el revisor tocó malhumorado la campanilla porque el Rolls-Royce se le cruzó por delante. Impertérrito, Dimitri torció por una calle estrecha. Gabrielle, que conocía sobre todo el paseo de los Ingleses, no había estado nunca en esa parte de Niza.

Se quedó sin respiración. Dimitri circulaba en ese momento junto a unos jardines con cipreses, palmeras, falsas acacias y setos de laureles. Luego, la calle hacía un recodo. Gabrielle vio a lo lejos las cinco cúpulas doradas que se alzaban

hacia el cielo.

—Es la catedral de San Nicolás —aclaró su chófer con orgullo—, la iglesia ortodoxa rusa más grande fuera de Rusia.

La perspectiva sobre el imponente templo era extraordinaria. Las torres exóticas se alargaban hacia el cielo con su abundante ornamentación. El edificio se encontraba detrás de una verja alta de hierro forjado, oculto por alcornoques y olivos en un terreno que parecía un parque. Un camino ancho llevaba a la catedral.

Dimitri paró delante de la verja.

—¿Quieres que sigamos en coche?

Saltaba a la vista que el acceso estaba prohibido. Pero esas restricciones no debían de ser válidas para el zarévich. Si tocaba el claxon, seguramente aparecería un monje que abriría la puerta. Ese trato privilegiado le resultó de repente incómodo a Gabrielle. Recordó su vida en el convento y el profundo respeto que sentía por el clero, y la fe ganó la partida.

—Me apetece estirar las piernas.

Dimitri dio marcha atrás sin replicar y aparcó en la calle. Después de rodear el automóvil y abrirla la puerta, le tendió la mano para ayudarla a salir del coche.

—La catedral está en la finca de la antigua villa Bermond, en la que la familia imperial pasaba las vacaciones —le contó mientras ella bajaba—. Hará unos diez o doce años, mi primo, el malogrado zar Nicolás II, puso el recinto a disposición de los feligreses. La catedral se consagró poco antes de estallar la Gran Guerra. Hace tiempo que muchos compatriotas míos vienen a Niza. Por el clima mediterráneo, de veraneo.

No mencionó a los exiliados que acudían en masa a la Costa Azul desde la Revolución. Como siempre que hablaba del pasado glorioso y del antiguo esplendor de Rusia, en su voz resonó un deje de tristeza.

Gabrielle le estrechó la mano. Comprendía su pérdida... Y por eso guardó silencio. Temía que cualquier comentario pudiera sonar exaltado y que no consiguiera expresar lo que sentía.

La puerta no estaba cerrada con llave y rechinó cuando Dimitri la empujó para abrirla. Unos gorriones gorjeaban en un cedro. Por lo demás, parecían estar ellos solos en la finca.

—San Nicolás se construyó inspirándose en la catedral de San Basilio de Moscú —relató Dimitri—. Mi bisabuela, la zarina Alejandra Fiódorovna, mandó construir aquí la primera iglesia rusa. Pronto se cumplirán setenta años. Es la capilla blanca que se ve allí al fondo. Estaba débil de salud y, después de verse

obligada a abandonar su palacio de Crimea por la guerra, pasó muchas temporadas en Niza. —Señaló en aquella dirección—. Lo dicho, la nueva construcción es muy posterior.

«Mi bisabuela...» Hablaba de la familia imperial rusa con la misma naturalidad con que Gabrielle mencionaría a su abuela que, como su madre, era lavandera. Por eso en ese instante fue más consciente que nunca, y con una claridad brutal, de la diferencia de sus orígenes. Porque el recinto de la catedral de San Nicolás era lo mismo que charlar mientras tomaban una copa de champán en la suite del Riviera Palace. Aquel edificio opulento era el mundo de Dimitri. Sin embargo, curiosamente, nunca se había sentido tan cercana a él.

Contempló unos instantes el hermoso edificio del fondo, con una escalinata alta, que había mandado construir la zarina Alejandra Fiódorovna. Sin embargo, la colorida fachada de la catedral, con sus torres, almenas y columnas, era tan impresionante que su mirada no se entretuvo mucho en la pequeña iglesia y volvió a posarse en la gran basílica. El revoque y la ornamentación del exterior presentaban más colorido que cualquier templo que hubiese visto antes. La enorme puerta de dos hojas de la entrada, compuesta por artesones de madera tallada, merecía ser contemplada con detenimiento para admirar el trabajo de los artesanos. No obstante, siguió a Dimitri pisándole los talones hasta el minúsculo vestíbulo en el que la luz del sol que caía a través de las vidrieras de colores y los iconos dorados que colgaban en las paredes casi la cegaron. Sentada en una mesa había una anciana vestida como una campesina rusa que vendía objetos de culto sagrados.

—*Bonjour* —saludó Dimitri cordialmente, y luego añadió en ruso—: *Dobry dien*.

La anciana levantó la vista momentáneamente y se quedó petrificada. La silla crujió cuando la echó atrás con un movimiento impetuoso y torpe. Un instante después yacía sobre el mosaico de baldosas negras y blancas, a los pies de Dimitri. Sus dedos anquilosados tiraron de una de las perneras de Dimitri y la mujer se arrastró penosamente para besar el dobladillo.

—*Mat...* —dijo Dimitri.

A esa primera palabra le siguió un torrente de palabras en ruso. Evidentemente, Gabrielle no las entendió, pero su amigo consiguió que la mujer lo soltara y volviera a la silla avanzando de rodillas por el suelo.

—Tradicionalmente, el zar de Rusia está muy unido a la Iglesia ortodoxa —le susurró Dimitri al oído—. Más incluso que la reina de Inglaterra, que es la cabeza de la Iglesia anglicana, y mucho más de lo que estuvieron los

emperadores de Alemania o los de Austria. Y, por supuesto, mucho más que Napoleón Bonaparte. Por eso mi familia es tan importante para los creyentes.

Gabrielle asintió en silencio. Conmovida. También un poco perpleja. Había presenciado varias veces cómo reaccionaban los rusos que vivían en Francia ante el gran duque. Los modelos de Coco Chanel no se habían acostumbrado a sus apariciones en el taller. Pero nunca había visto muestras de respeto como las de aquella anciana.

—Ven. —Dimitri tiró de ella con suavidad—. Vamos a entrar.

El interior era igual de impresionante que el resto del edificio. Gabrielle se acordó inconscientemente de la estructura del convento de Aubazine y, por supuesto, también de la catedral de Notre-Dame de París, aunque allí no contara ni con mucho con el esplendor exuberante que acababa de recibir allí.

La pared situada frente al portal, en la que había una puerta empotrada, estaba ornamentada casi por entero con iconos dorados. Delante había crucifijos encima de unas columnas. Las cruces tenían una forma insólita: no uno, sino dos travesaños cruzaban el eje vertical, y un tercero dividía el extremo inferior. Decenas de velas proporcionaban una luz clara. Llamaba la atención que no hubiera altar. Lo buscó con la mirada, pero no lo encontró. Tampoco vio bancos para orar. Aparte de una banqueta junto a una pared, no había más asientos. La nave central de la iglesia parecía construida según la arquitectura tradicional, pero las naves laterales eran más cortas, de manera que a Gabrielle le dio la sensación de estar en un recinto cuadrado.

Vio por el rabillo del ojo que Dimitri se santiguaba: se tocó ligeramente la frente con los dedos, luego el pecho y, a continuación, el hombro derecho y el izquierdo, un orden distinto al que le habían enseñado a ella.

Dimitri pareció percatarse de sus miradas de asombro y curiosidad.

—Tenemos nuestras tradiciones particulares —susurró con la mano en el corazón. Después señaló la inmensa pared con los iconos—. Eso también es distinto en nuestro caso: el altar está separado de los creyentes por las imágenes, que siguen un orden predeterminado. Se llama iconostasio. Puedes oír todas las palabras de la celebración de la Eucaristía, pero no ves al sacerdote. De ese modo se conciencia a los feligreses de que Dios es inalcanzable sin la intercesión de Jesucristo.

Gabrielle no entendía la liturgia ortodoxa, pero no insistió.

—¿Dónde se ponen los miembros de la comunidad durante la oración? —se limitó a preguntar.

—Están de pie. —Sonrió—. Como nosotros ahora.

Gabrielle recordó las largas horas haciendo cola de pie delante del confesionario de Aubazine y los largos ratos de rodillas durante la santa misa. Las coloridas imágenes del iconostasio parecían al menos más entretenidas que los mosaicos del suelo del convento. Buscó en vano con los ojos algo que aludiera al número cinco.

Los labios de Dimitri la arrancaron de sus recuerdos al besarla suavemente en la boca.

—Ya vuelves a tener la cabeza en otro sitio —la reprendió cariñosamente.

—Ten cuidado con lo que haces. —Gabrielle le devolvió la sonrisa y añadió en broma—: Soy católica. Para mí, un beso en este espacio podría ser una promesa.

Dimitri titubeó largamente.

—Lo sé —replicó al final con voz seria—. En eso la Iglesia ortodoxa rusa no se diferencia de la católica romana.

La mirada de Gabrielle se hundió un delicioso momento en los ojos verdemar de Dimitri y pensó que quizá algún día podrían vivir como matrimonio. Un verdadero príncipe. El sueño de cualquier niña. A pesar de ser una mujer independiente y de sus grandes éxitos como diseñadora de moda, en el fondo de su alma Gabrielle nunca quiso ser solo la «concubina» de nadie, como ella misma decía, sino también la esposa. El deseo de una vida burguesa no se le quitaba de la cabeza.

No obstante, una voz interior la devolvió a la realidad: no eran más que ilusiones. Con independencia de lo que quisiera él, Gabrielle no sabría decir qué era mejor para ella. Al menos, todavía. La muerte de Boy había sacudido los cimientos de su mundo emocional, que aún parecía atrapado en el caos. El hecho de sentirse a gusto al lado de un hombre, de notar que su confianza hacia él tenía una base sólida sorprendente, ¿bastaba para construir un futuro común? «Si lo supiera, probablemente me sentiría más segura», pensó Gabrielle.

Se quedaron un rato más en San Nicolás y Gabrielle contempló de cerca las coloridas imágenes religiosas y se dejó impresionar por el rito bizantino. Dimitri le compró velas a la mujer del vestíbulo, las encendió y las puso en un candelabro colocado para tal fin delante del iconostasio. Observaron en silencio la luz trémula, los dos absortos en sus pensamientos.

Gabrielle se sentía atraída por la magia de lo desconocido. Los ornamentos azules y dorados de la cúpula se transformaron en su mente en bordados sobre túnicas, chaquetas largas y abrigos con adornos de pieles. La decoración tradicional de la catedral la atraía, despertaba su fantasía y alumbraba su

creatividad del mismo modo que la luz de las velas iluminaba la imagen del evangelista San Marcos con su símbolo iconográfico, un león, el signo zodiacal de Gabrielle.

Dimitri se santiguó a su manera y Gabrielle hizo lo mismo siguiendo el rito católico. Fue la señal para irse.

—Esta noche podríamos cenar en el *Ciro's* de Montecarlo —propuso Dimitri de repente, mientras se dirigían al coche cogidos de la mano bajo la suave luz del sol—. ¿Qué te parece?

Gabrielle lo miró sorprendida.

—¿No temes llamar la atención en un restaurante tan distinguido? Te reconocerá todo el mundo... Y posiblemente a mí también.

—¿Y qué más da? —replicó como si tal cosa—. Además, ya es tarde para jugar al escondite, ¿no? —De nuevo le dio un breve y cariñoso beso—. Deberíamos disfrutar el tiempo que pasamos aquí, Coco. Ofrezcamos material de conversación al resto del mundo.

Su sonrisa aclaró que hablaba muy en serio.

LA IDEA DE crear una colección con elementos eslavos fue concretándose. A pesar de que se acercaba el día de la entrevista que Dimitri había concertado con el perfumista Ernest Beaux, Gabrielle pensaba más en la moda que en el perfume, aunque quizá dejaba que sus pensamientos vagaran aposta en otra dirección precisamente por la inminencia de la entrevista. En el fondo, estaba nerviosa como una jovencita antes de su primera cita, y le sentaba bien explotar su creatividad en vez de pasarse el día pensando si por fin alcanzaría su objetivo y pronto encontraría la fórmula para su Eau de Chanel.

Mientras Dimitri disfrutaba de su pasión por el golf, que ella seguía sin compartir, esbozó unos cuantos diseños en el silencio de la suite: una falda negra estrecha y una *rubashka* con mangas anchas acampanadas y la parte delantera y los puños bordados con el tradicional punto de cruz de los trajes regionales rusos, y una chaqueta larga con el cuello alzado típico de las antiguas casacas militares, adornado con un ribete de estilo eslavo. No encajaban en la elegancia sencilla que la había hecho famosa, pero estaba segura de que esa incursión en el exótico folclore de su amado, interpretado por Coco Chanel, satisfaría el gusto de sus clientas.

Al acabar, se sentó en el balcón y disfrutó del calor de los rayos de sol que le caían sobre los hombros tensos. Los dibujos habían salido con trazo rápido de su

mano en el precioso y elegante secreter, pero el mueble era más adecuado para leer un texto breve o escribir una nota que para un trabajo que requiriera concentración. Le dolían las cervicales y la musculatura de los brazos. El sol le sentó bien. Echó una cabezadita y soñó con sus nuevos modelos, presentados por maniquíes que llevaban en las manos frascas de perfume que parecían botellas de vodka.

—¡Ya he vuelto! —Las palabras y un beso de Dimitri la despertaron—. Perdona que haya tardado tanto. He conseguido un *score* sensacional y, después de un hoyo en uno, he tenido que invitar a una ronda en el bar. ¿Qué has hecho tú mientras yo me inscribía en los anales del club de golf de Montecarlo?

Gabrielle se incorporó y se colocó bien las gafas de sol.

—He terminado unos cuantos diseños. Me gustaría confeccionar vestidos y trajes con bordados, adornos eslavos...

La risa de Dimitri la interrumpió.

—Creía que querías lanzar un perfume.

—Sí, por supuesto. Eso también. Pero seguiré diseñando vestidos. ¿Y por qué no una colección relacionada con las tradiciones de tu tierra natal?

Dimitri se sentó a su lado y le cogió la mano.

—Es fantástico que te intereses por la artesanía rusa. Me conmueve profundamente. —Le levantó la mano y se la acercó a los labios—. Tienes que conocer sin falta a mi hermana —añadió con una sonrisa cariñosa, que seguramente no se dirigía a Gabrielle, sino a María Pávlovna Románova—. Nadie sabe más que ella de bordados. Cuando volvamos a París, te la presentaré.

Mientras seguían allí sentados, juntos y en armonía, Gabrielle especuló con lo que diría Serguéi Diáguilev de sus nuevas ideas. Si se empleaba a fondo en el folclore ruso, nada se interpondría en su futuro como diseñadora de vestuario de los Ballets Rusos. Coco Chanel en los escenarios. Eso sería un espaldarazo. Sin embargo, la cuestión era qué diría Ígor Stravinski de esas ambiciones, teniendo en cuenta que su música estaba estrechamente relacionada con la compañía de ballet. Stravinski y Diáguilev, unidos por una amistad de inspiración artística, formaban un equipo extraordinariamente productivo.

Joseph le había remitido el telegrama del empresario y era evidente que el amante despechado seguía albergando unas ansias vehementes de matarla. Cuanto más se dejara ver en público al lado de Dimitri, más probable sería que el largo brazo de las habladurías llegara hasta Madrid. Ígor se informaría de todos los pasos que Gabrielle diera en su nueva relación. «Quizá también se entere de lo feliz que soy», pensó. Él nunca le había dado la dicha serena y confortante

que sentía al lado de Dimitri, se preocupaba demasiado por sí mismo; además, era como su música: tempestuoso, imponente, fenomenal. «Ojalá entienda que no soy la mujer adecuada para él», pensó.

Gabrielle se sorprendió al darse cuenta de que reflexionaba sobre la felicidad por primera vez desde la muerte de Boy. Un sentimiento efímero, cierto, nadie lo sabía mejor que ella, pero muy satisfactorio. Y también indispensable. Entrelazó los dedos con los de Dimitri, agradecida porque el destino le hubiera enviado a aquel hombre para secarle las lágrimas.

—ERNEST BEAUX CELEBRÓ su primer éxito con el perfume para hombres Bouquet de Napoleón —dijo Dimitri—. Cuando era cadete me encantaba ese olor a agua de colonia en la que se hervían flores. La llevé a los Juegos Olímpicos de Estocolmo cuando fui con el equipo de hípica ruso. Después salió al mercado el Bouquet de Catherine y todavía me gustó más, porque olía a mi país y a mi tía, que para mí fue como una madre.

Gabrielle ya conocía las historias que Dimitri le contaba, pero no le molestó. Sabía que la notaba inquieta y trataba de ayudarla con su charla a superar los nervios, cada vez más fuertes por la inminente visita al laboratorio de Ernest Beaux. «Solo es un laboratorio químico —se dijo en silencio—. No es más importante que la fábrica de perfumes de François Coty en Suresnes.»

Sin embargo, no paraba de darle vueltas a una pregunta: ¿Qué haría si Ernest Beaux tampoco encontraba lo que ella buscaba? ¿Debería renunciar al sueño de crear una fragancia especial? ¿El perfume de su gran amor? ¿Sería el final de sus planes conjuntos? ¿El momento de sellar para siempre su pérdida? Gabrielle meditó sobre qué era lo que más temía: una derrota en la búsqueda de la fragancia o la renuncia definitiva de su proyecto más querido. No encontró la respuesta.

—*Zut!* —exclamó Dimitri—. Me he perdido. Estamos en los terrenos del Aeroclub de Cannes, demasiado lejos. Me he saltado el desvío.

Gabrielle le puso la mano en el brazo para tranquilizarlo.

—No importa. Daremos media vuelta.

Después de unos cuantos intentos fallidos más, por fin encontraron el laboratorio. Se encontraba en un edificio pequeño y modesto en La Bocca, que no se parecía en nada al imponente inmueble que albergaba la fábrica de François Coty.

—Tendrías que haber visto la fábrica de Rallet en Moscú —comentó Dimitri con tristeza—. Era enorme, ni punto de comparación con este pequeño negocio. Entiendo que Chiris comprara el negocio de Rallet, pero no entiendo por qué instalan el laboratorio en un edificio tan modesto. ¿Cómo pueden crearse aquí perfumes de fama mundial? Esperemos que las instalaciones de Grasse sean un

poco más grandes.

Dimitri meneó la cabeza y siguió a Gabrielle al interior, que también carecía de elementos propios de un pasado glorioso.

—Léon Chiris fue un gran hombre en el sector de los perfumes y un importante político —defendió Gabrielle a su compatriota—. Estoy segura de que su fábrica en Grasse tiene otras dimensiones—. No obstante, en el fondo también le extrañaba la quietud de La Bocca.

En la entrada había una pequeña pintura. Dimitri se quedó petrificado al verla.

—¡Lo ves! —dijo, y Gabrielle comprendió que aquel cuadro mostraba un capítulo de la gloriosa historia de su familia.

Se veía una zona industrial enorme. Comparada con ella, incluso el imperio de Coty parecía manejable. Decenas de edificios de varias plantas rodeaban una nave industrial cuadrada, de dimensiones exageradas y con un patio interior en el medio. La fachada de tres plantas era neoclásica y estaba revocada de blanco; el resto del edificio y la chimenea que destacaba en el cielo eran de ladrillo. La rodeaban unos jardines cuidados y, a un lado, un parque poblado de árboles; las superficies de césped parecían ornamentos entre unos caminos amplios y habrían encajado perfectamente en Versalles.

«Si en la vieja Rusia todo era tan imponente, Dimitri debe de sentirse en el exilio como en una casa de muñecas», pensó Gabrielle. ¿Por eso había elegido a una mujer tan frágil como ella? Sonrió al pensarlo y de repente notó la mirada de Dimitri. Lo miró a los ojos y su sonrisa se reflejó en ellos.

Ernest Beaux interrumpió aquel instante silencioso de entendimiento y saludó a Dimitri con la reverencia habitual a la que Gabrielle ya se había acostumbrado.

El perfumista era un hombre atractivo de unos cuarenta años, con una buena mata de pelo negro, tan moreno que podría haber sido hermano de Gabrielle; educado, sutil, de mente ágil. Llevaba un traje que había vivido mejores tiempos, pero gran parte lo cubría una bata de un blanco impoluto. A Gabrielle le inspiró confianza desde el primer momento. Parecía saber perfectamente lo que hacía y cuando dijo que había podido elaborar unas cuantas muestras con la información que había extraído de la ingente correspondencia que habían intercambiado, Gabrielle tuvo la sensación de que por fin había alcanzado su objetivo.

Beaux los condujo al laboratorio. Era un recinto alargado en el que predominaba el color blanco. Las paredes blancas estaban cubiertas de estanterías también blancas; habían pintado de blanco incluso las vigas de madera del techo. En los armarios abiertos y en una vitrina de cristal había frascos de farmacia blancos y marrones, y botes de metal y de porcelana, todos

muy juntos y perfectamente identificados con una etiqueta, en los que se conservaban esencias y flores. Una larga mesa de refectorio de madera clara ocupaba el centro de la sala. Encima había botellas de cristal de distintos tamaños, ampollas, vasos, dosificadores y matraces de fondo redondo agrupados ordenadamente y, en el centro, una balanza anticuada. La higiene le llamó tanto la atención a Gabrielle como la primera vez que fue a ver a Coty. Si no hubiera sido por el ligero aroma a flores que flotaba en el aire, podría haber pensado que se encontraba en un hospital. Dos ayudantes, un hombre y una chica joven, discutían vivamente sobre un problema que parecía complejo junto a un lavamanos empotrado en la pared lateral. Cuando su jefe entró con sus invitados, los dos enmudecieron y saludaron educadamente haciendo un gesto con la cabeza. Luego volvieron a lo suyo.

—Venga, mademoiselle Chanel, por favor. —Beaux la condujo al otro extremo de la sala, hasta una mesa auxiliar en la que la esperaban tubos de ensayo colocados en un soporte de metal—. Le he preparado diez muestras. Dos por cinco...

Gabrielle se quedó de piedra. ¿Por qué mencionaba el número que la había acompañado de manera mística cuando vivía en el convento y que en cierto modo le había hecho más fácil la vida?

—¡Oh! —exclamó y no dijo nada más.

—Aquí tiene las muestras del uno al cinco, y aquí del número veinte al veinticuatro. —El perfumista señaló los frascos respectivos. De pronto le tendió una mano avergonzado—. He olvidado por completo ayudarla a quitarse el abrigo. Estoy muy emocionado con la visita de Su Alteza y de usted, mademoiselle Chanel. Discúlpeme.

—Por favor, ocúpese solo de mademoiselle —replicó Dimitri, que se mantenía detrás de Gabrielle—. Mi presencia aquí no tiene la menor importancia. Mejor aún, imagine que soy invisible, monsieur Beaux.

Gabrielle sonrió a Beaux.

—Y yo estoy tan emocionada que se me ha olvidado darle el abrigo.

Una vez concluidas las fórmulas de cortesía y después de guardar el abrigo de Gabrielle y de poner su bolso debajo de la mesa, Beaux le ofreció un bote con granos de café. Puesto que conocía el ritual, Gabrielle aceptó el ofrecimiento y liberó su olfato de los olores de la calle. Notó la mirada de asombro de Dimitri, pero lo dejó en la inopia; ya le explicaría después el sentido de esa forma de proceder. No quería que nada entorpeciera aquella ceremonia tan importante para ella.

Se le aceleró el pulso cuando el perfumista abrió el primer recipiente. Le llegó un aroma a rosas y jazmín. Gabrielle intentó concentrarse y, al mismo tiempo, mantener una apariencia impertérrita; no quería que Beaux notara su agitación. Tampoco quería que supiera demasiado pronto si una fragancia le gustaba. La paciencia no era su fuerte, pero en ese caso era imprescindible. François Coty le había enseñado a esperar antes de tomar una decisión porque los perfumes solían necesitar tiempo para desplegarse.

Con la muestra número uno no tuvo que esforzarse en encubrir lo que sentía. No era el perfume que buscaba. Demasiado dulce y anticuado. La creación se correspondía un poco con la familia de aromas que ella había mencionado en sus especificaciones, pero no se acercaba ni un poco al Bouquet de Catherine.

Gabrielle le devolvió el tapón que había oído sin hacer comentarios y manteniendo una cara inexpresiva. El procedimiento se repitió tres veces antes de que volviera a recurrir al bote de café. Había educado el olfato, pero después de oler cuatro muestras necesitaba con urgencia un descanso para volver a estar receptiva.

Después de un rato en silencio, los dos ayudantes empezaron a hablar de nuevo en voz baja al fondo. Se oyó un tintineo de cristal. En algún lugar un reloj hacía tictac y por la ventana entró el golpeteo de unos cascos de caballo. Pasaba un carruaje.

Gabrielle percibió la presencia de Dimitri a su espalda, pero no se volvió. El gran duque respiraba tan suavemente, inmóvil en su sitio con disciplina militar, que apenas lo oía, pero notar su presencia le transmitía una seguridad que la ayudaba a hacer lo correcto.

Cogió la quinta muestra... Y tuvo que obligarse a reprimir la sonrisa que empezaba a asomar en sus labios.

Era el Bouquet de Catherine.

No, se corrigió Gabrielle para sí, no exactamente. No olía igual que el pañuelo de Diáguilev.

Era más moderna.

Más natural.

Más fresca.

Y algo más: ¿no la convertía también en una fragancia más auténtica para las mujeres de su época?

Los dedos de Diáguilev y de otras personas, incluidos los de Gabrielle, habían tocado tantas veces el pañuelo que el perfume original se habría combinado con diversos olores corporales. Probablemente solo quedaba una ilusión de la

fragancia con que habían rociado la suave tela de batista. «Qué raro que no se me haya ocurrido antes», pensó Gabrielle.

Le devolvió la muestra esforzándose por no mostrar ninguna emoción. Al hacerlo, notó que la observaban. Y no era Dimitri. Otra persona la escrutaba con la mirada.

Volvió la cabeza instintivamente y miró por encima del hombro. La ayudante de laboratorio estaba detrás de Dimitri, que casi la tapaba con su gran estatura. No obstante, Gabrielle captó la mirada esperanzada y temerosa que le dirigía la chica. La ayudante desvió rápidamente los ojos; estaba blanca como las paredes del laboratorio.

Gabrielle prosiguió con las creaciones número veinte y veintiuno y, antes de concentrarse en los tres últimos tubos de ensayo, volvió a neutralizar el olfato con una pizca de café. Esos perfumes pertenecían a la misma familia, pero tenían una estructura distinta de los cinco primeros. Gabrielle dudó un par de veces, pero ninguna fragancia la convenció tanto como la número cinco.

—¿Desea tomar notas? —preguntó Beaux cuando Gabrielle le devolvió la última muestra.

Gabrielle negó con la cabeza.

—No, no me hace falta. Me gustaría volver a examinar la primera serie.

—Puede proponer modificaciones, mademoiselle Chanel —sugirió Beaux mientras le alcanzaba la muestra número uno—. Crear un perfume es como montar un rompecabezas. Hay que mover una y otra vez los distintos componentes antes de conseguir que encajen a la perfección. Si prefiere otros ingredientes, podemos intentarlo. El laboratorio está a su disposición.

—Es usted muy amable —dijo Dimitri. En esas pocas palabras resonó la dignidad de un zarévich que visitaba la fábrica de un proveedor de la corte.

A Gabrielle le encantaban los experimentos y agradeció el ofrecimiento de Beaux.

Dimitri se despidió y salió a fumar un cigarrillo. A Gabrielle le habría gustado seguir su ejemplo, pero se obligó a abstenerse. La nicotina cambiaba el sentido del olfato. Era imposible encontrar el perfume de los perfumes con un cigarrillo en los labios. Aunque creyera que ya lo había encontrado, tenía que saciar las ganas de participar en la aventura de investigar.

Examinó codo a codo con Ernest Beaux distintas posibilidades y se percató de que el perfumista compartía su visión de un perfume único. Estaban de pie junto a la larga mesa de refectorio. Beaux puso en fila los frasquitos que contenían los distintos aceites a partir de los que se conseguía la nota de corazón.

—Esta familia aromática se compone de los aromas más lujosos del mundo — le explicó—. Rosa, jazmín, ylang-ylang y sándalo, que forman el contraste con las sustancias más dulces. Son fragancias tradicionales combinadas de manera distinta a la habitual.

Gabrielle olía y escuchaba en silencio. Finalmente le pidió al perfumista que cambiara algún que otro componente, pero el resultado no superaba la sensación espontánea que le había provocado la muestra número cinco. Trabajando en el laboratorio se olvidó del tiempo. Al cabo de un rato, le preguntó a Beaux qué tenía el perfume que la había entusiasmado.

—Una porción elevada de aldehídos —contestó.

—Son moléculas artificiales, ¿verdad? —preguntó Gabrielle, agradeciéndole mentalmente a François Coty que la hubiera iniciado en los secretos de la elaboración de perfumes.

Ernest Beaux asintió. Le dirigió una mirada fugaz a su ayudante, que estaba junto a Gabrielle, y le echó una mano.

—Sabe muy bien lo que está haciendo aquí, mademoiselle Chanel.

—No se engañe —confesó Gabrielle—. Conozco la existencia de esas sustancias artificiales, pero no sé mucho más.

—Seguro que ha presenciado alguna vez lo que ocurre cuando un vino está demasiado tiempo expuesto al aire. Se convierte en vinagre. El hidrógeno del etanol, es decir, el alcohol del vino, se asocia con el oxígeno y, mediante una reacción orgánica, se transforma primero en acetaldehído y, a continuación, en ácido acético, es decir, en vinagre. Simplificando: en un momento de ese proceso, el alcohol se transforma en aldehído. El trabajo del químico consiste en interrumpir artificialmente la cadena de reacciones y dissociar de ese modo los aldehídos. Esa posibilidad se descubrió pocos años antes de la guerra. Por eso la composición de un perfume depende siempre sobre todo de los resultados de las investigaciones de un químico. Añadir aldehídos a un ramo de flores produce el mismo resultado que unas gotas de limón en las fresas: mejora el aroma.

—Tengo entendido que la producción de aldehídos es muy costosa y encarece mucho el perfume.

Beaux se encogió de hombros.

—La muestra número cinco contiene las materias primas más lujosas del mundo. No vendrá de añadir una molécula artificial. En la corte de San Petersburgo no se escatimaba en gastos, mademoiselle, no lo hacíamos en la fabricación del Bouquet de Catherine y no lo hemos hecho con las pruebas para crear su Eau de Chanel.

—Lo mejor siempre tiene un precio, lo sé. —Gabrielle le sonrió.

Luego volvió a acercar la nariz al frasquito que contenía el perfume que la fascinaba. Inhaló la fragancia como aspiraría aire alguien a punto de ahogarse. No se cansaba de llenarse los pulmones con ese aroma único. Era como si en su interior estallaran burbujas de champán; sus sentidos reaccionaban con un cosquilleo. El corazón ya no le martilleaba en el pecho a causa de la excitación, ahora latía tranquilamente, al ritmo con que ella absorbía aquel frescor natural.

—Es lo que esperaba: un aroma distinto, inigualable. El perfume para mujeres con el olor de la modernidad.

Después volvió Dimitri. Gabrielle le explicó que había encontrado lo que buscaba y le pidió que lo probara. Observó su reacción con una mezcla de alegría y expectativas temerosas.

—Huele como la nieve recién caída sobre los tejados de Petrogrado —murmuró, arrugando la frente despejada. Sus ojos se perdieron en la lejanía y sus pensamientos parecieron detenerse en los bailes y paseos en trineo que jamás volverían.

—A mí me inspiró lo mismo —dijo Beaux, admirado por la clarividencia del gran duque—. Mientras servía en el Ejército Blanco, me destinaron cerca de Múrmansk. Comandaba un campo de prisioneros del Ejército Rojo en Kola. Jamás olvidaré el olor de las noches polares. Por eso he intentado crear un perfume con ese magnetismo puro tan especial.

—¿Cómo lo ha conseguido? —preguntó Dimitri.

La ayudante, que estaba junto a Gabrielle, carraspeó y bajó los párpados, ruborizada.

—La composición de rosas y jazmín con un aldehído sintético constituía la singularidad del Bouquet de Catherine. En el caso de la prueba número cinco, la composición excede la fórmula antigua. —Miró un instante a su colaboradora—. La responsable es mi ayudante, que cometió un error. Preparó una mezcla con proporciones uno a uno, en vez de hacerlo con la dilución requerida.

Dimitri le hizo un gesto de aprobación con la cabeza a la malhechora, cuyas mejillas se tiñeron de rojo.

—¡Qué suerte! —exclamó.

—Las moléculas tienen también otra ventaja —prosiguió Beaux—. Disculpe, ¿puedo? —le pidió a Gabrielle y, sin esperar la respuesta, le cogió la mano. Le dio la vuelta y vertió unas gotas del perfume en el pulso. La sorpresa impidió que Gabrielle ofreciera resistencia y se lo permitió, aun sin entender lo que pretendía—. Espere un poco y luego huela—dijo Beaux—. Notará que el aroma

permanece más tiempo en la piel que las colonias habituales.

«Tanto como el perfume de la gran duquesa María en el pañuelo», pensó Gabrielle.

Dimitri la tomó del brazo, lo levantó y, en un gesto íntimo, acercó la nariz a su muñeca.

—Sobre la piel es aún más extraordinario que en el frasco —alabó y la soltó—. Creo que deberíamos celebrar el nacimiento de tu Eau de Chanel.

—Creo que no voy a usar ese nombre para mi perfume —Gabrielle pronunció las palabras sin ser consciente de lo que decía. Pensativa, añadió—: Me gustaría llamarlo Número Cinco. El número de la muestra es un buen presagio. Voy a presentar mi nueva colección el día cinco del mes cinco. Por lo tanto, el cinco combina de maravilla con el perfume de mi casa de modas.

No le dijo qué otras cosas significaba el cinco. «El número de Venus», pensó automáticamente, recordando las largas horas de espera delante del confesionario. En aquel instante no evocó el significado simbólico que le daban los cistercienses ni las imágenes de los mosaicos en las paredes y el suelo que siempre contaba. En ese momento tan importante solo pensó que el cinco era el número místico del amor, la combinación inseparable del tres masculino y el dos femenino.

—Mademoiselle Chanel, el número cinco es suyo. —Ernest Beaux estaba radiante de alegría por el éxito.

¡Lo tenía!

Beaux había escogido sin querer una combinación de palabras que emocionaron a Gabrielle. Se sintió como si la hubiera alcanzado un rayo. Quizá también un destello de la luz polar que había inspirado al perfumista a la hora de prestar una nota de cabeza moderna a su antigua fórmula.

Chanel N° 5.

SERGUÉI DIÁGUILÉV HABÍA reunido al «pequeño» grupo de costumbre; unas veinte personas, sus máximos admiradores y sus colaboradores más leales, celebraban el regreso de los Ballets Rusos. Más hombres que mujeres. No solo porque a Diáguilev no le interesaban demasiado las mujeres, sino porque muchos de sus invitados se presentaron sin compañía femenina. Misia constató que, una vez más, Olga Picasso no estaba y reflexionó sobre si no habría sido mejor para todos los presentes que Coco se hubiera enamorado de Pablo Picasso y no de Ígor Stravinski. Los dos habrían formado una pareja ilustre y Picasso no sucumbía con tanta fuerza a los altibajos emocionales como el compositor. Además, tenía vivienda propia. Misia pensó que ese *amour fou* sería de su agrado, sobre todo porque Olga no le caía muy bien. Y Coco pensaba que Picasso era atractivo, se lo había dicho ella misma...

Misia paseó la mirada por la mesa hasta Stravinski, sentado al otro extremo de la mesa con cara de pocos amigos ante un plato con el menú especial que había pedido: tomates y rodajas de patata, todo crudo y aliñado con un chorrito de aceite y zumo de limón. El camarero de Le Dôme estuvo a punto de perder la compostura al tomar nota de la comanda. Misia se regocijó imaginando que el jefe de sala lo enviaría a La Rotonde, un restaurante menos elegante donde la comida no se encaminaba tanto a satisfacer el paladar fino de los clientes.

Por otro lado, aquel local era un punto de encuentro muy frecuentado por la bohemia desde hacía años, por lo que los empleados debían de estar acostumbrados a las peticiones más extravagantes.

Diáguilev, que había elegido a Misia, como siempre, de acompañante de mesa, se dio cuenta de lo que miraba.

—A mí no me haría falta sufrir penas de amor para tener retortijones y ponerme de mal humor frente a unas patatas crudas —le susurró antes de lanzarse de nuevo con fruición sobre su copioso plato de marisco.

—Parece que aún no se ha resignado a que Coco esté con otro.

—Efectivamente. No se ha resignado. —Diáguilev se concentró en sacar la carne de la cola arqueada de una langosta hervida. Por esto tardó unos instantes en añadir—: Ígor se quedó deshecho cuando, al volver a Garches, se enteró de

que Coco seguía en la Costa Azul y no se la esperaba hasta unas semanas después. Confiaba en una reconciliación. O en un asesinato. ¡Yo qué sé! Lo que está claro es que no parece pensar en el suicidio, puesto que se vuelca en esa alimentación que, según él, es muy saludable.

Misia pensó que Diáguilev debería cuidar un poco más su salud. Era diabético y ella dudaba que la cantidad de crustáceos que lo esperaban en el plato fuera beneficiosa para su dolencia. De todos modos, decidió no reprochárselo y dejar que disfrutara. Otro hombre desdichado a la mesa le estropearía el apetito.

—¿Sabe algo de Coco? —preguntó Misia, aunque con ello revelara que no se había puesto en contacto con su amiga desde hacía una temporada.

—Iba a preguntarle lo mismo. —En la voz de Diáguilev resonó un leve reproche—. Dígame, querida, ¿no sabe cómo está nuestra amiga?

—¡No me habla!

A Diáguilev se le cayó el monóculo.

—¡Qué desastre! —exclamó el empresario y varias personas se sobresaltaron y volvieron la cabeza hacia él—. ¿Quién va a contarme ahora cómo le va su romance con el gran duque?

Misia suspiró, enfadada por no tener información de primera mano.

—Para eso no le hago falta, Serguéi. París entero habla de los dos. *Tout le monde* los ha visto en Montecarlo. He oído que salen mucho de excursión y por la noche se dejan ver en restaurantes conocidos o en el casino, donde el gran duque perdería hasta las joyas de la corona de los Románov si las tuviera. Pero, evidentemente, el dinero que apuesta es de Coco.

—¿Le dará algún día el visto bueno al hombre con el que tenga que compartir el afecto de su amiga? —Diáguilev le dedicó una sonrisa comprensiva—. Me da la impresión de que está celosa, *ma chère*. Aunque no acierto a saber si los celos son por el amante o porque usted no ha intervenido interpretando el papel de celestina.

Misia no le habría permitido semejante descaro a ninguna otra persona, pero a Serguéi Diáguilev se lo perdonaba todo, incluso esa impertinencia, que la hizo sonrojar. Se dio aire con la servilleta antes de contestar fingiendo que lo regañaba.

—¡Es usted un guasón, Serguéi!

—Lo sé —dijo sonriendo, aunque enseguida se puso serio—. Por cierto, me han contado algunas cosas que podrían afectar a la continuidad de la nueva relación amorosa de Coco. Al parecer, algunos de los compatriotas que le allanaron el terreno al Ejército Rojo y se quedaron en el país se han dado cuenta

de que los bolcheviques no son libertadores, sino represores. Los alimentos escasean y ha habido revueltas en la Marina. La madre Rusia no descansa.

Misia iba a llevarse la copa de champán a los labios, pero se interrumpió.

—¿Insinúa que los Románov podrían recuperar la corona?

—Eso se rumorea. Dimitri Pávlovich tiene muchas posibilidades de ser el nuevo zar y tendrá que doblegarse a las rígidas normas de la dinastía Románov. En esas circunstancias, su matrimonio con Coco queda excluido. —Diáguilev sacó el pañuelo de la gran duquesa y hundió la nariz en la tela de batista—. *Honi soit qui mal y pense* —dijo mientras volvía a guardar el talismán—. «Que la vergüenza caiga sobre aquel que piense mal».

«Otro matrimonio imposible por conveniencias sociales», pensó Misia. Coco no soportaría pasar otra vez por la misma situación que cuando Boy Capel se casó. Tenía que llamarla con urgencia para ofrecerle consuelo en cuanto lo necesitara.

—El padre del gran duque Dimitri —dijo Misia, que acababa de recordarlo— contrajo matrimonio morganático en segundas nupcias. La mujer a la que amaba era de una posición social muy inferior.

—¿Y de qué le sirvió al gran duque Pável Alexándrovich? Lo enviaron al exilio y cuando regresó desde París al cabo de unos años, no pudo disfrutar mucho tiempo de su patria. Estalló la revolución y los bolcheviques lo fusilaron, igual que al medio hermano de Dimitri y a muchos otros miembros de la familia imperial. No, no sé si quiero que Coco sea la querida del futuro zar... —Se interrumpió y observó con perplejidad el movimiento que se producía al otro lado de la larga mesa.

Serguéi Sudeikin se acercaba corriendo con un plato en una mano y los cubiertos en la otra.

—¡Sálveme, maestro! —gritó teatralmente mientras los demás reían a carcajadas.

Misia conocía bien al pintor, igual que a las demás personas que a lo largo de los años habían apoyado a los Ballets Rusos o habían colaborado en algún espectáculo. Serguéi Sudeikin había trabajado en la construcción de los decorados para el primer estreno de la *Consagración de la primavera*, de eso hacía ocho años. Como muchos de sus compatriotas, el artista había huido de la revolución a través de Crimea y se había instalado en París. Evidentemente, cuando su esposa y él llegaron a París el año anterior al estreno, buscaron apoyo y un hogar en la compañía de Diáguilev, sobre todo porque Vera Sudéikina había sido bailarina, igual que Olga Picasso.

—Stravinski me ha quitado la chuleta del plato y se la ha comido —informó Sudeikin al llegar a la altura de Diáguilev—. Así, sin más. ¡Y yo no he comido nada! —dijo con la voz de un niño terco al que acababan de quitarle su juguete preferido.

—No habrá podido resistirse al aroma de la carne asada —dijo Misia hipando porque apenas podía ocultar su regocijo. Dirigió la vista a Stravinski, que parecía disfrutar mucho más y sentirse más a gusto que cuando consumía patatas y tomates crudos.

—Ha dicho que quería impresionar a su estómago —se quejó Sudeikin.

—¡Qué sorpresa! —Misia soltó una estruendosa carcajada.

Diáguilev no dijo nada mientras los otros dos hablaban; miraba pensativo al otro extremo de la mesa, donde había quedado un espacio libre al lado de Stravinski. Misia vio de reojo que el empresario paseaba la mirada por el grupo de invitados, que charlaban y comían de muy buen humor. Al cabo de unos instantes se fijó en Vera, sentada a unas sillas de distancia de su marido y de Stravinski. Vera Sudéikina aseguraba que su padre procedía de Chile, pero la mayoría de sus amigos sabía que Eduard Bosse había llegado a San Petersburgo desde el Báltico. No obstante, parecía una sudamericana fogosa y era toda una belleza, a pesar de su nariz prominente. En cualquier caso, era morena como Coco Chanel.

—Discúlpeme un momento, por favor —le susurró Diáguilev a su compañera de mesa, manipulando el monóculo para colocarlo en su sitio—. Voy a pedirle a Vera que le eche las cartas a Stravinski. Si le predice un magnífico futuro, quizá consiga librarlo de su estado de ánimo pernicioso y será más fácil tratar con él. —Echó hacia atrás la silla para levantarse y le dijo a Serguéi Sudeikin—: Siéntese aquí, amigo mío, y pida lo que quiera. Con eso le hará un gran servicio a la música.

Misia lo vio marchar, llena de admiración. ¡Una idea genial! Pensó que tenía mucho que aprender de Diáguilev a la hora de interpretar el papel de celestina.

—¿Qué le apetece comer? —le preguntó con la mejor de sus sonrisas al escenógrafo, que acababa de sentarse a su lado—. Si le apetece pescado, le recomiendo la dorada...

GABRIELLE ABRAZÓ A Dimitri al salir del laboratorio. Lo besó al sentarse en el coche. Pidió champán cuando llegaron al Carlton Bar de La Croisette. Y al caer la noche se mostró dispuesta a corear las canciones de jazz que interpretaba un vocalista de piel oscura.

Dimitri logró impedir la última parte de esas muestras de alegría desinhibida, provocada por el nuevo perfume. Cargó con ella a hombros y la llevó al Rolls-Royce.

En el coche, Gabrielle encogió las piernas, cerró los ojos y disfrutó del viento en la cara y de la seguridad que le transmitía Dimitri. Sentía gratitud hacia él desde su primer encuentro en Venecia, pero esa sensación aumentó tras el hallazgo en el laboratorio de Ernest Beaux y ahora le daba la impresión de que su corazón estallaría ante la tormenta de sentimientos que la arrastraba. No sabía si eso era amor. Pero, en cualquier caso, era la forma más profunda de amistad y estima que podía imaginar.

Después, envuelta en la confianza que acompañaba a ese sentimiento, se durmió en brazos de Dimitri en el hotel Riviera Palace.

Gabrielle volvió unas cuantas veces a La Bocca antes de regresar a París. En teoría, para hacer más experimentos con Ernest Beaux que pudieran desembocar en un aroma todavía mejor. Pero en realidad le pedía a Dimitri que la llevara a Cannes porque quería estar cerca de su perfume. Disfrutaba absorbiendo las esencias. Tras esto, impregnada de aromas, iba a un restaurante. Estudiaba todos los detalles de la fragancia que se adhería a su ropa, a su pelo y a su piel hasta formar una unidad con ella.

Finalmente se acercó la hora de separarse, la partida era inminente. Dimitri quería estar de vuelta en París a mediados de abril sin falta para celebrar el cumpleaños de su hermana, María.

Para Gabrielle también había llegado el momento de terminar las largas vacaciones. El taller reclamaba su presencia y, antes de empezar la producción de su perfume en la fábrica de Chiris en Grasse, le esperaba mucho trabajo que solo podía resolver en París. Necesitaba un frasco y un embalaje. Aunque hubiera especialistas que seguramente crearían unos diseños excelentes,

Gabrielle decidió encargarse personalmente de esa parte del génesis de Chanel Nº 5. Diseñar un frasco especial y una caja bonita no podía ser mucho más complicado que idear un sombrero o un vestido. Al menos quería intentar imprimir su propio estilo a un perfume que había buscado durante mucho tiempo. Si fracasaba, se dirigiría a Georges Chiris o a François Coty para pedirles consejo.

Montecarlo le facilitó la despedida. Llovía a mares. La Costa Azul se había transformado en un paisaje de color antracita, el cielo estaba gris y cubierto, y el Mediterráneo era una superficie reluciente de tonos ceniza en la que flotaba la espuma blanca de las olas.

—Nieva en las montañas —informó el botones que acompañó a Gabrielle con un paraguas mientras bajaba la escalinata del hotel para dirigirse al coche.

—Menos mal que decidimos no volver por la ruta de Napoleón —comentó Dimitri mientras palpaba dentro del coche las sujeciones de la capota para prevenir filtraciones de agua—. Dicen que en el oeste hace mejor tiempo. Así pues, ¡hacia Marsella! —Puso el motor en marcha y, al arrancar, las ruedas derraparon un momento y levantaron el agua como si fuera un surtidor. Después condujo a velocidad de crucero por la carretera de curvas que bordeaba los acantilados.

Gabrielle no decía nada. Observaba los chorros de agua que caían por el cristal de la ventanilla. Las villas que se alzaban junto a la carretera se desdibujaban ante sus ojos y se convertían en una masa gris. El panorama se correspondía con sus sentimientos. La despedida la puso melancólica, le costaba contener las lágrimas. El final de sus vacaciones felices y despreocupadas la traía de cabeza. Todavía pasarían unos días juntos. Habían quedado en regresar por la Provenza y el valle del Ródano y alargar la vuelta con unas cuantas noches de hotel y no había motivos para suponer que no mantendrían la relación en la rutina de París. Sin embargo, Gabrielle temía que algo o alguien destrozaran la magia que los rodeaba.

Circulaban entre casas, rocas, hileras de árboles y el mar agreste. Gabrielle cayó en la cuenta de que no le había preguntado a Dimitri si le gustaba navegar. A pesar del suave aire primaveral, durante la mayor parte de su estancia había hecho demasiado frío para alquilar un yate y salir al mar. En cualquier caso, lo cierto era que le gustaba conducir. A veces lo hacía de forma temeraria, pero casi siempre circulaba por la zona con una seguridad que hacía que Gabrielle confiara plenamente en él. «En cierto modo —pensó— incluso le confiaría mi vida.» En sus labios se dibujó una leve sonrisa, la primera del día.

Niza, Antibes, Cannes... Dejaron atrás los letreros de esas conocidas ciudades. El tiempo no mejoraba. Probablemente todavía no estaban lo bastante al oeste para escapar de la lluvia que golpeaba sin cesar los cristales y descargaba sobre el techo. A pesar de que el interior del coche estaba seco, a Gabrielle le dio la impresión de que la humedad le calaba la ropa y hasta los huesos. Escondió las manos en las mangas de la chaqueta. Sus ojos siguieron los movimientos rítmicos de los limpiaparabrisas. De izquierda a derecha, de derecha a izquierda. El paisaje apenas cambiaba, todo continuaba del mismo color: gris en todos sus matices.

Le pesaban los párpados. Se amodorró. Luego se durmió.

De repente se despertó sobresaltada. No sabía cuánto tiempo había dormido.

No entendía por qué se había despertado. Dimitri conducía con la misma seguridad que antes. La carretera subía ligeramente y luego volvía a bajar hacia los valles, pero él conducía tranquilamente el Rolls-Royce sobre el asfalto mojado por la lluvia. No venía ningún coche de frente, ningún camión se les había cruzado en el camino. El tiempo inhóspito obligaba incluso a los campesinos y al ganado a refugiarse en los establos.

Gabrielle miró por la ventanilla; a través del velo que formaban las gotas de lluvia vio rocas en las que crecían brezos y pinos que bordeaban los valles; los troncos grisáceos de los eucaliptos se alzaban hacia el cielo nublado desde las peñas escarpadas. De repente sintió recelo.

—¿Dónde estamos? —preguntó con voz queda.

—Ni idea —contestó Dimitri sin pensar ni apartar la vista de la carretera de curvas—. En algún punto de la Nacional 7, antes de Saint-Raphaël...

Gabrielle gritó como un animal malherido que acababa de caer en una trampa.

Dimitri se asustó y frenó en seco. El coche patinó, pero él reaccionó hábilmente dando un volantazo en dirección contraria. El coche volvió a su carril y finalmente se detuvo.

Gabrielle se sujetó con fuerza al tablero. No hubo más gritos. Miraba fijamente por la ventanilla la cruz que señalaba un lugar muy cerca de donde habían parado. Las lágrimas corrían a raudales por sus mejillas como la lluvia que caía del cielo en forma de diluvio.

—¿Coco?

Gabrielle sacudió la cabeza en silencio.

—¿Qué te pasa?

¿Cómo podía explicarle a Dimitri que se le había partido el corazón?

Se habían detenido en el mismo sitio en el que casi un año y medio antes

había aparcado el chófer de la hermana de Boy para enseñarles, a ella y a Étienne Balsan, el lugar del accidente. Y Gabrielle se derrumbó, igual que entonces. Tanto daba el tiempo que hubiera pasado, no había cambiado nada. El hombre que la acompañaba no le importaba lo suficiente para sentir que su cercanía la consolara de algún modo. El dolor seguía siendo muy intenso, igual que si le hubieran comunicado la noche anterior que Boy la había dejado para siempre.

Corría mucho, era una persona que no hacía nada con prudencia y lentitud. El rugido del motor era música para sus oídos, a veces *scherzo*, a veces rondó. Los discos de freno chirriaron. Acero contra acero, goma sobre alquitrán. Luego, el vehículo saltó por los aires, tronchó ramas y árboles, y finalmente chocó contra el borde de una roca y explotó formando una bola de fuego.

Dimitri dudó unos instantes. Luego abrió la puerta del conductor y bajó del coche.

Gabrielle lo siguió con la mirada. Al cabo de unos segundos estaba completamente empapado; en la tela clara de su traje de viaje se formaron unos chorretones oscuros y el pelo le colgaba en mechones mojados. Dimitri se acercó a grandes zancadas al monumento conmemorativo que se alzaba junto a la cuneta y se agachó delante de la cerca de hierro forjado y altura mediana que lo rodeaba. La lluvia se le colaba por cuello de la camisa, pero nada de eso le impidió leer la leyenda grabada en la piedra:

En memoria del capitán Arthur Capel,
fallecido en este lugar en accidente el 22.12.1919

Gabrielle sabía lo que ponía sin necesidad de leer una sola letra ni la fecha. Conocía el epitafio porque ella misma había encargado el pequeño monumento. No se lo había contado a nadie, ni siquiera a Misia. Su mejor amiga tampoco sospechaba que Gabrielle pagaba a un florista de Fréjus para que llevara flores con regularidad. Ese día, a los pies de la cruz había tulipanes blancos, que colgaban empapados por el agua que escapaba de las nubes. De ese modo había creado un mausoleo para su amor, que le pertenecía solo a ella y no a su viuda. Sin embargo, lo había visitado en tan pocas ocasiones como la tumba en la que habían enterrado a Arthur Capel en el cementerio de Montmartre.

La coraza protectora que se había construido para combatir la pena se desintegró como las gotas de lluvia al chocar contra el parabrisas. Lloraba. No podía parar de llorar.

Cuando Dimitri volvió al coche, Gabrielle fue incapaz de tocar la mano que él

le puso en el hombro en un gesto desvalido y cariñoso. No podía moverse. Las lágrimas eran la única señal de que aún estaba viva.

Dimitri apartó la mano en silencio, sus dedos se aferraron al volante. Se quedó cabizbajo. Se le había contagiado la desesperación de Gabrielle, aunque por otros motivos.

Era evidente que el gran duque conocía el papel que Arthur Capel había desempeñado en la vida de Gabrielle, ella se lo había contado. Ahora, Gabrielle le estaba agradecida por su discreción. Sobre todo le agradecía mentalmente que no la atosigara con preguntas ni con consejos bienintencionados. En algún momento encontraría las palabras con las que decirle que no había hecho nada mal.

Al final, Dimitri se puso en movimiento y continuó el viaje.

Salvo el golpeteo de la lluvia, el rugido del motor y el llanto ahogado de Gabrielle, en el coche no se oyó nada hasta que llegaron a Marsella.

—LO SIENTO —SUSURRÓ Dimitri y le rozó la oreja con los labios—. Tendríamos que haber acordado la ruta. Tendría que habértelo consultado.

Gabrielle se le arrimó cariñosamente y hundió la cara empapada de lágrimas en su brazo. No había nada que decir. Solo podía intentar transmitirle que él no tenía la culpa de la situación. Si lo pensaba bien, aunque le hubiera dicho que iba a tomar la Nacional 7, probablemente tampoco lo habría avisado. Se habría creído lo bastante fuerte para soportar la visión del lugar en que murió Boy. Ahora, tumbada unas horas más tarde en la cama de un comfortable hotel de Marsella, sabía que no era así.

Al día siguiente prosiguieron el viaje hacia Aix-en-Provence. El tiempo había mejorado y los colores luminosos consiguieron levantarle el ánimo. El amarillo miel, el verde pino, el púrpura y el blanco determinaban la imagen. Los frutales estaban en flor y las hierbas aromáticas que brotaban junto a la carretera exhalaban un aroma intenso.

Pasearon de la mano bajo los plataneros de la avenida Cours Mirabeau, comieron algo en el café Les Deux Garçons, admiraron las formidables fachadas renacentistas y las ruinas de la época romana. Saciados por las impresiones recibidas y con la alegría silenciosa de haber pasado una noche feliz juntos, partieron hacia Arlés.

Llegaron a la ciudad circulando bajo un techo de olivos que resplandecían con destellos plateados. Las atracciones turísticas abarcaban desde un anfiteatro romano hasta una catedral románica. Se rieron mientras exploraban la acústica de la construcción ovalada, contemplaron distintos edificios y guardaron para el final la visita a la basílica, como si Gabrielle hubiera intuido que la conmovería profundamente.

La catedral de San Trófimo y el monasterio benedictino contiguo le afectaron más que ningún otro edificio. Aquella obra arquitectónica señalaba el cielo, y las imponentes columnas del interior y el claustro, con unos mosaicos que la gente pisaba desde hacía siglos, le recordaron Aubazine. Esa expresión de la fe cincelada en piedra la trasladó a otra época, a veinticinco años antes, cuando su vida estaba llena de privaciones. De repente se preguntó si las sombras del

pasado que todavía la lastraban desaparecerían si se enfrentaba a ellas.

Precisamente en ese lugar se sintió más cerca que nunca de Dimitri. Pasearon en silencio por el templo medieval y encendieron velas juntos, y unieron las manos, igual que en la catedral rusa de Niza. Cuando iba a susurrarle al oído lo feliz que la hacía aquel momento, la música del órgano resonó en la nave de la iglesia. Entrelazaron los dedos en un gesto de complicidad silenciosa mientras escuchaban.

Las notas llevaron a Gabrielle a pensar en su juventud. No sabía si en aquella época habían interpretado alguna vez la *Sinfonía fantástica* y si lo hubieran hecho, no habría reconocido la obra de Hector Berlioz. Le debía sus conocimientos musicales a Stravinski. En la iglesia del convento de Aubazine también tocaban composiciones corales y otras piezas, pero se había deshecho rigurosamente de todo lo que tuviera que ver con aquella época. Quizá por eso la entusiasmaron tanto las canciones modernas que cantaba en el cabaré y que ahora le parecían bastante ridículas.

En su mente afloró una vaga idea... ¿Debía hacerlo? ¿O una excursión a Auvernia sería tan ridícula como las canciones con que entretenía especialmente a los clientes masculinos en Moulins y Vichy? ¿Era el zarévich el hombre adecuado para abrirse a él y descubrirle su pasado? No había viajado a los lugares de su infancia ni siquiera con Boy. De pronto se sintió culpable. No había dejado que Boy conociera esa parte importante de su vida, pero quería permitirselo a otro. Eso no estaba bien. Le soltó la mano a Dimitri.

Salió de la catedral absorta en sus pensamientos.

Se alojaron en el casco antiguo, en un estrecho edificio amarillo con postigos azules a orillas del Ródano. Las habitaciones de Gabrielle y de Dimitri, sorprendentemente señoriales, no se comunicaban a través de una puerta como habrían querido, sino a través de la terraza. Allí tomaron una copa de champán al anochecer. Contemplaron cómo el sol se ponía al otro lado del río después de alumbrar con sus últimos rayos el puente del ferrocarril. El ocaso sumergió las tejas rojas de los tejados en una peculiar luz violeta.

Después fueron a un restaurante cercano donde nadie los conocía y disfrutaron a rabiar de platos provenzales caseros como el *ratatouille* y el lomo de cordero con una fina costra de hierbas. De buen humor, se atiborraron mutuamente. Después dieron un paseo para digerir la cena. A esas horas, las callejuelas estaban silenciosas; solo encontraron a un músico callejero solitario que interpretaba melodías de *Carmen* con el violín.

—Esta música es de aquí —dijo Gabrielle cuando se detuvieron a escuchar al

violinista. Y repitió con sus propias palabras lo que Stravinski le había explicado al salir de un concierto—: Prosper Mérimée escribió el libreto para la ópera de Georges Bizet y se inspiró en las mujeres hermosas de Arlés para crear la historia de Carmen.

—No me he fijado en las *belles arlésiennes* —contestó Dimitri, serio y sin rastro de galantería—. Solo tengo ojos para ti, Coco.

«Merece que me abra a él», pensó Gabrielle.

En el acto volvió a sentir una punzada en el corazón. Se sentía culpable, igual que por la tarde en la catedral, por no haberle contado su infancia ni su juventud a Boy. Le había explicado la misma historia espeluznante que a los demás: se había criado con dos tías burguesas muy estrictas y su padre, hombre de negocios, había emigrado a América donde hizo fortuna, pero no se le ocurrió compartirla con sus hijos. ¿Por qué quería contarle la verdad precisamente a un hombre que socialmente encajaba aún menos con ella que Arthur Capel? A un hombre que seguramente pasaría por su vida como el breve aleteo de una bella mariposa. ¿Quién sabía si su relación soportaría el regreso a París y los peligros de la rutina?

Gabrielle volvió a sumirse en sus pensamientos silenciosos, pero ahora no le preocupaba la pena por Boy. Luchaba contra sí misma y contra el afecto cada vez mayor que sentía por Dimitri Pávlovich Románov. Se creía con derecho a mantener una relación sexual que no tuviera nada que ver con el amor, una aventura amorosa como las que todos los hombres se permitían al menos una vez en la vida, una fiesta de los sentidos que no afectara al alma, lo mismo que buscó, y también encontró, en Stravinski. Pero no contaba con la gentileza y la integridad de su amante Dimitri, no se esperaba que su atractivo fuera más allá de un cuerpo hermoso y atlético. De hecho, hacía tiempo que no quería disfrutar solo del sexo y la compañía de Dimitri, se trataba de mucho más. Ya no eran las fantasías de una niña ingenua que se enamoraba de un príncipe.

Aunque hacía una noche templada, al volver al hotel cerró con llave la puerta de la habitación que daba a la terraza.

A LA MAÑANA siguiente, Gabrielle se sentó en el coche y, sin contemplar el precioso paisaje, dejó que Dimitri la llevara a Aviñón por la antigua vía romana. Demasiado absorta en sí misma, no se dio cuenta de que daban un pequeño rodeo hacia el Pont du Gard hasta que Dimitri paró cerca del famoso viaducto romano. Bajaron del coche y pasearon por la orilla del río, tiraron guijarros al

agua y observaron los círculos que dibujaban en la superficie.

Gabrielle aspiró el intenso aroma que despedía el paisaje.

—Huele casi como mi perfume —constató. Se alegró de encontrar un tema de conversación que le apasionaba y que era mucho menos comprometido que la historia de su vida.

—Pero este aroma fresco de la Provenza solo se huele ahora, en primavera. No cuando hace calor de verdad —comentó Dimitri.

Gabrielle arrugó la nariz y asintió.

—Tu perfume es especial por la nitidez de la fragancia. Eso no lo consiguen únicamente Chanel N° 5 o Le Bouquet de Catherine, sino también las noches blancas de Petrogrado. —Titubeó, bajó la cabeza y añadió en voz baja—: Ojalá pudiera enseñarte mi país.

—Ojalá —replicó Gabrielle, y para no despertar en Dimitri la melancolía que embargaba su propio corazón, cambió de tema—. Monsieur Beaux me explicó que en la composición utilizan un tipo de jazmín especial que crece exclusivamente en el sur de Francia, en ningún otro lugar del mundo.

Dimitri la miró.

—Por eso Chanel N° 5 será tan caro.

—El precio no me preocupa.

No le importaba que el coste de la producción fuera extraordinariamente elevado a causa de las valiosas esencias y los ingredientes sintéticos. Ernest Beaux se lo había advertido expresamente, pero ella podía permitirse mimar a sus mejores clientas. No era más que un gasto extra que serviría para publicitar su casa de modas.

—Eres la mujer más extraordinaria que jamás he conocido —dijo Dimitri, y en un gesto íntimo le apartó un mechón de pelo de la cara y se lo puso detrás de la oreja.

—No soy más que una simple chica de Auvernia.

La respuesta salió automáticamente de sus labios, pero la hizo reflexionar de nuevo sobre la posibilidad de viajar con él al pasado.

No obstante, estaba de bastante mejor humor que durante la primera etapa de ese día de viaje. En Aviñón se instalaron en una habitación del romántico hotel Europe, ubicado en un palacete del siglo XVIII y que daba a un espléndido patio interior de pequeño tamaño en el que manaba agua de una fuente. Como cualquier turista, ellos también optaron por pasear primero por las calles encerradas por la antigua muralla y luego visitar el palacio de los Papas. Aunque a Gabrielle le dolían los pies, volvieron dando un rodeo por la plaza del

Ayuntamiento y la plaza del Reloj.

—Estos últimos días he caminado mucho sobre adoquines antiguos y estos zapatos no están hechos para eso —constató, lanzando una mirada crítica a los tacones—. Quizá debería diseñar zapatos más cómodos.

—Aquí hay muchos cafés. Vamos a tomar algo. Descansaremos con una copa de vino.

En la plaza flanqueada por preciosos edificios construidos entre los siglos XVI y XVIII ya se habían encendido las primeras farolas. La luz crepuscular transformaba los fanales en puntos dorados ante un fondo púrpura violeta. Por allí pasaban muchos vecinos de vuelta a casa; otros se sentaron como ellos en las terrazas de los cafés para tomar un aperitivo. Los pocos turistas que había en esa época del año en Aviñón hacían lo mismo o se detenían a admirar el campanario, el Ayuntamiento y la Ópera. Delante del teatro con columnas en el exterior se reunió un grupo de músicos jóvenes: un acordeonista, un violinista y un clarinetista. Al cabo de unos minutos sonaron los primeros acordes de una vieja canción popular. *Sur le pont d'Avignon...* Y, naturalmente, Gabrielle canturreó con ellos.

Dimitri prestó atención a la letra:

Sur le pont d'Avignon,

l'on y danse, l'on y danse

—¿Sabes lo que me gustaría hacer? —comentó, sonriendo alegremente—. Me gustaría bailar contigo en el puente de Aviñón.

—No sé si voy a estar en condiciones —bromeó Gabrielle, después de dirigir una mirada elocuente a sus pies—. Como no me lleves auestas por las calles de la ciudad...

—Una ocasión como esta no se repetirá —dijo Dimitri, y alzó su copa, en la que refulgía un vino tinto suave del valle del Ródano.

—Podemos volver a la Costa Azul cuando queramos...

Dimitri se quedó pensativo.

—Pero nunca volverá a ser como hoy, Coco.

Gabrielle meneó la cabeza en silencio. «No, nunca lo será», pensó. La intimidad aumentaría con la convivencia, pero ¿qué ocurriría con la confianza si ella perseveraba en la leyenda que se había inventado en torno su origen? Si

Dimitri no la dejaba en el acto, avergonzado como ella por su padre y por haberse criado en un orfanato, la abandonaría más adelante, si por casualidad se enteraba de que le había ocultado la verdad, porque se sentiría ofendido.

Como si se tratara de una señal, en la gran plaza comenzaron a sonar unas notas que Gabrielle seguramente conocía mejor que el resto del público. Justo cuando pensaba en su niñez y en su adolescencia, los músicos comenzaron a tocar una de las canciones alegres que formaban parte de su vida, tanto como el estilo inimitable de su ropa. Aunque hacía mucho que no la cantaba, la letra salió de sus labios, la melodía se abrió paso por su garganta. Sin quererlo en realidad, empezó a cantar los versos. No se le había olvidado una sola palabra con el paso de los años:

J'ai perdu mon pauvr' Coco,

Coco mon chien que j'adore,

tout près du Trocadéro,

il est loin s'il court encore...

Vous n'auriez pas vu Coco?

Coco dans l'Trocadéro,

Co dans l'Tro,

Co dans l'Tro,

Coco dans l'Trocadéro.

Qui qu'a qui qu'a vu Coco?

Eh! Coco!

Eh! Coco!

Qui qu'a qui qu'a vu Coco?

Eh! Coco!

Vio la cara de sorpresa de Dimitri, pero no se calló. Tampoco lo hizo al percatarse de que llamaba la atención de más gente. Cantaba en voz baja, pero al parecer lo bastante alto como para que los clientes sentados a las mesas contiguas volvieran la cabeza hacia ella. Sin embargo, lo que en otras circunstancias seguramente le habría resultado penoso, en ese momento no le afectó. Interpretó que el hecho de que, precisamente al final de un día en el que había bregado más que de costumbre con su pasado tocaran esa canción pasada de moda, pero que significaba mucho para ella, era una señal. Animados al oírla cantar, algunos clientes entonaron el estribillo con voz de tenor o de soprano. Al final resonaron los aplausos y unas caras sonrientes se volvieron hacia Gabrielle para dedicarle un gesto de conformidad.

—Jamás habría imaginado que una canción pegadiza sobre un perro que se pierde en el Trocadero de París pudiera causar tanta alegría —dijo Dimitri, que parecía pasárselo en grande—. Es gracioso que el perro se llame Coco y no Fifi o lo que sea. ¿Te sabes la letra porque se llama como tú, *ma chère Coco*?

—No, es justo al revés.

—No entiendo...

Gabrielle respiró hondo.

—Me gustaría enseñarte una cosa, Dimitri. ¿Tienes algo en contra de que retrasemos uno o dos días el regreso a París y volvamos por otra ruta? —En vez de esperar la respuesta, añadió precipitadamente—: Me gustaría enseñarte Auvernia, la región donde pasé mi niñez y mi juventud. Allí sabrás cómo Gabrielle se convirtió en Coco.

—Eso me haría muy feliz —dijo Dimitri y le cogió la mano.

Gabrielle le entrelazó los dedos con los suyos.

—Después de cenar bailaremos juntos en el puente de Saint-Bénézet; da igual cómo estén mis pies, te lo prometo. No podemos desaprovechar la ocasión, quizá sea única. Aquí no nos conoce nadie, podemos hacer las tonterías que queramos.

Era medianoche cuando se dirigieron al puente en honor del cual se escribió la famosa canción. Las crecidas del río Ródano habían dañado la construcción medieval a lo largo de los siglos, arrastrando gran parte. Tan solo quedaban cuatro arcadas del que una vez fuera el puente más largo de Europa. Sin embargo, el hecho de que la estrecha pasarela acabara en la nada no era lo único peligroso de día y, sobre todo, de noche. También lo era la ausencia de pretil.

Había poca luz. La luna se reflejaba en las olas que rompían silenciosamente en la orilla y los reflejos de las farolas de la ciudad, todavía encendidas,

danzaban como luciérnagas flotantes sobre el agua oscura. El rugido del motor de un automóvil que circulaba a orillas del río interrumpió el insistente croar de las ranas. La luz de los faros rozó los dos primeros arcos del puente. Había muy poca gente en las calles. Nadie se atrevía a poner los pies en el puente de Saint-Bénézet en plena noche. Gabrielle y Dimitri estaban completamente solos.

Tras una cena opípara y regada con abundante vino en un pequeño restaurante, a Gabrielle no le dio miedo que no hubiera pretil. Más bien le hizo gracia.

—Habrás que tener cuidado para no caer al agua —dijo, y soltó una risita mientras hacía una pirueta.

Estuvo a punto de perder el equilibrio y se tambaleó. Dimitri la sujetó antes de que se cayera. Quiso retenerla, pero Gabrielle se soltó y se le colgó del brazo.

—¡Es hora de bailar un cancán! —exclamó, y movió la mano libre como si se dispusiera a dirigir una orquesta invisible—. ¿Conoces la opereta *Ba-ta-clan*, de Jacques Offenbach?

Dimitri negó con la cabeza.

—No la he oído nunca.

—Pues presta atención...

Gabrielle se soltó, se plantó delante de él y le hizo una reverencia teatral. Acto seguido, levantó las piernas en el aire, bailó alocadamente un cancán y, soltando algún que otro gallo a causa del alcohol, cantó el tema «Ko-ko-ri-ko». Recordaba la letra con la misma precisión que el texto de Coco, el perro extraviado, y la interpretó con el mismo entusiasmo que de joven.

Su único espectador le dedicó un aplauso de admiración.

Gabrielle se estrechó contra su pecho, resollando.

—Creo que será mejor que te libere de bailar un *kazachok* —bromeó Dimitri.

—Yo también lo creo —coincidió Gabrielle. Entonces recordó algo. Echó la cabeza hacia atrás y lo miró con el ceño fruncido antes de afirmar—: Quieres escaquearte. El *kazachok* solo lo bailan los hombres.

Dimitri se rio y le dio unas vueltas.

—Cierto. Y el cancán es cosa de mujeres. Pero un vals inglés se baila en pareja.

El nombre de ese baile despertó un recuerdo en Gabrielle, aunque los valeses lentos no se tocaran casi nunca en tiempos de Boy y se hubieran puesto de moda recientemente. La sola palabra «inglés» bastó para que pensara en su difunto amado.

Se meció despacio siguiendo el compás de tres por cuatro con Dimitri, se acopló a sus movimientos, se dejó llevar. No disponían de mucho sitio, pero

bastaba para ese baile. Gabrielle escuchó meditabunda la melodía que él tarareaba en voz baja.

Unos instantes después, apoyó la frente en el hombro del gran duque y soñó con el hombre con el que nunca había bailado un baile tan íntimo y con el que ya nunca podría bailarlo.

POR LA MAÑANA, tras pasar la noche en Lyon, Gabrielle se puso en camino hacia su pasado. No había vuelto, ni siquiera sola, y mientras iba en el Rolls-Royce, sentada al lado de Dimitri, se preguntó si estaba en condiciones de afrontar el reencuentro.

Aunque no había cruzado nunca el macizo Central en coche por falta de medios, la carretera de curvas le pareció tan familiar que casi se asustó. Serpenteaba entre prados verdes primaverales en los que pacían vacas robustas de la raza Aubrac y pasaba junto a las cabañas de piedra de los campesinos y riachuelos borboteantes. Había refrescado, las cumbres redondeadas de las montañas volcánicas estaban espolvoreadas de blanco. Gabrielle se ciñó el abrigo a pesar de que en el coche hacía calor. Tembló de frío porque no recordaba un solo día en el que no hubiera pasado frío en aquella región.

Thiers era una pequeña ciudad que no visitaban los turistas, sobre todo porque ni siquiera la mencionaban en las guías. Sus habitantes se preocupaban tradicionalmente de sí mismos, se interesaban poco por lo que ocurría en el lejano París y aún menos por los personajes famosos de la capital. El lujoso automóvil les llamó la atención, pero nadie reconoció al conductor ni a su acompañante. La curiosidad de los ciudadanos se centraba en el cromado brillante de los guardabarros y en la estola de piel que Gabrielle llevaba sobre el abrigo, pero no en las personas. Pasaron desapercibidos y Gabrielle se colgó del brazo de Dimitri. En silencio, igual que durante todo el trayecto en coche, lo guio por las callejuelas sinuosas bordeadas por bonitas casas de entramado que apenas habían cambiado desde la Edad Media. Había pocas cafeterías, pero muchos talleres; el tintineo y el martilleo incesantes de las herrerías retumbaba en la población, y cuando se dirigieron a la confluencia de los ríos Dore y Durolle, el murmullo del agua se hizo más fuerte y los chirridos de las viejas ruedas de molino, más nítidos.

Gabrielle se apoyó en el pretil del puente y miró hacia abajo. Pensaba que se sentiría emocionalmente agitada, pero le sorprendió que el reencuentro con la ciudad de Thiers la dejara tan fría. No sentía nada. Como mucho, cierto asombro por lo pequeño que era aquel mundo que de niña le parecía inmenso y muy

excitante. Era el único lugar de su infancia en el que durante un tiempo conoció algo parecido a un hogar seguro. Fue bajo la tutela de sus abuelos y duró muy poco.

—Hay muchos herreros porque la ciudad es un centro de fabricación de cuchillos —dijo de repente sin volverse hacia Dimitri, sino que continuó mirando fijamente los pequeños remolinos y la espuma que se formaban en el agua.

Dimitri aguzó el oído.

—¿Tu padre comerciaba con herramientas de forja y armas?

Su interés era comprensible, había pasado la mayor parte de su vida en el ejército. Gabrielle sopesó unos instantes la idea de inventarse otra mentira. La tenía en la punta de la lengua: el cercano Château de La Chassaigne había sido su hogar en la infancia. Una preciosa casa solariega medieval seguramente era más aceptable para un gran duque que una casa de labranza desvencijada de la misma época. Quizá podrían dar un paseo por el parque...

Pero había ido allí para enfrentarse a la verdad, aunque eso fuera mucho más problemático que el reencuentro.

—Mi familia vivía en un pueblo cercano. Mi padre solo venía a la ciudad a comprar los cuchillos que le hacían falta.

Dimitri no sabía qué replicar. Parecía desconcertado y tardó unos instantes en reaccionar.

—Entonces, tú naciste en la ciudad de los cuchillos... —En su voz resonó un deje de diversión cuando añadió—: *Herrero* viene de «hierro», ¿verdad? Por fin sé de dónde has sacado tu voluntad de hierro, Coco.

Gabrielle lo miró sonriendo, pero en sus ojos se deslizó una sombra de tristeza.

—Me crie aquí, pero no nací en Thiers, sino en Saumur.

—¡Qué bien! ¿Por qué no me habías dicho antes que el Loira es tu tierra? El castillo, los criaderos de caballos y el vino de Saumur me encantan. Tenemos que ir sin falta.

Gabrielle tragó saliva.

—Mi madre era de un pueblo cerca de Saumur y trabajaba de lavandera —dijo—. Igual que su madre antes.

—Oh... —fue el único comentario de Dimitri.

Su semblante no mostró la menor emoción. La miraba atentamente y Gabrielle se preguntó si buscaba en su semblante una señal de que bromeaba. Pero ella no estaba para bromas.

—Quizá mi padre vendía cuchillos de su ciudad natal en alguna parte, no lo sé. Era un vendedor ambulante que se buscaba la vida en el sur, no era un hombre de negocios.

Las nubes del cielo se volvieron más densas y taparon los débiles rayos de sol. La luz cambió, el río ya no era azul, sino gris. Sopló una ráfaga de aire frío que no solo estremeció a Gabrielle, sino también a Dimitri.

El gran duque cruzó los brazos alrededor del torso.

—¿Cómo se conocieron? —preguntó después—. Me refiero a tus padres.

No parecía interesarle mucho, más bien daba la impresión de que buscaba algo con lo que romper el silencio antes de que se volviera más pesado y equívoco.

—Albert Chanel era un marrullero. Atractivo, encantador, ocurrente. Creo que se conocieron en una de esas ferias en las que antes se divertía la gente humilde. Por desgracia, mi padre era un marrullero en el peor sentido y, sobre todo, un irresponsable. No quería comprometerse y probablemente solo se casó con mi madre porque, cuando ya tenían dos hijos, sus padres lo presionaron. Nunca estuvo a nuestro lado.

—Y te criaste con unos parientes —afirmó Dimitri.

El tono neutral de su voz desconcertó a Gabrielle, no le revelaba lo que sentía. Rechazo o comprensión... No tenía ni idea de lo que Dimitri pensaba, solo podía intentar adivinarlo o esperar. En el mejor de los casos, el gran duque apreciaba lo que ambos tenían en común a pesar de las diferencias sociales. Con independencia del origen, el dolor y el miedo al abandono de una criatura pequeña debían ser iguales, pero eso ya lo sabían el uno del otro.

Un golpe de viento cruzó el valle. El golpeteo de la rueda de molino se hizo más fuerte, la espuma del río, más densa. Gabrielle se caló el sombrero de campana. Dimitri, que iba con la cabeza descubierta, se llevó la mano al pelo. Primero, una mirada fugaz entre ambos. Después se observaron. Los dos tenían la mano en la frente, hacían el mismo gesto. Mientras las sombras se oscurecían, una sonrisa iluminó de repente el semblante de Dimitri y a continuación le tomó la mano con la suya.

—¿Tuvieron más de dos hijos? —preguntó.

—Mamá, tengo mucha hambre.

—Basta ya, Gabrielle, no hay nada. Tenemos que esperar hasta que papá vuelva de viaje. Entonces volveremos a tener dinero, pero por el momento tendrás que conformarte con lo que yo consiga. No hay más.

—Por favor, mamá. Solo media taza de leche...

—No, mi pequeña Gabrielle. La leche es para tus hermanos. Tu hermana y tú podéis beber agua.

—Seis. Tres niñas y tres niños, aunque el pequeño Auguste solo vivió unos meses.

Gabrielle se pasó la mano por la mejilla y no supo si lo que se secaba era una lágrima. Quizá fuera nieve. Unos copos pequeños danzaban en la luz tenue de la tarde y se deshacían al caer sobre la barandilla del puente y sobre su piel. Le estrechó la mano a Dimitri y luego se la soltó para meter las suyas en los bolsillos del abrigo. Ignoró la humedad que notaba en la cara, hizo acopio de valor para explicarle por fin lo que la avergonzaba aún más que las circunstancias de su nacimiento.

—Cuando nuestra madre murió, yo tenía doce años, mis hermanas Julie y Antoinette, trece y ocho, mi hermano Alphonse, diez y Lucien acababa de cumplir seis. Nuestro padre llevó a los niños a un hospicio, donde más adelante los venderían como mano de obra. Mis hermanas y yo fuimos a parar a un orfanato de monjas.

—Por eso llorabas en Venecia. —No fue una pregunta, sino una afirmación. Salió de sus labios en el acto y sin resentimiento. Dimitri sacó su pañuelo y le secó cariñosamente los ojos—. No hace falta que me cuentes lo solo que puede estar un niño. Sé muy bien lo que piensas.

—Hmm —dijo únicamente Gabrielle, porque temía estallar en lágrimas si abría la boca y trataba de expresar con palabras lo que sentía. Los recuerdos la superaban. De Julie y Antoinette, que ya no estaban vivas. Y sentía pena por sus hermanos. No sabía qué había sido de ellos, pero eso no era lo único que la traía de cabeza. La ternura de Dimitri, ese asomo de comprensión, la habían conmovido profundamente. No era la primera vez que observaba lo parecidos que eran, más allá de las fronteras sociales, porque su infancia estaba marcada por grandes pérdidas. Sin embargo, la serenidad y la dulzura con que Dimitri había acogido la verdad sobre su origen superaron sus expectativas.

—En la corte de Petrogrado y en Moscú —dijo Dimitri, como si le leyera el pensamiento— conocí a muchas mujeres de origen noble. Evidentemente, también en París, en Londres y otras ciudades, pero no he conocido a ninguna que tuviera tanta elegancia y tanto estilo como tú. Estoy impresionado, Coco. Una chica con tu historia se convierte en consejera de la alta sociedad. Eso es más que destacable.

La ventisca arreció. Gabrielle lo miró a través del denso remolino de nieve con una gratitud que le salía del alma. ¿Le había enviado el destino a aquel hombre comprensivo o se lo había enviado Boy desde el cielo?

Dimitri le devolvió la mirada. Al cabo de unos instantes, le dirigió una sonrisa de ánimo.

—¿Vamos al coche? Querías ir a Moulins y a Vichy. Tenemos que salir antes de que nos bloquee la nieve.

—Eso no va a pasar—le aseguró Gabrielle. En realidad, el esplendor invernal blanco no cuajaba. Los copos solo dejaban una capa húmeda y resbaladiza en el pavimento, los adoquines lucían un tono azul plateado como el acero con que fabricaban cuchillos en Thiers—. Pero hay que irse, tienes razón. Ya está todo dicho.

«Al menos por ahora», añadió Gabrielle para sí.

LA NIEVE CUAJÓ al otro lado de las murallas. Las ruedas del automóvil trazaban un rastro oscuro sobre la cobertura blanca de la carretera. Dimitri conducía muy concentrado y con cautela para que el coche no patinara. No decía nada y a Gabrielle le resultaba agradable, porque tenía la certeza de que la causa del mutismo no era su historia, sino un tiempo demasiado invernal para el mes de abril. El silencio no era una carga, sino una necesidad.

Le parecía sensacional que Dimitri hubiera acogido la crónica de su niñez con tanta serenidad. Como si hubiera intuido que algo no cuadraba en la historia que ella se había inventado. Mientras reflexionaba sobre lo que podría ser, el ruido monótono del motor y de los limpiaparabrisas la arrulló. Al alivio por haber contado la verdad le siguió un cansancio plomizo. Los párpados le pesaban y se durmió...

Una voz familiar la despertó.

—*Bonjour, mademoiselle!* —Dimitri la sacudió con cuidado—. Hemos llegado a Vichy.

Gabrielle se masajeó el entrecejo con dos dedos para librarse del dolor de cabeza que seguramente le había provocado la postura forzada en que había dormido. Miró con escepticismo por la ventanilla salpicada de gotas de lluvia y, al otro lado de una superficie de césped bien cuidado, reconoció la fachada neobarroca del casino. En el camino de grava que conducía al Parc des Sources se habían formado charcos que la gente intentaba esquivar con más o menos éxito. Decenas de paraguas negros se arqueaban sobre unos viandantes vestidos con elegancia. Damas y caballeros se dirigían hacia el quiosco que estaba en el otro extremo del parque para pedir un vaso de agua termal bajo una cúpula de estilo oriental con baldosas azules y doradas. Aunque Gabrielle no había vuelto

en dieciséis años, conservaba una imagen nítida en la mente y tuvo la certeza de que no había cambiado nada en todo ese tiempo.

Vichy era la estación termal más grande de Francia y *tout le monde* se encontraba allí durante la temporada; la Gran Guerra no había cambiado esa costumbre. En París era un tema de conversación recurrente, pero esa fascinación hacía tanta mella en Gabrielle como las gotas de lluvia en la carrocería del coche. Aún faltaba mucho para la temporada alta, pero el movimiento que había a pesar de la época del año y del mal tiempo era notable. Probablemente causarían revuelo con solo poner un pie fuera del coche. La clientela aristocrática los reconocería enseguida, al menos a Dimitri.

—¿Bajamos? —preguntó el gran duque, aparentemente ansioso por hacer una visita turística. Lo dijo con una alegría forzada que sorprendió a Gabrielle y no consiguió ocultar que estaba tenso.

¿Temía que ella lo pusiera en un compromiso? Gabrielle se asustó al pensarlo.

En Thiers la había escuchado con paciencia y comprensión, había reaccionado con ternura al conocer su origen y ella se había alegrado mucho. ¿Por qué habría cambiado de opinión durante un trayecto de treinta y cinco kilómetros en los que ella había dormido todo el rato? Aquel entorno conocido no podía ser la causa de que en el plazo de una hora se transformara en un esnob de la peor clase.

¿O sí? ¿Se habría equivocado con él? ¿Acaso podría haber reaccionado de otra manera en Thiers? Al fin y al cabo, no podía dejarla plantada allí mismo.

Un diablillo comenzó a roerle el alma, un diablillo que quería convencerla de que Dimitri Pávlovich Románov no era un hombre sereno, sino simplemente insensible. Su educación cortesana le impedía echarla de su propio coche, era tan amable que incluso la llevaría a París —eso también le interesaba a él—, pero allí acabaría el romance. Le había contado su origen y ahora él la miraba por encima del hombro. ¿Qué otra cosa podía hacer? Ella misma contemplaba su infancia con desprecio; no en vano se avergonzaba de la verdad.

Cogió el bolso y sacó un cigarrillo.

—No hace falta que bajemos, Vichy no me importa mucho. Solo tenía que ser una breve parada antes de llegar a París. Vamos a Moulins. Nos coge de camino.

En cuanto expresó su deseo, se preguntó por qué le pedía a Dimitri que pararan en Moulins. Si bien era cierto que su estancia en esa pequeña ciudad había sido un hito en su vida, ¿tenía sentido revelarle esa parte de su biografía? ¿Era necesario que supiera lo que había ocurrido allí y de dónde había tomado prestado el apodo de «Coco»? ¿Querría saberlo? No había nada que la lastrara más que su infancia en el orfanato. Sin embargo, lo acontecido en Moulins

pertenecía también a un mundo totalmente distinto al de un zarévich. Si su pasado lo había ofendido, ya estaba todo perdido; llegar al final del camino no afectaría a su relación, pero sí a ella. Quería ir a Moulins solo por ella, no para enseñarle algo a él.

Dimitri no arrancó, le dio fuego y se encendió un cigarrillo.

—¿Qué te pasa, Coco?

—Lo siento —contestó, después de dar una profunda calada—, me he equivocado. En Vichy no hay nada, solo una o dos sombrererías que, con la decoración de sus escaparates, me llevaron a intentarlo con mis propias creaciones. No vale la pena andar por eso bajo la lluvia.

En principio, eso era cierto, todo había empezado en Moulins. En Vichy, una ciudad mucho más noble, Gabrielle puso sus esperanzas en alcanzar el éxito como cantante en el famoso teatro de la ópera. Quería ser la nueva Mistinguett, pero se quedó muy lejos de conseguirlo. No tenía suficiente talento como soprano, ahora lo veía. Pero su fracaso como cantante no era el motivo de la melancolía que comenzaba a embargarla. En Vichy perdió a la mejor amiga que jamás había tenido. No, Misia no podía compararse con Adrienne. La historia de Gabrielle con Adrienne se inició realmente en Thiers, puesto que Adrienne Chanel era su tía y, no obstante, estuvieron unidas como hermanas. Adrienne era la hija pequeña de los abuelos de Gabrielle, la hermana de su padre, y tenían casi la misma edad. Después de los años que Gabrielle vivió en Aubazine, se reencontraron en Moulins y a ella le pareció que en su vida salía el sol.

—Me gustaría participar en una de esas reuniones para tomar el té —dijo Adrienne, contemplando soñadora la mísera mesa del convento de Notre-Dame—. Como una dama distinguida.

—Como una vieja dama distinguida —puntualizó Gabrielle con una risita. Sin embargo, titubeó al ver una expresión severa en la cara de su amiga—. ¿Quién va a tomar el té además de las viejas damas distinguidas? —preguntó con cautela.

—Los caballeros distinguidos. Los que no trabajan. Son muchísimo más guapos que los que trabajan.

Gabrielle abrió los ojos como platos.

—¿No hacen nada?

—Un poco de esto y un poco de aquello. Recuerda siempre que es mejor conocer a un caballero que no trabaja que a uno que tiene una ocupación remunerada. Bueno, ya te darás cuenta tú misma de cuáles son los hombres que huelen mejor.

—Aquí, en Vichy, vi por primera vez lo que significaba tener estilo. — Gabrielle sonrió satisfecha al recordarlo, aunque sus pensamientos estaban más con Adrienne y en Moulins que en los balnearios de Vichy—. No te creerías lo que las mujeres de aquella época llevaban en la cabeza cuando salían a pasear. La mayoría parecían caballos de batalla emperifollados.

—Lástima que no quieras comprobar si las sombrereras de Vichy han mejorado su gusto. Dicen que los hombres se fijan mucho en los sombreros de las mujeres.

Dimitri le guiñó un ojo. Por lo visto, quería ahuyentar con su buen humor la melancolía que se interponía entre ellos.

—Que tú te fijas no es motivo para acabar con los pies mojados —replicó Gabrielle, aliviada por haber encontrado un tema que le apasionaba, pero que no le afectaba tan profundamente como su pasado—. Los sombreros de aquella época estaban muy bien hechos, no hay nada que criticar en ese aspecto. Respondían a la moda. Enormes ruedas de coche con mucho tul, flores de tela, plumas y pájaros. ¡Por Dios, pájaros! Flores y pájaros por todas partes, confeccionados con los materiales más absurdos.

—Recuerdo muy bien los sombreros de la zarina Alejandra. Mi tía siempre llevaba tocados que parecían un bosque.

Seguro que lo dijo sin pensarlo mucho, pero a Gabrielle le partió el alma que ese día mencionara el estatus de su familia.

—Nunca pensé que esos chismes carísimos fueran una señal de elegancia. El arte de prescindir de lo innecesario es el verdadero arte, ¿comprendes?

Si Dimitri percibió la indirecta, la pasó por alto y sonrió.

—Y luego fuiste a París y todas las mujeres se enamoraron en el acto de tus sombreros.

Gabrielle le devolvió la sonrisa.

—Las cosas no fueron tan fáciles ni tan deprisa, pero a la larga ocurrió más o menos lo que dices. En un castillo al norte de París, en Royallieu, conocí a la actriz Émilienne d'Alençon. Le gustaron mis creaciones y se las puso en el escenario y en muchos actos sociales. A sus amigas también les gustaron y pronto quisieron los mismos modelos.

Bajó la ventanilla y tiró la colilla aún encendida a un charco.

—En el fondo —prosiguió mientras volvía a subirla—, las cosas funcionan igual hoy en día. ¿Por qué crees que mis maniqués lucen gratis los vestidos más caros? Las princesas y condesas de tu tierra salen más que yo de noche y se mueven en círculos selectos. Se dejan ver en los restaurantes, en una recepción o en un baile, es como si participaran en un desfile de modas. Se pasean, se divierten y, de paso, me hacen la mejor publicidad.

—Una idea inteligente. Eres una gran mujer de negocios, Coco. Por cierto, ¿no querías contarme por qué te llamas Coco? Todavía espero.

¿Se interesaba realmente por los detalles de su vida, a pesar de lo que le había

contado? Dimitri mostraba una alegría tan refrescante que Gabrielle quiso creerlo de todo corazón. Era hora de expulsar al diablillo.

—Te lo contaré en Moulins. Allí empezó la historia.

EL ESPLENDOR Y la pujanza del Renacimiento no se habían salvado en el Moulins del siglo XX. Los revoques de las hermosas fachadas medievales estaban desconchados y todo en la pequeña ciudad parecía francamente adormecido, no solo por el mal tiempo.

—Antes, aquí había una guarnición que le daba mucha vida a la ciudad —explicó Gabrielle mientras Dimitri conducía por las tranquilas calles a orillas del Allier—. Por lo demás, aquí vivían y viven funcionarios y sus familias. No es muy emocionante.

—¿Qué te trajo aquí? —preguntó Dimitri.

—Las monjas del orfanato me enviaron al internado de Notre-Dame de Moulins como un paquete pesado con el que no se sabe qué hacer. Nadie quería acoger a una huérfana de dieciocho años.

La forma en que la trataron en aquella época todavía le provocaba amargura. Decidió no contarle a Dimitri que las «alumnas de beneficencia» no podían vestir igual que las alumnas de pago, se sentaban a otra mesa y se encargaban de los trabajos más esclavos. Pero al menos pudo salir de Aubazine, y habría sido peor si la hubieran enviado a trabajar a una granja.

—Allí me dieron clases —dijo—, alojamiento y comida, y... —el tono de su voz cambió de nuevo y se tornó más débil—. Y volví a ver a Adrienne. Fue lo mejor que podía pasarme.

Dimitri arqueó las cejas.

—¿Quién es Adrienne? Creo que no conozco a ninguna amiga tuya que se llame así.

—Era mi tía. —Gabrielle sonrió al recordarla—. Era la hermana de mi padre. Teníamos casi la misma edad y en el fondo era mi tercera hermana, además de Julie y Antoinette.

—¿Era?

Gabrielle lanzó un profundo suspiro.

—Murió. Igual que Julie y Antoinette. Y mi madre. Soy la última mujer de la familia Chanel. Solo quedo yo. Todavía. Por lo visto, estamos predestinadas a morir antes de tiempo.

Dimitri guardó silencio. Quizá los temores de Gabrielle a tener una vida corta

lo habían conmocionado. Quizá pensaba en su madre, que solo había cumplido veintiún años. Procuró que no se le notara, conducía por las callejuelas estrechas del casco antiguo con seguridad, aunque sin rumbo fijo.

—¡No te preocupes! —exclamó Gabrielle cuando el silencio se volvió angustioso—. Pienso plantarle cara al mal augurio y... ¡Cuidado! —gritó.

Al llegar a una calle ligeramente empinada, el coche se salió del carril en una curva cerrada. Dimitri frenó en seco antes de que la rueda trasera derecha impactara contra una farola. Gabrielle se vio impelida hacia delante. Reaccionó con rapidez sujetándose al salpicadero.

—Si continuas así —comentó en cuanto el coche se detuvo—, la tradición de las mujeres Chanel va a perpetuarse.

Saltaba a la vista que Dimitri no estaba para bromas. Contraía los músculos de la mandíbula. No dijo nada, puso la marcha atrás, volvió la cabeza y retrocedió con cuidado.

Obviamente, el humor negro de Gabrielle no había sido muy oportuno. Era la primera vez que ocurría algo en todo el viaje y habían dejado atrás unos cuantos kilómetros.

—Conduces muy bien, hasta ahora me has llevado de maravilla —se apresuró a afirmar Gabrielle.

—Haré todo lo que esté en mi mano por mantenerte con vida —replicó Dimitri con tranquilidad. El Rolls-Royce circulaba con parsimonia por la ciudad, pero Dimitri se desvió de pronto a la derecha y paró junto a la acera—. Vamos a bajar y a andar un poco.

—Llueve —replicó lacónicamente Gabrielle.

La comisura de los labios de Dimitri se contrajo.

—Tenemos paraguas.

—Podría resfriarme —dijo ella sonriendo.

—Eso no te matará.

Como si se tratara de una señal, en el cielo se abrió de repente un claro y un rayo de sol se reflejó en el capó y cegó a los dos pasajeros.

—Parece que el destino nos presiona para que demos un paseo.

—Espero que en el Grand Café se coma tan bien como antes.

Dimitri se colgó el paraguas en el brazo por precaución. No obstante, no lo utilizó, puesto que realmente había dejado de llover. El pavimento húmedo resplandecía al sol como si fuera de plomo y la superficie de los charcos exhibía un brillo irisado. La ciudad pareció despertar lentamente: en el *tabac* de la esquina se congregaron obreros con ropa de trabajo y oficinistas con traje para

tomar un aperitivo; unas niñeras advirtieron a dos niños con uniforme escolar para que no pisaran los charcos; una mujer con un cesto de la compra pasó a toda prisa; una chica joven con sombrero de campana y el pelo oscuro cortado a lo *garçon* salió de una tienda...

Gabrielle se quedó mirando a la chica. Le recordó a sí misma, solo que a su edad ella llevaba sombrero de paja, el pelo largo recogido en la nuca con un moño y una falda también mucho más larga. Pero la desconocida podría ser ella misma si en esos momentos se encontrara en la misma situación que veinte años atrás.

—Vamos a la rue de l’Horloge —propuso—. A ver si la Maison Grampayre todavía existe. Era una mercería. Adrienne y yo trabajamos allí de dependientas. La seda, los encajes y las cintas tenían mucha demanda en aquella época. Y hacíamos arreglos. A veces me pasaba horas sentada a la máquina de coser. Mis manos probablemente tocaron todos los pantalones de Moulins. —Una risita tonta acompañó el comentario con doble sentido.

Dimitri ignoró el matiz.

—Y ahora los pantalones y las faldas de París salen de tus manos —replicó en tono neutral.

—No todos —respondió ella sonriendo.

—Pero muchos, muchísimos.

Gabrielle asintió, orgullosa de su presente, pero con la mente todavía en el pasado. Pensó en Étienne Balsan, al que le había cosido muchas veces los dobladillos de los pantalones en el cuarto trasero de la Maison Grampayre y también le había puesto botones nuevos. En aquella época cumplía su servicio militar en Moulins. Sin embargo, no le hablaría a Dimitri del hombre que le había allanado el camino a París desde el castillo de Royallieu. Si algún amigo bienintencionado no le había contado todavía esa parte de su pasado, no le hacía falta saber nada de sus relaciones de aquella época. Ni de Étienne, un rico heredero, ni de los demás oficiales que se cruzaron en su camino, no solo cuando acudían como clientes a la mercería, sino también cuando la visitaban en secreto en su habitación. No se avergonzaba de la libertad que sintió en aquella época, que muchos calificarían de temeridad. Con todo, no le parecía sensato revelar a un amante información de sus predecesores.

—¿Tiene caballos de carreras, monsieur?

—Sí. Muchos. Sí. También tengo ponis de polo.

—¡Qué suerte! —Aunque no entendía absolutamente nada de caballos, Gabrielle fingió entusiasmo.

Le entregó al cliente la casaca del uniforme con el botón que acababa de coserle. Mientras ella le hacía

un arreglo en la ropa, Étienne Balsan se quedó de pie a su lado, observándola. Y le habló de él y de su pasión.

—¿Le gustaría ver un entreno, mademoiselle?

—Eso sería fantástico.

Quedaron para el día siguiente. Gabrielle nunca había estado en los prados del otro lado del río. ¿Para qué? Se alegraba de vivir en una ciudad, por algo había huido de la vida rural. Pero aquello parecía distinto de su pueblo natal: la hierba que caía hacía la orilla estaba bien segada, unas vallas blancas como la nieve cercaban los prados y unos corceles esbeltos con el pelaje brillante pacían tranquilamente al sol. El escenario tenía un aspecto tan opulento y cuidado que Gabrielle lanzó un profundo suspiro. ¡Era magnífico! Y no cabía duda de que los purasangres vivían mejor que las huérfanas de Aubazine o de cualquier otro lugar.

—Cuando estoy en casa, en Compiègne, disfruto todo el año de unas vistas como estas —le contó Étienne mientras le pasaba el brazo por los hombros—. ¿Qué le parece? ¿Cree que a usted también le gustaría?

En aquel momento, Gabrielle no sabía que la invitaba obligado por la situación, pero no hablaba en serio. Aunque tampoco sabía que un día lo seguiría hasta el norte de París. Solo sabía que aquella forma de vida rural podía hacerla feliz.

Daba la impresión de que el tiempo se había detenido. No había cambiado nada en la calle comercial de Moulins. Fascinada y a la vez descompuesta, Gabrielle deambuló al lado de Dimitri entre los conocidos escaparates. Se detuvo delante de la Maison Grampayre, echó atrás la cabeza y señaló el pequeño tragaluz que se veía unos pisos por encima de la tienda.

—Adrienne y yo vivíamos allí arriba. Fue nuestro primer reino, antes de buscarnos una habitación en otro sitio.

—¿Por qué Adrienne vivía en Moulins y no en Thiers?

«Dinero —pensó Gabrielle—. Todo radica siempre en los recursos económicos.» Su tía y compañera disponía de más medios que ella.

—Mis abuelos llevaron a su hija pequeña al internado de Notre-Dame —contestó— porque la institución gozaba de buena fama. Pagaban porque ella estudiara allí. Por eso la apreciaban más que a mí, que era una «alumna de beneficencia». Con todo, las dos fuimos muy amigas desde el primer momento, incluso formamos un dúo y actuamos como cantantes.

—¿Aquí, en Moulins? —Dimitri miró con sorpresa a su alrededor, como si no lograra imaginar que en aquel mundo provinciano hubiera un cabaré.

—Pues claro. —Gabrielle se echó a reír—. ¿Adónde querías que fuéramos? París estaba tan lejos como la luna.

—Entonces, este lugar no era tan aburrido como parece.

—Todo el mundo iba al Grand Café. Bueno, sobre todo los oficiales de la guarnición. En realidad, no había muchos sitios para divertirse... Y supongo que eso no ha cambiado. El Grand Café es un local precioso con muchas mesas.

Hace veinte años, todas disponían de teléfono, espejos altos y mantel.

—Adrienne y yo nos encargábamos del entretenimiento musical.

—Comprendo. Y cantabais «Qui qu'a vu Coco?» —recordó Dimitri.

—Sí. También. Esa canción se convirtió en cierto modo en mi marca... —se interrumpió, volvía a estar inmersa en los recuerdos—. Igual que la canción de «Ko-ko-ri-ko» —dijo y lo miró a los ojos—. Así fue como Gabrielle se convirtió en Coco.

—Jacques Offenbach escribió también una opereta sobre una perfumista. La música completa tu vida, *ma chère*. —Dimitri la cogió del brazo—. Deberíamos ir a ver el lugar donde nació Coco Chanel. La verdad es que tengo hambre.

LLEGARON A PARÍS de noche. Volvía a caer aguanieve. La nevada los había acompañado hasta la capital y los copos danzaban ante la luz amarillenta de las farolas. Dimitri se desvió hacia la place Vendôme y paró el coche delante de la entrada del hotel Ritz, pero Gabrielle no bajó. Siguió sentada incluso cuando el portero se acercó con un paraguas a toda prisa y le abrió la puerta.

—Ahora no puedo estar sola —le dijo a Dimitri—. No después de pasar tantas semanas contigo. ¿Te quedarás conmigo esta noche?

—Esta noche y todos los días que quieras.

Gabrielle asintió con cara seria. La voz de Dimitri había sonado maravillosa, verdaderamente solemne; sin embargo, una sombra se cernió sobre ella.

Y no desapareció ni siquiera cuando él la abrazó más tarde.

AL CABO DE dos días, Gabrielle fue con Dimitri a Bel Respiro. No tenía la intención de vivir en Garches a partir de entonces. La poca distancia que separaba el hotel Ritz de su taller continuaba atrayéndola, pero quería volver a casa, con sus perros... Y con los recuerdos de Boy. Además, antes o después tenía que encontrarse con Stravinski.

Sin embargo, el amante rechazado no estaba. Joseph la informó en cuanto la saludó. Sinceramente, no lo echaba de menos.

En la finca no parecía haber cambiado nada desde su partida: Yekaterina Stravinski pasaba la mayor parte del tiempo en la cama, su marido brillaba por su ausencia y los hijos de ambos correteaban por la casa y por el jardín lleno de barro mientras el matrimonio de criados se ocupaba de que todo fuera como una seda y de quitar el polvo para mantener el lustre de las lámparas y de los infolios de las estanterías. No obstante, Gabrielle no se sentía a gusto en su propia casa. Le daba la impresión de que la recibían mejor en los hoteles en los que se había alojado con Dimitri. Naturalmente, eso no se debía a sus invitados y menos aún a los diligentes Leclerc; tampoco al hombre con el que había ido. Lo que le desagradaba era el aura de la finca. Si lo pensaba bien, había sido así desde el principio. Había buscado a Boy entre esas paredes, pero no lo había encontrado.

Al mirarse en el espejo de su cuarto de baño, vio que en sus ojos brillaba la tristeza. Era ridículo no haberse sobrepuesto todavía a la pérdida de aquel hombre. Lloraba demasiado por el pasado; además, precisamente entonces se le abrían numerosas posibilidades para el futuro. Había mucho que hacer. Por fin había encontrado el perfume, pero la composición de la fragancia no bastaba, había que sacarlo al mundo. Además, tenía a su lado a un compañero cariñoso y sus amigos se habían alegrado de su regreso, sobre todo Misia. No estaba sola. Entonces, ¿por qué se sentía tan desgraciada?

Tomó una decisión, pero al querer ponerla en práctica, se echó a temblar y tuvo que hacer un esfuerzo para serenar las manos.

Le parecía un sacrilegio quitar los objetos personales de Boy de la estantería situada junto al lavabo. Allí había creado una especie de santuario para él. En los anaqueles se encontraban los objetos personales que había dejado en La

Milanaise. Su navaja de afeitar, la brocha de pelo de tejón, frascos de su colonia favorita, un trozo de jabón de Yardley y un peine, todo seguía a mano, como si Boy fuera a regresar en cualquier momento. También vio un viejo neceser de viaje. Los típicos artículos de tocador de un hombre que se iba unos días, no para siempre. Le dio la impresión de que hacer sitio para los utensilios de otro hombre era una crueldad, como si quisiera eliminar de su vida los recuerdos de Boy. Reconoció que esas reflexiones eran absurdas, pero su corazón estaba apegado a esos pequeños objetos; el valor material de lo que guardaba en el joyero o en el salón le importaba mucho menos.

En un ataque de profunda desesperación, Gabrielle levantó la mano para desterrar de una vez por todas de su vida las cosas de Boy. Arrasaría con ellas, las tiraría al suelo.

Sin embargo, se detuvo en pleno movimiento.

Con la mano todavía en el aire, se miró de nuevo en el espejo... Y vislumbró a una mujer en la que hablaba el ansia de destrucción. ¿Acaso eliminaría con eso uno solo de sus dolorosos recuerdos?

Todos los objetos que conservaba de su amor tenían una historia detrás, una vivencia común. No borraría de su memoria esos momentos aunque destruyera lo que aún guardaba. Si también perdía lo que en cierto modo lo mantenía vivo para ella, se entristecería aún más.

Cogió con cuidado la pequeña bolsa de cuero. En un acto reflejo, estrechó el neceser contra su pecho y volvió a dejarlo en el borde ancho del lavabo de porcelana. El estuche lo había acompañado en varios viajes... Pero no en el último. Gabrielle no sabía cuándo lo había cambiado por otro.

Gabrielle vio por la rendija de la puerta que Arthur Capel hacía el equipaje. En el castillo de Royallieu se había acostumbrado a tener los ojos y los oídos en todas partes. Era útil saber cuanto más mejor de los invitados que hospedaba Étienne, no porque fuera excesivamente curiosa, sino porque le interesaban el estilo de las mujeres y el gusto de los hombres de clase alta, quería captar todo lo que pudiera de esas personas de una clase social superior y sacarle provecho. Le partió el alma que el atractivo inglés de ojos verdes, claros y profundos como un lago de montaña se dispusiera a marcharse.

Golpeó con suavidad la puerta con la punta del pie. Se abrió. Gabrielle buscó inconscientemente con la mirada a un criado y se sorprendió al ver que el caballero se preparaba el equipaje solo. El hombre, con el neceser en la mano, a punto de guardarlo en la maleta, levantó la vista y miró sorprendido a la intrusa.

—¿Nos deja? —La pregunta sobraba y Gabrielle se enfadó en el acto porque no se le había ocurrido un comentario más inteligente.

—Sí —contestó sosteniéndole la mirada—. Por desgracia.

—¿Cuándo se va?

—En el primer tren de la mañana a París.

—Entonces yo también tengo que hacer las maletas ahora.

Sin más comentarios, Gabrielle se dio la vuelta para marcharse.

Boy no replicó.

A la mañana siguiente se encontraron en la estación.

Gabrielle tiró del corchete y abrió el pequeño estuche. Le llegó el inolvidable aroma de un perfume: Mouchoir de Monsieur. Cuando Boy se unió al grupo de amigos de Étienne, esa creación de Guerlain estaba muy en boga entre los calaveras. Quedaba un resto en el frasco con forma de caracol que descansaba sobre terciopelo rojo, igual que el resto de los envases de cristal y plata de todas las formas y tamaños. Todavía contenía sus cepillos y también la brocha de afeitar y unas cuantas hojas; solo estaba vacío el compartimento para guardar el reloj. Esa ausencia le partió el corazón. Sin embargo, no le extrañó. Supuso que Boy llevaba el reloj en el momento preciso en que las agujas de su vida dejaron de girar. Para distraerse y no pensar en el dolor, sacó de su sitio todos los frascos, los contempló uno a uno y volvió a dejarlos.

De repente se detuvo.

Tenía en las manos un frasco de farmacia de cristal blanco, con el cuello estrecho y cerrado con un tapón redondo. Gabrielle no tenía ni idea de para qué usaba Boy ese envase, no había nada dentro, ni siquiera un aroma determinado, como comprobó en el acto. Ojalá se hubiera fijado en los productos que usaba. Podía ser un medicamento, un tinte o una simple loción capilar. La forma le gustó, la sencillez y el tapón eran elegantes y, de algún modo, poco usuales. Un frasco discreto y bonito... Como hecho aposta para un contenido muy especial.

Procurando que el hallazgo no se le cayera al suelo, puso el frasco en la repisa que había debajo del espejo. Luego cerró el neceser y lo devolvió a su ubicación original. Le pediría a Joseph que pusiera una mesa auxiliar o una estantería para que Dimitri dejara su bolsa de aseo. El cuarto de baño era lo bastante grande para que cupieran muebles adicionales. También otro hombre. Pero nadie debía tocar los utensilios de Boy.

El envase de su propiedad sería lo único que encontraría una nueva ubicación. Gabrielle salió del cuarto de baño llevándose el frasco.

UNOS GOLPECITOS TÍMIDOS en la puerta.

—¡Adelante! —dijo Gabrielle.

Yekaterina Stravinski entró en el salón.

Sorprendida, Gabrielle levantó la vista del montón de papeles que mantenía haciendo equilibrios sobre las rodillas. Estaba sentada en el sofá, con el frasco de farmacia que había encontrado en el neceser de Boy en la mesa que tenía delante. Al lado, una taza de té y un plato con canapés que Marie le había preparado con cariño. En la mano, un lápiz con el que dibujaba esbozos de frascos y etiquetas. Tenía que acabar los diseños lo antes posible, había perdido muchos días de viaje desde que se decidió por la prueba número cinco de Ernest Beaux. Fabricar los envases llevaría su tiempo, se lo habían dicho expresamente en el laboratorio de Chiris en La Bocca. Y si no recordaba mal, François Coty también se lo había comentado. Por eso, después de su descubrimiento en el cuarto de baño, puso manos a la obra enseguida y no quería que la molestaran. Sin embargo, que la mujer de Ígor Stravinski se levantara de la cama y fuera a verla era demasiado inusual para enfadarse.

Aunque Yekaterina pasaba la mayor parte del tiempo en su cuarto, tenía mucho mejor aspecto que la primera vez que Gabrielle la vio. La antigua bailarina era una mujer delicada, pero no parecía tan frágil como el año anterior. Seguía débil y tenía la piel traslúcida, pero ya no estaba pálida. Su pelo, largo y recogido en una trenza enrollada alrededor de la cabeza, incluso tenía cierto brillo. La buena cocina de Marie había contribuido tanto como la calefacción a la mejoría de la mujer de Stravinski. Además, saltaba a la vista que las visitas a un médico especialista en pulmones que pagaba Gabrielle se desarrollaban con éxito. Con todo, parecía mucho mayor que Gabrielle, aunque solo se llevaban dos años.

—¿Puedo hablar con usted un momento?

Gabrielle recogió los esbozos, los puso sobre la mesa y dejó el lápiz encima. No se sentía a gusto. ¿Quería hablarle de Ígor? Marido y mujer eran primos, se conocían de toda la vida. Stravinski le había dicho que se lo contaba todo a su esposa. ¿Había ido ahora a verla para hablarle bien del examante, de su marido?

Gabrielle pensó que no debería haber iniciado nunca un romance con el genio de la música. Todo lo relacionado con aquel hombre era demasiado estresante.

—Venga, siéntese aquí conmigo. ¿Le apetece un té? —dijo Gabrielle, cumpliendo con una sonrisa con su deber de anfitriona.

—No querría molestarla... —Yekaterina se retorció las manos con timidez.

—Ya lo ha hecho. Por eso ahora deberíamos ponernos cómodas.

—Sí, entonces... —Yekaterina no acabó la frase que había empezado, pero se sentó en el borde de una butaca.

Gabrielle levantó la campanilla que había dejado en la mesa del tresillo y llamó a Joseph. Pidió otra taza de té y unos canapés para Yekaterina, aunque ella no hubiera aceptado expresamente la invitación. Cuando el criado se fue, Gabrielle juntó las manos en el regazo, adoptando una actitud paciente. Era obvio que la conversación resultaría complicada.

—Me alegro de que me haga compañía —afirmó, mientras lanzaba una mirada furtiva y ansiosa a los esbozos.

Yekaterina titubeó antes de hablar.

—Es importante que se entere de los cambios por mí y no por terceras personas. En realidad, debería hablar con usted monsieur Stravinski, pero no han coincidido. Ayer se fue a París. —Hablar la fatigaba. Respiraba con dificultad.

—Una lástima, por supuesto —admitió Gabrielle, aunque se alegraba de aplazar la entrevista—. Pero seguro que pronto habrá ocasión de... De mantener una charla.

—Sí, claro. Seguro. —La enferma se llevó la mano a la boca y tosió.

Saltaba a la vista que ella también se sentía incómoda. Y en el momento en que Joseph entró con una bandeja en la que llevaba una taza de té y un plato con canapés Gabrielle entendió por qué.

Estaba convencida de que la pobre mujer tenía miedo de perder el techo que la cobijaba, como si creyera que Gabrielle los pondría de patitas en la calle, a ella y a sus hijos, porque se había decantado por un hombre que no era Ígor Stravinski.

Gabrielle le ordenó con un leve gesto al criado que se retirara, cogió la tetera y le sirvió una taza a la mujer. Esperó a que Yekaterina expresara con palabras sus preocupaciones, pero no ocurrió nada.

Al cabo de un rato, Gabrielle tomó la iniciativa.

—Usted es y seguirá siendo una invitada bienvenida en esta casa, Yekaterina.

—¿Cómo dice? —preguntó mirándola consternada.

—Nada más lejos de mi intención que echarla de mi casa porque...

—¡Oh, no! —exclamó Yekaterina, asustada. Al hablar, gesticuló con fuerza,

sus manos temblaban como mariposas agitadas y estuvo a punto de verter el té —. No, no, no. Jamás pensaría algo tan infame de usted. Desde que salimos de Rusia, usted se ha portado mejor que nadie con nosotros.

Desconcertada por su error, Gabrielle aguardó en silencio.

—Monsieur Stravinski... Ígor... ¡Ama a otra mujer! —Tras esa declaración, Yekaterina se derrumbó como si hubiera reservado todas sus fuerzas para ese momento y ahora las hubiera perdido.

Gabrielle se quedó boquiabierta, la noticia la había cogido desprevenida. Ella confiaba en que el compositor volvería con su esposa al terminar su aventura. Al fin y al cabo, era un hombre de familia, nunca había dejado lugar a dudas en ese aspecto. Y le molestó muchísimo que se buscara tan pronto una nueva amante. Lo consideró una traición. No a ella personalmente, sino a Yekaterina, a sus hijos y, en definitiva, a su hospitalidad. ¿Acaso esperaba que también acogiera en su casa a la otra? El asombro se transformó paulatinamente en enfado.

En el salón imperaba un silencio angustioso. Solo se oía el suave tintineo de la porcelana y la respiración estertórea de Yekaterina; los perros ladraban en algún lugar de la casa y el reloj de la chimenea marcaba las horas con su tictac. Gabrielle apreciaba mucho el silencio armonioso, pero aquella calma tensa se convirtió en una prueba de resistencia. La impaciencia ganó la partida.

—¿Y quién es? —preguntó finalmente—. ¿La conozco?

Las mejillas pálidas de Yekaterina se sonrojaron.

—Supongo que ha coincidido con ella alguna vez. Monsieur Stravinski se ha enamorado de Vera, la esposa de Serguéi Sudeikin. Ígor quiere que se divorcien. —Un leve estertor acompañó sus últimas palabras. Finalmente cogió la taza para tragarse la tos con el té. A continuación, la mujer engañada prosiguió—: Madame Sudeikin le echó las cartas a Ígor. Según ella, las cartas no mienten. Yo creo que realmente no lo hacen. Y las cartas decían que estaban hechos el uno para el otro. Hasta la muerte.

—Supongo que las cartas no mienten —murmuró Gabrielle, afectada.

Gabrielle era francamente supersticiosa, pero en ese caso se negaba a creer en poderes superiores. Más bien se temía que Vera Sudéikina hubiera puesto algo de su parte. Seguramente había sucumbido a la fuerza de atracción del compositor y trataba de retenerlo por todos los medios. Gabrielle conocía lo suficiente a Stravinski como para saber que el músico había caído en la trampa. Por otro lado, no cabía duda de que le convenía más una persona rebotante de vida que Yekaterina, que casi siempre tenía que guardar cama. Había coincidido con Vera un par de veces en actos organizados por Diáguilev, una mujer guapa

que comprendía el espíritu ruso, pero que, al parecer, también sabía muy bien lo que quería.

—Pero tal vez las cartas mientan —afirmó súbitamente Gabrielle—. No hay que fiarse nunca de una sola opinión.

Una delicada sonrisa se deslizó por el semblante de Yekaterina.

—Monsieur Stravinski está loco con la idea de que vivamos todos juntos...

—¡Oh!

—No puede vivir sin los niños —prosiguió sin hacer caso de la exclamación de Gabrielle—. Y es muy honesto conmigo. No quiere dejarme.

«Menos mal», pensó Gabrielle con furia. Mientras ella meditaba dónde instalaría a Vera Sudéikina en su casa y si realmente apoyaría ese *ménage a trois*, Yekaterina continuó hablando. Sin embargo, Gabrielle estaba demasiado ocupada con sus propios pensamientos para escuchar un monólogo pronunciado entre jadeos. No le prestó atención hasta que oyó el nombre de una ciudad muy conocida.

—¿Qué va a hacer en Biarritz? —preguntó bruscamente.

Yekaterina la miró perpleja.

—¿Puedo tomar otra taza de té? —preguntó con voz ronca.

—Disculpe la descortesía —respondió Gabrielle, que se apresuró a servírsela.

Yekaterina tomó rápidamente un sorbo.

—Monsieur Stravinski —explicó entonces con voz clara y firme— quiere que nos traslademos todos a Biarritz. Dice que el clima de allí les irá muy bien a mis pulmones.

—¿Quiere decir que se mudan?

—Ígor quiere buscar una casa en la costa atlántica para los niños, para mí y para su nueva pareja. Lo entiende, ¿verdad? Es un hombre de familia.

¡Menuda sorpresa! Gabrielle pensó que en su ausencia habían ocurrido muchísimas cosas. Su ex amante forjaba planes con otra mujer y la esposa los aceptaba sin rechistar. La situación parecía armónica y se ajustaba bastante a lo que ella misma necesitaba. Sin embargo, tuvo que hacer un esfuerzo para recomponerse. Realmente era una suerte que Yekaterina le contara los cambios. Si lo hubiera hecho Misia, no la habría creído. Incluso lo habría puesto en duda si se lo hubiera dicho Stravinski, ya que lo habría interpretado como las palabras de un hombre cegado por los celos. Explicada por Yekaterina, la historia cobraba otra dimensión.

Gabrielle se inclinó y le estrechó la mano. La tenía fría.

—Agradezco su sinceridad y le deseo lo mejor en el futuro. Si puedo hacer

algo por usted, Yekaterina, estoy a su disposición. Delo por seguro.

—Hay algo... —Yekaterina bajó los párpados, avergonzada.

—¿Sí?

—El cheque... —La esperanza que se reflejó en su rostro dio paso a la más pura desesperación. Tragó saliva—. Sé que todos los meses le expide un cheque a monsieur Stravinski. ¿Sería posible que continuara concediéndole ese crédito? Después de que nos mudemos a Biarritz.

Gabrielle sonrió.

—No estoy apegada al dinero. Y tengo bastante. No se preocupe. Nunca me olvidaré de usted ni de Stravinski.

Gabrielle vio con estupor que Yekaterina se levantaba bruscamente y se arrodillaba a sus pies.

MARÍA PÁVLOVICH ROMÁNOVA no entendía que su hermano pasara tantas semanas jugando a los tortolitos en el sur de Francia mientras en su país se preparaba una nueva revolución. En los círculos de emigrantes entre Berlín y Londres no se hablaba de otra cosa más que de las noticias que llegaban de Rusia sobre las revueltas que duraban desde el mes de febrero. El hambre y el descontento con el gobierno de los bolcheviques habían provocado huelgas de obreros y el levantamiento de los marineros en la fortaleza naval de Kronstadt, delante de la costa de Petrogrado. La gente reclamaba nuevas elecciones, libertad de expresión y de prensa, la supresión de los privilegios que disfrutaban los miembros del partido, igualdad en el reparto de alimentos, la posibilidad de que los artesanos abrieran sus propios pequeños talleres y la libre disposición de los campesinos sobre sus tierras.

El levantamiento de los marineros del Ejército Rojo había sido sofocado con un baño de sangre, pero la esperanza de regresar a Rusia alcanzó como una ola a los exiliados en París y arrastró consigo incluso a los más escépticos. Se hablaba de entronizar de nuevo a los Románov en una Rusia democrática y parlamentaria, siguiendo el modelo de la corona británica. Era el momento de que Dimitri reivindicara sus derechos. Pero estaba de viaje con Coco Chanel. Sus seguidores habían tenido que armarse de paciencia hasta que regresara a París.

María odiaba la inactividad. La apatía de su exmarido fue el motivo por el que ocho años antes se arriesgó a provocar un escándalo y se divorció del príncipe Guillermo de Suecia, incluso asumió tener que separarse de Lennart, su hijo de cuatro años, a cambio de una vida independiente y libre. Nunca había sabido tener las manos quietas como otras princesas. En Estocolmo le arrancó permiso al rey, su suegro, para estudiar en la escuela de Artes y Oficios, amplió sus conocimientos de dibujo y aprendió fotografía. Cuando estalló la Gran Guerra, después de su regreso a la corte de los zares, enseguida se presentó voluntaria para trabajar de enfermera en el frente. A pesar de las malas experiencias, siguió creyendo en el amor y, poco después del estallido de la Revolución rusa, se casó con el príncipe Serguéi Mijáilovich Putiatin. Sin embargo, ese matrimonio

tampoco fue feliz. Al menos no resultó como ella esperaba. Tuvo un hijo, pero se vio obligada a dejarlo con sus abuelos en Bucarest durante la huida y el niño murió poco después. Se trasladó con su marido a Londres y luego a París. Se demostró que Serguéi era incapaz de adaptarse a la realidad y también de ganar dinero. María vendió sus joyas para sobrevivir y cosía y bordaba siempre que alguien quería comprarle un modelo. No ganaba mucho, pero, a pesar de los reveses, la actividad continuaba siendo su motor más fiable.

Dimitri apareció puntualmente en París para celebrar el trigésimo primer cumpleaños de su hermana con un pequeño grupo de amigos rusos, pero María no había tenido ocasión de reunirse con él a solas y tenía que informarlo urgentemente de que no era el único candidato a zar que se mencionaba en las conversaciones, sino que lo eran también su primo Kirill Vladímirovich y su tío Nikolái Nikoláievski. Estaba convencida de que Dimitri todavía no lo sabía porque el grupo de artistas franceses con los que trataba últimamente no se habrían enterado... O, simplemente, no les interesaba la política. La agrupación rusa más conservadora en el extranjero apostaba por Kirill, quizá por la legendaria ambición de su difunta madre, y los exiliados modernos querían a Dimitri en el trono. Para María no cabía duda de que su hermano tenía que ponerse de inmediato en contacto con sus seguidores para declarar su derecho al trono.

Mientras buscaba un taxi en un París al fin primaveral para reunirse con Dimitri en el hotel Ritz, tomó consciencia de que, más que una gran duquesa, parecía una campesina. No había aprendido a recogerse el pelo de manera que le favoreciera ni sabía vestirse sola. A falta de doncellas, desde que huyó de Petrogrado se preocupaba poco por su aspecto, no se miraba mucho en el espejo y la ropa y el peinado pasaron a ser una necesidad molesta que cubría como podía. No obstante, era consciente de que su falta de vanidad era impropia de un entorno aristocrático.

Además, su apariencia era un problema, porque evitaba que los taxistas de París se pararan. A pesar de sus gestos vehementes, los conductores pasaban de largo encogiéndose de hombros. Al parecer, no se fiaban de que tuviera dinero. ¡Si ellos supieran!

María llevaba en el bolso las perlas de su abuela. Se había hecho secretamente con los largos y bellísimos collares de la zarina Maria Alexándrovna y había conseguido sacarlos del país. También sus propias joyas. Sin embargo, a diferencia de sus alhajas personales, no se había atrevido a cambiar por dinero la valiosa herencia. Ahora creía que había llegado el momento de entregarle a su

hermano las llamadas «perlas de los Románov». Era muy probable que Dimitri necesitara los lujosos colgantes para financiar su exigencia a ocupar el trono.

Al final, un coche se detuvo a su lado.

—¿Adónde va, abuela? —preguntó un taxista con marcado acento eslavo.

El comentario la horrorizó. Quizá debiera preocuparse más por su aspecto y menos por la política.

—Lléveme al hotel Ritz, en la place Vendôme —dijo dando la dirección con un tono de voz cargado de superioridad imperial.

—*Bozhe moy!* —El taxista volvió la cabeza. Hasta entonces, María solo le había visto el cogote—. ¡Dios mío! —Se santiguó siguiendo el rito ortodoxo—. Su Alteza Imperial, es para mí un honor poder llevarla.

—Muchas gracias —contestó María automáticamente. Sin embargo, luego preguntó con cautela—: ¿Nos conocemos? —La pregunta sobraba. Si el ruso la reconocía con solo mirarla por el retrovisor pese a su sencillo atuendo, seguro que habían coincidido al menos una vez en el pasado. Las fotografías que se divulgaban de ella la presentaban siempre esplendorosa.

—Sí. Fue en un baile en el palacio de Alejandro. Incluso tuve el honor de bailar con usted. Volvimos a vernos quince años después en el hospital de campaña de Pskov. Le debo a usted la vida.

María se avergonzó por no recordar la cara amable y surcada de arrugas de aquel hombre. Con todo, asintió para no decepcionarlo.

Él se dio cuenta.

—Soy el príncipe Paul Nikoláievich Solyaschin —se presentó—. Pero hoy en día nadie tiene por qué notarlo.

«Tampoco se nota que yo soy la gran duquesa», pensó María. En ese mismo instante, el engranaje de su cerebro se puso en marcha. En su mente apareció la imagen de un héroe juvenil radiante. Era triste lo mucho que había cambiado su compatriota en el exilio. Lo comparó involuntariamente con su bien parecido hermano, que conservaba todo su atractivo.

—Sí —confirmó con voz suave—, lo recuerdo, príncipe Solyaschin, pero ahora será mejor que arranque o llegaré tarde a mi cita.

Mientras el hombre pisaba el acelerador, María se preguntó cuánta propina tendría que darle a un hombre de su misma esfera social. De su antigua esfera.

EVIDENTEMENTE, MISIA FUE su primera visita. Cuando corrió la voz de que Gabrielle estaba de nuevo en París, se presentó en el taller sin avisar, como siempre. No mencionó su injerencia en la vida privada de su amiga. Se comportó como si el telegrama a Stravinski no hubiera existido nunca y Gabrielle le dio el gusto de no sacar el tema. De todos modos, no tenía ninguna duda de que habría negado su participación en la intriga. Así pues, podía ahorrarse la charla. La abrazó con cordialidad como si no hubiera ocurrido nada.

—Quiero saberlo todo —dijo Misa con voz aflautada y, con un gesto elegante y a la vez descuidado, tiró el abrigo en el respaldo de una butaca—. Tienes que contármelo todo de tu viaje y del gran duque.

—Siéntate, por favor —dijo Gabrielle sonriendo, pero Misa ya se había sentado.

—¿Cómo está Dimitri Pávlovich?

Gabrielle se sentó al lado de su amiga en el sofá y se encendió un cigarrillo.

—Espero que bien —contestó, exhalando una pequeña nube de humo a cada palabra—. Ha ido a Berlín para reunirse con algunos exmilitares de alta graduación. No tengo ni idea de por qué los generales rusos se han exiliado en Alemania, pero allí discuten probablemente desde hace semanas sobre un nuevo orden en Rusia.

—¿Significa eso que ha reclamado su derecho al trono? —Misa resopló a causa de la emoción.

—Sí, por supuesto.

Misa aplaudió.

—¡Y pensar que te ayudé a elegir cuando hace poco le compraste una colección considerable de corbatas de seda en Hermès! *Corbatas para el zar* sería un título original para mi libro de memorias.

—¡Qué ocurrencias tienes! —se rio Gabrielle y en ese momento volvió a perdonarle la intriga—. Te he echado de menos.

—Seis semanas de vacaciones. Te habrás vuelto loca. ¿No te has aburrido muchísimo?

—En absoluto. —La risa se transformó en una sonrisa silenciosa. Se sumió un

instante en los recuerdos y luego repitió—: No, de verdad que no. Es muy agradable viajar con Dimitri. Nos entendemos. En cierto modo, incluso nos complementamos. Es un amigo maravilloso.

—¿Y nada más? —Misia parecía decepcionada—. Precisamente quería hablar contigo de lo que significa su coronación, que también sería la tuya, naturalmente. ¿Ya te lo ha propuesto?

—¡Qué tontería!

—O sea, que no te lo ha pedido —constató Misia—. Pues debería. En el Palacio de Invierno no han visto nunca una mujer como tú, Coco. Será divertidísimo.

La partida de Dimitri a Berlín había sido tan precipitada que Gabrielle no había tenido tiempo de pensar en las consecuencias que pudieran tener esas reuniones. ¿Qué ocurriría si realmente se convertía en el sucesor del infortunado zar Nicolás II? Evidentemente, había soñado más de una vez con ser su esposa. Pero ¿acaso esos sueños no eran fruto de la despreocupación y de su estado de ánimo romántico en el sur de Francia? En París, de vuelta a la rutina, esa postura parecía haberse enmendado de un modo espontáneo. Gabrielle no esperaba nada de Dimitri, menos todavía una propuesta de matrimonio.

—Ya veremos qué noticias trae Dimitri de Berlín —dijo Gabrielle, intentando rebajar el entusiasmo de su amiga—. Su partida fue muy precipitada porque no es el único pretendiente al trono. Un primo suyo, un hombre ambicioso que se llama Kirill, se interpone en su camino. Y vive en el imperio alemán. Está casado con una princesa de Sajonia-Coburgo y Gotha. El matrimonio huyó de los bolcheviques con sus hijos y viven con los suegros en Coburgo. No está tan lejos de Berlín como Dimitri.

—Desde que asesinaron al zar, mi tía María Pávlovna no hablaba de otra cosa, siempre decía que su hijo mayor tenía que ser el heredero —le contó Dimitri, que se había sentado con ella en el asiento trasero del coche que los llevó a la estación Gare du Nord, donde Dimitri tenía que coger el tren a Berlín, y Gabrielle no quería perderse una conmovedora escena de despedida—. Kirill incluso tomó partido un tiempo por los rojos. Es una pena que la tía María no viva para presenciar cómo se desarrollan los acontecimientos. Se sentiría muy feliz, pero me complicaría la vida mucho más de lo que me la complica su recuerdo.

El nombre le tocó la fibra a Gabrielle.

—¿María Pávlovna? —repitió pensativa—. ¿Te refieres a la gran duquesa que estaba muy unida a Diáguilev?

—Sí, le regaló su pañuelo perfumado. —Dimitri sonrió a pesar de la tensión que a todas luces lo oprimía—. Hablamos de ella en Venecia. Conociste el Bouquet de Catherine indirectamente a través de ella.

—Las relaciones familiares de los Románov son muy embrolladas —dijo

Misia riendo—. Todas esas intrigas y alianzas matrimoniales. Nuestro amigo Marcel Proust debería escribir una novela... Si algún día encuentra el tiempo perdido, claro. —Le hizo mucha gracia su propio chiste sobre el ciclo novelístico del autor que se publicaba desde hacía años en distintos volúmenes y todavía no había concluido.

—A mí también me fascinan las historias de la antigua Rusia. Incluso acaricio la idea de incluir elementos de la cultura eslava en mi próxima colección. Camisas de cosaco, bordados... Algo así.

—Pero nada de borlas —se rebeló Misia, que se permitió añadir un gesto de desprecio—. No entiendo por qué quieres presentar ese tipo de folclore, pero ya me hablaste de ello y, bueno, espero que me sorprendas. Todavía falta un año para la próxima colección. ¡Quién sabe lo que pasará hasta entonces! Si no recuerdo mal, ibas a reunirte con el perfumista de los Románov en Cannes. ¿Has hecho progresos en tu Eau de Chanel?

—¡Sí! —Gabrielle apagó la colilla en un cenicero, se levantó y se dirigió al escritorio.

Abrió un estuche y sacó un pequeño matraz cerrado con un corcho, en el que brillaba un líquido de color ambarino. Al contemplar el valioso producto, en sus ojos castaños brillaron unas chispas que centelleaban como estrellas en el cielo oscuro. Agitó levemente el tubo de ensayo antes de acercárselo a Misia y abrirlo. El intenso aroma dulce del perfume se extendió en el acto.

—*Mon Dieu!* —exclamó Misia—. ¡Qué fragancia! Coco... ¡Es fantástica!

Gabrielle asintió con orgullo. Le echó una gota de la esencia en la muñeca, luego acercó la nariz al frasco y aspiró la mezcla de ochenta ingredientes distintos. No importaba cuántas veces oliera la prueba, siempre descubría nuevos matices. Era como un encuentro inacabable de sus sentidos con la perfección absoluta.

—¿Me permites que te lo presente? —dijo solemnemente—. Es Chanel N° 5.

—¿Un número en el nombre? —preguntó Misia con voz nasal, porque se había acercado el brazo a la cara para percibir el despliegue de la fragancia—. ¿Por qué no? —Por lo visto, estaba de acuerdo con la decisión de Gabrielle, puesto que no insistió—. Pero no pensarás comercializar esta magnífica fragancia en ese envase de laboratorio, ¿verdad? Es poco romántico. Y tampoco es elegante. Más bien es espantoso.

—Por supuesto que no —dijo Gabrielle. Cerró el matraz con el tapón de corcho y lo devolvió a la oscuridad protectora del estuche—. Mis diseños para el frasco se inspiran en una botellita que encontré en el neceser de Boy. En la

fábrica de vidrio de Brosse están trabajando para desarrollarlos. —Sacó del joyero el hallazgo que había hecho en el cuarto de baño.

Misia se le había acercado y ahora miraba con curiosidad por encima de su hombro.

—¡Qué original! —comentó al ver la botella rectangular con tapón redondo—. Muy sencillo y elegante. Destacará entre los demás frascos. El modernismo todavía no se ha despedido de los envases de perfumes y otros productos de cosmética. Una idea notable, Coco. Una vez más, contradices la tendencia actual, pero esa es tu insignia.

—François Coty dice que los perfumes no solo se huelen, también hay que verlos. Es un maestro. Mi mentor, sin lugar a dudas.

—¿Le encargarás la producción al Napoleón de la industria cosmética?

—No. Aunque quisiera, no podría. Ernest Beaux, mi perfumista, trabajó para Rallet en Moscú y ahora ostenta el cargo de director técnico en Chiris. Sinceramente, creo que para lo que yo pretendo es mejor una empresa pequeña. La cantidad de Chanel N° 5 que hay que producir no será muy grande y a una fábrica con las dimensiones de la de Coty no le saldría a cuenta.

—Una sabia decisión —la secundó Misia—. Más pronto que tarde, el encantador François Coty seguramente te privaría de toda tu independencia. Es un déspota, no se puede decir otra cosa de él, pero es un dictador afable y también inteligente, hay que reconocerlo. Deberías escuchar sus consejos.

—Eso me propongo.

Misialadeó la cabeza.

—¿Y el embalaje? Esa preciosa botellita necesita una caja con el nombre.

—Todavía no lo sé, pero no quiero que aparezcan jovencitas con alambiques en las manos.

—Tendrás que darte prisa con el diseño. Seguro que fabricar los embalajes requiere tanto tiempo como el trabajo de los vidrieros.

—Lo sé.

Gabrielle suspiró, guardó el envase de farmacia en el joyero y cerró la tapa con cuidado.

Cuando tuvo las manos libres, buscó los cigarrillos y fuego. Le ofreció uno a Misia, que lo rechazó con un movimiento de la cabeza. Seguía con la nariz pegada a la muñeca.

—Por desgracia, no se me ocurre nada —confesó Gabrielle después de encenderse un pitillo—. Y cuantas más vueltas le doy, más vacía tengo la cabeza.

—Hmm —murmuró Misia, que cerró los ojos y aspiró la fragancia—. ¿Con

qué flores se elabora tu Eau de Coco? Perdón, tu Chanel N° 5.

—Jazmín... —empezó a contestar Gabrielle, pero Misia la interrumpió antes de que pudiera continuar con la enumeración.

—¡Magnífico! Son flores blancas. Creo que eso habla a favor de una cajita blanca. Y letras negras...

—Blanco y negro. Sí, son mis colores.

—Exacto. Esa combinación encaja perfectamente en tu estilo, Coco. Por algo pintaste la casa de blanco y los postigos de negro.

—Negro sobre blanco —repitió Gabrielle, pensativa—. ¿Es seductor? François Coty siempre advierte de que un perfume tiene que seducir...

—Seguro que sí —afirmó Misia.

—Coty también se refiere al envase, Misia. —Gabrielle frunció el ceño—. Negro sobre blanco. No estoy muy segura, pero... Sí, podría funcionar. Evidentemente, no puede parecer una caja de pastillas, pero, con un material de calidad y un logo elegante, quedará perfecto. —Sonrió a su amiga a través del humo del cigarrillo—. Y nosotros solo aceptamos la perfección. Otra frase de nuestro amigo.

—Chanel N° 5... Coco Chanel... Chanel N° 5... —murmuró Misia, repitiendo las palabras una y otra vez. De repente levantó la vista—. ¿Todavía tienes los manuscritos de Catalina de Médici?

—Por supuesto. No son un libro que prestas y después te olvidas de él.

—Tienes que volver a echarles un vistazo sin falta. Creo recordar que en algún sitio aparecía el monograma de la reina. No sé exactamente dónde, pero creo que su escudo de armas está en los documentos. Si no es así, tendremos que organizar una visita al Louvre o un viaje a los castillos del Loira, donde vivió la reina. Lo encontraremos...

—¡Misia! —exclamó Gabrielle para contener el ataque de entusiasmo de su amiga—. No sé adónde quieres ir a parar. Por favor, explícamelo antes de enviarme de viaje.

—Hablo del monograma de Catalina de Médici. Su monograma era una doble C, escrita con trazo sinuoso. La inicial de su nombre. Y también del tuyo.

Gabrielle enarcó las cejas en un gesto de sorpresa.

—¿Estás segura?

—¿Guardas los antiguos manuscritos aquí o en Garches?

Gabrielle señaló un armario con un gesto vago de la mano.

—Vamos a buscarlo ahora mismo. —Misia sonrió con aire de confabulación—. Si de ese modo encontramos un logo, al menos habrá valido la pena que te

gastaras seis mil francos en esos papeles amarillentos.

MIENTRAS EL AROMA de la primavera se extendía sobre París, los castaños florecían y los cisnes competían con los barcos de carga en el Sena, Gabrielle apenas se movió del escritorio. Iba tan poco a Bel Retiro que no vio los saúcos en flor. Casi ni se enteró de los fastos que se organizaron para celebrar el centenario de la muerte de Napoleón.

Había que adaptar y poner a punto los pedidos de la colección que había presentado el 5 de mayo en los espacios de la rue Cambon. Las clientas iban y venían, los proveedores llevaban telas que luego unos recaderos entregaban junto con los patrones a las muchas modistas que trabajaban para Gabrielle en los alrededores de París. Era un no parar, todas las mujeres querían vestir bien en las vacaciones de verano y antes querían brillar en los últimos estrenos teatrales de la temporada.

Gabrielle caviló en lo que ocurriría si todas aquellas mujeres usaran Chanel N° 5 y una nube de aroma se posara sobre la ciudad como una campana de jazmín, rosas e ylang-ylang. Al acabar por fin los diseños, negoció con fabricantes de cartón (¡había de todo!) y con imprentas, y, acto seguido, envió un telegrama al departamento de administración de Chiris interesándose por los avances en la producción. Su rutina diaria semejaba una maquinaria agotadora y repetitiva, y a veces se preguntaba si no habría sido mejor dejar la fabricación del perfume en manos de François Coty en vez de ocuparse ella de todo.

Dimitri era un compañero cariñoso, pero también estaba muy ocupado con sus propios asuntos y no tenía mucho tiempo libre. Cuando se sentaban en el restaurante del Ritz o en la suite de Gabrielle para tomar una cena rápida antes de irse a la cama, Dimitri le hablaba sobre todo de lo que le contaban en sus reuniones con otros exiliados.

—Cada vez llegan más noticias de la antigua patria diciendo que ahora, después del duro invierno, hay una sequía espantosa. Se han visto afectados sobre todo los graneros del Volga y del sur de Rusia. Por eso la hambruna no cesa. Estamos todos desesperados y rezamos por nuestros hermanos y hermanas.

—Pero, cuanto peor le vaya a tu pueblo, más aumentarán tus posibilidades de regresar, ¿no es cierto?

—Dependerá de cómo reaccione el mundo a la situación. Veinte millones de personas sin nada para comer. Las reformas económicas de Lenin no han cambiado un ápice el escenario. Si mis informaciones son ciertas, no le queda más remedio que pedir ayuda internacional para su República Soviética, no parece haber otra solución para combatir la escasez. Si Estados Unidos, el Imperio británico y Francia vinculan la ayuda a determinadas condiciones políticas, como el regreso de la familia imperial, se ganaría mucho, pero no me gusta que mi destino se decida a costa de los obreros y los campesinos.

Gabrielle cortó en silencio el pollo asado que tenía en el plato. No quería pensar en cómo pintaba el futuro para Dimitri... Y para ella. De repente la asustaba la idea de que realmente pudiera volver a Rusia como zar.

—Pero todavía no se ha aclarado la sucesión al trono, Coco —dijo como si le leyera el pensamiento—. Los seguidores de Kirill Vladímirovich creen que los comunistas y la corona podrían gobernar codo con codo. Yo soy favorable a una monarquía parlamentaria como la británica y a mí me apoya otro grupo. Luego está la antigua asamblea rusa Zemski Sobor, que respalda a mi tío Nikolái Nikoláievich. Los bandos están enfrentados y eso no facilita las cosas.

—O sea que falta mucho para que se tome una decisión —resumió Gabrielle.

—Se supone que sí.

La embargó una sensación de alivio. El *statu quo* se mantendría una temporada.

—Quizá te ayude —dijo sin pensarlo mucho— que en mi próxima colección presente algunos elementos eslavos. ¿Recuerdas que en la Costa Azul empecé a darle vueltas a la idea? —Aspiraba a hacerle un favor interesándose por su cultura. Además, quería sentar un precedente: la amada del zarévich ponía de moda el folclore ruso—. Tengo que empezar a trabajar lo antes posible con ideas concretas. Solo me falta encontrar a la persona que se ocupe de los bordados.

—Ya la tienes —contestó Dimitri con franco entusiasmo—. María, mi hermana, tiene manos de oro. Es el complemento perfecto para tus ideas.

Gabrielle recordó que Dimitri le había hablado varias veces del talento de su hermana para la artesanía, pero ella nunca se había sentido cómoda con la perspectiva de emplear a la gran duquesa en el taller. ¿Cómo reaccionaría Dimitri si los trabajos de María no eran tan extraordinarios como él afirmaba? Un hermano, hombre para más señas, probablemente carecía de objetividad a la hora de valorar las técnicas de bordado.

—¡Tienes que conocerla! —exclamó Dimitri mientras ella todavía pensaba en cómo podía disuadirlo de la idea—. Voy a encargarme de que os reunáis pronto.

Gabrielle capituló y asintió. Le pareció inútil llevarle la contraria.

CUANDO MARÍA PÁVLOVNA entró por primera vez en su negocio, Gabrielle se quedó horrorizada. Recordaba vagamente a una mujer joven que parecía más una campesina al regresar del campo que una princesa, pero la realidad era todavía peor. En el ambiente elegante de la rue Cambon, la hermana de Dimitri parecía desaliñada. Ni su aspecto físico ni la ropa que llevaba se correspondían de ninguna manera con la imagen de una mujer elegante según el ideal de la época.

Mientras la guiaba por el taller, Gabrielle se dio cuenta enseguida de que la belleza y la moda no le resultaban indiferentes a María. La gran duquesa observó con ojos brillantes las creaciones terminadas, planteó preguntas acertadas sobre el criterio de la colección y comentó los diseños que vio en los maniqués de costura con tal admiración que a Gabrielle no le cupo duda de que era una mujer con gusto. A pesar del poco acierto con que se peinaba y se vestía, la hermana de Dimitri le cayó muy bien.

Mientras tomaban una taza de té en su despacho, Gabrielle le contó que se había inspirado especialmente en la *rubashka*, una camisola sencilla y a menudo bordada que se llevaba en Rusia desde hacía siglos.

—Soy consciente de que las blusas y los vestidos de corte ancho quizá no sean lo que mis clientas esperan, pero me gustaría arriesgarme con el experimento —dijo, para concluir el monólogo.

—Pero la *rubashka* se ajusta a usted y a su moda —objetó María, enfervorecida—. Es una prenda de líneas claras y austeras. Que parezca chabacana o incomode a quien la lleve dependerá solo de los bordados que la adornen.

Gabrielle sonrió. El comentario sobre la elegancia sobria de sus colecciones le gustó. La hermana de Dimitri sabía de lo que hablaba.

—¿Podría presentarme unos cuantos esbozos? Me gustaría ver qué bordados imagina que combinarían con mis blusas. Ahora mismo le enseño los diseños de los modelos... —Se interrumpió. Dudaba. ¿Podía comentarle cuestiones personales cuando acababan de conocerse? Tenía en la punta de la lengua unos cuantos consejos para María.

—La ventaja de recibir una educación para señoritas es que nos enseñaron a manejar el hilo y la aguja —contó María, pasando por alto la pregunta, que se perdió en el aire—. De niña no pensaba que algún día eso sería más importante para mí que los libros que me daban a leer mis institutrices.

Gabrielle miró con asombro a su invitada.

—¿Le gusta leer?

—Muchísimo. Mademoiselle Hélène y miss June me enseñaron literatura en lengua francesa e inglesa. Cuando me trasladé a Suecia, en mi equipaje había más de setecientos libros. Después tuve muchos más. La pérdida de mi biblioteca es uno de los recuerdos más tristes que conservo de mi país.

A Gabrielle le habría gustado preguntarle por qué su educación y la de Dimitri habían sido tan distintas, pero lo dejó correr porque no quería hablar de su amante con la hermana. En el fondo, sabía la respuesta. Al menos, la intuía. Mientras María se criaba en el palacio de Alejandro, Dimitri vivía en una academia militar. Allí transmitían a los alumnos valores militares y, seguramente, prescindían de los culturales.

—Mi colección de libros también es considerable —dijo Gabrielle, señalando la pared llena de libros del fondo—. Puede echarle un vistazo a mi biblioteca siempre que quiera. O vaya a vernos algún día a Garches y escoja lo que le interese.

—Es usted muy generosa, mademoiselle Chanel.

—Coco. Mis amigos me llaman Coco.

La hermana de Dimitri se levantó del sofá para darle un beso en cada mejilla.

—Me gustaría ser su amiga, Coco —dijo al volver a sentarse—. La admiro mucho. Yo me llamo María.

Gabrielle apenas la escuchaba porque acababa de percibir débilmente una fragancia que antes no había notado.

—¿Qué perfume usa? —preguntó sin más rodeos.

—No creo que lo conozca. Se llama Bouquet de Catherine. Lo crearon para la familia imperial.

—¿Significa eso que aún tiene un frasco original?

María asintió. Se notó que la pregunta le extrañaba.

—Sí. Con un resto mínimo de perfume dentro. Solo me lo pongo en ocasiones especiales. ¿Le gusta?

Gabrielle estuvo a punto de decirle que ahora era «su» perfume, pero se tragó la respuesta. Le hizo gracia pensar que había buscado la fórmula desesperadamente, cuando le habría bastado con preguntar a la hermana de Dimitri...

—Sí —contestó finalmente—. Me gusta mucho.

—Esta fragancia es uno de los pocos recuerdos que me quedan de nuestro viejo mundo —confesó María, y en su voz resonó la tristeza y la nostalgia que

Gabrielle había apreciado tantas veces en Dimitri. María se miró la ropa que llevaba y añadió en tono realista—: Como puede verse, tampoco conservo bienes materiales.

Gabrielle decidió expresar lo que le había pasado antes por la cabeza.

—Sé que lo ha perdido todo, pero la gente no debería notarlo. Creo que comete un gran error vistiendo como una refugiada. No despierta simpatía; al contrario, la gente la rehúye.

Gabrielle se llevó una gran sorpresa al ver que María no se ofendía. Incluso asintió mostrando su conformidad.

—Antes dependía de mi doncella. Incluso durante la guerra, cuando no tenía tiempo de arreglarme. Ahora solo pienso en la ropa cuando me encargan alguna labor. Tiene razón, no voy por buen camino.

—El primer mandamiento para alcanzar el éxito profesional es parecer una persona acomodada.

—Le agradezco el consejo.

María lo dijo sinceramente, Gabrielle lo advirtió en su mirada franca y honesta. Sin embargo, era evidente que la hermana de Dimitri no tenía ni idea de cómo aplicar el consejo.

—Si volvemos a vernos, podría trabajar un poco en su aspecto —propuso—. Puedo enseñarle a vestirse y a maquillarse para que quede lo más favorecida posible. Incluso una dama que nunca ha aprendido a cuidarse puede arreglarse sin necesidad de doncellas.

«¡Cielo Santo! —pensó—. Pero ¿qué digo? Tengo delante a la nieta de un zar y yo, la hija de un vendedor ambulante, le explico lo que tiene que hacer. Aunque salta a la vista que alguien tiene que aclarárselo.»

—No me prometa tanto —dijo María, interrumpiendo sus pensamientos—, no vaya a ser que venga a verla todos los días.

—Será bienvenida. Pero, por favor, tráigame diseños de bordados.

Las dos mujeres se miraron a los ojos... Y se echaron a reír a carcajadas. «Compartimos el sentido del humor», pensó Gabrielle con satisfacción. ¡Pobre Misia! Seguro que no le gustaría tener competencia.

—ES INCREÍBLE QUE eso entusiasme a un sueco —cuchicheó Gabrielle, señalando el escenario.

Dimitri apartó a regañadientes la mirada del extravagante espectáculo. Los bailarines con ropa multicolor ceñida a la piel se fundían con el decorado de colores, saltaban, se tiraban al suelo y se sumergían en una música disonante que clamaba pidiendo atención, obra de los seis jóvenes compositores que formaban el grupo de los Seis. El libreto de Jean Cocteau le prestaba una nota literaria al espectacular ballet. Dimitri lo contemplaba con admiración.

—El mecenas de la compañía es un industrial sueco —susurró Gabrielle.

Dimitri arqueó las cejas y le dirigió una mirada interrogativa.

—María dice que los suecos son el pueblo más aburrido del mundo.

Dimitri lanzó un ligero suspiro.

—Hablas demasiado con mi hermana —dijo y volvió a prestar atención al espectáculo que se estrenaba ese día. Con todo, Gabrielle vislumbró una leve sonrisa en su semblante.

Ella se debatía entre la aprobación y el rechazo, entre la lealtad y la franqueza. Un año antes, el mecenas y coleccionista de arte sueco Rolf de Mare había fundado la compañía de los Ballets Suecos para hacerles la competencia a los Ballets Rusos. Muchos excolaboradores de Serguéi Diáguilev encontraron allí nuevos dominios; era obvio que se trataba de copiar el estilo del empresario ruso. Al principio, Gabrielle se indignó. Sin embargo, lo que se presentaba en el escenario del teatro de los Campos Elíseos acabó entusiasmándola. Los bailarines, la mayoría suecos y daneses, rebosaban energía y el libreto de su amigo Jean Cocteau contribuyó a que su juicio sobre los competidores de Diáguilev fuera más clemente. *Les Mariés de la tour Eiffel*, una pieza de un solo acto, le gustaba. Al llegar los aplausos finales, ya no le cupo la menor duda.

No era la primera vez que deseaba participar en una producción encargándose del vestuario. Mientras buscaba entre bastidores a Cocteau para felicitarlo, el deseo se hizo incontenible. En su nariz penetró el olor a pintura, polvo, maquillaje y sudor, junto con el perfume demasiado dulzón de la primera bailarina. La fragancia, que en otras circunstancias le habría provocado náuseas,

le pareció una brisa de aire fresco en esos instantes, excitante, estimulante, inspiradora.

—¡Coco!

Jean Cocteau la saludó con la mano. Era un hombre alto y tremendamente atractivo, con una buena mata de pelo oscuro. Vestido siempre de manera ejemplar, ese día también iba de punta en blanco. Aunque Gabrielle estaba convencida de que el estreno tenía que haberle empapado de sudor el cuello de la camisa blanca impoluta, planchada y almidonada. Estaba enfrascado en una conversación con Pablo Picasso. A su lado, el pintor parecía un hombre zafio y rústico.

—*Chérie!* —Cocteau le dio un abrazo.

Gabrielle lo besó en las mejillas.

—¡Felicidades! Un espectáculo magnífico.

—Si aún le queda una chispa de interés por conservar su amistad con Serguéi Diáguilev, debería guardarse su opinión —retumbó la voz de Picasso—. Estoy convencido de que ahora se encuentra en su hotel, esperando las primeras noticias de los espías que tiene entre el público. Se va a poner muy triste.

Gabrielle lo señaló con el dedo, amenazándolo en broma.

—No se burle de Serguéi. Además, ¿por qué no puede haber espacio en París para dos compañías de ballet excelentes? También hay unos cuantos diseñadores de moda... Y buenos pintores.

—¿Ah, sí? —Picasso meneó la cabeza—. Bueno, si se refiere a los decorados, reconozco que Irène Lagut ha hecho un buen trabajo, aunque habría sido mucho mejor si me hubiera hecho más caso.

—¿Todavía estás enfadado porque no se casó contigo? —preguntó Cocteau—. Pablo... Han pasado cuatro años. Hoy en día, eso es toda una vida —añadió y soltó una risa impostada.

—Si Irène hubiera aceptado mi propuesta, no me habría casado con Olga.

Cocteau se inclinó hacia Gabrielle.

—El matrimonio lo matará —susurró lo bastante fuerte para que Picasso pudiera oírlo.

—¿Ha venido Olga? —preguntó Gabrielle educadamente.

Dirigió la mirada más allá de los tramoyistas, espectadores y artistas que se apretujaban entre decorados, fundas de instrumentos, trajes de baile, flores medio marchitas y herramientas. No se veía a la grácil esposa de Picasso por ninguna parte.

—Pablo está contento cuando puede huir de ella.

—¡Bobadas! —atronó Picasso, herido en su hombría. Cambió de tema y preguntó—: ¿Y dónde está su príncipe, mademoiselle Coco?

Gabrielle le dedicó una sonrisa radiante.

—Dimitri Pávlovich me espera en el vestíbulo.

—*Mon Dieu!* Los rusos enamorados son como lapas. Seguro que a eso lo llaman «espíritu ruso».

—No deberías juzgar a los demás por lo que haga Olga —dijo Cocteau, chinchándolo de nuevo. Luego cogió a Gabrielle del brazo—. Ven, querida, dejemos solo a nuestro desdichado amigo. Los problemas matrimoniales son tediosos. Vamos a saludar a Georges Auric. Su obertura es divina, ¿no es cierto? —Se abrió paso con Gabrielle entre el gentío. Cuando Picasso ya no podía oírlos, le dijo en voz baja—: Pablo cortejó a Irène Lagut. Tendrían que haberse casado. ¿Sabías que Olga consiguió arrastrarlo al altar porque siempre lo mantuvo a raya? Eso fue una novedad para Picasso, pero está claro que lo llevó a tomar una mala decisión.

Gabrielle volvió la cabeza hacia el artista y vio que Irène Lagut estaba con él. La pintora era muy guapa y en cierto modo estaba a la misma altura que su antiguo maestro y amante, cosa que seguramente también formaba parte de su atractivo.

Se preguntó si Irène habría sido mejor esposa que Olga. Cocteau lo daba por hecho. «La mujer de un genio no lo tiene fácil», pensó Gabrielle. Ella misma prefería mostrarse ante los hombres más sumisa de lo que en verdad era y eso también podía desembocar en conflictos; lo había experimentado con Stravinski. Pensó en Yekaterina. Era rusa, igual que Olga, y también se había casado con un genio... Y estaba atrapada en un matrimonio que los hacía infelices a todos. «Tal vez se deba a su mentalidad —pensó—. Al espíritu ruso.»

Seguía enfrascada en esos pensamientos cuando felicitó al compositor Georges Auric, el actual compañero de Irène Lagut, según le contó Cocteau. Mientras le presentaban al resto de la compañía, Gabrielle no dejó de reflexionar sobre la felicidad y el sufrimiento inherentes a las relaciones amorosas. Pensó en Boy, al que jamás podría sustituir ningún otro hombre. Ni siquiera Dimitri.

—*Mon ami*, perdóname, pero Dimitri me espera y no quiero darle plantón —le dijo a Cocteau en un paréntesis entre besos, abrazos y felicitaciones—. Nos vemos luego en la fiesta.

—Te acompaño al vestíbulo —se apresuró a contestar Cocteau y le pasó el brazo por los hombros en un gesto posesivo.

—La compañía te echará de menos... —objetó Gabrielle.

—Que esperen —la interrumpió Cocteau—. Quiero comentarte una cosa que no admite demora y después no habrá ocasión.

La condujo con seguridad por unos pasillos concurridos y con una luz demasiado intensa hasta la platea del teatro, ahora silenciosa. La enorme sala, con casi dos mil butacas tapizadas con terciopelo rojo, provocaba una extraña sensación de abandono. La luz seguía encendida en el patio de butacas, pero el escenario estaba a oscuras. En el ambiente flotaba una extraña atmósfera de felicidad, despedida, alivio y nostalgia que para Gabrielle casi resultaba palpable y coincidía con su propio estado anímico. ¿Acaso después de una representación exitosa no se sentían casi todos los espectadores embargados por una dicha triste? Los miembros de la compañía se sentían aliviados por haber dado lo mejor de sí mismos y por encima de todo planeaba la esperanza de repetirlo. Esa conclusión la conmovió casi con tanta fuerza como el olor que se respiraba entre bambalinas.

—¿Tienes tiempo para leer mi próxima obra?

—¡Qué pregunta! —Gabrielle se echó a reír. Su voz resonó en la sala. Si en los palcos superiores hubiera un espectador furtivo, probablemente la habría oído—. Pues claro que sacaré tiempo para leerla, aunque tenga mucho que hacer.

Pensó que Cocteau no necesitaba tomarse tantas molestias. No sería la primera vez que le daba un manuscrito y le pedía su opinión. Con todo, no se lo recordó.

—Me interesa mucho saber lo que opinas de adaptación de la *Antígona* de Sófocles.

—Me alegra oírlo, Jean. Te prometo que apuraré las líneas como un sediento una gota de agua. Quizá sea mi lectura de vacaciones... ¿O el contenido es demasiado dramático para disfrutarlo a orillas del mar?

Cocteau puso cara de perplejidad.

—¿Vuelves a irte de viaje?

—¿Por qué no? —preguntó Gabrielle, también sorprendida—. *Tout* París se va de vacaciones en julio y agosto. Dimitri y yo hemos trabajado mucho desde que volvimos de la Costa Azul y nos merecemos unos días libres.

—Pues, entonces, ¡nos vemos en Cannes y hablamos! —exclamó Cocteau, entusiasmado con la idea.

—Por desgracia, no será posible. He alquilado una casa en Arcachón.

Fue una decisión espontánea, nacida de la sensación de soledad. Dimitri viajaba tanto por asuntos relacionados con el trono ruso que ella pasaba más tiempo sola que con él. Nunca le había molestado estar sola por la noche, pero estaban ocurriendo muchas cosas en aquellas semanas y le habría gustado

comentárselas. No necesitaba su consejo, eso no. Ella tomaba sola y con mucha seguridad las decisiones que afectaban a su negocio, pero le gustaba contarle lo que hacía. Solo quería hablar, intercambiar opiniones. Contarle cómo cobraban forma su perfume y su colección rusa, decirle que los diseños de María eran fantásticos y que le había encargado a su hermana que bordara una blusa. Quería compartir más cosas con Dimitri, no solo la cama de vez en cuando. Por eso llegó a irse con él unos días a Berlín y se alojaron en el lujoso hotel Adlon. No fue una buena idea, porque las horas que estuvieron juntos entre reunión y reunión con políticos y generales rusos en el exilio fueron aún más escasas que en París. Por eso decidió buscar un alojamiento de verano muy lejos de los lugares en los que la mayoría de sus conocidos pasaban los meses calurosos, pero eso no se lo contó a Cocteau.

El entusiasmo del escritor ante la perspectiva de coincidir en la Costa Azul durante las vacaciones dio paso a un gran estupor.

—¿Qué se te ha perdido en Arcachón? Allí no hay nada, solo ostras frescas y un casino que no tiene punto de comparación con el de Montecarlo.

—Quizá sea eso lo que quiero. —Gabrielle le dirigió una sonrisa de ánimo—. Pero nada me impedirá leer tu nueva obra.

—Eso espero. Al fin y al cabo, quería pedirte que diseñaras el vestuario.

—Oh. —Gabrielle tardó en recuperarse de la sorpresa. Intentó que no se le notara la emoción. Por eso al principio manifestó cierta reserva—. ¿Y por qué crees que voy a poder dedicar tiempo a esas trivialidades del teatro? Tengo que lanzar un perfume y ocuparme de la nueva colección; los días pasan volando y ya no sé dónde tengo la cabeza.

—Tranquilízate, Coco —murmuró Cocteau, que le estampó un beso en la mejilla—. He visto en tus ojos cuánto lo deseas. Además, no conozco a una diseñadora de moda mejor que tú para trabajar en esta adaptación teatral.

Gabrielle tragó saliva; se quedó sin habla porque su amigo la había descubierto.

—Por cierto, Picasso creará los decorados. Ya ha aceptado. Si no os matáis antes, será una colaboración muy productiva. Estoy convencido.

—Si no nos matamos... —repitió Gabrielle con escepticismo.

Se sentía frustrada. Vislumbró mentalmente una configuración de astros problemática. No se había imaginado así su entrada en el mundo del teatro. Respetaba mucho el arte de Picasso, incluso le parecía atractivo físicamente, pero conservaba el espíritu crítico y se tomaría todas las libertades que hicieran falta al tratar con él. Había aprendido, sobre todo con Stravinski, que era muy

necesario plantarle cara a un genio. Cabía temer que Pablo Picasso reaccionara con la misma obstinación que Stravinski.

—Os complementaréis —afirmó Cocteau.

—Tengo que pensarlo —murmuró Gabrielle.

—Te enviaré el manuscrito a la rue Cambon. —Cocteau dio palmadas de alegría—. Ya está todo dicho. Ahora tenemos que celebrarlo. Ven, por aquí, esta puerta da al vestíbulo y todavía no estará cerrada.

Gabrielle lo siguió en silencio, pensando todavía en Picasso.

«Me gustan sus cuadros —pensó—. ¿Por qué no puede gustarme también él como persona?» Ya eran buenos conocidos, quizá con la colaboración llegarían a ser amigos.

LA VILLA BLANCA con el curioso nombre de Ama Tikia daba directamente a la bahía de Arcachón y estaba a menos de cien metros de la extensa playa de arena de Moulleau. Con marea baja, los veraneantes disfrutaban de una imagen impresionante del mar, que a la luz del día brillaba como oro líquido. Al anochecer, en él se reflejaba la puesta de sol, de un rojo intenso. Cuando subía la marea, las olas altas rompían contra el muro del jardín y lo franqueaban. Unas pequeñas embarcaciones navegaban junto a la costa y, a cambio de unos pocos céntimos, los pescadores aceptaban a bordo a los pasajeros que quisieran adentrarse en el mar.

Todas las mañanas llevaban a Gabrielle y a Dimitri en una barca de remos a su lugar preferido en los bancos de arena, y no volvían hasta mediodía. El matrimonio de criados de Gabrielle y el fiel sirviente de Dimitri se ocupaban de la casa y de prepararles una comida ligera. Después de echarse una larga siesta, disfrutaban de un cóctel a la sombra en la terraza y Gabrielle pasaba unas horas leyendo un libro o la pieza teatral de Cocteau o se entretenía con su bloc de dibujo. Sacaban a pasear a los perros de Gabrielle con frecuencia y, de tanto en tanto, cuando a Dimitri le entraban ganas de jugar un partido de golf, se separaban. Apenas salían de noche, a veces cenaban en un restaurante de Moulleau o iban al casino de Arcachón en un descapotable. Les gustaba el juego, pero jugaban en contadas ocasiones. Y ni una sola vez se encontraron con amigos o conocidos.

Gabrielle se sorprendió de lo rápido que transcurría el tiempo. Cuando alquiló la casa, fue muy cautelosa al señalar las fechas de su estancia. No se imaginaba que pudiera alejarse otra vez de París sin echar de menos el taller y a sus amigos. Por mucho que añorara las conversaciones largas y tendidas con Dimitri, le daba la impresión de que convivir los dos solos iba a ser una dura prueba. ¿Cuándo se aburrirían? ¿Cuándo se hartaría el uno del otro? Sin embargo, el temor se desvaneció tan rápidamente como la luz del sol después de un breve crepúsculo en el sur. Los dos solos se bastaban, y eso era mucho más de lo que Gabrielle jamás habría esperado o se habría atrevido a desear. Pasaron los días y finalmente prorrogó el contrato de alquiler a dos meses. Nunca se había tomado

tantos días de descanso.

El día de su cumpleaños significaba que sus vacaciones estaban llegando a su fin. La agenda de Gabrielle y el clima avanzaban hacia el otoño. El 19 de agosto, la ola de calor se diluyó en una noche más fría y el luminoso cielo azul adquirió una tonalidad más cristalina, casi translúcida. Le quedaban menos de dos semanas; el último día del mes tenía que estar de vuelta en París. Como los colegiales y los trabajadores.

Gabrielle sonrió al pensar en las obligaciones del día a día. No le pesaban, le hacía ilusión presentar su perfume. No obstante, se le hacía difícil la despedida. Echó un vistazo a su habitación, pintada sencillamente de blanco, y pensó en todo lo que tenía que hacer cuando llegara a París. Buscaría un comprador interesado en adquirir Bel Retiro y esta vez lo haría en serio, no con reticencias como hasta entonces. También buscaría una vivienda en la ciudad y decoraría una estancia como aquella habitación. Clara y diáfana.

Misia le había hablado de un inmueble en alquiler en la rue du Faubourg Saint-Honoré, cerca de su propio piso, pero Gabrielle no quiso tomarse la molestia de ir a verlo antes de las vacaciones. No le corría prisa. ¿O quizá sí? No quería conservar la casa de Garches ahora que los Stravinski se habían mudado. Nunca la había considerado su hogar y sin niños ni música estaba demasiado silenciosa. Habría sido distinto si Boy siguiera con vida y hubieran vivido en ella juntos, pero eso no era más que una pequeña pieza en el gran rompecabezas de su vida. «Qué curioso que se me ocurra darle vueltas precisamente hoy, el día de mi cumpleaños», pensó. Aquel día cumplía treinta y ocho años. Se dijo que no estaba forjando planes para el futuro, solo hacía inventario. Y eso probablemente fuera más propio de aquella mañana que de cualquier otro día.

Estaba desnuda en la cama y se desperezó debajo de la delgada sábana. Notó que empezaba a dolerle un poco la cabeza a la altura de las sienes, probablemente se debía al champán que había bebido generosamente a medianoche. Dimitri llevó una champanera y unas copas a la playa, y se sentaron sobre la arena para brindar por un nuevo año de vida. Los dos solos, el batir de las olas y el golpeteo de los aparejos de los veleros amarrados a las boyas cerca de la orilla, el brillo de la luna y unos cuantos cangrejos. Sin velas, sin música, sin gente. Solo dos personas que tenían más cosas que decirse de las que imaginaban. Fue fantástico, pero estaba claro que habían bebido demasiado.

El aire salado del Atlántico y el intenso aroma de los pinos que se veían desde la ventana entraban en el dormitorio y hacían ondear las cortinas. A Gabrielle le llegó el aroma de café recién hecho. Marie preparaba el desayuno.

Pensar en un café moca le despertó el ánimo. Apartó la sábana y sacó las piernas de la cama. Al sentarse en el borde, los fantasmas de la noche le martillaron la frente con tanta fuerza que se dejó caer de nuevo sobre la almohada.

Llamaron a la puerta y el ruido le retumbó en la cabeza.

—¡Adelante! —exclamó con una voz menos firme que de costumbre y que sonó como el gemido de un animal herido. Se tapó rápidamente con la sábana hasta la barbilla.

La puerta se abrió. Al principio, Gabrielle solo vio un carrito de servicio cubierto con damasco de seda, vajilla de porcelana y cubertería de plata para dos personas. Después descubrió a Dimitri detrás de un jarrón con un enorme ramo de rosas rojas. El gran duque le servía personalmente el desayuno en la cama. El zarévich haciendo de camarero. Insólito. Sin embargo, todavía le sorprendió más el atuendo que había elegido para servirle: un albornoz blanco y, al parecer, nada debajo. Cuando se acercó en actitud solemne, las zapatillas de baño chasquearon en el suelo de madera.

Gabrielle estaba perpleja y no pudo reprimir una risita.

—¿Qué haces?

—Felicitarte por tu cumpleaños, *ma chère*. —Deslizó el carrito hasta la cama, se agachó y desplegó torpemente los laterales—. ¿Por qué los criados lo hacen tan bien y a nosotros nos cuesta tanto? —murmuró para sí mismo.

Al completar el trabajo, se levantó, se acercó a Gabrielle, se inclinó y le dio un beso.

—*S dnem rozdenia!* —dijo en ruso—. Feliz cumpleaños, Coco. Te deseo mucha felicidad y éxito, y mucho amor.

Gabrielle se le abrazó al cuello.

—Que tú me traigas el desayuno es la guinda de una mañana muy especial. El día de mi cumpleaños no podía empezar mejor.

—Piotr y Joseph se han enfadado conmigo. —Dimitri la miró sonriendo—. Les ha molestado que quisiera lucirme sirviéndote el desayuno. Solo se ha mostrado comprensiva Marie. He oído que le comentaba en voz baja a Joseph que era romántico.

Mientras Gabrielle se reía con él, se dio cuenta con asombro de que la cabeza ya no le dolía tanto.

Dimitri acercó dos sillas a la mesa provisional, levantó la tapa de la jarra del café y el aroma se amplificó en el aire del cuarto. Luego lo vertió torpemente en las tazas. Servir no era su fuerte.

—Ven, Coco, antes de que se enfríe —la animó, aunque sin mirarla, porque estaba ocupado trajinando con la campana de plata que cubría uno de los platos. Entre eso y el albornoz, resultaba cómico sin querer.

—Gracias, Alteza Imperial —bromeó Gabrielle.

Se levantó riendo, esta vez con más cuidado que antes, tiró de la sábana y se la enrolló en el cuerpo como si fuera una toga. Luego se acercó al carrito, observó la cesta con cruasanes, la mantequera y varios tarros de mermelada, y pasó la punta de los dedos con delicadeza por las rosas perfectas.

—Está todo perfecto —dijo, no solo para reconocerle el esfuerzo, sino porque lo creía de todo corazón.

Cuando iba a sentarse delante del cubierto que Dimitri no manipulaba en esos momentos, el gran duque se lo impidió.

—No, ahí no. Tu cubierto es este. —Se apartó para hacerle sitio.

Gabrielle se sentó, extrañada.

Dimitri no tomó asiento, se quedó de pie a su lado. Parecía expectante.

Cada vez más asombrada, Gabrielle tomó un sorbo de café. Notaba las miradas de Dimitri y se preguntó qué estaba pasando. Era evidente que esperaba a que ella mirara lo que había debajo de la campana que cubría la fuente. Allí se escondía algo. ¿Quizá Marie le habría preparado un desayuno inglés con beicon y huevos revueltos para celebrar su cumpleaños, y había que mantenerlo caliente? Los rusos también desayunaban platos succulentos que ningún estómago francés era capaz de digerir a esas horas de la mañana. Y seguro que un desayuno grasiento no era muy adecuado para combatir una ligera resaca. Sintió náuseas con solo pensar en fritos y aún sería peor cuando le llegara el olor. Por eso retrasó el momento de enfrentarse a la sorpresa culinaria y tomó otro sorbo de café.

—¿Tú no te sientas, Dimitri? —preguntó amablemente con la taza en la mano.

—No tengo prisa.

En realidad parecía esperar a que ella mirara lo que había en el plato. Gabrielle no entendía por qué tenía tanto interés en unos huevos fritos, beicon y salchichas o *blinis* y *pierogi*, pero no quería mantenerlo más tiempo en vilo. Si tanto le importaba que los probara, al menos lo intentaría.

Dejó la taza de café y levantó la campana de plata que cubría su plato como una cofia, y a punto estuvo de caérsele de las manos.

El plato de porcelana estaba guarnecido con un pañuelo de seda blanco y pétalos de rosa, y encima... ¡Encima había un collar de perlas larguísimo! O varios. Gabrielle no pudo distinguirlo. Tampoco importaba. Parecía una

montañita de perlas rosáceas que lanzaban destellos de distintos tonos pastel dependiendo de la luz, pero que en verdad eran de color crema. No hacía falta ser una experta para reconocer por el tamaño y el brillo que eran joyas muy valiosas. Con solo verlas se quedó sin habla.

—Feliz cumpleaños, Coco —repitió Dimitri en voz baja.

Gabrielle tocó tímidamente el regalo. En el fondo temía que las perlas se desintegraran y se convirtieran en polvo de nácar, pero el tacto era tan real que se quedó sin aliento.

No solía lucir joyas auténticas. En su opinión, los collares, anillos y pendientes eran objetos decorativos, pero no aumentaban la importancia de una mujer de manera relevante. Por eso prefería la bisutería de diseño. Evidentemente, no siempre había sido así. De joven, ella también había sucumbido al hechizo de los diamantes brillantes.

Boy no le hacía regalos, al menos, no como los que ella había visto que otros miembros de la pandilla de Étienne en Royallieu les hacían a sus amantes. Los amigos de Étienne obsequiaban a sus queridas con lo que llamaban «regalo del día siguiente», es decir, objetos valiosos que las mujeres enseñaban con orgullo, como plumas de avestruz, estolas de piel o joyas. Sin embargo, Boy no parecía tener debilidad por las mujeres que lucían más adornos que un árbol de Navidad.

Gabrielle no estaba segura de cómo reaccionar a ese defecto. En realidad, valoraba mucho más la sobriedad que el exceso de atavíos, pero de vez en cuando aparecía un diablillo en su mente y le susurraba que estaba perdiéndose algo. Por eso el corazón le latió con fuerza el día que, un año después de empezar su relación amorosa, Boy sacó el tema.

—Nunca te regalo nada, ¿verdad?

—¡Cierto! —contestó ella con una mezcla de esperanza, ilusión y desconcierto.

A la mañana siguiente, Boy puso un estuche de cuero rojo sobre la almohada. Gabrielle abrió el regalo y casi la cegó el brillo de lo que vio sobre un fondo de terciopelo rojo.

—¡Qué bonito! —murmuró, emocionada.

—Es una diadema —replicó Boy sonriendo—. Para ti.

Gabrielle no había visto nunca una diadema. No sabía para qué servía. Y, evidentemente, tampoco sabía dónde se ponía. ¿Quizá en el cuello?

Unos días después, un conocido le explicó que esa corona se prendía en un peinado alto. Pero ella tenía el pelo corto, ¿cómo iba a sujetarla? ¿Y en qué ocasión? No obstante, se esforzó por acostumbrarse a la joya. Practicó a escondidas delante del espejo hasta que consiguió colocarse la diadema en la cabeza sin que le cayera hacia la frente ni le resbalara hacia atrás. También se puso un vestido de noche.

—¿Quieres que salgamos? —preguntó Boy, sorprendido—. ¿Para qué? Estamos muy bien en casa.

La diadema desapareció en el estuche y Gabrielle cumplió el deseo de su amado de quedarse en casa. No hubo más regalos de ese estilo. Gabrielle era feliz con Boy, con joyas caras o sin ellas.

Gabrielle parecía hechizada por la sencilla elegancia de las perlas. No tenían nada que ver con las baratijas brillantes con que las mujeres de la alta sociedad pretendían darse importancia. Aquellas perlas tenían magia, era como si aún estuvieran vivas dentro de una ostra. Eran más que una joya, irradiaban todo lo

que una mujer podía desear de sus alhajas.

—Es el collar de mi abuela.

—¿Cómo dices? —Gabrielle miró a Dimitri, que acababa de arrancarla de sus pensamientos. Había oído sus palabras, pero no las había entendido.

—Son las perlas de los Románov, Coco. Perteneían a la zarina Maria Alexándrovna, la madre de mi padre. —Dimitri titubeó y movió los pies, inquieto.

El silencio de Gabrielle pareció desconcertarlo. Saltaba a la vista que esperaba verla dar saltos de alegría ante aquel magnífico regalo.

Pero Gabrielle no se movió.

Para un hombre con recursos económicos limitados como él, las rosas de tallo largo seguramente habían supuesto un gran dispendio. Gabrielle era consciente de ello. Si se hubiera empeñado en que él le regalara algo, le habría bastado con el ramo, aunque ella no esperaba ningún obsequio. Las horas que pasaba con él en armonía eran mucho más valiosas que cualquier gesto. Boy le había enseñado que la felicidad no se compraba. Dimitri la mimaba con su compañía, su ternura y su amistad. Y en una relación, esos eran los mejores regalos.

—Yo... Yo... No puedo aceptarlas... —balbuceó.

Dimitri se quedó consternado.

—¿No te gustan las perlas?

—¡Oh, Dios mío! ¡Pues claro que me gustan!

Bien mirado, los collares encajaban perfectamente en su estilo. En ese sentido, Dimitri había elegido muy bien. No solo era un regalo magnífico, también lo había escogido con cuidado. No obstante, no podía aceptarlo.

Dimitri conseguiría un precio muy elevado si vendía el collar de perlas, aunque Gabrielle sabía que el valor material de aquella alhaja no era lo más importante para él. Las joyas de su abuela eran un valioso objeto cargado de simbolismo, probablemente no solo para él, sino para todos los monárquicos en el exilio. Significaban más de lo que Gabrielle llegaría a comprender nunca. Era consciente de ello.

—No puedo aceptarlas —repitió sin mirarlo. Imaginaba su cara de espanto y no quería ser testigo de su decepción. Tampoco quería que él viera la alegría que se reflejaba en su mirada. Después de todo, era maravilloso que le enseñara ese tesoro el día de su cumpleaños. Pero no quería que malinterpretara su entusiasmo. Por eso dijo—: Son las joyas de la corona rusa, ¿verdad?

—¡Ah, es eso! —exclamó Dimitri con voz de alivio, aunque también sonrió con amargura—. No te preocupes, los bolcheviques nos robaron tantas cosas que

nuestra pérdida no dependerá de este collar. Además, pertenecían a la zarina. Amaba estas perlas y sería terrible que acabaran en el cuello de la amante de un comisario comunista o en manos de un prestamista despreciable. Mi abuela era una mujer especial y... —hizo una breve pausa y luego, con voz suave, prosiguió—: Por eso sus perlas tienen que pertenecer de nuevo a una mujer especial.

Mientras ella aún trataba de mantener la calma, Dimitri cogió el collar de varias vueltas muy largas, se lo pasó por la cabeza a Gabrielle con cuidado y se lo puso en el cuello. Le rozó con los dedos la parte sensible de la clavícula. Esa caricia y la ligera presión de la joya hicieron que se estremeciera

Curiosamente, las perlas no tenían un tacto frío sobre la piel, sino que enseguida se adaptaron a su temperatura corporal. Llevarlas provocaba una sensación indescriptible de perfección.

—En el Hermitage, la parte del Palacio de Invierno que se transformó en museo en la época de mi bisabuelo, se expone un retrato de la zarina Maria Alexándrovna luciendo estas perlas. Ojalá pudiera enseñártelo.

Gabrielle levantó la mano en silencio y le estrechó los dedos. Se los acercó a los labios y se los besó, uno a uno. Ese gesto decía mucho más que cualquier palabra.

—Conservo esa imagen de mi abuela en el corazón —dijo Dimitri, levantó a Gabrielle de la silla y la tomó en sus brazos—. Igual que jamás olvidaré tu imagen esta mañana.

Las perlas dejaron de tener importancia en el momento en que la boca de Dimitri y los labios de Gabrielle se encontraron y se unieron en un beso largo y apasionado.

—¿DE DÓNDE HAS sacado esas perlas? —preguntó Misia en vez de saludar a su amiga cuando volvió a verla al cabo de más de dos meses. No la abrazó como esperaba Gabrielle, sino que le puso las manos sobre los hombros y la apartó ligeramente. A esa distancia observó el collar que Gabrielle lucía con un sobrio vestido saco negro—. ¡Son fantásticas!

Gabrielle deslizó los dedos por el collar.

—Sí, lo son.

—¿Y de dónde las has sacado? Algo así no puede comprarse ni siquiera en Cartier.

—Probablemente no. —Gabrielle sonrió y bajó la voz—: Me las ha regalado Dimitri. Pero, por favor, no se lo digas a nadie.

Se enfadó consigo misma en el mismo instante en que pronunció ese ruego. Misia probablemente interpretaría su deseo como una invitación a contarle, pero no perdió la esperanza de que su amiga fuera discreta. Excepcionalmente.

Misia abrió los ojos como platos.

—¡No me digas que son las famosas perlas de los Románov!

Gabrielle no contestó.

Su amiga la entendió incluso sin palabras.

—¡Dios mío, Coco! —exclamó casi sin aliento—. ¡No puedes pasear por tu tienda luciéndolas como si llevaras bisutería!

—¿Y dónde quieres que las luzca?

Gabrielle se había reunido excepcionalmente con su amiga en la boutique. Por lo general, permanecía en el taller o en sus estancias privadas del primer piso. Aprendió muy pronto que lo mejor para el negocio era no prodigarse entre las clientas y dejar que les aconsejaran las dependientas. Nadie intentaba regatear el precio con las empleadas, pero con mademoiselle Chanel era distinto. No dejaban de sorprenderle los trucos que usaba la gente más rica para pedirle cosas o para conseguir una rebaja en el precio. Ese día no se ocupaba de la clientela, sino que observaba la decoración de la tienda y se preguntaba dónde pondría las cajitas blancas con la inscripción en negro de Chanel N° 5.

—Dicen —comentó al ver que Misia no replicaba— que las perlas antiguas

pierden brillo si no están en contacto con la piel de una mujer. Por eso no pienso guardar esta extraordinaria joya en un estuche.

—¿Quién lo dice? —resopló Misia.

—María Pávlovna —contestó Gabrielle sin más.

—Ella sabrá. —Con ese comentario cargado de celos incluso olvidó su admiración por la joya.

El día anterior, la hermana de Dimitri se presentó en el taller para enseñarle la blusa que había bordado. A Gabrielle le pareció una maravilla. La gran duquesa trabajaba mejor que cualquier bordadora profesional. La obra de arte que había hecho era tan impresionante que Gabrielle le pidió más diseños. La conversación giró en torno a la moda, pero, evidentemente, María se fijó en las perlas; al fin y al cabo, eran una joya de su abuela. Gabrielle pensó que protestaría y por un momento se sintió incómoda porque temió que se las reclamara. Sin embargo, no lo hizo.

—Dimitri ha hecho bien regalándole las perlas —se limitó a decir—. Cualquiera otra cosa habría significado una nueva pérdida.

Gabrielle no supo a qué se refería, pero no preguntó.

Ahora, para congraciarse con Misia, decidió cambiar de tema.

—Acaban de llegar las primeras muestras de mi perfume...

La maniobra de distracción funcionó.

—¡Quiero verlas! —exclamó Misia con entusiasmo y añadió enérgicamente—: ¡Ahora mismo!

—Pues sube conmigo. Iba a tomar una copa de champán y es mucho mejor celebrarlo en compañía.

En el escritorio de Gabrielle había un paquete abierto del que brotaba papel de seda blanco como la nieve de un pozo en invierno. Había desempaquetado las muestras que le habían enviado: cajitas blancas con letras negras y, dentro, un frasco sobrio, con una etiqueta blanca y las mismas letras de trazo recto, repleto de un líquido de color ámbar claro. Cinco muestras de Chanel N° 5 que Gabrielle había colocado junto al paquete. Tomó una y se la dio a Misia.

—Para ti. Todavía no es Navidad, pero quiero que seas la primera que use mi perfume.

—Ya es Navidad, Coco. —Misia estaba radiante.

Se sentó en una butaca con el perfume en la mano. Antes de levantar la solapa para abrirla, giró y le dio vueltas devotamente a la cajita. Sacó con mucho cuidado el frasco del embalaje y lo examinó con detalle.

Gabrielle se había apoyado en el escritorio y observaba a su amiga. Era un

placer ver cómo apreciaba el obsequio. Misia era una de las personas que había participado en el proceso de producción y a Gabrielle le importaba mucho su opinión. Además, sus valoraciones le procurarían información sobre la posible respuesta de sus clientas. Cada vez más nerviosa, empezó a jugar con las perlas. Las vueltas del collar casi le llegaban a la cintura.

—Los cantos biselados son una idea muy buena —comentó Misia refiriéndose al frasco y miró a Gabrielle—. Muy prácticos. Y sin florituras. ¡Genial! ¿Cómo se te ocurrió? Si no recuerdo mal, el frasco de farmacia que encontraste en el neceser de Boy tenía los cantos lisos.

—Fue una noche en el Ritz —explicó Gabrielle—. Estaba sola, ocupada con los diseños. Miré por la ventana y me fijé en que la place Vendôme es octogonal. Eso me inspiró la idea de cambiar las líneas uniformes del frasco original.

Misia lo destapó para ponerse una gota de perfume en la muñeca, justo en el pulso.

—Ya conocía la fragancia, pero reconozco que no me canso de olerla.

—Pues, por ahora, ya estás bien surtida.

Gabrielle sonrió y se encendió un cigarrillo. El entusiasmo de Misia no solo la alivió, sino que también le proporcionó una gran alegría personal. Era una victoria. Sabía que Misia haría todo lo posible por hacer publicidad de su perfume en la alta sociedad.

—Es una lástima que se lo des a tus clientas como regalo de Navidad, Coco —dijo en tono de protesta.

—Me temo que es demasiado costoso para ponerlo a la venta. En estos momentos, Chanel N° 5 es probablemente el perfume más caro del mundo.

—Pero también es el mejor. —Misia cerró el frasco y volvió a meterlo en la cajita—. Deberías intentarlo, Coco. El precio no debería jugar un papel tan decisivo. No te faltarán compradoras. Fíjate en esas americanas que vienen de viaje a Europa cargadas de dólares y se los gastan a manos llenas. Yo no le cedería el negocio de las fragancias exclusivas a ese inglés, creo que se llama Edward Molyneux.

—Lo conozco. Intenta copiar mis modelos, pero no me molesta. —Gabrielle le dio un toque al cigarrillo para que la ceniza cayera en un cuenco de cristal—. ¿También va a lanzar un perfume?

—Lo llama Número cinq —la informó Misia en un tono elocuente—. Pero supongo que es una casualidad y no se debe al espionaje industrial. Por lo que sé, Molyneux tiene el taller en el número cinco de la rue Royale.

—Cierto. Quizá debería apostar con él a ver cuál de los dos perfumes tiene

más éxito. Sería divertido, ¿no crees?

—Solo podrás hacerlo si lanzas tu perfume al mercado.

—Hmm...

Gabrielle dio una calada y se quedó pensativa. No había que desestimar las reflexiones de Misia. Por otro lado, Gabrielle no tenía ni idea de cómo se comercializaba un perfume, por ejemplo, en la sección correspondiente de los grandes almacenes. Había coincidido varias veces con Théophile Bader, el dueño de las Galerías Lafayette, pero no podía ir a verlo y proponerle de buenas a primeras que incorporara en su establecimiento un producto tan caro. Aunque lo intentara, no sabía en qué condiciones ni cómo negociar con él. Boy habría sabido qué hacer. Pero ahora estaba sola. Dependía de sí misma.

—Sinceramente, Misia, tu ímpetu me desborda.

—Habla con François Coty. Él sabrá cómo afrontarlo.

—Pero a cambio querrá fabricar el Chanel N° 5, y eso no puede ser. Tiene que haber otra manera. Al menos, al principio. Lo pensaré.

Misia hizo una mueca. Y levantó el perfume como si fuera un trofeo.

—Regalar esto es tirar el dinero.

—Ya te he dicho que lo pensaré.

—Pero date prisa. —Misia hizo una breve pausa antes de espetarle—: Todavía hay mucho que hacer, Coco. Tienes que reflexionar sobre muchas cosas. Y en especial sobre esa absurda compra de Bel Respiro. Deshazte de una vez de la finca. Me opuse desde el principio y creo que deberías desprenderte de ella. Le he pedido hora al conde Pillet-Will para que vayas a ver el edificio de la rue du Faubourg Saint-Honoré, número 29. Está muy interesado en alquilarte la vivienda de la planta baja. Y es grande.

—En serio, Misia, hoy me desbordas.

—El jardín llega hasta el parque de la avenida Gabriel —insistió la amiga.

Gabrielle contuvo automáticamente el aliento. Había sido muy feliz viviendo en uno de los edificios nobles de aquella avenida. En aquella época aún no conocía a Misia, pero después le había hablado de las maravillosas horas que había pasado allí con Boy. ¿Y si se sentía más cerca de él en aquel barrio que en la villa de Garches? Quizá el recuerdo del amor de su vida sería más vivo en una zona acomodada del distrito 8 que en las afueras de París.

Retrocedió de golpe a la noche en que Étienne Balsan llegó a La Milanaise con la terrible noticia. Gabrielle no había olvidado un solo instante. Tampoco los días posteriores, en que se hundió en la pena y no soportaba la casa en la que habían vivido juntos. Aunque ahora su vida era distinta, sus sentimientos no

habían cambiado. De repente lo vio escrito en su mente con la misma nitidez que su propio nombre en el frasco de perfume que Misia aún tenía en las manos.

Ensimismada en sus pensamientos, Gabrielle jugueteó con el collar de perlas que lucía en el cuello. No había nada más importante que el recuerdo de Boy. Decidió que iría a ver el inmueble. Sola. Sin Misia. Y sin Dimitri.

SEIS SEMANAS DESPUÉS, Dimitri abrió la puerta de la terraza. Era la típica puerta de dos batientes y cuarterones de cristal propia de un palacete parisino del siglo XVIII. Dimitri salió al jardín otoñal, la época de florecimiento ya había pasado. A pesar del urbanismo denso y simétrico que caracterizaba la zona, una niebla espesa caía sobre el parque y se prendía en las ramas deshojadas de los tilos como algodón que se arremolina en el aire. Las hojas muertas que el portero aún no había barrido crujieron levemente bajo sus pies.

Gabrielle estaba detrás de él, el humo de su cigarrillo se disipaba en la neblina.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Te gusta mi nuevo hogar?

—¿Qué puedo decir, Coco? Sabes perfectamente que es fabuloso. Y también este pequeño parque en medio de la ciudad. Un marco ideal para una mujer con estilo.

—Obviamente, es más pequeño que la casa de Garches, pero lo bastante grande para mí y mis perros, el personal y mis amigos. También hay sitio de sobra para mis libros y mis biombos de Coromandel. ¿Ya has pensado dónde quieres que instale tu salón?

Acababan de inspeccionar detenidamente todas las habitaciones, habían admirado los estucados, las repisas de mármol y las taraceas. Gabrielle detestaba los paneles que revestían las paredes, pero no le permitían quitarlos. Aún no había muebles en las estancias ni cuadros en las paredes ni lámparas que dieran luz. Algunos rincones estaban un poco oscuros, sobre todo por la hora y porque hacía un día gris, pero no lo suficiente para que Dimitri no pudiera decidir dónde quería alojarse en el futuro. El ala que quedaba detrás de la cocina también era lo bastante grande para que Piotr se instalara allí con los Leclerc. Sin embargo, Dimitri se tomaba su tiempo para responder.

Al cabo de un rato, Dimitri le estrechó la mano que tenía libre.

—Coco —dijo con voz queda—, no voy a vivir aquí.

El viento del norte arreció, arremolinó las hojas y se coló por debajo del abrigo que Gabrielle llevaba abierto. Notó la ráfaga fría en la piel como si no llevara vestido.

—¿Y dónde vas a vivir?

—Con María y Serguéi. En un hotel. No lo sé todavía. —Saltaba a la vista que esquivaba la verdad. Escurría el bulto como un niño al que su madre regañaba por una travesura—. Es posible que me vaya una temporada a América.

Gabrielle tiritaba de frío. Le habría gustado volver dentro, donde la temperatura era más cálida que en el exterior, pero temía perder el contacto con Dimitri si le soltaba la mano.

Mientras notara físicamente su cercanía, todo iría bien. Dimitri quería viajar, quizá para estar una temporada consigo mismo, en cuyo caso ella no tendría problema. Sabía que lo tenía complicado para imponer su derecho al trono. Dimitri no era un experto en política ni en diplomacia, y no había aprendido nunca a luchar por su derecho sucesorio. ¿Acaso ya había perdido? Intuyó que no se trataba únicamente de una cuestión de dignidad imperial, pero no quiso admitirlo.

Los dos guardaron silencio. Sin embargo, en esa ocasión no los unió la complicidad de costumbre.

Gabrielle notó que la armonía entre los dos se quebraba. Los añicos de esa felicidad silenciosa rota le partieron el corazón y agradeció tener un cigarrillo en la mano. Fumó ávidamente, la nicotina le llenaba los pulmones y le serenaba los nervios.

—Siempre habrá sitio para ti en mi casa —replicó al final, inhaló, exhaló, inhaló, exhaló—. Es grande.

Los dedos de Dimitri le estrecharon la mano con más fuerza.

—Me gustaría seguir contigo, Coco, y no tener que dejarte nunca por otra.

«Entonces, ¿por qué lo haces?», pensó Gabrielle, pero continuó en silencio.

—La vida separa a los amantes —reflexionó Dimitri. Se aferró a ella como si fuera el anclaje que necesitaba para no desmoronarse—. Ninguna discusión podría separarnos, ¿verdad?

—Supongo que no —murmuró Gabrielle.

—Al contrario que las normas de la dinastía Románov —prosiguió como si ella no hubiese dicho nada—. No puedo rebelarme contra ellas y casarme contigo. —Dio la impresión de que hablaba consigo mismo.

Gabrielle se sorprendió tanto que le soltó la mano. Nunca habían hablado de boda. Evidentemente, ella había pensado alguna que otra vez lo que se sentiría al ser una verdadera princesa. Evidentemente, no había olvidado lo que dijeron en broma en la catedral rusa de Niza. Pero nunca habían hablado en serio sobre su futuro, más allá de los intereses políticos de Dimitri o del éxito profesional de

Gabrielle. Incluso se habían reído mucho cuando, después de regresar de Arcachón, corrió el rumor de que se habían casado. Sin embargo, ella jamás había imaginado que él fantaseara con la idea de legalizar su relación.

Mientras Dimitri se hundía en un silencio sombrío, Gabrielle pensó en el viaje de regreso de la Costa Azul en primavera. ¿Por qué había permitido que se enterara de aspectos de su vida que le había vetado incluso a Boy? ¿Acaso entonces no sabía ya en su fuero interno que Dimitri no le daba importancia a su pasado porque tampoco se la daba al futuro?

Su origen no suponía solo la evidencia de que sería un matrimonio morganático. Tampoco podría darle un heredero a la dinastía de los Románov. No podía quedarse embarazada porque de joven la trató un matasanos. En Vichy. Por primera vez en mucho tiempo apareció en su mente el recuerdo del aborto. No se lo había contado a Dimitri, que seguramente achacaba ese impedimento a su edad. ¿Por qué siempre la alcanzaba el pasado?

—Me gustaría seguir contigo, pero no puedo ser tu marido. —La desesperación que resonó en su voz se reflejó también en su semblante—. Mi primo Kirill Vladímirovich se casó con la princesa Victoria Melita de Sajonia-Coburgo y Gotha. El matrimonio provocó un escándalo a pesar de que era nieta de la reina Victoria de Inglaterra y, por lo tanto, cumplía con los requisitos de las leyes de mi familia. Pero Victoria Fiódorovna, ahora se llama así, se había divorciado del gran duque Ernesto Luis de Hessen-Darmstadt. Eso lo complicó tanto como el hecho de que ambos son primos hermanos. El zar lo desposeyó de sus privilegios reales, pero un tiempo después se vio obligado a transigir y a aceptar de nuevo a Kirill como sucesor al trono. Detalles como ese viejo escándalo juegan ahora un papel muy importante en la organización del futuro de nuestra patria.

Gabrielle apenas escuchaba, los nombres zumbaban en su cabeza como abejas alrededor de la reina. El recuerdo del dolor y de la sangre estaba mucho más presente. El padre de la criatura era Étienne Balsan y ella no dudó un solo instante en buscar a alguien que practicara abortos clandestinos. No quería imponer a nadie su mismo destino de bastarda, la mácula de un nacimiento ilegítimo pesaba demasiado. La asaltaron las lágrimas.

—Has traído mucha felicidad a mi vida —dijo Dimitri—. Más de la que jamás me habría atrevido a esperar. Y siempre te estaré agradecido por ello.

El cigarrillo casi se había consumido, le chamuscó los dedos y la devolvió a la realidad. Lo tiró al suelo y pisó la colilla, mientras clavaba los ojos en el extremo del jardín que desaparecía en la niebla, allí donde se encontraba la avenida

Gabriel, donde había pasado los años más felices de su vida. La pérdida de Boy le pesaba más que cualquier otra. La había dejado más sola de lo que jamás se había sentido. Si Dimitri se iba, no sería ni por asomo tan grave. Tenía amigos. No necesitaba un marido. Quizá un amante, pero ya lo encontraría en algún sitio. No sería como Dimitri Pávlovich Románov, cierto. Pero ¿acaso importaba?

—Tenemos que irnos —decidió y su voz ahogada la asombró.

—Lo siento, Coco.

Gabrielle ignoró la disculpa.

Mientras se volvía lentamente y caminaba hacia el interior, recuperó la calma. En cambio, él la siguió con los hombros caídos y la cabeza gacha. Al cerrar la puerta de la terraza detrás de él, empezó a charlar en tono ligero, como si el salón estuviera lleno de invitados a la fiesta de inauguración. Sus palabras retumbaron en las paredes vacías.

—Un día de estos volveré con Misia y José Sert para hablar de la decoración. Confío plenamente en el gusto de los dos. —Dio media vuelta—. ¿Tú qué opinas, Dimitri? ¿Dónde debería colocar un piano de cola? —En esos momentos, hablar de la cuestión inocua de dónde ubicar el piano era el único tema de conversación personal que se le ocurría.

Dimitri no reparó en que el corazón le latía con una fuerza perturbadora.

CUARTA PARTE
1922

LAS VACACIONES DE Navidad fueron un éxito. Gabrielle pasó los días festivos en Cannes con sus amigos y se marchó a principios de enero, cuando los primeros ministros de Francia, Gran Bretaña, Bélgica e Italia y sus delegaciones, así como el ministro de Asuntos Exteriores de Alemania con un séquito menos numeroso, poblaron La Croisette. No quería tener nada que ver con la alta política. No quería saber nada de las reparaciones que los aliados exigían a los alemanes ni de las catastróficas hambrunas en la llamada República Soviética Rusa. Había excluido enteramente de su vida la situación mundial por despecho.

Los acontecimientos políticos habían jugado un papel importante en la destrucción de su romance con Dimitri Románov, que continuaba luchando por su derecho al trono, aunque cada vez con menos resultados. Gabrielle no quería que se lo recordaran; hasta María evitaba pronunciar el nombre de su hermano cuando se presentaba en el taller, cosa que últimamente ocurría todos los días. Había que hablar de los muchos asuntos de los que Gabrielle tenía que ocuparse. Los diseños de María y su ejecución seguían siendo fabulosos, pero el lanzamiento de Chanel N° 5 fue todavía más sensacional.

Haciendo caso omiso de los consejos de Misia, Gabrielle insistió en su idea original y repartió el perfume como regalo de Navidad entre sus mejores clientas. Sin embargo, no lo obsequió con tanta generosidad como había planeado al principio, sino que guardó la mayoría de los cien frascos de la primera remesa para venderlos después en su boutique. No obstante, huyó de las reacciones que cabía esperar y se refugió en la Costa Azul. Por un lado, temía recibir comentarios negativos y, por otro, no quería prodigarse. Siguió el lema de que cuanto menos les contara personalmente sobre el perfume a las primeras mujeres que lo probaran, más lo comentarían con sus amigas. De ese modo, el nombre de la nueva creación de la casa Chanel estaría pronto en boca de todos.

Antes de que las personas importantes de la escena política europea se adueñaran de Cannes, Gabrielle invitó a sus mejores amigos de París y a Ernest Beaux a cenar en el restaurante del hotel Carlton. Allí se reunía lo más granado de la sociedad. Todas las mesas estaban ocupadas, el *maître d'hôtel* no paraba de ir a buscar más sillas para acomodar a los grupos que aparecían de forma más o

menos casual. Las mujeres de todas las edades vestidas con traje de noche que entraban o pasaban entre las mesas en busca de sus acompañantes o de camino al baño eran su objetivo.

Gabrielle sacó el pulverizador que llevaba en el bolso y esparció generosamente la fragancia en dirección a las clientas que pasaban por delante. El perfume se posó unos instantes sobre la mesa como una gran campana de plata y después se extendió lentamente como una nube ligera sobre las mesas contiguas. Confiaba en poder actuar sin que nadie se fijara, pero, evidentemente, Misia se dio cuenta enseguida.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó tan alto que unos cuantos clientes volvieron la cabeza—. No puedes esparcir ese tesoro sin más por el aire.

Ernest Beaux, al que correspondía el honor de sentarse al lado de Gabrielle, miró un poco azorado pero con gesto elocuente el contenido de su copa de champán.

—No se preocupe, yo me encargo de que las partículas no caigan en las copas —le susurró con una sonrisa a Gabrielle.

Gabrielle no puso el plan en marcha hasta que les retiraron los platos de los entrantes. Comprendía que Chanel N° 5 no era el condimento adecuado para las langostas.

—Un buen olor no equivale siempre a un buen sabor —dijo el perfumista, asintiendo con la cabeza—. De todos modos, ¿me permite preguntarle qué está haciendo, mademoiselle?

Gabrielle levantó el frasco que tenía en la mano y presionó la bomba para que la fragancia alcanzara la espalda descubierta de una joven vestida con un traje de noche que dejaba los hombros al aire, que pasó del brazo de un hombre con esmoquin. La mujer se paró, volvió un instante la cabeza y frunció la nariz. Mientras avanzaba, le comentó algo en voz baja a su acompañante.

—Ten cuidado, no vayan a echarse —comentó Misia.

—¿Qué hace? —preguntó el perfumista con asombro.

—Lo que aprendí con François Coty —contestó Gabrielle alegremente.

El siguiente objetivo fue una mujer mayor sentada a la mesa de detrás, en la que se había reunido un grupo grande. Saltaba a la vista que todos eran miembros de la misma familia, y charlaban en voz alta. En cambio, entre los amigos de Gabrielle imperaba un silencio perplejo. Cinco pares de ojos observaban la acción con asombro, divertidos y sin entender nada.

Gabrielle se inclinó ligeramente hacia delante para que oyeran mejor lo que iba a explicarles en voz baja, dejando claro de ese modo que las palabras se

dirigían únicamente a ellos.

—No he olvidado lo que me contó François Coty sobre el inicio de su carrera. Intentó convencer al director de los almacenes Printemps para que incluyera su colonia, La Rose Jacqueminot, en la sección de perfumes. No le fue muy bien, pero luego tiró un frasco en el suelo del establecimiento. El cristal se rompió, el perfume se derramó y las clientas presentes empezaron a preguntar por el perfume. Todas querían comprarlo. Fue un éxito de ventas.

—Si vuelves a pulverizar tu fragancia, conseguirás lo mismo —afirmó José Sert—. No vuelvas la cabeza, Coco, casi todas las mujeres fruncen la nariz y te miran.

—La miran porque esta noche vuelve a estar arrebatadora —dijo con voz meliflua Jean Cocteau, sentado al otro extremo de la mesa—. Como siempre, tu vestido causa sensación, sobre todo con esas perlas.

Gabrielle las tocó inconscientemente.

—Solo es un collar —aseguró con modestia—. Estoy pensando en crear una línea de bisutería y me gustaría hacer copias de esta joya.

—Las emigrantes rusas y todas las princesas del dólar te arrancarán de las manos las imitaciones de las perlas de los Románov —la secundó Misia.

—¿De dónde saca esas magníficas ideas? —preguntó Ernest Beaux.

—¿De dónde sacas el tiempo para poner en práctica esas magníficas ideas? —dijo Jean Cocteau fingiendo pesadumbre—. Coco, querida, ¿me permites que te recuerde que tienes que diseñar el vestuario para mi *Antígona*? ¿Cómo diantre vas a ocuparte de tanto trabajo?

—No te preocupes por Coco —comentó Sert—. De momento, creo que más bien será Picasso el que tendrá problemas con los decorados.

—No digas eso. El estreno está previsto para finales de año.

—Si Olga sigue presionándolo, su creatividad va a sufrir muchísimo. Lo obliga a ir al campo con ella y su hijo los días festivos, y a fingir que es un feliz padre de familia. A Picasso. ¡Por favor! —Sert se retorció las manos.

Cocteau asintió.

—He oído que lo encierra bajo llave.

—¡Psst! —exclamó Misia de repente, emocionada—. La nieta de la señora de la mesa de al lado o quienquiera que sea... Bueno, la chica acaba de levantarse y creo que viene hacia aquí. —La joven miró a Gabrielle al pasar, esforzándose por no parecer indiscreta—. Una de dos, o viene a quejarse porque has impregnado con un perfume erótico a su *mamie* de avanzada edad o quiere saber cómo se llama la fragancia.

—¿Qué creéis que hará? ¿Apostamos? — Cocteau los desafió a todos con la mirada.

—Cerrad el pico —masculló Sert—. No le diremos a nadie que es Chanel N° 5. Lo desconocido tiene más encanto.

Las siete personas sentadas a la mesa —Gabrielle, Ernest Beaux e Yvonne Girodon, los Sert, Jean Cocteau y su novio de dieciocho años, Raymond Radiguet— contuvieron el aliento al unísono. Esperaron con interés a que la joven se acercara. Y dio la impresión de que Sert se había equivocado, puesto que avanzó hacia la salida. Un suspiro de decepción recorrió la mesa. Sin embargo, al poco se detuvo y dio media vuelta. Era toda una belleza, lucía un peinado a lo *garçon* y un vestido de seda de color azul pálido. En su escote brillaba una magnífica aguamarina.

—Disculpen que les moleste. Nos preguntábamos —dijo, señalando con un leve gesto la mesa de al lado— qué perfume será. Huele de maravilla. Quiero decir que aquí, en su mesa, huele muy bien —dijo, y sonrió tímidamente.

Cocteau amenazó con disimulo a los demás levantando el dedo índice.

—¿Un perfume? —contestó Sert con cara seria—. Yo no huelo nada.

—Yo sí lo huelo —lo contradijo Gabrielle, que guiñó un ojo a sus amigos y continuó hablando haciéndose la inocente—: Pero no tengo ni idea de qué perfume puede ser.

La desconocida se llevó una decepción.

—Lástima. —Se encogió de hombros con pesar—. Disculpen las molestias —dijo y esta vez sí se dirigió al tocador de señoras.

Cocteau fue el primero en romper el silencio.

—No me gusta que te quedes mirando a las chicas —reprendió a su novio. Luego, añadió bromeando—: Raymond es malo. Creo que le gustan las mujeres.

El comentario descarado disipó la tensión y todos se echaron a reír.

PROBABLEMENTE FUE MISIA la que al final se encargó de que corriera la voz y supiera de qué perfume se trataba. Gabrielle había vaciado el contenido de todo el frasco en el restaurante y estaba segura de que era el principal tema de conversación ante los espejos del tocador de señoras del Carlton, donde las mujeres adineradas coincidían para empolvase la nariz. Evidentemente, su amiga negó que se hubiera ido de la lengua. Con todo, esa indiscreción causó mucho menos daño que el telegrama que le envió a Stravinski diez meses antes.

La información circuló y, al volver de las vacaciones de Navidad, las parisinas

corrieron a la tienda de Gabrielle en la rue Cambon en busca del singular perfume. Allí se concentraron las clientas que habían olido en su círculo de amistades el regalo de Navidad de la casa Chanel y querían comprar sin falta lo que sus amigas habían obtenido gratis.

Gabrielle se sentó en el peldaño más alto de la escalera que comunicaba la tienda con el primer piso. Era su lugar preferido, una tradición cuando quería observar a escondidas lo que ocurría en la planta baja. La escalera trazaba una curva y, gracias a eso, podía ver lo que ocurría abajo sin que nadie la viera a ella. Siempre se sentaba en ese rincón en sus desfiles de moda, con un cenicero, una cajetilla entera de cigarrillos y un mechero, y desde allí observaba a las modelos y percibía el verdadero ánimo de las espectadoras que, sin su presencia, se sentían más seguras a la hora de expresar reconocimiento o crítica. Ese día, Gabrielle se ocultaba de las miradas para saber si su Chanel N° 5 tenía buena acogida.

Había dado instrucciones a las dependientas para que se hiciesen de rogar. Las valiosas cajitas blancas con letras negras no podían despacharse en el mostrador sin más. La exclusividad lo era todo en esa época en que el coste de la vida aumentaba sin cesar. Los clientes ricos no se preocupaban por el precio, el lujo ya no se medía por eso. Lo único que importaba era la exclusividad. Y la intriga aumentaba el interés, en eso coincidía con José Sert.

—Mademoiselle no tiene previsto poner a la venta Chanel N° 5. —A Gabrielle le llegó la voz de una hermosa condesa caucásica a la que había contratado recientemente.

—¡Eso es imposible! —exclamó con voz chillona la clienta—. No puedo pasar un solo día sin ese perfume y ha desaparecido de mi cuarto de baño. Estoy segura de que me lo quitó la condesa Lauree cuando fue a visitarme anoche.

—¿De verdad quiere que mademoiselle intente conseguir más frascos de perfume? —preguntó la dependienta, recitando astutamente el texto aprendido.

—¡Por supuesto! Ya se lo he dicho, necesito urgentemente ese perfume.

—Veré lo que puedo hacer. Discúlpeme un momento, madame. Vuelvo enseguida.

Gabrielle había dejado de contar cuántas veces había subido las escaleras su empleada, que le brindó una sonrisa de satisfacción y, a mitad de camino, en cuanto escapó de la mirada de la mujer que la esperaba en la tienda, dio media vuelta para regresar con la supuesta buena noticia de que podía venderle el único frasco que les quedaba. Todavía faltaba para la hora de cierre y los gerentes de las filiales de Deauville y Biarritz ya habían llamado por teléfono para informar

de que la demanda era asombrosa. Y ni siquiera era temporada alta en la costa.

«Es un triunfo», pensó Gabrielle mientras se encendía el enésimo cigarrillo. Exhaló el humo intentando formar pequeños anillos, pero no lo consiguió.

Tenía que dejarse de juegos y ponerse a trabajar. Era hora de enviarle un telegrama a Ernest Beaux. Había que acelerar urgentemente la producción. Era necesario aumentar el número de piezas. También era hora de ocuparse de su nueva colección. Los modelos de estilo eslavo marcarían una nueva pauta estética, gracias también a María, y seguro que ya la echaban en falta en el taller. Si esa noche no caía rendida en la cama después de un día agotador, esbozaría los primeros modelos de joyas. Jean Cocteau probablemente se disgustaría muchísimo si se enteraba de que posponía para el día siguiente, o para otro día, los diseños del vestuario de su obra. Estaba previsto que se estrenara la próxima temporada.

A pesar de las tareas y retos que la esperaban, acabó de fumarse el cigarrillo con tranquilidad. Vio que la clienta se marchaba contenta con su compra y observó que poco después entraba otra para pedir lo mismo. La mujer entró acompañada por una ráfaga de aire gélido, pero a Gabrielle le reconfortó el corazón que quisiera su perfume. Apagó la colilla en el cenicero y se levantó. Era hora de impulsar la producción de Chanel N° 5.

«Lo hemos conseguido, Boy», pensó.

EN EL PEQUEÑO trecho que recorrió desde el taxi hasta la puerta del edificio, se le empaparon los zapatos. La rue du Faubourg Saint-Honoré estaba cubierta de nieve fundida que seguramente se helaría durante la noche. Hacía muchísimo frío y Gabrielle confió en que Joseph hubiera caldeado bien la casa, incluidas las habitaciones que ella ocupaba. Una sola pared fría bastaba para recordarle los sabañones que le salían de niña. Ni en casa de sus padres ni en el convento había bastante leña ni carbón para alimentar las estufas. No quería volver a pasar tanto frío en la vida.

El piso era demasiado grande para ella sola, pero había dispuesto unas cuantas habitaciones de invitados. En realidad, se trataba de las estancias que había previsto para Dimitri. Puesto que la mayoría de las personas con las que se relacionaba vivían en París, nadie usaba las camas. A veces pasaba la noche en su casa Pierre Reverdy, el poeta triste que la adoraba desde hacía mucho tiempo y que le dedicaba sus poemas constantemente. Gabrielle le correspondió para animarse tras la separación de Dimitri, pero aquel hombre era un flaco consuelo: cuando se acostaba con él, lo único que solía quedarle era un caos de sentimientos.

Abrió la puerta de entrada del edificio. Estaba cansada. Un temblor le sacudió el cuerpo, le subió desde los pies fríos y le recorrió la espalda como un escalofrío. Seguramente, un baño caliente sería lo mejor para prevenir un resfriado. Después tomaría una cena ligera y se iría a la cama con un libro. Todo el mundo hablaba de *La garçonne*, la última novela de Victor Marguerite, y quería sacarla a toda costa de la pila de libros pendientes de lectura. Decían que narraba la historia de una joven a la que su prometido engañaba y que luego vivía con libertad su propia vida. «Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia», pensó Gabrielle con ironía.

—¡Mademoiselle Chanel! —La voz del conde Pillet-Will la arrancó de sus pensamientos.

El conde estaba en la penumbra del pasillo, a los pies de la escalera que conducía a las plantas superiores, como si estuviera esperándola. Sus ademanes se correspondían con los de un anfitrión que recibía a sus invitados. Se abstenía

de mostrar la actitud de un hombre que se había retirado al primer piso de su palacio para alquilar las otras plantas. Era obvio que consideraba un gran gesto por su parte permitir que un extraño viviera en su edificio. También parecía olvidar que Gabrielle le expedía un cheque a cambio todos los meses.

—¿Sí? —contestó con una mirada radiante.

—No puedo tolerar esas continuas molestias. Ayer tocaron el piano en su casa hasta bien entrada la noche y debo decirle que la música era horrible...

—El pianista era Ígor Stravinski —lo interrumpió Gabrielle.

La relación entre los dos se había normalizado y ahora se trataban con respeto. Gabrielle reconocía que en gran parte había tenido que ver con el enorme poder de convicción de Diáguilev. Stravinski había ido a verla para entregarle un obsequio: un icono que, según él, la protegería siempre.

El nombre del célebre compositor no impresionó al conde Pillet-Will, que pasó por alto la observación.

—Hoy un hombre pretendía entrar en su casa y ha causado alboroto —prosiguió—. No sé por qué su criado no le ha abierto la puerta. Tendrá sus razones, pero debo decirle, mademoiselle Chanel, que no pienso tolerar más ruido como el de ayer ni semejantes conductas.

—Probablemente, Joseph había sacado a pasear a los perros —se excusó Gabrielle—. No espero visitas, puede estar seguro. Buenas noches—. Se volvió rápidamente para no darle la oportunidad de enumerar más molestias o negligencias.

Repasó mentalmente los nombres de sus amigos. ¿Quién podía armar jaleo en su puerta? Fue incapaz de imaginar que alguno encajara en esa vaga descripción. Por desgracia, el que menos encajaba era Dimitri, que quizá había vuelto antes de un viaje y quería verla.

Joseph le abrió la puerta antes de que levantara la mano para llamar. Habría oído su voz. El calor del piso bien caldeado y la luz cálida del recibidor le parecieron un saludo de bienvenida.

—Buenas noches, mademoiselle —dijo Joseph, que se apresuró a quitarle el abrigo, salpicado de copos de nieve que parecían gotas de rocío.

—¿Tenemos invitados, Joseph? —preguntó Gabrielle mientras, todavía de pie, se quitaba los zapatos.

El criado la miró con cara de asombro.

—No, mademoiselle. No que yo sepa.

En ese preciso instante llamaron repetidas veces. Alguien pulsaba insistentemente el timbre. El sonido era tan estridente que Gabrielle temió que el

casero lo oyera desde su piso en la primera planta. Los perros empezaron a ladrar en la zona de la cocina. El ruido era ensordecedor.

Le hizo un gesto a Joseph para impedir que fuera a ver quién llamaba con tanta urgencia.

—Déjelo —dijo y abrió la puerta.

El timbre enmudeció.

—Buenas noches, Coco. He venido antes, pero no había nadie.

Gabrielle clavó los ojos en el hombre que tenía delante.

Iba bien vestido, aunque algo desaliñado. Tenía una nariz ancha y sobre la cara le caía un mechón de pelo oscuro, húmedo a causa del mal tiempo. A pesar de sus palabras quejumbrosas, en sus ojos negros se ocultaba una mirada segura y penetrante.

Gabrielle se quedó tan perpleja que lo único que se le ocurrió fue exclamar su nombre.

—¡Picasso!

—Usted es mi salvación, Coco. Voy a perder la cabeza. La vida con Olga es claustrofóbica. ¿Puedo quedarme con usted?

No pareció una pregunta, sino más bien una afirmación.

Picasso tenía una mirada hipnótica y su atractivo era tan poderoso que Gabrielle empezó a temblar de nuevo. Esta vez de calor, no de frío. No sabía si soportaría a otro genio en su vida; en realidad, no quería implicarse de nuevo en la vorágine de una crisis matrimonial.

«Échalo —le aconsejó una voz interior—. ¡Cierra la puerta ahora mismo!»

Gabrielle se apartó.

—Entra.

Nota final de la autora

¿Qué fue de los personajes que aparecen en la novela?

Gabrielle Coco Chanel (1883-1971) no se casó nunca, pero siempre mantuvo relaciones con hombres importantes. En 1926 diseñó el *petite robe noire* («vestido negro»), con el que al principio no solo cosechó elogios, sino también críticas. Un periódico publicó: «Mademoiselle Chanel quiere que todo el mundo comparta su luto por Boy Capel». No obstante, el triunfo de aquel vestido fue imparable. En 1954 le siguió la chaqueta de lana de bucle, que también se convirtió en prenda atemporal, conocida como «chaqueta Chanel». También encargó copias de las perlas de los Románov y, aún hoy, los vestidos y las chaquetas de Chanel siguen asociándose con las perlas. En 1934 dejó el piso de la rue du Faubourg Saint-Honoré, 29, donde en la actualidad hay una boutique de la casa de modas. Gabrielle se instaló para siempre en una suite del hotel Ritz, donde murió siendo multimillonaria. Insistió en que la llamaran «mademoiselle» hasta el final de sus días.

Misia Sert (1872-1950) se divorció de José Sert (1876-1945) en 1927 para que el gran amor de su vida pudiera casarse con Roussadana Mdivani (1906-1938), su alumna y amante georgiana, que adquirió el título de princesa después de huir de la Unión Soviética. Según algunas fuentes, la joven se interpuso adrede entre Misia y su marido. La pareja mantuvo el contacto, pero no volvió a unirse tras la prematura muerte de Roussadana. Misia siguió siendo la mejor amiga de Coco Chanel hasta el final de sus días. En el mundo del arte se la recuerda como la musa de la Belle Époque.

Serguéi Diáguilev (1842-1929) trabajó como empresario de los Ballets Rusos hasta que falleció. Sin embargo, a pesar de sus grandes éxitos internacionales, siempre pasó apuros económicos y dependió del apoyo de sus amigos y mecenas. Vivió sus últimos años en Venecia, donde murió, arruinado, en brazos de Misia Sert. Coco Chanel pagó el entierro y su tumba en la parte ortodoxa del cementerio de San Michel. A su muerte, la compañía de ballet se disolvió. Dos

años después se fundaron los Ballets Rusos de Montecarlo, que posteriormente derivaron en el New York City Ballet.

Ígor Stravinski (1882-1971) dependió durante muchos años de la asignación económica de Coco Chanel. Permaneció en Francia hasta la muerte de su esposa Yekaterina en el año 1939. Después se casó con su compañera Vera Sudéikina (1888-1982) y emigró con ella a Estados Unidos, donde nunca se sintió en casa. Actualmente se le considera el máximo representante de la nueva música. Por su expreso deseo, lo enterraron (y después también a su viuda) al lado de Serguéi Diáguilev, en Venecia.

Dimitri Pávlovich Románov (1891-1942) se casó en 1926 con la princesa del dólar, Audrey Emery (1904-1971). En esa época, su renuncia al trono estaba decidida. A partir del año 1924, su primo Kirill Vladímirovich (1876-1938) pasó a llamarse «emperador en el exilio». Puesto que Audrey era una ciudadana burguesa y no cumplía las normas de la dinastía Románov, le otorgaron el título de princesa. Su hijo, Paul Illínsky (1928-2004), fue durante muchos años alcalde de Palm Beach, en Florida, y jefe de la casa de Holstein-Gottorp (a la que perteneció la dinastía de los zares desde 1762). Dimitri se divorció de Audrey en 1937. Enfermó de tuberculosis y pasó la mayor parte del resto de su vida en un sanatorio de Davos, donde murió. Su sepultura se encuentra en la capilla del castillo de la isla Mainau, en el lago de Constanza.

María Pávlovna Románova (1890-1958) entró en el mundo de la moda gracias al apoyo de Coco Chanel. Fundó en París el taller de moda Kitmir, especializado en bordados, y cosechó un gran éxito. En 1923 se divorció de su segundo marido. En 1930 se fue a Estados Unidos y, después, a Argentina. Tras la Segunda Guerra Mundial retomó el contacto con su hijo, Lennart Bernadotte (1909-2004), con quien vivió en la isla de Mainau hasta su muerte.

François Coty (1874-1934) se divorció de su mujer Yvonne en 1929. En esa época ya se dedicaba activamente a la política y era un ferviente seguidor de los fascistas. Adquirió el diario *Le Figaro* y creó otros medios de comunicación con los que apoyó a los partidos y movimientos de derechas en Francia. En 1913 registró en Estados Unidos la sociedad anónima Coty Inc., que todavía existe. La empresa fabrica perfumes muy conocidos, como los de Calvin Klein o Chloé.

Ernest Beaux (1881-1961) fue nombrado en 1924 perfumista jefe de la empresa Parfums Chanel, fundada por Pierre Wertheimer. Creó más perfumes para Coco Chanel, pero ninguno le dio tanta fama como Chanel N° 5. No es una leyenda que ese perfume fuera una recreación o una versión perfeccionada del Bouquet de Catherine o Rallet N° 1. Nunca se ha aclarado de manera concluyente la importancia de incluir tantos aldehídos sintéticos en la composición.

Curiosamente, la aventura de **Pablo Picasso** (1881-1973) y Coco Chanel es poco conocida. Sin embargo, a partir de la lectura atenta de las memorias de Gabrielle se deducen algunos indicios. Es un hecho que Gabrielle puso a disposición de su amigo pintor la habitación con más luz de su piso de la rue du Faubourg Saint-Honoré, y eso no se debió solo a que ambos colaboraran en la obra *Antígona* de Jean Cocteau, que se estrenó en diciembre de 1922. También es un hecho que, en esa época, el matrimonio del artista con Olga (1891-1955) afrontaba una grave crisis. No obstante, según recientes estudios en el campo de la historia del arte, Picasso no conoció a Marie-Thérèse Walter (1909-1977), considerada la causa oficial de su separación de Olga, hasta 1925. Antes de esa fecha, solo se le atribuyen diversas aventuras breves.

Jean Cocteau (1889-1963) fue uno de los amigos más íntimos de Coco Chanel. Incluso vivió puerta con puerta en el hotel Ritz con ella. Artista excepcional, fue uno de los poetas más célebres en lengua francesa, pero también un importante director teatral y pintor. Disfrutó plenamente de su bisexualidad. Hoy en día, su relación más conocida sigue siendo la que mantuvo con el actor Jean Marais. Menos conocida es su relación con Natalia Pávlovna Paléi, una medio hermana de Dimitri Pávlovich Románov, fruto del segundo matrimonio de su padre.

LA VIDA DE Coco Chanel está rodeada de leyendas bien construidas, con bonitos detalles sobre una infancia y juventud burguesas, suministrados en gran medida por ella misma. Si se analizan a fondo, su veracidad resulta una obra de arte extremadamente frágil. Lo mismo ocurre con la historia del lanzamiento de su Chanel N° 5. Mademoiselle Chanel se encargó de ocultar innumerables hechos bajo un manto de misterio. En su opinión, eso aumentaba el interés por el perfume y, evidentemente, por su persona. Esas invenciones también tenían que revalorizar su origen. Por eso circulan historias muy distintas sobre Gabrielle Chanel y la creación del perfume más famoso del mundo.

Cuando decidí escribir una novela sobre «Mademoiselle Chanel y la pasión por el número 5», no solo me entusiasmó el tema. Al principio pensé que sería una tarea fácil, puesto que su vida estaba muy documentada. ¡Craso error! Después de leer nueve biografías sobre Coco Chanel comprendí que había muy poca información de la que pudiera fiarme a ciegas.

Entre los muchos ejemplos que determinan la problemática de mis investigaciones, me gustaría destacar dos. En una biografía leí que Gabrielle conoció el perfume Bouquet de Catherine en un encuentro con la gran duquesa María Pávlovna, princesa de Mecklemburgo por nacimiento, con quien coincidió en el viaje a Venecia que se describe en este libro. Sin embargo, eso es imposible, puesto que la gran duquesa murió en esa misma época en su exilio en Francia. Por otro lado, en un ensayo encontré el relato de la campaña de marketing directo que Gabrielle emprendió en el restaurante del hotel Carlton en Cannes, que aparece documentada con frecuencia. Todas las fuentes concuerdan en que los hechos ocurrieron en las vacaciones de Navidad. Unos párrafos más adelante, la autora, historiadora del arte, comenta que, en vista del éxito, Gabrielle decidió obsequiar a sus mejores clientas con un frasco a modo de regalo de Navidad. ¿Un regalo de Navidad después de las Navidades? No es muy creíble.

Abordé la historia desde otra perspectiva y profundicé en la lectura de libros sobre las personas que acompañaron a Coco Chanel: Misia Sert, Ígor Stravinski, Pablo Picasso y su esposa, François Coty, María Pávlovna Románova y otros. Poco a poco fue formándose una imagen que, unida a los hechos más o menos seguros de la vida de Gabrielle, representa la base de la trama de mi libro. Además, me centré en los datos históricos y, como expongo, en los datos irrevocables.

No obstante, me gustaría mencionar dos ejemplos importantes que es imposible aclarar de manera concluyente. No se sabe con seguridad cuándo conoció Gabrielle a Dimitri Pávlovich Románov. ¿Ocurrió en una cena en París, en Biarritz o en Venecia? Por eso me he decantado por la posibilidad que me parece más lógica. De todas formas, según las anotaciones que aparecen en los diarios de Dimitri, los dos se convirtieron definitivamente en pareja en febrero de 1921 y viajaron juntos a la Costa Azul. También suele subrayarse que la relación entre ambos no se basaba en un gran amor, sino en un profundo entendimiento mutuo y una estrecha amistad. Sin embargo, Gabrielle nunca vivió tanto tiempo en pareja con nadie más; compartió sus vacaciones con él y le enseñó lugares de su pasado que ni siquiera le había mostrado a Boy Capel. Por

lo tanto, cabe pensar que esos supuestos sentimientos poco profundos quizá se debieron más a la necesidad de tener en cuenta la posición social y política del gran duque y, probablemente, también al sentimiento de culpa de Gabrielle por amar a un hombre que no era Boy. Nunca lo sabremos, solo podemos extraer nuestras propias conclusiones.

Tampoco hay pruebas que determinen si Gabrielle visitó a Ernest Beaux en La Bocca, en Cannes, en 1920 o en 1921. Los datos históricos apoyan que fuera el año 1921 y la casa Chanel también menciona ese año como fecha de nacimiento de Chanel N° 5. Ernest Beaux no lo recuerda con precisión y en algunas declaraciones incluso menciona el año 1922, lo cual es bastante improbable. En todo caso, no pudo conocer a Gabrielle en 1920 porque en esa época Coco Chanel no estaba en la Costa Azul con Dimitri y parece confirmado que el gran duque fue quien la puso en contacto con el perfumista.

Mi novela no pretende revelar la verdad absoluta, aunque espero que la historia se acerque todo lo posible a la verdad. Aun así, me he visto obligada a abreviar determinados sucesos o a desplazarlos en el tiempo por exigencias de la trama. Esta historia no es más que una novela. Por eso, queridos lectores, espero que me disculpéis si encontráis algún que otro error.

¿Cómo prosiguió el triunfo del perfume en 1922? La demanda de Chanel N° 5 pronto fue tan elevada que la pequeña fábrica de Chiris no dio abasto con la producción. Además, Gabrielle no quiso vender su perfume únicamente en su boutique, sino también en grandes almacenes. Para eso necesitaba un socio. Théophile Bader le presentó a los hermanos Wertheimer, cuyos descendientes continúan fabricando y distribuyendo productos de droguería. A principios de la década de 1920, Bourjois, la empresa de los hermanos, era la más grande del sector en Francia. Para disgusto de François Coty, Gabrielle le vendió a Pierre Wertheimer la mayor parte de su línea de producción; posteriormente, toda la sección de cosmética y, al acabar la Segunda Guerra Mundial, también el emporio de la moda. Actualmente, la casa Chanel sigue siendo propiedad de la familia Wertheimer.

Ni que decir tiene que soy una gran fan de Chanel N° 5. También soy una ferviente admiradora de Gabrielle y de su moda. Por desgracia, no encajo visualmente en el prototipo de sus colecciones y tampoco podría permitírmelo. Sin embargo, el entusiasmo no es lo único que me une a la alta costura.

Mi madre trabajó de modelo en los años cincuenta y tenía muy buen ojo para los vestidos bonitos. Después fue clienta del diseñador de moda Claus Leddin en Hamburgo. Si vuelvo la vista atrás, me da la impresión de que de niña pasé más

tiempo en el taller de Leddin, entre probadores, que en mi cuarto. Me fascinaba el mundo de la alta costura, aunque siempre lo viviera como simple espectadora. Nunca he querido diseñar vestidos ni coser, carezco de la paciencia y habilidad necesarias. En la década de 1970, Claus Leddin, el modisto de mi infancia y mi juventud que diseñó mi primer traje de noche cuando yo tenía tan solo seis años, empezó a diseñar telas para otras empresas, entre las que se contaba la casa de modas Chanel. No obstante, esa no es la única relación indirecta que me une a la alta costura. Uno de los mejores amigos de mi padre era Rudolf Kinzel. El periodista, ya fallecido, mantuvo siempre un estrecho contacto con el mundo de la moda. En su juventud fue amigo de Christian Dior en París y después también lo fue de Karl Lagerfeld. Sus experiencias, relatadas con gran viveza, me han acompañado casi toda la vida, como también me acompañaron en una magnífica entrevista a Karl Lagerfeld cuando era una joven reportera.

Evidentemente, he visto todas las películas y documentales que se han rodado sobre la vida de Coco Chanel. Mientras escribía me di cuenta de que mi historia empezaba justo en el momento de su vida en que acaba la película *Coco, de la rebeldía a la leyenda de Chanel*, interpretada por una fascinante Audrey Tautou. Pura casualidad... O tal vez el subconsciente me jugó una mala pasada. En cualquier caso, la historia del perfume Chanel N° 5 empezó realmente con el final de su primer amor, que no debía caer jamás en el olvido.

Agradecimientos

A CONTINUACIÓN ME gustaría dar las gracias a mi fantástica agente literaria. También querría mostrar mi inmensa gratitud sobre todo a Stefanie Werk, de la editorial Aufbau, con la que a veces tropecé por abismos considerables mientras trabajamos juntas. Gracias también a mi familia por su apoyo y amor, sin los que nunca habría podido escribir una novela como esta. Y un agradecimiento especial a mi marido por regalarme un frasco de perfume Chanel N° 5.



MAEVA

Título original: *MADemoiselle COCO UND DER DUFT DER LIEBE*

© Aufbau Verlag GmbH & Co. KG, Berlin, 2018 (Published with Aufbau Taschenbuch; «Aufbau Taschenbuch» is a trademark of Aufbau Verlag GmbH & Co. KG)

© de la traducción: LIDIA ÁLVAREZ GRIFOLL, 2019

© MAEVA EDICIONES, 2019

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maeva.es

Diseño de cubierta: www.buerosued.de, Múnich

MAEVA defiende el *copyright* ©.

El *copyright* alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores.

Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del *copyright* y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que MAEVA, continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN ebook: 978-84-17708-53-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S. L.

www.mtcolor.es

Maeva en digital

Para saber más sobre las últimas novedades, noticias, próximos lanzamientos o nuestros puntos de venta visita:

www.maeva.es

Maeva Ediciones en las redes sociales

